

ROMAIN PUÉRTOLAS

TODDO
UN VERANO
SIN FACEBOOK



13

Nueva York, en Colorado, poco tiene que ver con la gran capital que nunca duerme. Más bien es un lugar aburrido, entre montañas donde, por no llegar, no llega ni la wi-fi. Allí ha sido desterrada la teniente de policía Agatha Crispies con la esperanza de que su peculiar manera de manejar los casos policiales no genere más problemas de los necesarios. Pero ¿qué delitos podría haber en un pueblucho polvoriento de la América profunda? «Con suerte... ininguno!» piensan sus superiores.

Pero el destino está a punto de echarle una mano a esa policía con aspecto de Whitney Houston tras una dieta hipercalórica. Servidora infatigable de la ley, adicta a los donuts de chocolate y a organizar clubs de lectura, nuestra heroína tendrá que desplegar todo su singular talento para aclarar la misteriosa aparición de un cadáver mutilado en una bañera. Pero el caso no tardará en complicarse todavía más y la intuitiva Agatha tendrá que valerse de todos sus recursos como investigadora para resolverlo antes de que lo haga el obtuso y machista sheriff McDonald, quien también pretende apuntarse ese tanto.

Romain Puértolas

Todo un verano sin Facebook



Título original: *Tout un été sans Facebook*
Romain Puértolas, 2017
Traducción: Patricia Serra Gutiérrez, 2018

Revisión: 1.0
03/04/2019

Para papá y mamá, mi antes.

Para Leo y Eva, mi después.

Para Patricia, mi siempre.

*No hay marcha en Nueva York
ni aunque lo jure Henry Ford.
No hay marcha en Nueva York
y los jamones son de York.
Pensé que iba a estar mejor.*

MECANO,
No hay marcha en Nueva York



Bienvenidos a

NUEVA YORK, COLORADO

150 hab.

198 rotondas

**¡SE ACABÓ FACEBOOK
A PARTIR DE ESTA LÍNEA!**

Sobre la utilidad de un club de lectura en una pequeña comisaría en lo más profundo de América

En lo más profundo de un claro de un bosque en lo más profundo de América, al final de una sinuosa carretera que serpentea kilómetros y kilómetros a lo largo de las Rocosas, se halla, tallado en lo que un día fue el tronco de un abeto milenario, un pequeño letrero rectangular de sesenta por cuarenta centímetros.

Escondido detrás, por el juego de los ángulos y la perspectiva, hay un pueblo de ciento cincuenta almas, invisible desde el cielo y apartado del mundo, que contiene la respiración. Está en un callejón sin salida, solo se llega allí con intención o, con más frecuencia, si te has perdido. El alcalde, reticente a toda clase de turismo, ha hecho construir ciento noventa y ocho rotondas con el fin de permitir a los desdichados que se hayan confundido de camino que puedan dar la vuelta en cualquier momento. Pero, cuando se piensa demasiado en los forasteros, uno termina por olvidarse de sus propios electores. Un reciente estudio local puso de manifiesto que atravesar el pueblo de un extremo al otro tendría, sobre una persona de constitución normal, el efecto mareante equivalente a beberse dos botellas y media de champán francés, y que la mitad de la población sufriría torticollis crónica.

Cuentan que fue Remington Brown quien, mientras buscaba la pelota que había perdido jugando al golf, descubrió ese remanso de paz. Corría el año 1863 y el buen hombre llevaba dos días caminando por el duro desierto

de Sonora y tres navegando en piragua por el río Grande. Ya sea por tenacidad o por avaricia, quién sabe, todos los especialistas deportivos coinciden en decir que tenía un buen swing.

Con el fin de ahorrarse el camino de vuelta, decidió instalarse en el sitio exacto donde encontró su pequeña pelota de caucho natural confeccionada con hojas de hevea, es decir, justo en la boca de un cocodrilo, cuya piel acabó convertida en unas bonitas botas que todavía se conservan en el museo local. La leyenda no dice qué hacía el valiente Remington Brown jugando al golf en plena guerra de Secesión, más de cinco siglos después de que ese deporte fuera inventado en los Países Bajos pero veintitrés años antes de que fuera introducido en Estados Unidos, ni lo que se le había perdido en pleno Colorado a ese gigantesco reptil, cuya dimensión variaba en función del narrador. Pero lo cierto es que el aventurero dio a ese pedazo de tierra arrinconado entre un lago, un bosque y una montaña el nombre de «Nueva York» en homenaje a su ciudad natal. Hubiera sido más práctico, y sobre todo menos ambiguo, si la hubiera bautizado como «la Nueva Nueva York», para diferenciarla de la que los colonos ingleses ya habían llamado así en recuerdo a su York original (la del jamón). Pero ¿cómo esperar ni una pizca de lógica de un hombre que había recorrido a pie cientos de kilómetros buscando una pequeña pelota de golf?

Fuera como fuese, a partir de ese día hubo dos Nueva York. Una famosa, la otra menos. Mucho menos. Salvo para la gente de allí. Los ancianos piensan que la canción homónima inmortalizada por Liza Minnelli y Frank Sinatra había sido escrita para esta Nueva York, la suya: Nueva York, Colorado.

*La melancolía de este pequeño pueblo
se está desvaneciendo.*

*Voy a tener un flamante nuevo comienzo
en la vieja Nueva York.*

*Si puedo conseguirlo allí,
lo conseguiré en todas partes.*

Está en tus manos,

Nueva York, Nueva York...

Estaban tan convencidos que se convirtió en el himno del pueblo.

Lo cierto es que esta canción fue escrita para mí: Agatha Crispies, inspectora de policía de piel negra (incluso en invierno), trasladada, por razones que obviaré en este primer capítulo para ahorrarles un prejuicio (en este caso exacto) sobre mi persona, desde mi Nueva York natal (la de los traficantes de cocaína) a esta Nueva York de postal (la de los traficantes de aspirinas), donde tuve que empezar de nuevo. Como canta Sinatra, «si puedo conseguirlo allí, ¡lo conseguiré en todas paaaaaartes!». Porque la vida aquí es vomitiva, y no lo digo por las toneladas de donuts de chocolate que engullo a lo largo del día, por suerte tengo un tránsito de lujo (pregunten a Rosita, la mexicana encargada de los cuartos de baño), sino porque procedo de una de las brigadas criminales más prestigiosas y desbordadas de Estados Unidos.

En Nueva York, Colorado, solo la leche desborda.

La comisaría en la que ahora trabajo, la más pequeña del mundo, situada en un pueblo en el que nunca pasa nada, cuenta con una tasa de casos resueltos del cien por cien, puesto que nunca hay nada que resolver. Un problema menos para el superintendente Goodwin, quien para remediar el exceso de tiempo libre de sus efectivos terminó autorizando las actividades extraprofesionales durante las horas de servicio. Un aburrimiento que ni siquiera podemos compartir con los demás: no hay Facebook. De hecho, no hay internet. Cero cobertura, como si los ingenieros hubieran olvidado esta parte del globo o como si no la hubieran descubierto todavía. Como si Bill Gates, Steve Jobs o Mark Zuckerberg^[1] aún no hubieran nacido o siguieran experimentando en sus garajes.

Así que engañamos a la melancolía como podemos. Cada uno a su manera.

*Al jefe le da por pescar. Su productividad laboral se contabiliza ahora en truchas arcoíris, *Salvelinus confluentus* de cabezas planas y otros *Prosopium williamsoni*^[2]. Dudo que las estadísticas lleguen a sus superiores federales.*

Para los demás están el taller de punto de las recepcionistas (compuesto

exclusivamente por agentes mujeres y por Kevin), el taller de sudoku del personal administrativo, los concursos de testosterona de los grupos de operaciones (dardos, cervezas y eructos) y, por fin, el extraordinario, maravilloso e imprescindible club de lectura del que soy presidenta y que acoge a todos los que no saben hacer punto, ni rellenar sudokus, ni lanzar dardos, beber cerveza o eructar, es decir: a nadie. La comunidad Facebook cuenta con alrededor de dos mil millones de miembros. A título comparativo, el club de lectura de la comisaría de Nueva York, Colorado, cuenta con 1.999.999.999... (menos).

Sin embargo, mi club es de vital importancia en la comisaría. Se pueden esclarecer grandes crímenes gracias a la literatura. Mi padre estaba convencido de ello. Porque la literatura es la vida y los crímenes forman parte de ella. Lina pena que en Nueva York, Colorado, el único crimen cometido en veinte años fuera saltarse un semáforo en rojo: el semáforo, el único del pueblo (el resto de los cruces tienen rotondas). Y, aun así, solo se trataba de un hombre bienintencionado que llevaba al hospital a su embarazadísima mujer que acababa de romper aguas. Volvió a cometer la misma infracción cuando nacieron Stan, Peter y, más tarde, Lisa. En resumen, cada vez que Sylvie está a punto de parir, Seth Harrison se transforma en ese furioso criminal reincidente que se salta el semáforo.

Y así hubiera continuado la vida su curso, plácido y deprimente, en Nueva York, Colorado, si un primer crimen tan enigmático como terrible no hubiera sacudido aquel verano la pequeña comisaría en lo más profundo de América. Un crimen del que me propongo hoy relatar su increíble historia.

PRIMERA PARTE

CÓMO CREAR UN GRUPO

(de lectura para los policías de Nueva York)

Cómo empieza esta historia (más bien mal)

Woodville

La primera palabra que pronunció la inspectora de policía Agatha Crispies al ver la masa amorfa de un rojo carmín que flotaba en la bañera como una enorme musaka no fue, para ser exactos, una palabra.

—¡Puaaaaaffff! —masculló escupiendo un gran trozo de su donut de chocolate, que aterrizó en el charco de sangre y se mezcló con los pedazos de carne descompuesta.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre que inspeccionaba el suelo a cuatro patas y que acababa de recibir una lluvia de pasta chocolatada sobre su cráneo despoblado.

Sujetaba en la palma de su mano una pequeña goma elástica que había encontrado entre dos baldosas y la miraba con ojos escrutadores. Interrumpido en su examen, la guardó en el bolsillo de su impermeable, aplazando su análisis, y fijó su atención sobre la recién llegada.

Agatha era una joven de treinta y cinco años cuya presencia impresionaba cuando entraba en cualquier parte. Primero por su «amplitud», porque su cuerpo y sus formas ocupaban todo el espacio disponible. Su pecho y su trasero eran tan desmesurados como las promesas de un candidato a la presidencia. Segundo, por el color de su piel, de un negro azabache, exótico en ese rincón de la América profunda, incluso muy profunda. Y por supuesto, por su *look*. Una enorme bola de pelo rizado que reposaba sobre su cabeza como un nido de cigüeñas (en la que a veces plantaba un peine afro, aunque hoy no

era el caso), pendientes con forma de piña, una camiseta y un vaquero super ajustados con el objetivo de resaltar las formas antes descritas y que siempre parecían estar a punto de estallar. En resumen, Agatha Crispies era Whitney Houston después de una dieta a base de fabada y un cambio de imagen extremo a cargo de Bananarama.

—¡Soy yo la que debe preguntarle eso! —exclamó.

—*Sheriff* McDonald —se presentó el policía levantándose—. Como las hamburguesas.

«*Sheriff*». El sonido de esa palabra dibujó en la mente de la joven policía la imagen de un hombre viril con sombrero y una estrella, mal afeitado, mascando tabaco y escupiéndolo al suelo con aire desafiante, con el cuello brillante de sudor y la camisa lo bastante abierta como para dejar entrever un torso firme recubierto de una espesa mata de pelo. Pero el espécimen que tenía delante era más bien de los que llevan bermudas y calcetines blancos (a juego con su tono enfermizo) hasta las rodillas bajo su impermeable. Aunque su nombre no lo indicaba, las hamburguesas no debían de ser su plato favorito, porque estaba flaco como un palo.

El hombre se sacudió el abrigo delante del espejo, limpió los cristales de sus gafas con la chaqueta del traje, volvió a ponérselas y sonrió al ver los trozos de chocolate que salpicaban su cráneo como en su día lo hizo el pelo.

Agatha le mostró su placa.

—Es la tarjeta Ikea Family —comentó el hombre.

—¡Oh! Perdón (deslizó la solapa de su cartera). Inspectora Agatha Crispies, como...

—¿Los cereales? —propuso.

—Iba a decir como Agatha Christie, pero bueno.

La miró con sus ojos de rapaz.

—Lo sé, no me parezco en nada a un *sheriff* del lejano Oeste —asestó como si le hubiera leído la mente—, pero usted tampoco se parece a Colombo, inspectora.

Ella se lo tomó como un cumplido.

El hombre se quitó de nuevo las gafas y frotó los cristales con el impermeable. Un maniático, juzgó Agatha.

—No sabía que la policía contrataba a...

El *sheriff* no fue más allá; pretendía que ella adivinara lo que le parecía evidente.

—¿Mujeres? —aventuró—. Sí, desde 1910. Hace falta que alguien haga el café en la comisaría —ironizó.

—¡No! ¡Ya sabe lo que quiero decir! A...

El racismo evidente de la gente de la región divertía a Agatha más de lo que la molestaba. Aquí ella era el extranjero de Camus, el Gurb de Mendoza, el Jean-Baptiste Grenouille de Süskind. La miraban con el asco que inspiraba Gregorio Samsa transformado en un monstruoso insecto en *La metamorfosis*. Ella era la diferente. Por esas tierras, ser mujer y negra era un insulto doble, pero no iba a pasarse el día pidiendo perdón. Después de todo, ¿qué sabían ellos del racismo, de las minorías, de la inmigración? Aparte de su jefe, la única persona de color con la que se había cruzado por allí en cinco años había sido su propio reflejo en los escaparates de las tiendas. Bueno, si es que se podía llamar «tiendas» a eso. En ese pueblucho ni siquiera había un Zara.

—¿Negros? —le ayudó.

El hombre sonrió como única respuesta.

Agatha era una mujer de color, como se acostumbraba a decir. La definición le parecía bien, porque así era como ella veía la vida, llena de color.

—Es para infiltrarme mejor —explicó Agatha—. Según nuestro amable presidente xenófobo, ¿no son todos los delincuentes negros o hispanos?

El policía asintió sin detectar la nota de sarcasmo que disimulaba el comentario.

—Tiene razón —aceptó resignado—. Si no me equivoco, su placa es de la policía de Nueva York —añadió para cambiar de tema—. ¿Qué se le ha perdido por aquí?

—Soy de Nueva York, pero hace cinco años que trabajo en la comisaría de Nueva York, Colorado.

El hombre reflexionó unos segundos.

—¿Hay una Nueva York en Colorado? —preguntó él.

—¿Hay una Nueva York en la costa Este? —replicó la policía.

El *sheriff* frunció sus espesas cejas.

—Es una broma de la gente del pueblo —explicó Agatha—. Usted no es el

único que no la conoce. Es un sitio pequeño, con ciento cincuenta habitantes, perdido entre el bosque y la montaña, al norte, en la frontera con Wyoming. A dos horas en coche de aquí. Los móviles e internet ni siquiera funcionan y el microondas todavía es ciencia ficción para ellos.

Sonrió y, como si pretendiera volver al tema que la había llevado hasta allí, hundió sus dedos en el charco de sangre del que sacó algunas migajas que examinó con detalle.

—Parece que acabo de encontrar la primera pista —anunció satisfecha señalando su palma abierta—: al asesino le gustan los donuts de chocolate. ¡Es increíble la cantidad de criminales que comen donuts! No me creerá si le digo que en Nueva York, Nueva York, encontraba a menudo migas de donuts de chocolate en la escena del crimen.

Se preguntó si el asesino no sería un colega. En las series policíacas estadounidenses, todos los polis comían donuts de chocolate. Cambió de opinión. Eso no era más que otro cliché, y mordió el suyo con todas sus ganas.

—No se ofenda, Crispies, pero ¿no ha pensado que pueden ser sus propias migas? —remarcó el hombre, irritado.

Entonces él recordó la parábola del Evangelio según san Lucas, adaptada por Dunkin' Donuts: ver la miga de donut en el ojo ajeno y no ver el donut gigante en el propio.

—A propósito, ¿es suyo el coche con la rosquilla de plástico de dos metros de diámetro sobre el techo que está (mal) aparcado delante del edificio? —preguntó.

—Mi coche oficial. Hacemos un poco de publicidad para los donuts Agujero Divino y, a cambio, abastecen a la comisaría de forma gratuita.

—¿Un poco de publicidad? —exclamó el policía—. ¡Ni siquiera imagino dónde puede poner la sirena!

—No es necesario, ya se ve el donut. Se ilumina por la noche.

El hombre sacudió la cabeza.

—Entiendo... Bueno, no sé cómo lo harán en Nueva York, Colorado, pero aquí, en Woodville, no comemos mientras trabajamos, así que le ruego que deje de contaminar mi escena del crimen.

—¿Querrá decir «mi» escena? —rectificó Agatha con una sonrisa.

—Eso es lo que he dicho. «Mi» escena del crimen.

Ese numerito podría haberse alargado hasta el infinito si la inspectora no hubiera eliminado cualquier asomo de duda poniendo una nota oficial bajo la nariz aguileña de su colega.

—Esta nota del fiscal general del estado de Colorado, Lawrence Wargrave —agitaba una hoja arrugada que había sacado del bolsillo trasero de su vaquero—, estipula que la jefa del departamento de homicidios de la comisaría de Nueva York, Colorado, es decir, yo, es la encargada del asunto. Queda usted retirado del caso, *sheriff* McDo, puede marcharse.

¿Marcharme?, pensó él. ¿Yo? Tiene gracia. ¿Cómo un vulgar agente de tráfico? ¿Cómo un esclavo dócil, un siervo? Pero si de los dos, yo soy el blanco, ¡maldita sea!

—McDonald —corrigió tratando de no dejar asomar la rabia que le carcomía—. No se lo tome a mal, pero ¿por qué un magistrado tendría interés en que una pequeña comisaría perdida en lo más profundo de América se encargue de un asunto de esta importancia? ¿Y encima en mi jurisdicción?

Se quitó las gafas con un gesto nervioso y volvió a limpiarlas con su impermeable.

—No se lo tome a mal usted tampoco, pero puede que piense que los polis de Nueva York, Colorado, y yo en particular, seamos mejores que los de Woodville y, por tanto, más aptos para resolver, cito sus palabras, «un asunto de esta importancia».

McDonald la miró de arriba abajo. No era el tipo de hombre que permitía que una mujer le robara una investigación. ¡Y negra! Con un culo tan grande como un globo aerostático. Que se llamaba igual que los cereales. Y con unas Converse rosas en los pies. Pero no le quedaba más remedio. Si el fiscal general del estado de Colorado lo quería así, debía plegarse a su decisión, por humillante que fuera.

Intentó no dejar ver la herida que ese trozo de papel acababa de ocasionarle en su amor propio con la fuerza de una bala del calibre 38.

—No voy a pelearme con usted por un cadáver —anunció él como si le hiciera un regalo—. No seré yo quien se pase cuatro horas redactando informes de todo tipo cuando vuelva a mi despacho.

En condiciones normales, Agatha le hubiera dado la razón al *sheriff*.

En Nueva York, Nueva York, nunca había discutido por un cadáver, al

contrario. Embarcarse en una gran investigación (si es que eso existe) significaba escribir el informe de las declaraciones, del descubrimiento del cadáver, de las primeras conclusiones del forense, el del levantamiento del cuerpo, del estado del lugar, de los registros domiciliarios, del precintado de las posibles pruebas... Todo ese papeleo inútil para la investigación del que nunca se habla en un Agatha Christie o en un Sherlock Holmes.

Salir de la oficina, llegar a la escena del crimen, investigar y volver al despacho suponía una hora, dos como mucho. Dar cuenta por escrito te llevaba todo un día. En su corta carrera, Agatha había rellenado tantas hojas como tenía la Biblia, incluidos el Antiguo y el Nuevo Testamento, y nunca la habían considerado una profeta. Así de injusta era la burocracia. Nunca se veía esa parte ingrata del trabajo en *Bones*, *El mentalista* o *NCIS*. En la vida real los agentes pasaban más tiempo golpeando el teclado de su ordenador que a un proxeneta colombiano, y casi nunca podían vivir una intrépida persecución en coche a lo *Bullitt*. Si todo esto se llegara a saber algún día, las escuelas de Policía se quedarían vacías.

Pero en ese momento, ese cadáver mutilado era todo con lo que había soñado durante los cinco años que llevaba en Nueva York, Colorado. Un bonito asesinato. Trabajar. Por fin. Investigar algo que no fuera una ardilla radiactiva aplastada.

—Los polis solo se pelean por un fiambre en las películas —continuó él—. En la vida real, nadie los quiere. ¡Un día llegué a ver a dos agentes, cada uno a un lado del río, deshacerse de un cuerpo empujándolo con unas ramas para que estuviera en la jurisdicción del otro!

La inspectora asintió con la cabeza.

—Pues bueno, ¡me lo quedo! Y además, sé que lo dice porque se siente humillado, herido en su orgullo de macho.

El policía se encogió de hombros.

—Venga, McDrive, cuénteme todo lo que ha averiguado —ordenó Agatha mordiéndose el último trozo de su donut de chocolate.

—¡McDonald! —gritó el hombre, sobrepasado, antes de abrir su libreta Moleskine negra para leer sus notas y después de haber limpiado sus gafas por cuarta vez, claro.

Donde aprendemos algunos trucos útiles y fiables para limpiar las manchas de sangre

Mientras planchaba una camisa blanca de su marido, vendedor de automóviles en Spanish Fork que siempre iba hecho un pincel, la vecina de abajo, la señora Grzegorzcyk, se dio cuenta de que había una pequeña mancha roja en el bolsillo de la pechera. Lo primero que pensó es que se trataba de tinta de bolígrafo, porque a su marido le gustaba guardarlos ahí, como si fuera un ingeniero de la NASA (que fue su primera opción antes de la de vendedor de coches), y se apresuró a lavarla en el fregadero de la cocina.

—A propósito, esta mujer es un ama de casa ejemplar —exclamó McDonald interrumpiendo su relato por quinta vez—. Me ha enseñado una decena de trucos para limpiar la sangre de la ropa. Con amoníaco, lejía sin cloro, agua oxigenada, harina, talco, con un cubito de hielo, jabón negro, suero fisiológico ¡e incluso aplicando la anilla de una llave de hierro sobre la mancha sanguinolenta! Y sobre todo, que nunca se debe frotar, sino dar golpecitos, del exterior hacia el interior, para no extender el lamparón. Impresionante, ¿verdad?

—¿A eso llama un ama de casa ejemplar? ¡Yo más bien lo llamaría una potencial psicópata asesina en serie! —se ofuscó la policía.

—Pobre mujer, no diga eso, estaba en estado de *shock*.

—Eso no le habría pasado si dejara que su marido se planchara sus camisas solo. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Grzegorzcyk.

—Grrrr.

—Grze-gor-czyk.

—¿De dónde es? ¿Extraterrestre?

—Polaco.

Garabateó algunas letras en su libreta, las tachó y volvió a escribir.

—¿No puede llamarse Smith, como todo el mundo? —farfulló enojada—.
¿Cómo se deletrea eso?

—Como suena. G-r-z-e-g-o-r-c-z-y-k.

—¿Para inventarse apellidos en Polonia hacen andar a los gatos sobre los teclados del ordenador? Muy bien, continúe, *sheriff* McDo —retomó ella mientras este anotaba mentalmente la hipótesis de los gatos polacos.

—Así que, cuando se puso a planchar la segunda camisa, encontró una nueva mancha de boli, pero esta vez sobre la manga. Y mientras la examinaba más de cerca, una gota roja cayó del cielo a unos centímetros de la primera. Y luego otra. Hasta que una lluvia escarlata se le vino encima. Cuando levantó los ojos vio una inmensa mancha púrpura con la forma de Estados Unidos que se extendía por el techo. Lógicamente subió a avisar a su vecino de arriba. Nadie le respondió. De modo que llamó a la policía. Fui el primero en llegar. Disparé a la cerradura de la puerta del apartamento para poder entrar, después tiré de un golpe con el hombro la del cuarto de baño, que estaba cerrada con llave desde el int...

—¿Eh, no te emociones, Rambo! ¿Quiere impresionarme?

—Uhhh, no, claro que no... yo...

—Bien, ¿dice que había una mancha con la forma de Estados Unidos?

—Es una manera de hablar, no creo que ese detalle tenga impor...

—Gracias —cortó la inspectora.

Agatha asintió con la cabeza mientras releía las notas que acababa de tomar. Quizá hubiera sido más rápido arrancar la hoja de la Moleskine de su colega y meterla en su cuaderno. La misma marca, el mismo formato, solo cambiaba el color de la cubierta. Cuero teñido de negro para el *sheriff*, rojo para la suya. Como sus Converse, antes rosas y ahora, a fuerza de chapotear en el charco de sangre que desbordaba de la bañera, como si fueran un camaleón, teñidas de ese color. ¿Qué había dicho? Con amoníaco, harina, un cubito de hielo, suero fisiológico, lejía e, incluso, la anilla de una llave de hierro. Las

limpiaría en cuanto llegara a casa.

—¿Tiene ya alguna pista? —preguntó el *sheriff*.

Agatha levantó de nuevo los ojos hacia él. ¡Pero mira que estaba ridículo con el impermeable! Se preguntó por qué todos los agentes masculinos llevaban uno. A ella nunca le había gustado ese accesorio. Además de disimular todas las curvas del cuerpo, los impermeables podían esconder un fusil de cañón recortado. O, aún peor, unas bermudas y unos calcetines blancos subidos hasta las rodillas. Freud pensaba que los que llevaban barba intentaban esconderse tras ella, que pretendían esconder algo. ¿Qué habría dicho de los hombres con impermeable?

—¿Sería posible saber en qué está pensando? —la interrumpió el hombre, arrancándola de su reflexión.

—Me preguntaba si llevaba usted bermudas y calcetines blancos hasta las rodillas. —La observación desestabilizó al *sheriff*—. Es un poco ridículo llevar impermeable en verano cuando hay cuarenta grados a la sombra solo para emular a las series policíacas —añadió.

—¡Y eso lo dice una poli que come donuts! En cuestión de clichés, ¡bravo! Escuche, Crispies, no creo que esta pequeña disputa entre policías haga avanzar la investigación. Intentemos llevarnos bien, ¿vale?

—Puede llamarme Agatha. Como...

—¿La marca de bisutería?

—Iba a decir como Agatha Christie, pero bueno.

Se giró hacia la masa de carne que flotaba en la bañera. El cuerpo, imposible de identificar, parecía haber sido acribillado a balazos o acuchillado a navajazos con el claro objetivo de que se pareciera lo más posible a una mosaica y a un cuadro de Picasso (¿el asesino era griego?, ¿español?). No había visto tanto ensañamiento desde que investigó el caso de aquel hombre que abrió la carta bomba que había enviado a su jefe y que le había sido devuelta por correo porque le faltaba el sello.

—¿Un suicidio? —preguntó la joven con la mayor naturalidad del mundo.

El hombre abrió los ojos con asombro.

—¿Bromea? ¡Mire qué carnicería!

¿Pretendía ponerlo a prueba? ¿Se burlaba de él?

Ella miraba el extremo de sus uñas recubiertas de esmalte imitación

burdeos 346 Chanel, comprado en rebajas en la mercería local (porque aún existían las mercerías en Nueva York, Colorado). Para ser de imitación, daba el pego.

—¿Tengo pinta de estar bromeando? —preguntó ella.

—Mucho me temo que no...

Se quitó sus gafas, las limpió con su camisa y se las colocó de nuevo.

—Los que hicieron esto querían asegurarse de que no saldría con vida —remarcó él señalando el iceberg de carne y sangre—. Este Peter Foster debía de tener enemigos importantes.

—Pe-ter-fos-ter —repitió Agatha mientras lo anotaba en su libreta—. Al menos este sí que es un apellido de verdad.

—Es el que encontré en sus papeles.

—Aunque usted piense que, cito, «los que hicieron esto querían asegurarse de que no saldría con vida», sigo creyendo que se trata, sin ninguna duda, de un suicidio. Al contrario de lo que usted piensa, no es imposible que este Peter Foster se haya quitado la vida, y voy a explicarle por qué.

Ella le relató el complicado caso en el que había trabajado unos años antes en Nueva York (la otra). La escena del crimen se parecía a esta. Un hombre en una bañera, en un cuarto de baño cerrado desde el interior, con una única diferencia: solo tenía una herida, limpia y definida, causada por un objeto puntiagudo, en el abdomen. Ni un arma en el lugar, pero la misma cantidad de sangre.

Después de varias semanas de investigación y de una intensa reflexión, por fin resolvieron el misterio de la habitación cerrada desde el interior: el asesino no era otro que la propia víctima. Y mientras todo parecía indicar un homicidio, tuvieron que rendirse a la evidencia de que se trataba de un suicidio, por muy increíble que pareciera. El hombre se atravesó el estómago con una fina estalactita de hielo. Al contacto con el agua caliente del baño, el arma se derritió y desapareció. En resumen, el suicidio perfecto. Aunque Agatha nunca había comprendido el interés de hacer que un suicidio pareciera un asesinato.

—Muy astuto, en efecto —concluyó McDonald asintiendo con la cabeza, admirativo—. ¿Lo resolvió usted solita?

—Fue mi compañero, mientras contemplaba cómo se derretía un hielo en

su decimocuarto *whisky*. Era depresivo y alcohólico.

—Entiendo.

Le dio la impresión de que Agatha tenía algo que ver con esa depresión.

—Bonita historia, pero en nuestro caso, ¿cómo podría haberse asestado tantos golpes de estalactita de hielo?

—Cuanto más lo miro, más me da la impresión de que Peter Foster se estaba bañando tan tranquilo cuando los trece personajes de *Asesinato en el Orient Express* vinieron a asestarle un navajazo cada uno. ¡Mierda! Espero que haya leído el libro y no haberle fastidiado la sorpresa —añadió con una sonrisa que mostraba a las claras que deseaba todo lo *contrario*.

—Debí leerlo cuando era niño. Pero en lo que a Peter Foster se refiere, han hecho falta más de trece navajazos para convertirlo en lasaña.

Un asesino italiano, anotó mentalmente Agatha al lado de griego y español.

—Si me inclino hacia la hipótesis del suicidio no es por espíritu de contradicción, que me sobra, puede creerme, sino porque usted mismo ha dicho hace unos minutos que, cuando llegó, la puerta del cuarto de baño estaba, cito, «cerrada con llave desde el interior».

—¿Apunta todo así? Da miedo sentirse tan observado.

—Temo que se me escape algún detalle, así que lo anoto todo, incluso las cosas sin importancia aparente para la investigación (pasó varias hojas de su Moleskine). El número de teléfono de un tío muy *sexy* que estaba en mi clase en quinto (y al que nunca me atreví a llamar), un pensamiento filosófico de Nietzsche a propósito de la pesca del atún, la composición química del latón, un poema de amor de Howard Phillips Lovecraft, la lista de la compra de la semana.

—¡Ah, ya veo!

Hizo ademán de volver a limpiar los cristales de sus gafas, que de hecho estaban como una patena.

—Así que la puerta estaba cerrada con llave desde el interior —repitió ella para retomar el tema de conversación.

—Cerrada con llave desde el interior. Cierto —aseveró él como si acabara de dar con algo importante—. Es verdad, estaba cerrada con llave desde dentro —insistió frunciendo el ceño.

Y como siempre que era incapaz de encontrar una explicación a algo y no

quería pasar por un idiota, prefirió cambiar de tema.

—A propósito, ¿qué decía Nietzsche sobre la pesca del atún?

Donde esta apasionante conversación continúa en el cuarto de baño en compañía de un tercer interlocutor

—¡La víctima comió lentejas antes ser salvajemente asesinado! —anunció el médico forense a modo de saludo cuando entró en el cuarto de baño.

Los dos policías se miraron un instante, inmóviles, mientras el hombre se inclinaba con un gesto de asco por encima de la bañera.

—¡Es usted impresionante, doctor! —exclamó Agatha, sorprendida—. ¿Cómo lo ha deducido con un simple vistazo?

—Nadie ha tocado la mesa de la cocina —explicó el forense—, y aún quedan lentejas en la cacerola. He probado una cucharada, y están buenas. Deberían pasarse por allí antes de que los empleados de la funeraria lleguen y se lo zampen todo. Son unos verdaderos buitres.

Les tendió su bonita mano de médico con las uñas pulidas.

—Doctor Scholl, como las limas para los callos.

—Crispies —se presentó Agatha.

El *sheriff* no hizo ademán de hablar. Scholl ya conocía su apellido. Habían trabajado juntos muchas veces. Solo había un *sheriff* y un forense en Woodville.

El recién llegado los miró divertido.

—Crispies y McDonald, qué buena coincidencia. Parece el nombre de una dieta para engordar —añadió con una pizca de ironía en la voz—. Nadie que se alimente de eso sobreviviría más de tres meses —bromeó.

—¡Yo hace treinta años que sobrevivo a base de donuts de chocolate! —se

defendió Agatha.

El forense la miró de arriba abajo, se detuvo unos segundos en sus enormes caderas y en su aún más enorme trasero, que sobresalía de sus enormes caderas. Estuvo a punto de decir «Ya se nota», pero se contentó con esbozar una sonrisa. Sobrepeso, hipercolesterolemia, pies planos, sin duda diabetes tipo 2; esta mujer con dulce nombre de cereales era en sí misma todo un tratado de medicina interna. La obesidad era una de las causas principales de enfermedad y de muerte evitables en Estados Unidos, pero algunos parecían poner todo de su parte para estamparse de frente contra la pared.

—Mi más sentido pésame —se burló.

—¡Oh! No conocíamos a la víctima —contestó Agatha.

—Lo decía por usted —añadió con aire tajante.

Hubo un silencio.

—Tengo la impresión de conocerla —retomó el médico unos segundos más tarde.

—No creo, no —respondió Agatha, molesta, lanzándole una mirada capaz de reducir a cenizas el acero más sólido—. Es la primera vez que vengo por aquí y no creo que usted haya ido a Nueva York, Colorado.

—¿Hay una Nueva York en Colorado?

—¿Hay una Nueva York en la costa Este? —preguntó McDonald apropiándose de la broma de la gente del pueblo.

—Me dicen a menudo que me parezco a Rihanna, quizá sea por eso —supuso Agatha.

Podía leer en los hombres como en un libro, como en una revista, como en un *Cosmopolitan*. Había sido desagradable con ella, pero aun así notaba que le gustaba. Es más, precisamente por eso había sido desagradable con ella, no cabía duda. Conocía la psicología masculina. Y todo el mundo sabía que a los hombres les gustan las mujeres con el trasero grande. Quizá fantaseaban con modelos rusas anoréxicas, pero al final se casaban con las marujas y sus kilos de más. Y ella, en cuestión de trasero, tenía el de Beyoncé y Jennifer López juntos.

—¡Ya está! —exclamó el médico—. ¡Usted se parece a la chica de *Ghost*! ¡Es su vivo retrato!

—¿A Demi Moore? —preguntó Agatha, intrigada y halagada al mismo

tiempo.

Después de todo, el médico no era tan grosero como parecía. ¿O quizá quería compensar el daño? Era la primera vez que la comparaban con una actriz estadounidense tan guapa. Pero claro, esos ojos de gata, esa bonita cara armoniosa, ese cuerpo de ensueño, esos...

—No, Demi Moore no; la otra, la médium.

—¿Whoopi Goldberg? —exclamó horrorizada.

Sintió que se mareaba. Sacó un donut de chocolate de su bolso y lo mordió nerviosa.

—¡Sí, eso es, Whoopi Goldberg!

—Bueno, no quiero molestar, pero cuando hayan terminado con su pequeño juego de los parecidos tenemos un muerto del que ocuparnos —remarcó McDonald muy serio.

—Eso, hablemos de ese pobre tipo —dijo Agatha, dolida.

El forense se giró hacia la montaña de carne escarlata que se extendía delante de él y esbozó de nuevo un gesto de asco.

—¿Piensa que se trata de un asesinato?

—¿Y de qué quiere que se trate si no? —preguntó el doctor girándose hacia la corpulenta policía—. ¡No pensará que ha fallecido de muerte natural!

El *sheriff* rio.

—Peor que eso —dijo—. Piensa que es un suicidio...

El médico adoptó un mohín perplejo y se rascó el mentón.

—¿Un suicidio? Poco probable. A menos que sea un atentado suicida con bomba... Es la moda hoy en día.

Agatha abrió los ojos como platos. Durante unos segundos se vio encargada de una investigación de ámbito nacional, incluso internacional. Ella sola contra los terroristas. Asumiría la seguridad del Estado, salvaría al mundo como Bruce Willis. El presidente de Estados Unidos le pondría una medalla en el pecho.

Tengo que pensar en ponerme mi sujetador más bonito, anotó mentalmente, y una camisa elegante.

—Pero ¿qué se le habría perdido a un yihadista en Woodville? —se preguntó el *sheriff* en voz alta—. ¿Y de qué le serviría cometer un atentado en su propia bañera?

El sueño de la policía explotó como una pompa de jabón. Se olvidó del sujetador bonito y de la camisa elegante. De todos modos, estaban en el cubo de la ropa sucia.

—Es un asesinato —aseguró el forense para zanjar cualquier otra hipótesis alocada—. La última vez que vi un ensañamiento parecido trabajaba en Washington. Un tipo mató a su mujer en un ataque de ira y después la cortó en trozos con lo que tenía más a mano, un cuchillo para untar mantequilla.

—¿Un cuchillo para untar mantequilla? —repitió el policía con impermeable.

—Ocurrió durante el desayuno. Paradójicamente, un cuchillo de carne o de carnicero causa menos destrozos. Es más limpio, más definido. Pero con un cuchillo para untar mantequilla hay que esforzarse para cortar la piel. ¡Y no les digo nada de los huesos! Los hizo trizas. ¡En fin, como esto! Bacon.

Enseñó la montaña de piel roja.

—¿El pintor? —preguntó Agatha.

—¡No! El jamón cocido.

—¡Ya! Lo decía porque los personajes que pinta Francis Bacon son masas deformes y terroríficas —explicó la policía.

—¿Ha estudiado Bellas Artes, inspectora Crispies?

—Uhhh, no.

—¡Pues entonces pongámonos a trabajar!

El hombre se arremangó la camisa y con un gesto pidió a los agentes que retrocedieran un poco. Depositó su maletín sobre el suelo inundado de agua y sangre y sacó un estetoscopio.

—¿Cree que es necesario a estas alturas? —preguntó Agatha.

—Nunca me salto ningún punto de la lista. No quiero que se me escape ni un insignificante detalle, así que lo hago todo, incluso lo evidente.

—Con lo neuróticos que son, seguro que ustedes dos se entenderán de maravilla —dijo McDonald limpiando por cuadragésima sexta vez en diez minutos los cristales de sus gafas.

El médico se enfundó un par de guantes y apoyó su fonendoscopio en varios sitios de la masa de carne. Después examinó algunos trozos con los dedos para identificar dónde se encontraba la cabeza y los diferentes miembros del cuerpo, barrió con el dorso de la mano algunas migas de donut

de chocolate, tomó varias medidas, entre ellas la temperatura con un *extraño* termómetro, y por fin se giró hacia los policías.

—Está muerto —aseguró con cara de circunstancias.

Cómo detectar racistas con un simple iPhone

Cuando hacemos la pregunta a nuestro alrededor, la mayor parte de la gente asegura que no es racista. Es extraño, no hay racistas y, sin embargo, hemos elegido a un presidente xenófobo (se elige al jefe del gobierno según sufragio universal indirecto, así que una mayoría de votantes y, por tanto de estadounidenses, son universal e indirectamente xenófobos); en 1997, el ministro de Agricultura negó a decenas de miles de agricultores negros préstamos como los concedidos a los granjeros blancos; y el 89 por ciento de las actrices negras interpretan a personajes vulgares, frente a solo un 17 por ciento de actrices blancas. Los racistas están en todas partes. En la política, la agricultura, el cine, en cada esquina. Quizá usted también lo es, sin ni siquiera saberlo.

Me explico. Dos economistas estadounidenses se enzarzaron en el tema y preguntaron a su alrededor: «¿Respondería usted de la misma manera a un anuncio en internet de un vendedor sin tener en cuenta el color de su piel?». Respuesta unánime: «¡Claro, por supuesto que sí, faltaría más!». Sin embargo, en realidad las cosas fueron muy diferentes. Los hechos son siempre muy distintos a las palabras.

Para estar seguros colocaron anuncios en diversas páginas gratuitas de internet durante un año. El objeto en venta era siempre el mismo: un iPhone. Con una sola diferencia. En algunos anuncios la mano que lo sostenía era blanca y en otros, negra. Los resultados no dejaron lugar a dudas. El vendedor negro recibía un 10 por ciento menos de respuestas y un

20 por ciento menos de ofertas que el vendedor blanco. Y además, los compradores potenciales que contactaron con el vendedor negro se mostraron más desconfiados. Un 20 por ciento menos daba su apellido, y más de la mitad parecían preocupados por el pago a distancia. En resumen, sin confesarlo, solo por prejuicio, pensaban que el vendedor negro les atracaría en su propia casa, que el móvil era robado o que nunca lo verían. Que se quedaría con el dinero e iría a comprarse el último CD de Will Smith.

¿Qué nos enseña este estudio?

1. Que si quiere vender un iPhone y es usted negro, es mejor no poner la mano delante del objetivo o pedir prestada la de su mejor amigo blanco para el anuncio.

2. Que nunca debería venir a vivir a Nueva York, Colorado. Da igual que sea negro o un teléfono móvil, no hay diferencia, nadie lo querrá aquí.

3. Que debería actualizar su cultura musical. ¡El último álbum de Will Smith salió en 2005!

Donde el lector, neófito en la materia, aprende cómo se investiga un asesinato

—Bien, ¿por dónde va a empezar? ¿Por el registro? ¿Interrogará a los vecinos?

Apoyado contra el lavabo, el hombre con impermeable miraba a Agatha con una pequeña sonrisa.

—Pues primero ¡voy a celebrarlo! Abriré una botella de champán del bueno.

—Celebrar ¿qué?

—¡El asesinato, por supuesto!

—Parece que disfruta.

—¡Hace cinco años que lo estoy esperando! No pedía el asesinato del siglo, solo un pequeño e insignificante cadáver. ¡Cinco años! Había perdido la esperanza. Incluso pensé en poner un anuncio en el periódico local, pegar carteles sobre los postes eléctricos, poner publicidad en las cajas de *pizza* y en los paquetes de leche.

Dibujó un cartel en el aire y exclamó:

**POLICÍA DESESPERADA
BUSCA
UN (BONITO) ASESINATO**
*Diríjense al club de lectura de la comisaría, última
puerta al final del pasillo, al lado de la fotocopidora.*

—Un asesinato en la región es como el cometa Halley, solo se ve uno cada 76 años. Y eso si tienes suerte.

El hombre la miró perplejo antes de limpiar los cristales de sus gafas. Agatha se encogió de hombros resignada:

—Y además, me preguntaba cómo iba a poder sobrevivir a otro verano sin Facebook.

El verano acababa de empezar y ya no tendría que preguntarse cómo iba a entretenerse. Le gustaba el verano, le parecía una estación muy novelesca, muy propia de obras maestras: *Buenos días, tristeza*, de Françoise Sagan; *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee; *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare. Y claro, *Summer Crossing*, de Truman Capote, o sea «atravesando el verano».

—Atravesando el verano sin Facebook... —murmuró ella sonriendo por su agudo ingenio.

El *sheriff* no reaccionó. ¿Sabría al menos de lo que estaba hablando?

—No lo conozco —reconoció, ignorante.

—¿El qué? ¿Facebook o a Truman Capote?

Esta vez fue él quien se encogió de hombros.

No le sorprendía que no conociera al autor de *A sangre fría* o *Desayuno con diamantes*, pero no le perdonaba que ignorara la existencia de Facebook. Ese pueblucho era un poco *La máquina del tiempo* de H. G. Wells. En nuestra época, un policía que se preciara debía dominar las redes sociales. Era una fuente fundamental de información sobre los delincuentes. Porque los

malhechores, como el resto de los mortales, tenían una cuenta en Facebook.

La gente se echaba a las calles y se manifestaba en contra de los ficheros policiales porque, según ellos, atentaban contra las libertades individuales y el derecho a la intimidad, y después contaban cada detalle de su pequeña e insignificante vida en las redes sociales. Algunos chorizos incluso posaban con sus armas y el botín de su última fechoría. Ya no había que reunir pruebas, la gente se inculpaba sola con fotos o vídeos. Detrás de cada desconocido que pide ser su amigo podría haber un policía encubierto.

Sí, desde luego que Facebook era mejor que un simple fichero de información general. Sabíamos lo que la gente comía (por muy misterioso que parezca, muchos fotografiaban sus platos), dónde se iban de vacaciones y con quién, y, sobre todo, la fecha de su vuelta (lo que les encantaba tanto a los policías que los esperaban pacientemente para recibirlos en sus casas a las seis de la mañana, como a los ladrones que se afanaban durante su ausencia).

—Resumiendo, acabamos de proceder a las primeras constataciones sobre el cadáver en compañía del forense —continuó ella—. Ahora hace falta examinar el lugar, recoger pruebas, si las hay y las encuentro, hablar con los posibles testigos, miembros de la familia o amistades del difunto, buscar información sobre la víctima y todas esas cosas.

—Tiene donut para rato, si me permite la expresión.

—«Al instante mismo, sin tardar un momento, comencemos nuestras pesquisas» —recitó la inspectora dando voz a Albert de Morcef en *El conde de Montecristo*.

Le gustaba citar a los grandes clásicos, era una manera de introducir la literatura en la vida real. O de meter su pobre vida en el maravilloso mundo de la literatura.

Salió del cuarto de baño decidida a encontrar una pista importante y demostrarle a McDonald que valía tanto o más que un hombre. Y encima, blanco.

El apartamento estaba ordenado, demasiado ordenado para pertenecer a un soltero. Anticuado y limpio. Pero Agatha conocía bien a los solteros, había conocido a un montón, así que tenía que haber una mujer detrás de todo esto. Una con una aspiradora en una mano y un bote de O’Cedar en la otra, para ser precisos. Busque a la asistenta y encontrará a la mujer. Si la encontraba, quizá

podiera acercarse al asesino. A veces, en los asesinatos, no hacía falta buscar muy lejos.

En las novelas de Agatha Christie o en las series estadounidenses de televisión, nos imaginamos grandes crímenes llenos de misterio y de enigmas difíciles de resolver, apasionantes, y lo sazonamos todo con una multitud de personajes variopintos, cada uno más exuberante y sospechoso que el anterior. Nada más alejado de la realidad. Si un hombre muere, es su mujer la que le ha clavado el cuchillo en el 90 por ciento de los casos; y si una mujer muere, hay que buscar al marido. Si es un niño al que encontramos asfixiado bajo la almohada, en el 80 por ciento de los casos se trata de alguien de la familia. Si se encuentra en un círculo familiar reconstituido, por lo general el culpable es el padrastro o la madrastra. Es increíble el número de niños que muere a manos de la pareja de la madre. Y más increíble aún el número de madres que están implicadas y se dejan embaucar por la pareja. En Estados Unidos, la proporción de víctimas de asesinatos cometidos por alguien conocido con respecto a los cometidos por desconocidos es de tres a uno. No se mata a un desconocido. O muy poco.

En la vida real, por lo tanto, salvo excepciones, no hay grandes investigaciones, nada que no se resuelva en unas horas. Es matemático. Estadístico. Lógico. Los asesinos de la vida real no son los criminales inteligentes y elegantes que abundan en las series. Normalmente un asesino no tiene a mano a un equipo de diez guionistas antes de matar a su mujer. Por lo general se trata de desgraciados que actúan por un arrebató, una rabia sorda y espontánea. Una disputa en la cocina y se coge un cuchillo; una discusión en el salón, donde está el trofeo del concurso de petanca, y plaf, un golpe.

Después del calentón, cuando la tensión baja, muchos llaman a la policía y confiesan sin que ni siquiera haya que preguntarles. Esos se benefician de la clemencia del jurado y sus penas suelen ser más cortas. Los otros, los más estúpidos, se inventarán una historia después del acto, maquillarán los hechos como puedan y se hundirán en la mentira que han creado. Porque pocos son capaces de mentir. De mentir bien. Bajo presión. No todo el mundo tiene ese don.

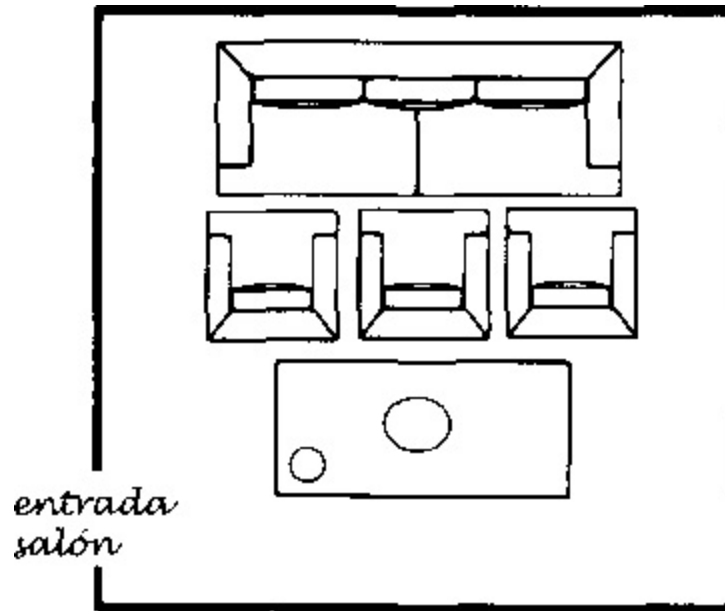
Oh, el crimen perfecto existe, por supuesto. Alguien que no tenga antecedentes penales, que mate a alguien en la otra punta del país, que no

tuviera ninguna relación con la víctima, y todo eso sin hacerse notar (tendrá que ocultar su cara, el coche y la matrícula), cometería el crimen perfecto. Aunque se hallaran trazas de ADN o huellas en la escena del crimen, jamás se encontraría al asesino porque no está fichado y, al contrario de lo que se ve en las series, la policía no puede identificar a nadie si no están disponibles sus huellas digitales o de ADN. Si no tiene ninguna relación con la víctima, no se nos ocurriría ir a buscar al asesino donde esté. Como en la primera novela policíaca de Patricia Highsmith, *Extraños en un tren*, en la que dos desconocidos se encuentran en un tren y llegan a un acuerdo: intercambiar sus crímenes. El primero matará a la mujer del segundo y este al padre del primero.

El crimen perfecto, sí, pero ¿quién mataría a alguien que no conoce y que vive en la otra punta de Estados Unidos solo para cometer el crimen perfecto? Mejor quedarse en casa viendo una buena película y comiendo *pizza*.

Agatha, su pecho y su trasero entraron uno detrás de otro en el salón. La habitación, de unos veinte metros cuadrados, estaba limpia, cierto, pero extrañamente organizada. Los tres sillones estaban pegados entre sí y contra el sofá, de manera que uno no se podía sentar en este último. Y la mesa baja estaba pegada al respaldo de los tres sillones, que estaban girados hacia el sofá, de manera que uno tampoco se podía sentar en ellos. En realidad, el único asiento disponible era la mesa baja. Pero sobre ella había una cesta con ovillos de lana y agujas de tejer que no daban muchas ganas de sentarse. El salón entero era un cactus, imposible sentarse en ningún sitio.

—¡Esta disposición no sigue mucho el feng shui! —comentó el *sheriff* mientras garabateaba un plano visto desde arriba sobre su libreta.



—El Tetris ha hecho mucho daño a toda una generación —soltó la policía.

—Parece una pirámide invertida, pero dudo que tenga relación con nuestro asunto. Después de todo, la gente tiene derecho a tener mal gusto, ¿no?

El hombre se giró hacia Agatha y clavó la mirada en sus pendientes con forma de piña.

Después de una infructuosa vuelta por el cuarto de baño, la policía entró en el dormitorio. Agatha no había aprendido su método de registro del *Manual de Técnicas Policiales* (MTP), la biblia en materia de procedimientos policíacos, sino de uno más original, del de Auguste Dupin, el distinguido detective francés creado por Edgar Allan Poe en sus *Historias extraordinarias* y que serviría de inspiración para el Sherlock Holmes de Doyle. En *La carta robada*, Poe mantenía en vilo al lector durante diecisiete páginas describiendo la búsqueda de una carta comprometedor escondida en el apartamento de un ministro y que al final estaba a la vista de todos. La mejor de las estrategias.

McDonald le pisaba los talones. Ella sentía su mirada llena de amargura y de reproches, de machismo y de perversidad, recorrerle el espinazo. Quizá se recreara en su trasero. Sí, claro que se detenía en sus magníficas posaderas. Imposible no verlas, ocupaban todo el espacio.

—Una cama grande —murmuró Agatha como si pensara en voz alta o estuviera grabando en un dictáfono.

Olfateó las sábanas. Olían a limpio.

—Suavizante de lavanda.

Era el ama de casa la que hablaba, no la inspectora. Había indicios y pistas que un hombre nunca podría detectar, por muy *sheriff* que fuese. Por eso se empezó a reclutar a mujeres en la policía estadounidense en 1910. La primera fue Alice Stebbins Wells, en Los Ángeles. Una vez contratada, le entregaron un libro con el reglamento, un manual de primeros auxilios y una placa de policía con el número 1. Tuvo que hacerse ella misma su uniforme, el primero para una mujer policía.

Desde entonces, había corrido mucho café en las Nespresso de las comisarías y a los superintendentes les gustaba integrar a las policías en las patrullas porque ellas sabían manejar mejor los conflictos que los hombres y, paradójicamente, imponían más respeto (al parecer evocaban una imagen maternal y los delincuentes más trastornados se convertían en dóciles corderos frente a ellas; alguno incluso las llamaba «mamá» cuando les ponían las esposas).

En fin, que por eso se empezó a reclutar a las mujeres en la policía. Y de paso, para detectar las trazas de suavizante de lavanda en la ropa de cama de una víctima.

—Han cambiado las sábanas esta mañana —continuó Agatha, levantando la cabeza hacia McDonald.

Era domingo, y mucha gente aprovechaba ese día para hacer limpieza. Quizá Peter Foster, o su misteriosa novia, eran de esos.

Agatha sintió un leve estremecimiento cuando encontró un retrato del difunto en un marco de plata sobre la mesita de noche. Sonreía a la cámara, feliz de vivir (aún). Era un hombre guapo, rubio, con los ojos azules. Al parecer, a juzgar por el cartel y por el delfín, cuyo hocico brillante y gomoso salía del agua, la foto había sido hecha en Marineland. A su derecha, una mujer de unos cincuenta años, con unas gigantescas gafas de sol que le ocultaban los ojos y un gran sombrero que le ocultaba el resto de la cara, lo sujetaba por la cintura como si quisiera retenerlo a su lado.

—Está muy blanca —dijo McDonald fingiendo preocupación—. Quiero

decir que está muy pálida. Parece que ha visto a un fantasma.

—Algo así —reconoció señalando el marco—. Supongo que se trata de nuestro Peter Foster.

—Bien acompañado...

—Bien acompañado es un decir, ¿ha visto esa rebeca gris tan espantosa? —exclamó Agatha—. Es una pena, si se cuidara un poco sería una mujer guapa... ¿La ha visto antes por aquí?

—No. —El *sheriff* agitó la cabeza—. Pero con esas gafas y ese sombrero, no reconocería ni a mi propia madre.

—¡A la vista de todo el mundo! —exclamó la policía recuperando su color—. ¡Gracias, Edgar Allan Poe!

—No la sigo.

—Ya tenemos una buena primera sospechosa ideal. —Cogió el marco con la foto y lo metió en una bolsita de plástico transparente que encontró en su bolso—. Y fácilmente identificable.

Garabateó encima «Prueba material número 1» con lápiz de labios.

No era buena fisonomista, sobre todo cuando se trataba de blancos. Todos le parecían iguales. Pero había desarrollado una habilidad eficaz, una deformación que había adquirido a fuerza de hojear las páginas de moda del *Cosmopolitan* y el *Marie-Claire*.

—Puedo olvidarme de una cara —dijo mientras salía de la habitación—, pero nunca de la ropa hortera.

Donde nos familiarizamos con el método Crispies, reconocido como infalible (cuando no falla)

—¿No va a interrogar a los vecinos del edificio? —preguntó el *sheriff* McDonald, sorprendido cuando Agatha le anunció que estaba a punto de marcharse a casa.

—Ya ha interrogado usted a la vecina de abajo. Y además es domingo, McDo, ¿no descansa nunca? Habrá tiempo esta semana para volver. No van a irse.

Dicho esto, se dirigió a la cocina. Quería asegurarse de que el forense había dicho la verdad y Peter Foster se disponía a comer lentejas cuando fue salvajemente asesinado (¿por un defensor fanático de las lentejas?). Sobre la mesa solo había un plato, confirmando (o queriendo simular) que la víctima estaba sola esa noche.

Agatha abrió varios cajones y se hizo con una cuchara limpia que hundió en la cacerola, que estaba aún sobre el fogón. Probó las lentejas frías y decretó que estaban excelentes. Anotó la marca en su libreta, entre el número del alumno *sexy* y la cita de Nietzsche sobre la pesca del atún, y se prometió comprar esas la próxima vez que fuera al supermercado de la esquina.

A continuación se dirigió al vestíbulo y desde allí abarcó el apartamento con la mirada.

—Bien, una cosa menos.

Sostenía en la mano el marco de plata con la fotografía de la pareja y del delfín en Marineland. Al menos no se iba de vacío.

Cuando entró en el ascensor, seguida de cerca por sus nalgas prominentes y el *sheriff*, pareció caer de repente en un estado de trance.

—Cuarto de baño: ¿cuatro de baño? ¿baño de cuatro? ¿cuento de baño? ¿enanitos? ¿Blancanieves?

—¿Le ocurre algo? —preguntó McDonald, inquieto.

—Busco pistas.

Le explicó en qué consistía el método Crispies, una técnica que había hecho famoso a su padre, John Crispies, capitán de la Policía Metropolitana de Nueva York, también conocido como místico Chocolate, fallecido por una indigestión de donuts de chocolate, lo que en esa profesión se entendía como un accidente laboral. Le gustaban tanto esos dulces que se decía que su hija había nacido con el mismo color, el del cacao. Pero bueno, siendo él y su mujer negros, lo contrario habría sido extraño, incluso sospechoso.

—Basta con coger cada elemento del que disponemos y anotar, en caliente, todo lo que se nos pasa por la cabeza, absolutamente todo. Mi padre resolvió muchos casos considerados irresolubles de esta manera. Yo nunca, pero la esperanza es lo último que se pierde.

—Es muy interesante...

—Agujereado como la carne picada —retomó de pronto—, carne picada, carne de caballo, caballo. Todo parece indicar que la próxima pista se encuentra en el hipódromo...

Y lo anotó en su libreta roja.

—¿En el hipódromo?

—No, espere. —Agatha retomó sus notas—. Carne picada, pochada, pocha, hacha, leñador. Sí, eso es, leñador.

—Mucho mejor —convino el otro, divertido por su juego—. Le será más fácil encontrar leñadores que hipódromos por aquí. Dígame, ¿está segura de que su técnica funciona?

—Confíe en mí.

—A decir verdad, ya no confío en nadie desde que descubrí que las lociones crecepelo son un timo.

—Algunas funcionan. El problema es que no ha probado la buena, *sheriff* McDonald. ¿McDonald? ¿McDonalds? ¿McDo? ¿McAuto? ¿Hamburguesa? ¿Big Mac? Me hace falta una hamburguesa.

Salieron del ascensor en la planta baja.

—Ya he terminado mi turno, pasaré por el McDo de camino a casa y compraré lejía en el supermercado —pensó en alto.

—¿Todavía se trata de su técnica?

—No. Es mi lista de la compra. ¡Adiós, *sheriff* McAuto!

—McDonald —corrigió el hombre, desesperado, pero ella ya estaba lejos.

Permaneció inmóvil en la entrada del edificio unos segundos, soñador, sonriente, invadido por una inmensa felicidad. Así que algunas lociones para la calvicie funcionaban...

Donde se habla de la biblioteca de los libros que nadie escribió

Nunca nos acostumbramos a la muerte.

Incluso trabajando en el departamento de homicidios de la policía.

Podemos guardar las apariencias, podemos comer en una escena del crimen (salvo pasta con salsa de tomate o musaka), bromear (recomendable para relajarse), enamorarnos (¿por qué no? Mientras no sea del cadáver...). Podemos hacer cualquier cosa, incluso un selfi con el muerto, pero todo eso no es más que teatro. En el fondo, tenemos miedo. Porque sabemos que tarde o temprano nos llegará el turno. Y que otro agente de policía obeso escupirá perdigones de donut de chocolate sobre nuestro cadáver mientras piensa en los resultados de la Super Bowl.

Las escenas de suicidio me conmueven de forma especial, quizá porque han sido muchos los genios de la literatura que se han quitado la vida (la Wikipedia incluye 189 nombres en la categoría de «Escritores suicidas», lo que supone una cifra bastante razonable si se tiene en cuenta que cada año más de 140 policías se suicidan en Estados Unidos).

No puedo evitar imaginar la escena. John Kennedy Toole, en su coche, asfixiado por la emanación de CO₂ del tubo de escape que llegaba hasta la cabina a través de un conducto que conectó él mismo, convencido de que su único manuscrito, La conjura de los necios, había sido rechazado por todas las editoriales. Sin saber que unos meses más tarde su madre removería cielo y tierra para que finalmente fuera publicado. Sin saber que le darían el premio Pulitzer a título póstumo en 1981, y que su novela se convertiría

en un clásico. Un pequeño corte de mangas de Toole desde el paraíso: la cita de Jonathan Swift que abre su libro («Cuando en el mundo aparece un verdadero genio, se le puede identificar por este signo: todos los necios se conjuran contra él»), dedicada a todos esos editores que no creyeron en su genio.

Imagino a Roman Kacew, un hombre con cuatro seudónimos (como Romain Gary y Emile Ajar), que para no envejecer, se suicidó el 2 de diciembre de 1980 con un revolver Smith & Wesson del 38, la bala le atravesó la boca, en su pequeño apartamento parisino. Sylvia Plath, que deja en la mesa de su cocina galletas y leche para sus hijos, que están durmiendo en el piso de arriba, antes de encerrarse y abrir el gas. Virginia Woolf, que llena sus bolsillos con grandes piedras y se tira a un río cerca de su casa. Ernest Hemingway, que prefiere irse con una reverencia antes de que la diabetes lo consuma por completo, y se levanta temprano como si fuera a pescar y se pega un tiro en la cabeza con su fusil. Para encontrarse con su padre, que se fue de la misma manera cincuenta años atrás.

No puedo evitar pensar con tristeza en todos esos libros que hubieran podido escribir de no haber acortado sus vidas, en esa gigantesca biblioteca de libros no escritos que nadie leerá jamás...

Donde descubrimos un segundo sospechoso ideal

En el camino de vuelta, Agatha se detuvo en el McAuto que había visto a la ida. A falta de champán, pidió una Coca-Cola acompañada de una bandeja de nueve McNuggets de pollo con su salsa barbacoa, mayonesa y *ketchup*, una ración de patatas fritas, un donut de chocolate salpicado con una lluvia de virutas de azúcar rosa y una manzana para sentirse menos culpable.

Devoró todo mientras conducía, excepto la manzana, que acabó en la guantera junto a las otras.

Provisto de colesterol y azúcar, su cerebro volvió a funcionar como una máquina bien engrasada. Solía decir que Hércules Poirot usaba sus pequeñas células grises y ella, sus pequeñas células «grasas».

Por fin un asunto al que hincarle el diente, pensó. Un asesinato era muy diferente a pasarse los días buscando al que había robado la conexión a internet en la ciudad. Bien, tenía que ser minuciosa. Primero, el enigma de la puerta cerrada con llave desde el interior.

Se acordó de que ya había oído hablar de eso en algún sitio, en un libro, para ser exactos. Pero ¿cuál? Había leído miles. Los repasó hasta dar con *El misterio del cuarto amarillo*, una novela francesa de principios del siglo XX que hablaba de un asesinato en una habitación cerrada. Lo había leído, pero había olvidado el final, como le ocurría con muchos libros policíacos. De la mayor parte de las obras solo conservaba un sentimiento, una emoción. Intentó recordar la historia.

Una joven es encontrada muerta en una habitación amarilla. No conseguía

acordarse del resultado de la investigación. ¿De qué se trataba? ¿De un veneno que impregnaba la tapicería amarilla? No. ¿El asesino se encontraba aún en la habitación cuando llegó la policía, liberándolo sin saber que seguía escondido? A menos que el culpable fuera el policía que descubrió el cadáver. Inútil. El desenlace no estaba en su cabeza.

Anotó que debía echar un vistazo a la novela en cuanto pudiera. Pensó en McDonald: había sido el primero en llegar al lugar de los hechos. Si la vecina era la primera sospechosa ideal, el *sheriff* era el segundo. Nunca se podía descartar a nadie en una investigación. Sobre todo tratándose de un tipo tan extraño, que se limpiaba los cristales de las gafas sin parar.

Al volante de su Ford, condujo durante las dos horas que la separaban de su pueblo mecida por las notas de la música *country* (por allí era lo único que ponían en la radio). El paisaje lunar, compuesto de rocas grises, de deslizamientos de piedras y relieves escarpados que la acompañaron durante los últimos minutos, dejó pronto paso, tras una curva, a un denso bosque de pinos verdes entre los que grandes extensiones de agua reflejaban la luz de la luna llena como si fueran lagos de papel de aluminio.

El decorado se repetía incansablemente, alternando montañas y bosques, como si Agatha hubiera sido propulsada dentro de la maqueta de un tren eléctrico. Conducía la locomotora y pronto empezaría una nueva vuelta. Era el paisaje el que se movía, y no el coche. Spanish Fork, Tortilla Peak, Chips Mountain, Mont Toblerone. Quienes bautizaron todos esos lugares debían de tener un hambre canina.

La radio de la policía crepitó.

—«A todas las unidades, se trata de un código 10-31, repito 10-31».

Lo descifró al instante: Kevin, de guardia en la centralita de la comisaría, pedía una *pizza* y una Coca-Cola.

En Nueva York, Colorado, donde nunca pasaba nada, los efectivos policiales, en un intento por adaptarse a los eventos locales, habían dado un giro a la nomenclatura de los códigos 10, con los que se identificaba a las situaciones más habituales en las transmisiones policiales. De este modo, un 10-31, que en el resto del país significaba «atracó en curso», aquí simplemente quería decir que uno de los agentes de servicio quería una *pizza* y un refresco. Un código 10-32 (hombre armado) significaba «hamburguesa con

patatas fritas». Un 10-50 (conductor bajo los efectos de estupefacientes), «traedme un helado». Las conversaciones de la policía local se parecían más a un pedido en un restaurante de comida rápida que a situaciones de urgencia. Los grupos de operaciones habían desarrollado su propio código: 16-64, «tráeme unas cervezas»; 10-100-D, «fijaos en los melones de la morena a las 10 en punto»; 10-69, sin comentarios...

Así que Agatha se desvió hacia el supermercado de la esquina, compró una *pizza* cuatro quesos y una *Coca light*, sin olvidar el bote de lejía, llevó el pedido a la comisaría y luego se dirigió a su casa, en el extremo norte del pueblo.

Llegó un poco mareada después de las ciento noventa y ocho rotondas que había tenido que tomar. Tiró la foto de los «amantes malditos en Marineland» sobre el aparador de la entrada y se precipitó a su biblioteca en busca de *El misterio del cuarto amarillo*.

No estaba. Supuso que el libro estaría en el despacho. Se había llevado una buena parte de su colección personal allí cuando fundó el club de lectura. Lo miraría mañana. Mientras tanto, encendió un fuego en la chimenea y se preparó un buen baño caliente. Porque, incluso en verano, las noches eran frescas.

Se desvistió, metió la ropa y sus Converse en la lavadora con detergente, amoníaco, harina, un cubito de hielo, suero fisiológico, lejía e, incluso, la llave del garaje, y se sirvió un vaso de vino. Blanco. Ya había visto demasiado rojo a lo largo del día.

Volvió a pensar en el cadáver mientras se metía en la bañera llena de espuma. Vio a Peter Foster cuando aún parecía un hombre y no carne picada. Cincuentón, bastante atractivo. Con los ojos azules, bonitos rizos rubios. Buen culo. Un hombre con una vida, quizá una mujer, pasiones, aficiones, un trabajo, amigos. Y, al menos, un enemigo.

Donde aprendemos de qué va *Lo que el viento se llevó*

Con medio culo apoyado sobre la mesa de su despacho, Agatha daba su clase de literatura diaria ante las dos únicas personas que había conseguido reclutar en el pasillo: Rosita, la señora de la limpieza, con la escobilla del váter aún en la mano, y Franck, una montaña de músculos del grupo de operaciones, un hombre de bostezo fácil que había tenido la mala suerte de encontrarse en el sitio equivocado en el momento equivocado, o en el sitio adecuado en el momento adecuado, dependiendo de si se miraba desde su punto de vista o del de Agatha.

—Descubrí *Lo que el viento se llevó* a los quince años —decía la policía—. Lo cogí de la biblioteca municipal de Nueva York, Nueva York. Recuerdo que tenía miedo de cruzarme con algún conocido, así que, en cuanto lo tuve en mi mano, lo metí en el bolso a toda prisa y volví a casa. No lo saqué a la calle hasta que lo forré con la página deportiva del periódico de papá. No quería que la gente supiera lo que estaba leyendo en el metro, que me tomaran por una idiota sentimental. Era un poco como el *Cincuenta sombras de Grey* de la época. El libro más vendido y, sin embargo, nunca veías a nadie leyéndolo.

Agatha se calló y miró a su auditorio.

—¿Usted lee eso, señorita Agatha? —preguntó Rosita, extrañada y entusiasmada a la vez—. Quiero *desir, Grey*.

Parecía querer tantear el terreno antes de confesar que ella también lo había leído. Típico...

—Claro —respondió Agatha—. Leo de todo. No hay literatura de segunda,

o subcultura. Empezamos diciendo que hay libros de segunda y después acabamos diciendo que hay hombres de segunda. El esnobismo literario y cultural es una plaga tan nefasta como el analfabetismo. No querer abrirse a los otros, no buscar cosas nuevas, quedarse en su pequeña zona de confort, encerrado en su casilla, no cuestionarse nada, eso no demuestra inteligencia. Adoro los libros, todos, sin discriminación. Ya discriminamos lo suficiente a la gente como para discriminar también sus escritos.

»Plinio el Viejo decía que siempre hay algo bueno en todos los libros, incluso en los peores. Erigimos en clásicos novelas sin ningún interés para algunos, y al contrario. ¿Quién decide qué libro vale la pena o cuál queda relegado a literatura barata? A veces, incluso, lo que llamamos cultura y subcultura se unen. Britney Spears canta “mi soledad me está matando, tengo que confesar que sigo creyendo” en el estribillo de *Baby one more time*; es casi lo que dice, palabra por palabra, Edmond Dantés durante sus catorce largos años encarcelado en el castillo de If. Y, sin embargo, *a priori* no parecía fácil encontrar un punto en común entre Dumas y Britney Spears.

»Hay personas que pasan momentos increíbles, mágicos, con las novelas de Barbara Cartland, y experimentan, como el noble Pococuranté de *Cándido*, “un aburrimiento mortal” con las primeras líneas de la *Iliada*. ¿Podemos criticarlos? Cada uno es como es. Y al revés, hay otros que disfrutan relajándose con un buen libro popular y luego alcanzan el éxtasis con *Grandes esperanzas*, *Los miserables* o *Los hermanos Karamazov*, según el momento, las ganas y lo que pasa en sus vidas.

»El libro es un buen compañero, un amigo, un amante. Se desliza dentro de nuestra cama, en nuestro baño, en el sofá. La lectura es un momento de soledad que compartimos con personajes, una historia que hacemos nuestra. Un libro es algo muy personal. No todos lo interpretamos de la misma manera, no nos despierta las mismas emociones. ¡Que la gente lea lo que le plazca! Lo que les haga vibrar, creer, soñar, ¡pero que lean! Dejemos de tener la arrogancia de comportarnos como dictadores literarios. ¿Quiénes somos para imponer dogmas? Hitler quemaba los libros que no le gustaban por el bien general, ¡venga ya! Eso es literatura, eso no. Nadie está en posesión de la certeza absoluta. Ni totalmente equivocado.

»En Oriente hay un club de suicidas que actúan bajo el nombre de Estado

Islámico y que considera que hay un solo libro merecedor de llamarse literatura: el Corán. ¡Una biblioteca con un único libro! ¡Como en casa de Paris Hilton! ¡Dios mío, qué horror! La libertad es la diversidad. Cuando nos gustan los libros, nos gustan todos; es peor que la adicción al café o a la nicotina. Los queremos todos. Aunque no tengamos suficiente vida para leerlos todos. Unámonos en lugar de dividirnos y luchemos juntos por la lectura, sea cual sea. Si mañana llega el apocalipsis y todos los libros desaparecen de la faz de la Tierra salvo uno, por ejemplo este (cogió el ladrillo del Código Penal estadounidense y lo puso en su mesa), ¿no se le consideraría una obra maestra? Lo expondríamos en un museo. Imaginad, el último libro, el único. El único patrimonio de la literatura humana pasada. El superviviente. Diríamos: “Fijaos en lo que los hombres hacían antes del apocalipsis. Escribir, leer, contar historias”. Y nos postraríamos ante él.

Franck y Rosita miraron a Agatha asombrados.

Estaba arrodillada en el suelo venerando al Código Penal.

Por supuesto, fue el momento que escogió el superintendente Goodwin para entrar en el despacho. La miró desde la cima de su metro noventa. Desde abajo, Agatha solo veía la enorme panza del recién llegado y sus grandes manos negras, pero las reconoció enseguida. Solo dos personas las tenían así en toda la comisaría, en todo el pueblo. Ella y el gran jefe.

—¿Ahora venera al Código Penal, inspectora Crispies? —dijo una voz grave desde detrás de la gran barriga.

El superior se encogió de hombros, acostumbrado a las extravagancias de su funcionaria, mientras que Agatha se levantaba y se sacudía los vaqueros tan avergonzada que no supo qué responder.

—No quisiera interrumpir este gran momento de fervor, pero pase a verme en cuanto tenga un minuto —añadió la montaña girando sobre sus talones y saliendo del despacho.

Ella bajó la mirada y miró sus zapatos.

Maldijo entre dientes al ver las Converse rosas salpicadas de manchas blancas. Maldita señora, renegó acordándose de la vecina de la víctima. Lejía, cubitos y llaves de garaje, ¡anda ya! Y entonces se prometió a sí misma decirle a la cara lo que pensaba de sus trucos de limpieza que estropeaban los zapatos fetiche. Y además, de paso, le haría algunas preguntas para descubrir lo que

sabía del asunto. Después de todo, era una excelente sospechosa ideal.

—¿Puedo *haserle* una preguntita?

Rosita la arrancó de sus pensamientos.

—Claro —respondió Agatha, feliz de que su discurso hubiera despertado el interés de su auditorio.

—¿Ha usado sus esposas para alguna otra cosa que no sea..., ya sabe...?

—Dios mío, Rosita, ¿eso es todo lo que has retenido de lo que acabo de decir? —constató decepcionada—. Por supuesto que no solo he esposado a criminales con ellas.

La policía se sentó en la esquina de su mesa, se aclaró la voz y retomó su curso magistral.

—Resumiendo, volvamos a *Lo que el viento se llevó*. En Francia siempre se han creído más listos que los demás. Allí se tradujo muy tarde. Decían: «Desconfiemos de una novela que ha encantado a tres millones de estadounidenses». Pero ¿qué se puede esperar de un país que consideraba a Julio Verne en su época como un escritor para niños? Lo despreciaban en el mundillo literario, decían que no era gran literatura. Sí, siempre lo mismo: «No es gran literatura pero se pasa un buen rato...». ¡Pues bien, si los gabachos no quieren a Julio Verne, nosotros sí! ¡No, paremos esto ya, nos gustan los libros, punto!

Franck aplaudió con dejadez.

—¡Me gustan las chicas que tienen... intestinos!

Porque en Inglaterra, «tener huevos» se decía «tener intestinos», vayan a saber por qué. Y encima, no uno, sino varios, en plural. Otra rareza que sumar a la de conducir por la izquierda, las libras esterlinas y cenar a las seis de la tarde. Menos mal que los estadounidenses solo habían heredado la primera. Esos famosos intestinos.

—¿Has tenido tiempo para leer, Rosita? —preguntó Agatha, señalando el ejemplar de *Lo que el viento se llevó* que la limpiadora sostenía en sus rodillas y que la policía le había prestado el día anterior.

Enrojeció y bajó la mirada.

—No, señorita.

—Agatha —corrigió la policía.

—No, señorita Agatha, entre la *cosina*, los chamaquitos, la plancha, la

colada y mis tres trabajos además de este, no más he podido leer *sinco* páginas y media.

—¿Cinco páginas y media? —exclamó Franck balanceándose sobre su silla de manera despreocupada—, ¡es mucho más de lo que he leído yo en mi vida! ¿Cuántas páginas tiene ese libro?

—Solo novecientos sesenta —respondió Agatha.

—¡Qué! —gritó el armario empotrado, indignado—. ¿Mil páginas para hablar del viento?

—Olvidé decirlos que hoy Franck estará con nosotros —anunció Agatha dirigiéndose a las dos personas que constituían su club de lectura, es decir, el mencionado Franck y Rosita—. Sus colegas están todos enfermos a causa de una fuerte ingesta de alcohol. Como no le gusta jugar solo a los dardos, ha tenido la gentileza de hacernos el honor de participar en el club de lectura.

La policía se giró hacia Rosita y la invitó a seguir con un gesto.

—Ya no más, era para *desirles* que lo siento en el alma de no haber podido *finalizarlo*. Además, es *difísil* para mí, el inglés no es mi lengua materna, güey, soy mexicana.

—No pasa nada, Rosita. Estoy segura de que ya tienes cosas apasionantes que contarnos de *Lo que el viento se llevó* al cabo de esas... cinco páginas y media.

—Sí, estoy intrigado. ¿Qué fue lo que se llevó el viento? —intervino Franck—. ¿Hojas? ¿La peluca de Clark Gable?

Agatha se mordió el labio superior. Su club de lectura era un verdadero desastre. Recordó el día que reclutó a la pobre Rosita González en el cuarto de baño de la comisaría. Estaba frotando de rodillas la taza del váter de señoras con un cepillo de dientes cuando la inspectora tuvo la brillante idea de proponerle formar parte de su club de lectura. La mexicana aceptó sin titubear. Sin duda, un malentendido. Por aquel entonces no hablaba ni una sola palabra de inglés.

—No —dijo la mujer de la limpieza—, no sé lo que quiere *desir*.

—Seguro que te ha gustado algo, que te ha hecho sentir algo. Intenta que nos den ganas de leer el libro. Intenta que Franck quiera leer esa bonita novela que, os recuerdo, es una de las obras maestras de la literatura estadounidense y, por tanto, mundial.

El armario empotrado miró a la mujer de la limpieza con aire escéptico y al mismo tiempo desafiante.

—Ay, mamita, yo no sé *desir* ese tipo de cosas.

—Sé que es difícil resumir un libro, pero quizá sea más fácil resumir cinco páginas y media... Cuéntalo con tus palabras, Rosita. Nadie te va a juzgar, ¿verdad, Franck?

El hombre sacudió la cabeza.

Sintiéndose más segura, la mujer inspiró y espiró profundamente y se lanzó.

—Pues bueno, todo *comensó* debajo de un porche, en una *plantación* de algodón, en Georgia, en plena guerra de *Sesesión*. Una chamaquita coquetea *inosentemente* con unos cuates que la quieren chingar.

—¡Excelente, sigue! —la animó Agatha.

—Se llama Scarlett.

Las orejas de Franck se enderezaron de repente, al acecho, como las de un pastor alemán.

—¿Scarlett Johansson?

—O'Hara —rectificó Agatha.

—Y pronto —retomó Rosita—, se *enamorisa* de un tipo más viejito que ella, Clark Gable, durante una *resepsión* en los *Dose Robles*. Pero es tan guapo...

El entusiasmo de la policía explotó como una pompa de jabón.

—¿Clark Gable? En realidad no has leído el libro, has visto la película, ¿verdad, Rosita? No es un problema de trabajos, niños o falta de tiempo.

—Lo siento en el alma, señorita —confesó la mujer, pillada en flagrante delito de mentira—. ¡Pero sí que he leído *sinco* páginas y media, no más!

—¡Pobre muchacha! —exclamó Franck.

Era de los que pensaba: «¿Por qué leer un libro cuando existe la película?».

—El objetivo de un club de lectura es hacer amar la lectura, compartir emociones, despertar las ganas de leer en los demás. No de ir al cine, Rosita, o de ver los canales de pago. ¡Te crees que esto es *Cine de barrio* o qué!

—No me gusta leer —soltó el ex-SWAT—, salvo el miedo en los ojos de un tipo cuando derribo su puerta a las seis de la mañana.

—Creo que ya lo habíamos entendido. Dejadme contaros una historia extraordinaria, la de Margaret Mitchell.

—¿Quién es?

—La que escribió *Lo que el viento se llevó*. Una mujer cuyo libro es conocido en el mundo entero, pero a la que no conoce nadie.

El club de las mujeres que solo han escrito una vez

La de Margaret Mitchell es una historia increíble.

Pienso en ella a menudo. Como en todas esas historias tras las historias. Las historias de esos hombres y mujeres que un día cogieron la pluma para escribir, en una pequeña habitación, en un tren, en su máquina de escribir o en su móvil en el metro, novelas que entrarían para siempre en el selecto catálogo de libros publicados. Porque siempre hay algo maravilloso y atractivo tras un libro de culto: cómo ha sido escrito.

Margaret Mitchell solo escribió una vez en toda su vida. Un único libro. ¿Cómo no repetir la experiencia cuando se ha conocido un éxito tal, cuando se ha conocido el escalofrío de crear a los personajes desde cero, una historia que ha trascendido el papel para imprimirse en una película que se ha convertido en una parte del patrimonio cinematográfico mundial? Una película que ha hecho derramar litros de lágrimas por todos los rincones del mundo y contribuido al auge de las fábricas de pañuelos de papel. ¿Cómo quedarse ahí y no revivir esa embriaguez?

Margaret Mitchell solo escribió un libro, sí, es cierto, pero es conocido en el mundo entero. William Somerset Maugham publicó veintidós novelas, treinta y una obras de teatro, más de un centenar de novelas cortas, ha sido adaptado trece veces al cine y, sin embargo, ¿quién lo conoce? Nadie. Cruel dictadura de una fama caprichosa.

Otra mujer, Harper Lee, convertida en un clásico de la literatura moderna estadounidense gracias a un único libro, Matar a un ruiseñor,

esperó cincuenta y cinco años para publicar su segunda novela, que había escrito en la misma época que la otra. Murió siete meses después.

¿Y qué decir de Ana Frank, esa pequeña escritora de quince años que, arrastrada por la espiral de la guerra, contó día tras día su sufrimiento en su diario íntimo? Sí, escritora, porque El diario de Ana Frank, que se publicó originalmente como Las habitaciones de atrás, pretendía ser una verdadera novela. Cuando la empezó, en junio de 1942, escribía para ella, pero cuando escuchó en la radio en 1944 que el gobierno de los Países Bajos deseaba, una vez acabada la guerra, recoger los testimonios de las víctimas de aquella barbarie, Ana convirtió su diario en un verdadero libro. Lo corrigió, lo trabajó, cambió el nombre de sus allegados. Después murió de tifus en el campo de concentración de Bergen-Belsen sin haber podido escribir la palabra fin.

Pero volvamos a Margaret. En aquella época era una jovencita de veintiséis años obligada a dejar su ocupación principal, el periodismo, porque acababa de romperse el tobillo. No paraba de dar vueltas (es una manera de hablar, con un tobillo roto...) en su casa de Atlanta, muerta de aburrimiento. Ahora que conozco Nueva York, Colorado, me pregunto cómo se puede aburrir uno en Atlanta. Su marido le aconsejó que escribiera un libro para entretenerse. Lógico, ¿no? «¿No sabes qué hacer, cariño? ¿Por qué no escribes una gran saga sureña de dos mil páginas?».

Tardó diez años en acabarla. Sobra decir que su tobillo se había curado desde hacía bastante tiempo.

Margaret era periodista, pero nunca había escrito una novela. Por desgracia, no se escribe una ficción de varios cientos de páginas del mismo modo que se redacta un artículo de unas líneas. Y no sabía cómo hacerlo. Empezó por el final. Cada vez que terminaba un capítulo, lo metía en un sobre y se ponía con el siguiente, sin plan, sin idea global, siguiendo solo su inspiración, sus ganas, su imaginación. Hizo lo mismo con los setenta capítulos que forman la novela.

No tuvo que ir muy lejos para buscar a sus personajes. Scarlett O'Hara es tan impetuosa como ella. Rhett Butler maltrata a la protagonista del libro como el primer marido de Margaret la maltrataba a ella. Scarlett se casó tres veces (con Charles Hamilton, Frank Kennedy y Rhett Butler); la

escritora, dos. Si no sabes qué escribir, escribe tu vida.

Cuando por fin terminó su obra, sin haber escrito el primer capítulo, Margaret guardó los sobres en un cajón y se olvidó de ellos. Nueve años más tarde, Harold Latham, vicepresidente de Macmillan, una de las editoriales más importantes de Estados Unidos, salió en busca de nuevos autores por todos los rincones del país. Su gira incluía Atlanta, donde conoció a Margaret Mitchell, quien por cierto omitió hablar de su manuscrito, bien por modestia o bien por pudor. Por suerte, esa noche estaba también presente una amiga de Margaret que aprovechó la ocasión y confió al gran editor que Mitchell había escrito una gran historia de amor con la guerra civil como escenario. Bajo presión, Margaret entregó los setenta sobres al editor. Ya sabemos cómo termina esta historia. Cuando leyó el manuscrito, Latham, entusiasmado, le pidió que escribiera el primer capítulo que faltaba y que buscara un título. Al final eligió un verso del poeta inglés Ernest Dowson: «¡Yo he olvidado mucho, Cynara! ¡Se lo ha llevado el viento!». Le pagaron quinientos dólares de adelanto y el éxito no tardó en llegar. La edición inicial fue de diez mil ejemplares. Hoy se han vendido más de trece millones en todo el mundo.

Un éxito monstruoso.

Salvo que no escribió nunca más.

Por desgracia, lo que la vida le regaló por un lado, se lo quitó por el otro. Margaret fue atropellada por un taxi a los cuarenta y nueve años, cuando acababa de convertirse en millonaria.

Donde el club de lectura pierde a un miembro precioso

—¡Qué suerte!, ¿no, Rosita? —concluyó Agatha.

—¿Ser atropellado por un taxi? —preguntó la mexicana, espantada, santiguándose.

—No, escribir un libro que se convirtió en objeto de culto. ¿Por qué no creer en los cuentos de hadas? Tú escribes y yo te abastezco de papel y de sobres. Y después compartimos los derechos de autor.

—¿Escribir sobre qué, señorita Agatha?

—No sé, ¿las memorias de una mujer de la limpieza en Nueva York?

—Colorado —precisó Franck.

—Ya sabéis, *Lo que el viento se llevó* no es la típica historia de amor ingenua que todo el mundo piensa. No es solo la historia de esa mujer que ama a un hombre que ama a otra mujer y se casa con varios hombres para darle celos, es también un increíble fresco histórico que retrata la guerra de Secesión a través de varias familias de la época. Esa guerra civil, que se desarrolló entre 1861 y 1865, enfrentó a los estados del Norte, abolicionistas, contra los del Sur, esclavistas. Para unos, los negros eran seres humanos como los demás, ¡alabado sea el señor Lincoln! Para los otros, mano de obra barata, hombres y mujeres que servían para recoger el algodón con el que luego se desmaquillarían las esposas de los explotadores.

Guardó silencio para que su audiencia pudiera reaccionar, pero no hubo ningún tipo de respuesta.

—Bueno, lo dejaremos aquí si os parece bien, siento que me dejo llevar

por la emoción. Bien, para el libro de mañana elijamos uno menos bélico, ¿vale? ¿Por qué no *Guerra y paz*, de Tolstói?

—¿Menos bélico? —repitió Franck, divertido—. No lo he leído, como imaginarás, pero solo con el título...

—Es cierto, este también va sobre una guerra, pero no es igual; son rusos, nunca han explotado a los negros.

—¿Quizá porque nunca ha habido negros en Rusia!

Agatha le lanzó una mirada asesina.

—Bueno, Rosita, ¿un librito fácil y simpático? ¿*Guerra y paz*? Solo son mil cuatrocientas cuarenta páginas. Para mañana. Un poco de lectura para matar el tiempo en Nueva York, Colorado. Hay que buscarse una alternativa a Facebook, ¿no?

Igual que la señorita Caroline Fisher, poco consciente de la impermeabilidad literaria de sus alumnos, Agatha creía que su amor por los libros era contagioso. Pero todo el mundo parecía inmune.

—¿Mañana? —preguntó Rosita, horrorizada.

—Descongela cualquier cosa y acuesta a los niños más temprano esta noche —repuso Agatha con la mayor naturalidad del mundo.

—Ay, *mija*, creo que voy a dejar la clase de literatura.

—Por supuesto. De todas maneras, hemos terminado. Hasta mañana.

—No, quería *desir* que para siempre, señorita Agatha.

—¡Oh! —suspiró Agatha con tristeza—. ¿Y eso?

—Este no es mi sitio, señorita.

—Agatha.

—Señorita Agatha. Yo no soy tan culta como usted piensa. Y hay mucho que *haser*. Esos malditos donuts estropean el tránsito de todo el mundo y estoy yo solita para limpiar los baños. Y además, me gustaría ocupar mi tiempo libre de otra manera.

—¡No me digas que quieres inscribirte en el taller de punto!

Para su alivio, Rosita sacudió la cabeza de derecha a izquierda.

Todo menos el taller de Betty, pensó. Sería demasiada humillación.

—¿En el de sudokus?

Esta vez Rosita movió la cabeza de izquierda a derecha.

—¿Dardos?

La mexicana asintió sin atreverse a mirarla. Franck esbozó una gran sonrisa.

—¡Dios mío, qué horror! Dardos, cerveza y... ¿eructos? No lo entiendo Rosita, tú, tan... refinada.

—¡Ándale, soy tan refinada que me paso el día con las manos en la mierda de sus váteres! —gritó la mexicana en un repentino acceso de cólera.

Agatha estaba desesperada. ¿Qué estaba pasando con su extraordinario, maravilloso e indispensable club de lectura?

—Vamos, Rosita, no digas eso, ¡eres la mejor miembro del club!

—¡Soy su única miembro, señorita!

Acto seguido murmuró algo como «lo siento, güey», cogió su escobilla de váter, el cubo y salió del despacho.

—Yo también lo siento, güey —repitió Franck con una sonrisa.

Se levantó de la silla y se acercó a su compañera.

—A propósito, cuento con tu discreción, Agatha. No me gustaría que los chicos supieran que he pasado la mañana hablando de *Lo que el viento se llevó* con dos tías. Tengo una reputación de macho que mantener.

—Claro —prometió ella, decepcionada al ver su club desintegrarse tan rápido como una galleta dietética en un café hirviendo.

Y como si las cosas no pudieran ir a peor, se acordó de que el superintendente la había convocado a su despacho. Y seguro que no era para hablarle de un aumento de sueldo.

Donde Agatha se entera de dos malas noticias y de una buena que le hace olvidar las dos primeras

—Cuando pedí que fuéramos una comisaría puntera no me refería al punto de cruz —dijo el superintendente Goodwin dejando sobre su mesa el par de calcetines de lana que acababa de regalarle uno de los participantes del taller de costura.

Aquí usaban el mismo vocabulario que en Nueva York, Nueva York, pero demasiadas veces se referían a realidades distintas. Lo único que «atracaba» en Nueva York, Colorado, eran barcas en el muelle del río. «Tirar» no significaba «disparar», sino que se asociaba con el cartelito que había en las puertas de los comercios. Y los únicos «chorizos» que había en este pueblo acababan entre dos rebanadas de pan.

—Esta comisaría se parece cada día más a una residencia de la tercera edad —siguió el jefe después de invitarla a sentarse. Parecía resignado—. Somos la única comisaría de Estados Unidos que no se divide en departamentos de Homicidios, Delitos de tráfico, Delitos contra la seguridad pública, Administración y Operaciones, sino en club de lectura, de sudokus, taller de punto o de dardos... Al menos, aquí los ciudadanos tienen una respuesta a su eterna pregunta: «Pero ¿qué hace la policía?»; pues bien: «¡Hace punto, señora!».

—O pesca... —añadió Agatha abarcando con la mirada el despacho de su superior, que había transformado el lugar en un paraíso del pescador.

Sobre la puerta acristalada hubiera sido más apropiado colgar un cartel

que rezara: AL PESCADOR FELIZ, ABIERTO, que el sobrio SUPERINTENDENTE GOODWIN escrito con grandes letras blancas. Al entrar, lo primero que destacaba era el olor a pescado fresco. Fotos enmarcadas colgadas de las paredes o dispuestas sobre los diferentes muebles mostraban bonitos ejemplares de sus capturas. Al lado de la medalla al valor de la policía se encontraba un salmonete de plástico que cantaba *Quién maneja mi barca* cada vez que alguien tenía la mala idea de pulsar el botón.

En medio de todo este caos regía el jefe supremo del lugar, ese gran negro de metro ochenta con el físico de un animal y con los ojos tan tiernos como los de un oso en su caverna, de la que solo salía para ir a pescar salmones. Completaba su uniforme de policía con un gorro de pesca decorado con anzuelos de diferentes tamaños y colores y un chaleco repleto de bolsillos, señal de que estaba a punto de salir a pescar o de que acababa de volver. Ese pasatiempo era su manera de combatir la desesperación de tener que trabajar en una comisaría en la que no había nada que hacer. Un grupo de personas desesperadas a las que tenía que motivar a cada momento. Esto es lo que había heredado después del «pequeño asunto de corrupción» (esas eran sus palabras) en el que se había visto envuelto en Miami.

—¿Le apetece un donut? —preguntó.

Le ofreció una cesta llena y la policía cogió una rosquilla. El hombre la miró con nostalgia, dio la vuelta a su mesa y se sentó en su enorme silla del tamaño de su enorme trasero.

—Yo lo he dejado —le aseguró, golpeándose su gran barriga—. Según una reciente encuesta, el 80 por ciento de los policías estadounidenses sufren sobrepeso. ¡Tienen más riesgo de morir de un infarto que de un enfrentamiento con criminales! Ahora solo como ensaladas.

—Yo más bien he dejado las ensaladas —respondió Agatha—. Después de un safari a Kenia donde me enteré de que los hipopótamos se alimentaban de zanahorias y lechuga...

—Sorprendente —dijo el hombre, que guardaba cierto parecido con uno de esos animales.

Se quedó pensativo y, resignado, acabó por coger un donut de la cesta.

—Bueno, que sea lo que tenga que ser. —Sonrió y masticó el rosco con deleite—. Hablemos de cosas... incómodas... (tragó). Su club de lectura no

tiene muchos miembros, Crispies. No le estoy diciendo nada nuevo; y ahora que la señorita González la ha dejado, no le queda ninguno, para ser exactos.

—Por lo que veo, las noticias vuelan.

—La gente no tiene nada que hacer, inspectora. Rosita me lo ha contado todo. Ya sabe, es una mujer de la limpieza, es mexicana, sin duda ilegal, se ha escondido en la comisaría de este pequeño pueblo perdido de Estados Unidos para que los de Inmigración no la pillen, así que encima no la obligue a leer libros de dos mil páginas...

—Mil cuatrocientas cuarenta —corrigió Agatha.

—Lo *que el viento se llevó*... ¿Cómo puede infligirle semejante castigo?

Agatha se abstuvo de contarle que acababa de aconsejarle *Guerra y paz*.

—¿Infligir? ¡Lo *que el viento se llevó* no es como James Joyce! Señor, se inflige un castigo, una tortura, malos tratos, Joyce, pero no se inflige cultura.

Era evidente que odiaba a Joyce. Desde que lo encontró en la lista de las lecturas obligatorias en el instituto, se convirtió en su enemigo tras leer las primeras páginas, su profesor Moriarty, su Javert, su lord Voldemort.

—La literatura es una fuerza, señor. Enriquece a la gente. Rosita es una pequeña mexicana explotada. Encontrará en la lectura las herramientas para romper las cadenas que la aprisionan. ¡Los mexicanos son los negros de hoy!

—No exagere, no está tan mal aquí.

—Con todos mis respetos, superintendente Goodwin, ¡cómo se nota que usted no limpia los servicios de quince personas que comen donuts durante todo el día!

La vergüenza invadió la cara del hombre. Incluso pareció ruborizarse.

—Yo hago mis necesidades en casa —mintió—. Volviendo al asunto que nos ocupa, puede que la literatura enriquezca a la gente, como usted bien dice, pero a nosotros eso nos empobrece. No hace falta que le recuerde que el presupuesto es bastante escaso y que no podemos hacernos cargo de la adquisición de sus libros. ¿Se ha creído que esta comisaría es una biblioteca?

—Jefe, se pueden resolver grandes crímenes gracias a la literatura. Porque la literatura...

—Es la vida —completó el hombre—, y los crímenes forman parte de la vida.

—¡Es justo lo que pienso! —se entusiasmó Agatha, con un halo de

esperanza en los ojos.

—Lo sé, no deja de repetírmelo todo el día.

La esperanza desapareció.

—Crispies, no tendría que haber sido policía, sino bibliotecaria. Sé lo que su club supone para usted y toda la dedicación y voluntad que ha puesto para crearlo; conozco la pasión de su padre por los libros, pero va a tener que dejarlo e inscribirse en otro taller.

Agatha bajó la cabeza al recordar a su querido padre.

—¿No le apetece hacerse un jersey de lana para el invierno?

—Dios mío —exclamó horrorizada—, ¿tan vieja parezco?

—Entonces, ¿el taller de dardos?

—No sé eructar.

—No entiendo qué tiene que ver.

Prefirió cubrir a sus colegas ocultando un pequeño detalle: el concurso de dardos tenía por costumbre celebrarse en un estado de embriaguez considerable. El consumo de alcohol estaba prohibido durante las horas de servicio, así que Franck, Allen y Roger tendrían serios problemas si eso trascendiera. Pero si lo pensaba un poco, ¿a qué lugar peor que este podrían trasladarlos? ¿Habría una Nueva York en Siberia? Si era así, el vodka correría como un río.

—Y el sudoku no es para mí —anticipó—. Prefiero quedarme en mi despacho y comer donuts.

—Uhm... Ahora que lo dice... —continuó el jefe, incómodo—. La fábrica de donuts El Agujero Divino deja de colaborar con nosotros. No habrá más donuts gratis para la comisaría. No les sale rentable. Y nos retiran el coche, claro. Un vehículo menos en un parque móvil en el que solo hay uno.

El mundo se derrumbó alrededor de Agatha y un escalofrío le recorrió el espinazo. No por el coche, sino por los libros y los deliciosos donuts de chocolate. ¿Cómo lo haría? Al ritmo actual, se fundiría el sueldo en tres días.

—No se crispe, Crispies.

Le encantaba decirle eso cuando la sorprendía tan concentrada.

—Sé que son malas noticias —continuó—, pero la vida no siempre es rosa, ni siquiera en Nueva York, Colorado. *Voy a tener un flamante nuevo comienzo en la vieja Nueva York. Si puedo conseguirlo allí, lo conseguiré en*

todas partes. Está en tus manos. Nueva York, Nueva York... En fin, ya conoce la canción...

Parecía lamentarlo tanto como ella.

Las últimas palabras dieron vueltas un instante en la cabeza de Agatha. «Depende de ti», repitió para sí misma. Se tragó de un golpe lo que quedaba de su donut de chocolate, respiró y se lanzó.

—Tengo que confesarle una cosa, jefe. Quizá haya encontrado una manera de salir de esto.

El hombre frunció el ceño, intrigado, y su frente negra brillante se fisuró en una multitud de surcos.

—Tengo entre manos una investigación muy importante.

—¿Quiere decir que la señora Jennings ha vuelto a perder a su gato?

La señora Jennings aparecía en la comisaría todos los finales de mes para informar de la desaparición de su persa, al que había puesto el nombre de su papa preferido: Juan Pablo II. La cuestión es que el gato había muerto hacía cuarenta años, atropellado por Seth Harrison, el furioso criminal reincidente que se saltaba el semáforo de Nueva York, Colorado, cada vez que su mujer estaba a punto de dar a luz. Nadie tuvo el valor de anunciarle la noticia a la señora Jennings y responsabilizarse de una muerte que la tristeza hubiera podido precipitar.

Le encontraron un gato con las mismas características. Desde entonces se habían relajado y Juan Pablo II había sido a veces negro, a veces blanco y otras rojizo, incluso había sido sustituido por un Chow Chow y una ardilla cuando no encontraron un gato persa. Como veía mal, la anciana no se daba ni cuenta, lo que hacía que la resolución del caso fuera simple y rápida. «Nuestra policía es eficaz», dijo la última vez antes de marcharse, radiante, acariciando la cabeza suave de un conejo belier al que Kevin tuvo que hacer una permanente a golpe de secador.

—Se trata de un homicidio, jefe.

—¿Alguien ha matado al gato de la señora Jennings? —preguntó el hombre, horrorizado.

Agatha sacudió la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Alguien ha asesinado a la señora Jennings?! —gritó, ya en pánico.

—Olvídese de esa pobre señora. Un hombre. Encontrado muerto en su

bañera. No era nada agradable de ver. Como si lo hubieran pasado por una batidora gigante para hacer carne picada. ¿Con qué fin? Aún no lo sé, pero tengo algunas pistas.

—¿Una batidora gigante? ¿Carne picada? ¿Por qué querría alguien pasar a otro por una batidora para hacer picadillo? Es absurdo pero... ¡qué bien nos viene! La mejor noticia que me han dado desde que estoy en este nido de ratas.

De pronto, una lágrima se escapó del ojo de Goodwin.

—No me lo puedo creer —susurró ahogando un sollozo.

Llevaba mucho tiempo esperando un momento como este. Un crimen de verdad. Como en Miami. Como antes. Por otro lado, estaba aliviado de que no le hubiera pasado nada a la señora Jennings, que obsequiaba a los policías con deliciosos pasteles caseros para recompensarlos por encontrar siempre tan rápido a su querido Juan Pablo II.

—Espero los resultados de la autopsia, jefe.

—Es curioso que no haya oído nada al respecto.

—Será porque ocurrió en Woodville.

—¿En Woodville? ¿Se refiere a la ciudad que está a dos horas de aquí y se encuentra fuera de nuestra jurisdicción?

Agatha asintió y el entusiasmo del jefe se vino abajo como un suflé. Se vio de nuevo terminando su carrera en este infierno.

—Digamos que me las he arreglado (dibujó dos comillas en el aire con sus dedos índice y corazón). Hay que saber buscar los bonitos crímenes donde se producen, señor. Aquí no pasará nunca nada, aparte del homicidio de una ardilla o de un conejo, y encima accidental.

El superintendente asintió con la cabeza, pensativo.

—¿Se las ha «arreglado»? —repitió.

Tembló de manera casi imperceptible.

Él también solía «arreglárselas» en Miami, con los chulos, las prostitutas y los traficantes de droga. De hecho, eso le había costado su «ascenso» hasta aquí. No se atrevió a hacerle demasiadas preguntas, porque cuanto menos supiera, mejor para él. Pero algo lo reconfortaba. Por esos lares no había ni chulos ni prostitutas, y las drogas más duras que circulaban eran las aspirinas. Se rascó el mentón y decidió aprovechar la situación. Una ocasión como esta no se presentaba todos los días.

—Si resuelve este asesinato, Crispies, quizá sea su billete de salida y el ascenso a inspectora jefe. Me alegraré por usted. Y por mí también. Porque si este asunto es tan importante como dice, a lo mejor se convierte en mi pasaporte para Nueva York. Nunca me darán un puesto como el que tenía en Miami, pero no pidamos demasiado. Seré feliz solo de volver a la civilización, a la costa Este, aunque no se pueda pescar en Central Park.

Y empezó a soñar.

—Necesito su apoyo, señor. Le he quitado la investigación a un tal *sheriff* McDo, no muy simpático. Si las cosas no salen bien, necesito contar con usted.

—¿McDo? ¡Vaya nombre! Pero la cubriré —afirmó el superior de nuevo exaltado, viéndose cada vez más cerca de volver a Nueva York, Nueva York, a la cabeza de una comisaría de doscientos hombres.

Se acabaron la costura y los dardos. Homicidios, estupefacientes, putas, pensó, todos esos placeres de la vida que faltaban cruelmente en Nueva York, Colorado.

—Agatha —añadió en tono más amistoso—. Quiero volver a casa. A la Nueva York en la que los negros pasan desapercibidos, no como aquí.

—¡Oh! ¿A usted también le pasa?

—Puedo leer el miedo en la cara de la gente con la que me cruzo. Algunos incluso cambian de acera. Tengo la impresión de que me toman por un caníbal en busca de su cena. Es muy desagradable. Sobre todo porque me alimento básicamente de donuts. —Rompió a reír—. Perdón, de ensaladas. Si mi mujer supiera que he recaído... Tenemos que ayudarnos el uno al otro, inspectora Crispies —añadió de nuevo serio—. Somos los dos únicos negros de Nueva York, Colorado. Lo sé. Los he contado. No estamos en una maldita plantación de algodón de *Lo que el viento se llevó*. Quiero volver a ser anónimo, fundirme en la multitud multicolor de mi ciudad, nunca más sentirme observado, ser una persona más, invisible. ¡Y no soporto más la música *country*!

—¿Esto significa que tengo su bendición, superintendente Goodwin, en lo que concierne a mi asunto de asesinato?

—Mejor que eso, inspectora, tiene «carta blanca».

Y los dos rieron de su broma con tintes racistas.

Pero por una vez eran ellos los que la hacían.

Donde el lector se inicia en los placeres del interrogatorio a los vecinos

Las últimas palabras del jefe le habían subido la moral y la habían reconfortado desde el descubrimiento del cadáver.

Ya se veía marchándose a Nueva York, Nueva York, para hacerse cargo de un verdadero departamento criminal, hablar durante horas por su teléfono móvil, inundar de *likes* el muro de Facebook de sus amigas y compartir en Instagram fotos suyas en bañador. Vamos, la vida.

Pero antes tenía que arreglar un pequeño detalle.

Un pequeñísimo detalle.

Necesitaba responsabilizar a alguien de la abominable muerte de Peter Foster. Y para ello tenía que localizar a la mujer de la foto de Marineland y echarle el muerto encima.

Agatha decidió entonces proceder a lo que en el argot policial se conoce como un «interrogatorio vecinal». A regañadientes, porque lo odiaba. Consistía, ni más ni menos, que en ir de puerta en puerta, como un vendedor de biblias, en busca de información sobre la víctima. Con un poco de suerte, a veces se topaba con alguien que había visto u oído algo. Entonces el vecino se convertía en un testigo clave para la investigación. Pero esto ocurría muy rara vez. En general, nadie veía ni oía nada. ¡Es increíble el número de ciegos y sordos que hay alrededor de una escena del crimen!

Experimentó una extraña sensación cuando aparcó, dos horas después, delante del pequeño edificio de Woodville. Era un inmueble de cinco pisos, de una tristeza infinita, gris como la ceniza, silencioso como la muerte. Largas

brechas dibujaban sobre el hormigón árboles enfermos, sin hojas, de un vacío invernal. Incluso en verano. Y volvió a pensar en esa deliciosa frase de Harper Lee en *Ve y pon un centinela*: «El tiempo se detuvo, dio media vuelta y empezó de nuevo lentamente hacia atrás. En cierta manera, siempre era verano en aquella época». Y ella vio que en este edificio, al contrario, siempre era invierno.

La sensación no la abandonó cuando subió las escaleras. Ya no olía a cadáver como la víspera, porque los servicios funerarios habían retirado la carne picada de la bañera (y sin duda habían acabado con las lentejas), pero la muerte permanecía pegada a los muros como un cartel que solo el tiempo podía arrancar.

Por fortuna, solo había un apartamento por planta, así que no le llevaría mucho tiempo. Agatha llegó al primer piso. Tocó a la puerta. Un policía nunca llamaba al timbre porque había sospechosos que preparaban bonitos comités de bienvenida explosivos a los agentes de la ley que pudieran venir a buscarlos, dejando el gas abierto.

No había nadie.

Fingió alejarse y luego volvió en silencio para pegar la oreja a la puerta. Escuchó durante unos segundos. Ningún ruido. Sacó un pañuelo de su bolso y lo pasó sobre la superficie de madera. Los ladrones nunca pensaban en las huellas de las orejas que dejaban tras ellos después de asegurarse de que no había ningún ocupante en el interior del domicilio que se proponían «visitar». Sin embargo, las orejas, como las huellas dactilares, eran únicas, y la policía científica las fichaban junto con cualquier otra característica antropomórfica: las yemas de los dedos, el color de los ojos o las medidas corporales.

Agatha subió a la segunda planta.

Nadie.

Lo mismo en la tercera. Ahí estaba el principal problema de llevar a cabo un interrogatorio vecinal durante el día. La gente trabajaba. Además, la MTPA aconsejaba realizar este procedimiento a la misma hora en la que se había cometido el crimen. La gente tenía sus pequeñas costumbres cotidianas. De esta forma se obtenía una idea más precisa de las circunstancias en las que se había producido el asesinato.

Hacía falta una salud de hierro para estos interrogatorios, y era mejor vivir

en Los Ángeles que en Nueva York, porque los edificios no eran tan altos. Agatha recordó que McDonald le había dicho que ya había entrevistado a la vecina del cuarto, la que había avisado a la policía. Pero quería tener una pequeña charla con ella con respecto a sus Converse, que del rosa habían pasado al rojo y, después, al blanco más pálido.

Llegó delante de la puerta sin aliento, pegó la oreja y escuchó. Por primera vez oyó ruidos en el interior del piso. Limpió su huella y llamó.

—¿Quién es? —gritó alguien desde lejos.

—¡Policía!

Agatha blandió su placa delante de la mirilla. Escuchó pasos que se acercaban y se detuvieron. La luz delante de la mirilla desapareció, señal de que alguien miraba a través.

—¡Eso es una tarjeta regalo de H&M! —se oyó al otro lado.

—¡Ups!

La policía desplegó la otra solapa de la cartera y la pegó de nuevo a la mirilla.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Quién me dice que no es falsa y que en cuanto abra intentará venderme una enciclopedia de treinta y dos volúmenes? —preguntó la voz tras la puerta.

—¡Desde que existe Google nadie las vende!

Porque si en Nueva York, Colorado, no había cobertura, en cambio en Woodville sí había.

—¡Era mi argumento para no comprarle la enciclopedia! —reconoció la señora con una pizca de decepción en la voz. Le siguió un momento de duda—. Eso no se parece a las placas de policía que se ven en la tele.

—Exacto, señora, las de la tele son falsas.

—Acerque la cara, no la veo.

Agatha se acercó.

—¡Más! No veo nada. Está usted toda negra.

—Nací así —susurró Agatha.

—Vaya, esa maldita bombilla se ha roto otra vez —protestó la mujer, que no la había oído—. En cualquier caso, no tiene pinta de policía. ¿Dónde está su impermeable?

¡Dios mío, cuánto daño habían hecho a la policía las series de televisión!

—¡Hay treinta grados en la calle! —exclamó Agatha—. Pero si quiere, tengo esto.

Sacó un donut de chocolate de su bolsillo y lo agitó delante de la mirilla.

El argumento pareció convencer a la señora, que abrió la puerta. ¿Por qué perdían el tiempo en darles placas doradas a los agentes si bastaba con un simple donut?

Ante Agatha apareció una señora vestida con una vieja rebeca. Debía de tener unos cincuenta años, pero su ropa la hacía parecer quince años mayor. La inspectora se preguntó durante unos segundos dónde había visto esa horrible rebeca gris, hasta que recordó la foto de Marineland. La polaca era la mujer que buscaban, la del marco de la mesita de noche, la mujer de grandes gafas de sol y sombrero que sujetaba a Peter Foster por la cintura, sonriente, en compañía del delfín.

¡Bingo!

Así que la señora Grzxzxwzxywzxxz (así era su nombre en la mente de Agatha, una sucesión de consonantes impronunciables) conocía bien a la víctima, a juzgar por su manera de sujetar a Foster en la fotografía (el delfín era más frío y distante). Sin duda se trataba de su amante y, al parecer, su marido vendedor de coches no estaba al corriente. Todo lo que le importaba era que su mujer le planchara sus camisas. De hecho, hablando de camisas, quizá ella planchara las de Peter Foster de vez en cuando.

Agatha se imaginó la escena:

PRIMER ACTO

*Peter Foster llama a la puerta de la señora Grzy... Gckriwzs...
Zgryyivzxwxwx... la polaca. Esta deja la prenda que está cosiendo y
va a buscar las camisas de su vecino a la habitación. Vuelve al salón
y abre la puerta.*

PETER FOSTER

Gracias, (nombre de pila de la señora *Menganitowsky*)...

POLACA

No hay de qué, Peter.

PETER FOSTER

[Dándose cuenta de que quedan arrugas en el cuello].

Quedan arrugas en el cuello, nena.

POLACA

¿Sí? Déjame ver. No veo nada.

Y ya te he dicho mil veces que no me llames «nena».

PETER FOSTER

¡Te digo que el cuello está arrugado, NE-NA!

POLACA

¡Qué dices! No hay nada.

PETER FOSTER

Es normal, estás vieja, pero yo soy más joven ¡y te digo que esta
camisa está arrugada, nena!

POLACA

¡Pues pláñchate tú mismo tus malditas camisas, recórcholis!

¡Y deja de llamarme «nena»!

PETER FOSTER

¿Recórcholis? ¿De dónde has sacado esa expresión de dinosaurio?

POLACA

[Furiosa].

¿Sabes lo que te dice este dinosaurio?

La señora Wgztvhwzkyf va a la cocina, coge un cuchillo, vuelve al salón y se lo clava en el pecho al desagradable vecino, después en el brazo, en los ojos, en la boca. Como ella es mayor (bueno, no es tan mayor, pero ¡mira que ponerse esa rebeca de vieja!) y sabe que

con un solo puñetazo él podría reventarla, ella golpea y golpea para que él no tenga ni una oportunidad. Le clava el cuchillo por todo el cuerpo. Debe matarlo antes de que él pueda hacer un solo gesto. Ella hace puré, compotas. Le encanta hacer compotas para sus nietos, como toda buena abuela. El hombre se derrumba, ciego, sordo, atravesado por todas partes como una muñeca de vudú.

Para apartar toda sospecha de ella, se lleva el cuerpo hasta el piso de él, arriba, lo mete en la bañera y abre el grifo. Con sus mil y una astucias de ama de casa hace desaparecer las manchas de sangre de su casa y de las escaleras. La suerte está echada. Después retoma su costura y espera a que su marido vuelva de Spanish Fork, mientras se pregunta cuántos coches habrá vendido hoy.

FIN DEL PRIMER ACTO

Sí, decididamente, era una sospechosa ideal. Si no fuera por un pequeño detalle... En general, las mujeres no matan a sus amantes. Matan a sus maridos.

Agatha borró este sueño y esbozó su más encantadora sonrisa hipócrita. ¿Cómo una mujer como esta había podido salir con el guapo Foster? Había cosas que se le escapaban.

Cuando la visitante entró en el apartamento, la señora Grzegorzcyk se sobresaltó y dejó escapar un gemido.

—Sí, soy negra —anticipó la policía, abriéndose paso en el piso.

—Oh, no, no es lo que... Creía que la luz del pasillo estaba rota... —respondió la polaca, que cerró la puerta tras ella.

—No se preocupe, estoy acostumbrada.

La mujer observaba perpleja a la recién llegada, como si dudara sobre la conveniencia de desvelar algo que podría resultar humillante.

—Ha olvidado el peine en su pelo —dijo por fin, avergonzada.

Era uno de esos días en los que Agatha había plantado un peine afro de plástico rojo en la cima de su bola de cabellos encrespados. Otras se ponían un lápiz para sostener su moño.

—Lo sé.

—Oh —respondió la polaca, aún más desconcertada por el hecho de que la policía lo había hecho adrede.

¡Qué dejadez! Sobre todo para una agente de la ley.

La invitó a pasar al salón. No parecía sentirse segura. ¿Qué se podía pensar de una negra gorda que entraba en tu casa con un peine plantado en el pelo?

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

Quería terminar con aquello cuanto antes, aunque sabía perfectamente de qué se trataba.

—Mis zapatillas —dijo la agente señalando sus Converse—. Las lavé con amoníaco, harina, hielo, suero fisiológico, lejía, e incluso con la anilla de una llave de hierro, como usted le dijo al *sheriff* McDonald.

—¿Todo eso a la vez? ¡Dios mío! Dije amoníaco o harina o hielo o suero. Y además, solo se puede utilizar lejía con la ropa blanca —añadió la vecina llevándose las manos a la cabeza—, ¿no lo sabía? ¡Vaya ama de casa que está hecha! Espero que no esté casada.

La polaca vivía en esa época en que las mujeres eran esclavas de su marido. Prefirió no hacer ningún comentario.

—¿Tiene otro remedio milagroso para mis zapatillas?

—Sí, cómprese un par nuevo.

La policía se encogió de hombros y se acercó a la biblioteca, un conjunto de estanterías blancas colgadas de la pared sobre las que reposaban libros de lomos más o menos coloridos. Los estudió mientras la señora se frotaba las manos huesudas con aparente nerviosismo.

—¿*Ulises*, de James Joyce? —se extrañó cuando vio el tocho, y contuvo una sonrisa sarcástica—. ¡Enhorabuena! ¿Lo ha leído?

—No —confesó la mujer de apellido impronunciable.

—Bien, al menos es sincera. Dígame de alguien que afirme haber leído *Ulises* y le enseñaré un mentiroso. No se lee el *Ulises* de Joyce. Se traduce, se interpreta, se... descifra.

—Sí, tiene pinta de ser un poco complicado.

—Se estudia —continuó la inspectora clavándole la mirada por haberla interrumpido—, se observa como a un animal de feria, se cita en las cenas

mundanas, pero no se lee.

—Podría haberlo leído y no mentir —dijo la vecina con inocencia.

—Sería la primera —contestó Agatha con un aire burlón—. No, nadie ha leído *Ulises*. Ni siquiera el propio Joyce, créame. ¿Sabía que era miope como un topo? Hasta el punto de tener que escribir con lápices de colores para poder releerse. Y llevaba una bata blanca para que reflejara mejor la luz sobre las páginas. Como una cabra. Para otros, un auténtico genio. Un genio tiene la particularidad de poder escribir sus libros vestido de dentista con lápices de colores y que todo el mundo lo vea normal. El timo más grande de todos los tiempos, después de la pinza atrapapeluches de la feria y el crédito revolvente.

La detective hizo desfilas las páginas bajo su uña burdeos como si las viera por primera vez.

—Mil ciento cincuenta páginas, las últimas sesenta y ocho sin ningún signo de puntuación. A mitad del relato se transforma en una pieza de teatro durante trescientas páginas. ¡Un día tuve en mis manos una edición francesa traducida por once personas! Es lo mínimo para traducir algo así. Algunos lo consideran una obra maestra. Qué casualidad, es lo que siempre se dice de las novelas que nadie ha leído.

Para ella, *Ulises* era una *performance* sin pies ni cabeza, un interminable monólogo de borracho drogado con Valium, una tortura, una incitación para que el lector se salte páginas, capítulos enteros. A menudo le preguntaban, no a la inspectora, sino a la fundadora del maravilloso club de lectura, si llegaba hasta el final de los libros que empezaba. Esta parecía «la» pregunta de todo lector. ¿Es ético no terminar un libro aunque nos parezca malo? Ella respondía sin dudar con una negativa. La lectura era como los tíos, un momento de placer, nunca una obligación o una tortura. La lectura estaba hecha para evadirse, para pasar un buen rato y, de paso, aprender cosas. Y además, había tantos buenos libros por descubrir que sería un crimen malgastar el tiempo, el bien máspreciado, para terminar una novela de la que apenas se entiende el título. Si James Joyce no tenía ningún respeto hacia sus lectores, como un médico que garabateaba a toda velocidad una receta sin importarle si era legible para el paciente o el farmacéutico, peor para él, pasaremos a otra cosa. Mirad Sartre, él podía escribir libros complejos como *El ser y la nada*. Pero también cosas como *La náusea*, un buen libro, comprensible para el más

común de los mortales.

—Mire, por ejemplo —dijo abriendo una página al azar y leyendo en voz alta—: «El tiempo los ha marcado con su hierro incandescente y los ha encadenado en la habitación de posibilidades infinitas que ellos han excluido. Pero ¿eran posibles esas posibilidades ya que no existieron jamás? ¿O bien la única posibilidad fue la que ocurrió? Teje, tejedor de viento». No está mal, ¿no? Espere, hay más: «El pensamiento es el pensamiento del pensamiento: claridad tranquila. El alma es en cierta manera todo lo que es: el alma es la forma de las formas. Tranquilidad repentina, vasta, cegadora: forma de las formas». Ya está, es así durante mil ciento cincuenta y siete páginas (cerró el libro con un golpe que sobresaltó a la polaca). ¡Es para suicidarse! ¡Esto hace que te guste *Harry Potter*! A su lado, Umberto Eco es literatura infantil.

Devolvió el libro a la estantería, sacó la agenda de su bolso y la abrió en una página en blanco.

—Dejemos a Joyce con sus elucubraciones y retomemos el asunto que nos ocupa, señora Gwzsyzwz... Grwzxzx...

—Wendy, llámeme Wendy.

La inspectora desvió la mirada de su Moleskine y clavó los ojos en los de su interlocutora.

—¿Wendy? Es muy bonito. ¿Sabía que fue James Barrie, el autor de *Peter Pan*, el que inventó ese nombre?

—No lo sabía —reconoció la mujer un poco ansiosa.

Intentaba disimular su incomodidad bajo un aire de aparente tranquilidad, pero no lo conseguía.

—Para que lo sepa, Barrie tenía una amiga que se llamaba Margaret Henley, ¿no le suena ese nombre? (la mujer negó con la cabeza). La hija del famoso poeta William Ernest Henley (no parecía conocerle tampoco). ¿No? Qué tonta soy, ¿desde cuándo los poetas son famosos? Bueno, Margaret se dirigía siempre a Barrie como *My friendly*, pero como no podía pronunciar la erre, decía *My fwendy*, lo que acabó siendo Wendy.

Agatha dejó flotar sus palabras durante unos instantes en el aire viciado del pequeño apartamento mientras acariciaba algunos objetos cubiertos de polvo que descansaban en las estanterías.

—En mi caso, Wendy es también un apodo —explicó la vecina—. Mi

verdadero nombre es Frzdziwska. Pero Frzdziwska Grzegorzcyk era un poco complicado para la gente de aquí.

—Se lo aseguro.

—En todo caso, veo que entiende de literatura.

—Soy la fundadora del mayor club de lectura de la región. Y además me encantan las historias, los secretos. Y usted, Wendy, ¿tiene secretos?

La policía clavó su mirada negra en la de la polaca.

—Vayamos al grano —cortó la mujer de la fea rebeca gris con un tono seco y resolutivo—. Si ha vuelto no es por sus zapatillas ni para hablarme de Peter Pan.

—Tiene usted razón. Hablemos de otro Peter. Peter Foster. Hablemos de Marineland, de delfines y de lentejas...

—Haga lo que tenga que hacer y terminemos de una vez por todas.

Donde aprendemos a leer en los cadáveres como en un libro abierto

Se realiza una autopsia en todos los casos de muerte no natural, ya sea evidente o sospechosa. Es decir, en caso de homicidio, de muerte súbita inesperada, de suicidio, de accidente, etc. Por «no natural» se entiende todo fallecimiento no resultante de una enfermedad o del envejecimiento. Una persona que muere a consecuencia de una catástrofe natural muere, paradójicamente, de una muerte no natural. ¿Me siguen? A mí me ha costado diez años entenderlo.

En resumen, que un inspector a cargo de la investigación de un crimen tiene la obligación de asistir a la autopsia. Al menos en teoría. Los forenses son flexibles. Entienden que no estamos hechos de la misma madera que ellos, que no es un espectáculo agradable, y algunos prefieren incluso trabajar a solas para estar más cómodos sin sentirse observados. Todos tan contentos. Y además, en general, hay tanta burocracia que no tenemos tiempo para estar en la morgue. Una llamada y el médico nos comunica sus conclusiones, que reflejaremos en el informe. Por supuesto, en Nueva York, Colorado, andamos sobrados de tiempo, pero no tengo ganas de encerrarme con un hombre de bata blanca, por muy seductor que sea, y un cadáver cuando en la calle el verano ilumina los bosques de pinos verdes y hay cientos de cosas por hacer. Por ejemplo, ir a tomar el sol al lago, bañarse y devorar libros saboreando donuts de chocolate tumbada sobre la hierba.

Asistir a una autopsia consiste, para los más sensibles, en embadurnarse la nariz con Vicks VapoRub para no percibir ese fuerte olor a carne y cera, y

disfrutar de pie, en primera fila, durante más de una hora, del baile macabro del forense. Para este tipo de teatro, el mejor sitio sería detrás de la columna, arriba, muy lejos.

Lo normal es que el cadáver esté todavía vestido, lo que es bastante chocante porque hace que parezca más humano. Descansa sobre la gran mesa de acero inoxidable, al estilo de El durmiente del valle, de Arthur Rimbaud. Lleva un vaquero de Zara o un vestido de flores de Desigual, zapatillas fluorescentes rosas, zapatos de tacón de aguja o sandalias; solo le faltan dos agujeros rojos en el costado derecho. Jugamos a imaginar su vida, su estatus social, su edad. Hace unas pocas horas, era un ser vivo, como nosotros, que chateaba con su iPhone, compartía su pequeña vida miserable en Facebook, que iba a hacer sus compras, que amaba, que sufría, que era feliz, que pagaba sus facturas de gas, que comía pizzas viendo Juego de tronos con sus amigos.

Es difícil de imaginar cuando ya no queda nada, salvo la pasividad de la muerte. Nos enseña que no somos nadie. Cuando asistimos a una autopsia nos hacemos preguntas filosóficas sobre nuestra utilidad, sobre el tiempo, sobre todo. La gente infeliz debería presenciar una autopsia al menos una vez en su vida, esto les pondría las pilas para pensar de otro modo, ¡y rápido! Porque la muerte llega pronto.

El forense corta la ropa con unas grandes tijeras, le quita los zapatos. Obtenemos un ser humano completamente desnudo, sin pudor, delante de nosotros. Miramos durante unos segundos el sexo, es automático. Observamos ese pequeño pene arrugado sin vida e imaginamos en cuántas mujeres ha entrado, vigoroso, duro, potente, o quizá también en cuántos hombres. Observamos esos pequeños labios vaginales, tímidos, y nos preguntamos cuántos sexos vigorosos, duros, potentes han entrado en ellos y cuántos bebés llorones han salido para inundar de felicidad a la mamá, que ahora no es más que un cadáver.

El médico hace una incisión en el tronco en forma de «V». Vemos bien la capa de grasa bajo el vientre. Es amarilla. Intentamos calcular cuántas sesiones de gimnasio o de footing hubieran hecho falta para que desapareciera. Luego retira algunos órganos vitales. Asombrosamente, no hay mucha sangre. Es limpio. Coge el hígado, lo pesa en una báscula, y

luego hace lo mismo con el corazón y con otros órganos imposibles de identificar para un neófito. Tenemos un poco la impresión de asistir al espectáculo de nuestro carnicero de barrio. Solo le falta el lápiz sobre la oreja y que nos pregunte con una gran sonrisa: «¿Algo más, señora?».

Como digo a menudo, en la policía vemos lo peor de la humanidad. Un hombre que viola en varias ocasiones a su sobrina de cinco años antes de destrozarle el cráneo a pedradas y enterrarla en algún bosque oscuro; un adolescente asesinado en la calle de ocho puñaladas en el estómago por un billete de diez dólares que se gastarían en un paquete de cervezas; una anciana de noventa años reventada a puñetazos en la cabeza para que suelte su bolso y que muere a consecuencia de sus heridas dos días después en el hospital sin volver a ver a su nieto al que tanto quiere.

El médico corta pequeños trozos de hígado, corazón, cerebro, pulmones, en fin, de todo lo que le interesa, los mete en cajas transparentes parecidas a un táper (esperemos que no se equivoque a la hora del almuerzo) para enviarlo todo al laboratorio. Decenas de sushis viajarán pronto para ser descifrados, interpretados, y caso resuelto.

Después, mete todos los órganos en una bolsa de plástico amarillo que coloca sobre el pecho del cadáver, cierra la solapa de piel en «V» que cortó al principio y luego lo recose todo. Todos los cuerpos a los que se les ha hecho la autopsia contienen sus órganos en una pequeña bolsa de plástico en el pecho. Una maleta con todo lo que poseen, una bolsa amarilla para viajar al paraíso. O al infierno.

Lo más interesante de las autopsias es el lado deductivo del asunto. Las conclusiones del médico, los misterios que se resuelven. Decimos que los cuerpos hablan. Y ese es precisamente el interés de una autopsia. Que el cuerpo de una persona desvele los secretos que no puede revelarnos de palabra. Cómo ha muerto. Y a veces, con mucha suerte, quién la ha matado.

Si encontramos agua del grifo en los pulmones de un cadáver recogido en el mar, significa que ha sido ahogado en una bañera y después trasladado hasta la playa. Por lo tanto, no se trata de un simple accidente bañista o de un suicidio, sino de un asesinato.

Si encontramos un cadáver en el suelo boca abajo, pero con la espalda y las nalgas rojas como las de un babuino, quiere decir que le han dado la

vuelta después de su muerte. En efecto, en el momento de la muerte el corazón deja de bombear y toda la sangre del cuerpo cae por su propio peso, por culpa de la gravedad, hacia las partes del cuerpo más bajas. Si las nalgas y la espalda están rojas, es que la persona ha muerto cuando estaba tumbada boca arriba. Es lo que llamamos «lividez cadavérica». Es el pequeño detalle que indicará si el cuerpo ha sido cambiado de postura y (en su caso) desplazado más tarde, es decir, después de su muerte. Por otra parte, las livideces de color rojo carmín indican una intoxicación por monóxido de carbono, igual que las azuladas denotan una asfixia.

Pero ahora, con las series, todo el mundo sabe esto, sobre todo los asesinos, que dejan cada vez menos pistas. ¡Gracias, CSI! para su información, cuando descubrimos un cadáver flotando en el agua, por ejemplo en un río o en un lago, podemos adivinar, de lejos, si es un hombre o una mujer con solo mirar la postura del cuerpo. No es fácil determinar a distancia el sexo de un cadáver, porque hay que saber que un cuerpo que permanece en contacto con el agua durante un cierto tiempo se ablanda y ya no se puede identificar. En el 90 por ciento de los casos, si flota boca arriba, se trata de una mujer. Si está boca abajo, es un hombre. La grasa, que pesa, está repartida en el pecho y en el culo para las personas de sexo femenino, y en el abdomen para los varones. Si muero en el agua, siempre me pregunto qué pasaría. Creo que entre mi pecho generoso y mi gran culo, mi cuerpo no pararía de girar como un pollo asado. Tetas, culo, tetas, culo, tetas, culo, boca arriba, boca abajo, boca arriba... Un verdadero remolino de agua.

En resumen, por todos estos motivos nunca asisto a las autopsias.

Y por dos razones más, nada despreciables.

La primera es que me abren el apetito (¿será un resto de nuestro pasado animal? ¿La carne, sea la que sea, incluso la de nuestros propios congéneres, despierta nuestros instintos primarios y caníbales?) y no nos dejan comer en la sala de autopsia. Y segunda, porque dan ganas de hacer el amor. Para celebrar el hecho de estar vivo, imagino, y con buena salud. Y hacer el amor tampoco está autorizado en la sala, excepto si el forense está buenorro. De acuerdo, nunca me ha pasado.

Donde aprendemos la razón de la transformación de la víctima en musaka

Agatha estaba echada con la frente en la mesa y la cesta de donuts de chocolate en la boca. Cualquiera que la hubiera sorprendido en esta postura habría pensado que estaba muerta. Muerta de una indigestión de donuts en el ejercicio de sus funciones, como su difunto padre, John Crispies, que se fue al otro barrio con una sonrisa y chocolate en los labios.

Todavía tenía que redactar los informes de la víspera. Pero todo el tiempo que pasaba delante de la pantalla escribiendo informes inútiles eran horas de menos para leer libros o disfrutar de la vida. La profesión de policía era una estafa y detestaba las series que transmitían ideas falsas sobre su oficio, engrosando las filas de la policía de gente joven que tenía la cabeza llena de imágenes de bonitos asesinatos o persecuciones.

Pensó en las palabras del superintendente. Quizá tuviera razón, quizá no estaba hecha para las investigaciones, no había resuelto ninguna en diez años; quizá tendría que haber sido bibliotecaria en lugar de empeñarse en seguir los pasos, y el culo gordo, de su padre. Se imaginó con el pelo canoso y pequeñas gafas de montura dorada sobre la nariz en una biblioteca de Harlem, pasando sus días diciendo «shhhhhhhhhhh» a los estudiantes indisciplinados o a los traficantes de *crack* que iban a buscar refugio los días de lluvia.

Echó un vistazo a su agenda abierta, sobre la que se había quedado dormida. La esquina de la tapa de piel le había dejado una pequeña marca en la mejilla que tardaría unos minutos en desaparecer. Leyó los nombres de los dos primeros sospechosos ideales:

McDonald
Frzdiwska «Wendy» Grzegorzcyk

¿Serían los primeros de una larga lista?

—¿Suicidio con donuts? —preguntó una voz con tono jocoso.

Agatha levantó la cabeza.

Betty, una de las tres recepcionistas, había entrado en el despacho y la miraba sonriendo.

—¡Cuántos pretendientes, querida!

—¿Qué pretendientes? —preguntó la policía, que pensó por un instante que se refería a su lista de sospechosos.

—Te han llamado dos hombres. De Woodville. ¡Menudo éxito tienes allí! Un forense. Y el *sheriff*.

La joven dejó un posit amarillo sobre la mesa en el que había garabateado dos números con lápiz.

—Mmm... un *sheriff*... ¡qué suerte!

—Querrás decir qué mala suerte, ¿no? —la cortó Agatha.

—¿Qué dices? Con el sombrero de vaquero, la estrella dorada en el pecho, barba de tres días, ufff...

—Eso es en las películas. En realidad enfriaría a la peor de las ninfómanas bajo los efectos de la burundanga.

Agatha echó un vistazo a la nota. ¿A quién debía llamar primero? ¿Al perverso o al maleducado? Puestos a elegir entre dos tontos, mejor escoger al más guapo. Optó por el médico.

—¿Puedo llamarlo ahora? —preguntó—. ¿Está en su despacho?

—Es un móvil, Agatha. Puedes contactar con él esté donde esté.

—Es verdad, en el resto del mundo tienen móviles, ya no me acordaba.

Se enderezó y peinó su bola de pelo rizado.

—¿Estoy bien? ¿Estoy presentable?

—¡Es una llamada, no una videoconferencia!

—La apariencia se nota en la voz. Siempre hay que intentar estar divina, querida —bromeó la policía.

—Bueno, para tu información tienes chocolate en las mejillas, la frente y las manos.

—Betty, por si no te habías dado cuenta aún, soy negra. —Nunca me acostumbraré.

La recepcionista sonrió, avergonzada, y salió del despacho.

En cuanto estuvo sola, Agatha respiró profundamente, se relajó y retomó su indefectible alegría. No iba a morir por tener que encontrar a un culpable, por el hecho de que le retiraran el coche oficial y se quedase sin donuts de chocolate, que su club de lectura se hundiera y que... Paró. Bueno, mejor no pensarlo. Espiró, descolgó el teléfono y marcó el número, febril como cuando de joven llamaba a un chico de su clase para pedirle que saliera con ella.

—Hola, doctor, soy la inspectora Crispies. Parece que tiene algo nuevo para mí.

—Hola, inspectora —respondió la voz metálica—, acabo de terminar la autopsia.

—Y sigue sin ser un suicidio, ¿no?

—No, inspectora. Estoy seguro. Se trata sin duda de un asesinato.

Si estuviéramos en una película de terror, se habría oído retumbar un trueno en ese preciso momento.

—Entonces ¿cómo explica que el cuarto de baño estuviera cerrado desde el interior? Es todo un rompecabezas.

—No por eso hay que concluir que es un suicidio —rebatió el forense—. ¿Conoce la novela francesa *El misterio del cuarto amarillo*? La leí de niño. Entonces ya me gustaban los enigmas. Le voy a confesar una cosa, yo también quería ser policía, pero las pistolas no eran lo mío, así que encontré una profesión apasionante en la que podía resolver grandes investigaciones sin utilizar un arma.

—Y el bisturí, ¿no es un arma?

Scholl sonrió al otro lado del teléfono.

El misterio del cuarto amarillo, se dijo Agatha, esa era la cosa tan importante que tenía que hacer hoy y que había olvidado. Desenredó el cable del teléfono, se levantó y se llevó el aparato con ella hasta las estanterías de su biblioteca. Al fondo de su despacho, un centenar de obras clasificadas por orden alfabético descansaban en repisas de madera a punto de ceder por el peso. Deslizó el dedo sobre el lomo de los libros y se detuvo en Gaston Leroux, *El misterio del cuarto amarillo*. El autor también había escrito *El*

fantasma de la ópera, pero era el libro que señalaba con su uña pintada de rosa el que había lanzado a ese francés al mismo nivel que *sir* Arthur Conan Doyle o Edgar Allan Poe.

—Aquí estás —murmuró—. Se refiere al libro que presenta al famoso personaje de... (su memoria le fallaba, hojeó las primeras páginas) Rouletabille, el periodista detective.

—Me asombra su cultura —reconoció el médico, impresionado—. No sabía que los policías...

—¿... leían? —anticipó ella—. Pues sí. Y además soy la fundadora y presidenta del mayor club de lectura de Nueva York, Colorado. Dígame, ya que estamos hablando de ello, ¿se acuerda del final?

—¿El final de qué?

—Del *Cuarto amarillo*. No recuerdo el desenlace. Podría serme útil para la investigación.

—Siento no poder ayudarla. Lo leí hace mucho tiempo y suelo olvidar todos los libros que leo o todas las películas que veo. Una memoria de pez.

—A mí me pasa igual.

—Bueno, dejemos de lado estas digresiones literarias y volvamos al asunto. Estimo la hora de la muerte de Peter Foster hacia las once de la noche. La causa de la muerte se debe a la penetración de un objeto afilado en varios de sus órganos vitales.

—¿Arma blanca? —preguntó Agatha.

Dejó el libro en la mesa y abrió su libreta Moleskine.

—Para ser más preciso, agujas de hacer punto.

—¿Agujas de hacer punto? —repitió ella, un pelín nerviosa.

Retorció el dedo alrededor del cable de teléfono y echó un vistazo por la ventana. Una pequeña ardilla saltaba sobre una rama agitando su cola encrespada en todas direcciones. ¿Cómo podía saberlo? También podría haberse tratado de un picador de hielo, un hacha o un cuchillo, pero no, había dicho «agujas de hacer punto», así, sin dudar.

—Ciento cincuenta heridas de aguja de tejer, por si le interesa. He pasado toda la mañana contando.

Agatha permaneció en silencio. Este forense iba hasta el fondo de las cosas y no escatimaba esfuerzos. Un verdadero profesional.

—Bueno, he de dejarla —se despidió—. Tengo una sobredosis que acaba de llegar.

—¿Un toxicómano?

—No, una anciana que ha tomado demasiadas aspirinas. ¡Que tenga un buen día!

—Muchas gracias por todo otra vez, doctor.

Scholl colgó. Agatha permaneció un instante con el teléfono en la oreja, pensativa.

¿Qué sabía del asesino? Que comía donuts de chocolate y que había utilizado agujas de hacer punto para cometer su crimen. Todo parecía indicar que se trataba de un policía que sabía tejer.

Levantó la mirada y observó la recepción con una sonrisa maléfica. Betty, que dirigía el taller de costura, estaba colgada al teléfono, como de costumbre. No era policía, sino una simple recepcionista, una civil, pero funcionaria al fin y al cabo. No seamos quisquillosos. Comía donuts, pero no engordaba ni un solo gramo. Eso le bastaba para convertirla en algo más que una simple sospechosa. Agatha anotó en su pequeña libreta roja «interrogar a Betty en cuanto vuelva del restaurante» y después salió de su despacho.

Donde entra en escena un nuevo personaje

La ardilla de cola encrespada cayó del árbol sobre el sombrero de fieltro del hombre que había observado toda la escena con sus prismáticos.

—¡Malditas ardillas radiactivas! —maldijo agitando los brazos para asustar al animal.

Pero esta, que no se dejaba intimidar tan fácilmente como una ardilla no radiactiva, clavó sus garras en el hombro del espía y dirigió sus afilados dientes de roedor hacia su yugular. El hombre vio unos ojos inyectados en sangre y leyó en ellos su muerte próxima. Su instinto de supervivencia tomó el relevo a su cobardía notoria, la agarró justo a tiempo por su cola gorda, tiró de ella con todas sus fuerzas y la hizo girar unos instantes en el aire como un lanzador de martillo antes de soltarla. La ardilla describió una parábola que acabó entre las copas de dos pinos. Había una ley que prohibía matar a una ardilla radiactiva fuera del día de caza oficial, el 29 de agosto (salvo si ibas en el coche y la ardilla atravesaba la carretera), pero no había tenido opción. Legítima defensa. Y una ardilla más a añadir a su palmarés.

El hombre se llevó la mano a la garganta, pero no encontró ningún resto de sangre en sus dedos. Esta vez todo había quedado en un susto.

Jadeante, alcanzó su coche aparcado entre los árboles, al borde de la pequeña carretera. Había encontrado en la vegetación una inmejorable vista del despacho de esa maldita poli. Decidió que ese sería su observatorio, para desgracia de las ardillas radiactivas locales.

Una llamada que cambia muchas cosas

Cuando volvió, después de haber devorado una hamburguesa con patatas fritas y un donut de chocolate en un restaurante de carretera, Agatha se dio cuenta de que Betty ya había terminado su turno y se había marchado. Kevin la sustituía detrás del gran mostrador situado frente a la entrada. Betty, Kevin y Holly se relevaban para asegurar una presencia (casi) continua en la centralita y en la recepción de la comisaría. No había prisa.

—¡Agatha! —la interpeló un Kevin tímido que estaba limándose las uñas—. Has recibido una llamada. Importante y urgente.

Durante un segundo, Agatha se preguntó por qué no la habían llamado al móvil si era tan «importante y urgente», hasta que recordó que lo había guardado en la cómoda de su dormitorio, bajo la ropa interior, el día que llegó a Nueva York, Colorado, hacía cinco años.

—¿Cuándo pondrán satélites encima de este maldito pueblo para poder tener cobertura? —pensó en voz alta.

—Puedes esperar sentada —respondió Kevin sacudiendo la cabeza, lo que le obligó a sacar un cepillo para recomponerse el peinado, porque toda esa agitación había fastidiado su permanente.

Agatha echó un vistazo al tablón colgado detrás de él. Un remedio para los más enganchados a Facebook. Pinchadas sobre la superficie de corcho había fotos de platos de comida, notas graciosas, fórmulas espirituales a lo Paulo Coelho, fotos de gatos... Todo lo que se podía encontrar en las redes sociales pero en versión papel. Los pulgares levantados, a modo de *likes*, se

amontonaban junto a los más populares. Al parecer, su receta de lasaña dietética y una crítica ácida sobre un libro de Stephen King, los dos últimos *posts* que había pinchado en su muro (aquí la expresión tomaba todo su sentido), no había suscitado el entusiasmo de las tropas. No había ningún pulgar levantado. En cambio, el estuche para esposas tejido por Betty, que colgaba debajo, había tenido mucho éxito: cinco *likes*.

—Algún día me dirás por qué te limas las uñas, si te las comes —dijo Agatha.

—Soy recepcionista. Soy la señorita Moneypenny del departamento. Todas las recepcionistas se liman las uñas, querida. Deberías ir al cine más a menudo.

—Todas las recepcionistas son mujeres, Kevin.

El hombre suspiró profundamente. Estaba desesperado por no haber nacido mujer. Aunque Simone de Beauvoir dijera que una no nace mujer, sino que se hace.

—No me hables de eso, Agatha. Es mi cruz.

—Bueno, ¿y esa llamada importante y urgente? —le recordó la policía.

—Una desaparición.

Era Phil Barns el que solía encargarse de las desapariciones, un joven sargento que dedicaba el 80 por ciento de su trabajo a socorrer a los grupos de *country* que se perdían en los bosques de Colorado durante las sesiones de fotos para la carátula de sus álbumes. El 20 por ciento restante lo destinaba a encontrar a los animales domésticos de los habitantes del pueblo, sobre todo a Juan Pablo II, el gato de la señora Jennings. No obstante, Phil no estaba disponible esos días. Se había roto una pierna al caerse en un agujero mientras ayudaba a salir de él al batería, al violinista y al banjo de la *Kinder Country Band*. Así que le tocaba a Agatha.

—Una desaparición —repitió ella, escéptica.

No era su fuerte. Aún recordaba su último caso de desaparición, el de su pequeña coneja Pepper. Los conejos tenían la particularidad de esconderse en un millón de sitios. Sobre todo en plena naturaleza. Y la suya adoraba el motor de su coche.

—En el aserradero McEnroe —retomó el joven con su vocecita y un guiño.

—¿Por qué me guiñas un ojo?

—Aserradero... Quien dice aserradero dice... le-ña-do-res.

—Sigo sin entender.

—Leñadores, Agatha, ¡tíos buenos! Tienes suerte. Si pudiera dejar la recepción, te acompañaría.

—¿Quién ha desaparecido?

—Eso no me lo han dicho. ¿Un árbol? (estalló en carcajadas). Ya me contarás. Con todo detalle...

—Tengo la impresión de que va a ser apasionante —ironizó la policía.

—¿Sabes dónde es?

—No.

—Llévate el plano turístico.

Kevin le acercó el único que tenían.

La definición divirtió a Agatha. Nunca un turista había llegado hasta este agujero, ni siquiera durante la tradicional caza de ardillas radiactivas, la tradicional fiesta anual del pueblo. Teniendo en cuenta que Nueva York, Colorado, no aparecía en ningún mapa, ni siquiera en Google Maps, el predecesor del superintendente Goodwin se había encargado de dibujar uno para sus efectivos. De modo que hacía unos años, bastante antes de la creación de los talleres de dardos, de lectura o de costura, una de las actividades principales de los policías había sido recopilar todas las calles, carreteras, lagos y montañas de los alrededores. El resultado era ese magnífico trozo de papel formato A3 impreso en blanco y negro, plegado y desplegado mil veces y pegado con trozos de cinta adhesiva que Kevin le ofrecía con las puntas de sus uñas roídas y limadas.

Antes de irse, Agatha pasó por su despacho, un acto reflejo, y encontró el posit que Betty le había dejado aquella mañana. Estaba a punto de tirarlo a la papelera cuando vio el nombre de McDonald escrito, justo debajo del de Scholl. Se dio cuenta de que había olvidado llamar al *sheriff*.

—McDonald —respondió una voz fría.

—Soy yo, Agatha.

—¡Menos mal que no era una urgencia!

—Esto es lo que pasa por no tener móvil.

Y cabeza, pensó el *sheriff*.

—Bueno, sé que es la encargada del caso Foster y no quisiera entrometerme en su investigación, pero no he podido evitar hacer algunas pequeñas pesquisas por mi cuenta. En fin, bueno, si le interesa...

—Aunque me vaya fenomenal, no tengo nada en contra de un poco de ayuda.

No me extraña, pensó él.

—El señor Grzegorzcyk, ya sabe, el marido de la vecina, el vendedor de coches en Spanish Fork, desapareció hace un año.

—¿Quiere decir que es viuda?

—He dicho «desaparecido», no «muerto». Se volatilizó de un día para otro, no volvió a aparecer por casa. He encontrado un informe en el que su esposa denunciaba la desaparición de su marido. Se llegó a abrir una instrucción, pero el caso fue archivado al poco tiempo. Ninguna pista. Como si se lo hubieran llevado... no sé, los extraterrestres. El caso se archivó. Un hombre que deja a su mujer, después de todo, es algo que pasa todos los días. En todo caso, más a menudo que el avistamiento de un platillo volante.

Agatha se tomó unos segundos para asimilar la noticia.

—Muy interesante. Yo también he encontrado algo —añadió para no quedar mal—. He hecho mi pequeño interrogatorio en el vecindario y nunca adivinará con quién me he topado.

Hubo un silencio.

—Con «la» mujer.

—¿La mujer? ¿Qué mujer?

—La de la foto de Marineland.

—¡Imposible! —exclamó el *sheriff*, impresionado—. ¿La de las gafas y el sombrero?

—La de las gafas y el sombrero, y la rebeca gris hortera.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Las preguntas se amontonaban en su mente. Quizá la había subestimado. Quizá era mejor investigadora de lo que pensaba. A menos que se tratara de la suerte del principiante.

—No va a creerme. Es la polaca.

Hubo un ruido raro al otro lado del teléfono, como alguien que se atraganta.

—¿La polaca? ¿Quiere decir...?

—Sí, la señora Menganita. La vecina de abajo.

—¿Está segura?

—Segura. No hay dos rebecas como esa en el mundo, se lo puedo asegurar. Y además, la he interrogado.

—Ah.

La noticia no parecía gustarle. Le llegó el sonido de algo parecido a un roce vigoroso. Agatha dedujo que se estaba limpiando los cristales de las gafas.

—¿Y... qué le ha dicho? —preguntó con timidez.

—Estaba muy nerviosa. No me dijo nada que no supiéramos ya —mintió—. ¿Sabe que se llama Wendy? ¿Cómo la de Peter Pan?

El hombre suspiró profundamente.

—Entonces... Seguro que era la amante de Foster —concluyó él al cabo de unos segundos.

—¿Por qué amante? Acaba de decirme que su marido desapareció hace un año. Ha podido rehacer su vida después de la desaparición de su esposo. Es lógico.

El racismo no era el único problema de los alrededores, también estaba el machismo. Desde su punto de vista, el machismo era un tipo de racismo, hacia la mujer. Una mujer no tenía derecho a rehacer su vida. Solo podía ponerse un vestido negro y llorar a su marido desaparecido durante el resto de sus días.

—No es un crimen —añadió ella.

—Pero se ha convertido en uno —matizó McDonald.

—Solo es una reflexión de ama de casa, pero parece que no planchaba las camisas de su marido cuando descubrió las manchas de sangre en el techo.

—Es cierto —aceptó el hombre al otro lado del teléfono, que no parecía haber caído en ello—. Podría tratarse de las de Foster.

—O quizá esté loca, como en *Psicosis*. Y se disfrace de vez en cuando de su difunto marido, perdón, de su marido desaparecido, para matar a sus vecinos.

La idea parecía hacer mella en la mente de McDonald.

—Bien, nos llamaremos cuando hayamos avanzado —propuso el *sheriff* para acabar la conversación. No le gustaba el giro que había tomado el asunto.

La sola evocación de la película de Hitchcock le helaba la sangre.

Yo tenía razón, pensó Agatha después de colgar; no se mata al amante, sino siempre al marido. La polaca parecía un buen denominador común en este asunto. Su marido había desaparecido y su amante había sido encontrado transformado en relleno de salchichas.

Subrayó con un trazo grueso el nombre de la vecina en la lista de su cuaderno, con tanta energía que la punta del bolígrafo atravesó la hoja, y después se levantó y salió de su despacho. Esta pequeña pausa en el aserradero McEnroe le haría bien.

McDonald

Frzdzimska «Wendy» Grzegorczyk

Donde visitamos un aserradero innovador y hablamos mucho sobre Francia

Equipada con la dirección y el mapa, Agatha encontró con facilidad el aserradero, ubicado en un pequeño claro a diez kilómetros del pueblo, en dirección a Tortilla Peak, entre los lagos Left y Right (el que les había dado este nombre, por muy lógico que fuera, no había pensado en el hecho de que si se venía en el sentido contrario, Left se encontraba a derecha y Right a la izquierda).

Mientras conducía volvió a pensar en la noche del crimen. ¿Acaso no era «leñador» una de las pistas reveladas por el método Crispies? Con la mano derecha rebuscó en el cuaderno rojo que había dejado en el asiento del pasajero. «Carne picada, pochada, pocha, hacha, leñador». Sí, eso era, «leñador».

—¡Increíble, funciona! —exclamó, feliz y sorprendida.

A punto estuvo de salirse de la carretera. Su padre habría estado orgulloso de ella. Por fin había heredado el don familiar. Ahora podría seguir sus pasos. Y McDonald se había burlado de ella. Le enseñaría que se equivocaba al despreciar a una Crispies. Se arrepentiría.

Aparcó delante de una cabaña construida en mitad de los árboles. Montones de troncos se erigían a cada lado como dos pirámides mayas.

Un hombre salió a su encuentro, intrigado y desconfiado.

Tenía unos grandes brazos musculosos, barba de tres días, un pantalón ajustado en la entrepierna, bastante abultada, una camisa a cuadros rojos y blancos y una gorra. Vamos, el típico leñador. En concreto, el que decora la

portada del calendario *sexy* de leñadores. El mister Enero de los leñadores.

¡Qué pena!, pensó Agatha al verlo, si hubiera sabido que iba a encontrarme con Brad Pitt hoy, al menos me habría depilado las axilas. Y además me habría puesto unas bragas bonitas de encaje en lugar de esta horrible faja de solterona. La tranquilizó saber que, pasara lo que pasase, las cosas no irían tan rápido como para que acabara en la cama con él, al menos en las próximas horas. Sin embargo, hizo lo que pudo con lo que tenía. Se puso un poco de lápiz de labios mirándose en el retrovisor, se pellizcó las mejillas para enrojecerlas, como había visto hacer en las películas, sin pensar que ella era negra como una tableta de chocolate, y después bajó del coche. En la vida nunca se tenía una segunda ocasión para dar una buena primera impresión. La gente era como los libros. Se los juzgaba por su portada, por su título, por la primera frase.

De eso sabía mucho. Escribía en su cuaderno sus primeras frases favoritas. «Mucho tiempo he estado acostándome temprano», en *Por el camino de Swann*; «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo», en *Cien años de soledad*, o «Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto», en *La metamorfosis*^[3]. Su última frase preferida era: «¡Confiar y esperar!», de *El conde de Montecristo*, que habría sido un eslogan apropiado para una vida en Nueva York, Colorado.

—¡No se comen donuts aquí! —bramó el hombre con una potente voz que hizo vibrar todo el cuerpo de la policía.

Señaló algo detrás de ella. Agatha se volvió y vio el gran círculo de plástico de dos metros de diámetro anclado al techo del coche. Estaba tan acostumbrada, que a veces olvidaba que se paseaba con él.

—¡Y además no queremos comerlos! Puede irse a buscar clientes a otra parte.

—Agatha Crispies, criminal de Nueva York —se presentó cuando estuvo a su altura.

El hombre la miró estupefacto.

—Quiero decir que trabajo en la brigada criminal —rectificó ella, consciente de la ambigüedad de su frase.

Sonrió intimidada y le mostró su placa. Por una vez, a la primera. No era la tarjeta de H&M o de Ikea Family, no era la del videoclub ni la tarjeta de crédito. No, era su verdadero carnet profesional. Era a ella a la que su padre tendría que haber llevado a conocer el hielo, como en la novela de García Márquez. Sí, mucho hielo, para sofocar el inmenso calor que le provocaba la simple vista de ese dios de la sierra mecánica. Toneladas de hielo.

—Oh, lo siento, la había tomado por una representante del Agujero Divino —continuó el Apolo con camisa de cuadros—. Tiene el mismo coche.

—Es una tapadera.

—Está muy conseguido. Y no lleva impermeable porque está de incógnito, ¿verdad?

—Lo ha entendido a la primera —aceptó ella para no discutir más.

—Si me permite el consejo, para pasar desapercibida debería evitar los donuts.

Señaló con su barbilla el rosco de chocolate que Agatha tenía en la mano izquierda.

—Son una asquerosidad —escupió él—. Grasa, colorantes químicos, azúcar y chocolate del malo. Un verdadero cúmulo de colesterol.

—Pienso lo mismo —mintió la policía—. No es mío. Como ha podido constatar, cuido mi línea. Como siempre digo, ¡se juzga a un libro por su portada! Solo como... zanahorias. Una verdadera coneja... (enrojeció). En fin, es el donut de mi compañero. Se lo guardo.

—¿Dónde está?

—Haciendo pipí detrás de un árbol —respondió sin pensar.

—Un poco arriesgado en los alrededores del aserradero, ¿no cree? ¿De qué árbol?

—Uhhh... ese —indicó al azar.

—No le veo.

—¿Y aquel?

—Tampoco le veo.

—Habrá acabado, seguramente estará en el coche.

—Tampoco veo a nadie en el coche.

Esto se estaba pasando de raya. Sin embargo, no le guardaba rencor. Era demasiado *sexy* para guardarle rencor más de dos segundos y medio.

—Ehhh... En el maletero, sí, eso es, está en el maletero —improvisó para zanjear el tema—. Bueno, estoy aquí por...

—¿En el maletero? —preguntó él caminando hacia el vehículo.

Pero ¿qué se supone que estás haciendo, tío?, pensó ella. ¡No me digas que vas a abrir el maletero!

—Está descansando —anunció tajante a la vez que intentaba cerrarle el paso.

—¡No me dirá que su compañero está descansando en el maletero! —continuó el leñador, al que nada podía hacer cambiar de idea.

—No sé qué tiene de extraordinario. La rutina... Nos turnamos. Yo investigo, él descansa (se tumbó a lo largo del maletero). Después me toca a mí. Así no perdemos nunca el tiempo. Bien pensado, ¿no? La policía no duerme nunca. ¡En servicio veinticuatro horas al día! Bien, dejemos de hablar de mi compa...

—No la creo —cortó el hombre, y empujó el cuerpo de Agatha con sus grandes manos.

Ella se sintió transportada con una facilidad desconcertante.

—¿Puedo?

—¡No! —exclamó ella—. ¡No se lo permitiré!

El hombre la miró, divertido (con una sonrisa capaz de desmayar a una armada de chicas) y abrió el maletero. Cuando vio lo que contenía, su sonrisa desapareció y sacudió la cabeza, impresionado.

Agatha se llevó el dedo índice a los labios para pedir silencio.

—¿Nunca hace caso a lo que se le dice? —le preguntó mientras cerraba el maletero—. Quizá usted sea el jefe aquí, señor McEnroe, pero no todo es suyo.

—McEnroe fue el fundador del aserradero. Murió en 1895.

—Oh, lo siento —respondió Agatha.

—Leroy, Merlin Leroy —se presentó el leñador tendiéndole su bonita mano—. Como mi abuelo.

Y como miles de tiendas de bricolaje en el mundo, pensó Agatha.

—¿Es de origen francés? —preguntó encantada.

—A decir verdad, soy de París.

—Oh, París. —Se quedó embobada—. Cruasanes, *oh-là-là mon amour*, la

torre Eiff...

—Paris, Texas —cortó el hombre—. Allí es más bien tortitas, rodeos y sombreros de *cowboys* —rectificó con una sonrisa.

Cuando sonreía con sus bellos dientes blancos de anuncio de televisión, el tiempo se detenía. Ya nada tenía importancia.

—Claro, claro, ese París tampoco está mal —respondió Agatha, conquistada por completo.

Entraron en la cabaña, que en realidad era una oficina. Reinaba un desorden sin igual. Un montón de facturas y de revistas cubrían las sillas y la mesa. Despejó un sillón para que ella se sentara y él se acomodó en una mecedora.

—Entonces, ¿ha venido desde Nueva York? ¿Qué la trae por aquí?

—Oh, ya sabe, está aquí al lado.

Merlin Leroy frunció el ceño.

—Trabajo en Nueva York, Colorado —precisó ella.

—Oh, claro, esa Nueva York —respondió con otra sonrisa.

Un nuevo ejército de chicas se desmayó en alguna parte del mundo.

Después, un silencio embarazoso invadió el pequeño despacho.

—Bueno, esa desaparición...

—Ah, sí, la desaparición —exclamó él como si fuera el menor de sus problemas—. ¿Ha visitado alguna vez un aserradero?

—Eh... En realidad, no —balbuceó ella.

—¿Le apetece?

¡Es lo que siempre he deseado!, pensaba responder, irónica. Era la ocasión para cumplir el número 3.893.245 de la lista de deseos que soñaba realizar antes de morir, en algún sitio entre besar con lengua a un leproso y acostarse con un fan de *La guerra de las galaxias* tan peludo como Chewbacca.

—Me encantaría.

—¿Tiene cartucheras?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—Oh, no hago deporte desde que me trasladaron aquí, porque no hay gimnasio en Nueva York, Colorado, pero yo... no pensaba que... ¿Tanto se me nota? —preguntó horrorizada.

—Solo se lo decía por si nos encontramos con algún oso —explicó él.

—Oh, claro, perdón, ¡esas cartucheras! —dijo avergonzada por su error —. Sí, voy armada.

—Está muy guapa así.

Casi se derrite. Le habría pedido que le repitiera esa frase un millón de veces. «Está muy guapa así». Qué pena no tener su teléfono móvil para grabarlo y escucharlo mientras tomaba un baño. «Está muy guapa así». Se la enviaría a sus amigas, lo compartiría en Facebook. «¿Habéis visto lo que me ha dicho? Es un leñador. Un leñador guapo. Se parece a Brad Pitt».

—¿Brad Pitt? ¿Dónde? —Una voz grave la arrancó de sus pensamientos.

Merlin Leroy giraba la cabeza en todas direcciones preguntándose qué podría estar haciendo el actor en medio de su bosque.

—Eh... nada. Decía que «venga, vamos».

Se dirigieron hacia el establo. Merlin Leroy cogió un caballo blanco y otro crema por las riendas y los sacó susurrándoles palabras de aliento.

—Comida sana, mente sana, conciencia ecológica —le explicó—. No tengo coche.

—¡Pero corta árboles! —remarcó Agatha.

—¡Sí, pero son árboles de vivero! —precisó el leñador.

Le señaló las dos monturas.

—Me gusta el modelo color crema —dijo la inspectora como quien habla de un sofá, mientras acariciaba sus grandes narinas húmedas (las del caballo).

—Mejor, es justo el que le iba a dejar. El blanco es el mío.

No le extrañó en absoluto. Merlin Leroy era un verdadero príncipe encantador, de los que ya no se veían, salvo en los paquetes de galletas de chocolate.

—¿Sabe montar? —preguntó el leñador en tono inocente.

Ella se ruborizó.

—Crecí en Harlem. En la escuela nos dedicábamos más al hip-hop y a fumar. Como ni siquiera teníamos dinero para ir a la piscina en verano, abríamos las bocas de incendio de la calle y nos bañábamos en la acera. Así que la equitación...

Él unió las manos a modo de escalón para que ella pudiera auparse.

—Ya verá, es fácil. Basta con dejarse llevar. Le va a encantar montar.

Volvió a ruborizarse.

Cuando estuvo sentada en el caballo, Merlin Leroy saltó sobre el suyo. Agarró sus riendas y las de la policía con la mano izquierda y tiró de ellas. Los dos animales iniciaron un avance lento y armonioso.

Qué agradable era pasear entre los altos pinos de los bonitos bosques de Colorado. Agatha inspiró a pleno pulmón, absorbiendo cada molécula de aire para convertir este momento en único, hasta que el olor de la caca de caballo se le agarró a la garganta. Después, unas palabras volvieron a su mente. «Carne picada, carne de caballo, caballo». El método Crispies había acertado de nuevo. «Leñador, caballo». En definitiva, no le costaría demasiado encontrar una relación entre esta historia de desaparición y el asesinato de Peter Foster. Miró a Merlin Leroy y se preguntó si era un candidato a asesino. A pesar de que todos sus sentidos le aconsejaban actuar con cautela, no podía evitar confiar por completo en ese perfecto desconocido.

—¿Ve aquello? —Señalaba un claro que se extendía a su derecha—. Allí es donde plantamos los futuros árboles. Cuanto más deforestamos, más plantamos. Por supuesto, la deforestación es más rápida que el crecimiento, pero tenemos reservas. Allí está la zona en la que estamos trabajando en la actualidad. Todo esto es mío.

Lo dijo en el mismo tono que usaría un príncipe de *Las mil y una noches* al abarcar con el brazo todo el desierto y todas sus riquezas. Y ella se sintió celosa por no formar parte de ese «todo esto es mío». Se lo imaginó acercándose a ella sobre su caballo y susurrándole al oído «tú eres mía». Se estremeció.

Pero en lugar de eso, Merlin Leroy señalaba con su dedo índice la parte de la montaña en la que trabajaban los leñadores. Desde su posición solo se distinguían sus camisas de cuadros rojos. Un mosaico de pequeños cuadros escarlatas parecidos a píxeles que bailaban en el paisaje verde. Una especie de bosque de baja resolución.

—Cortamos los árboles y después trasladamos los troncos con los tiros de caballos hasta el sitio de donde venimos, y allí los cortamos uno a uno; los troncos, claro, no los caballos. Trabajamos a la antigua usanza. Nada de vehículos, nada de sierras mecánicas. Nos cuesta más, pero al menos sigo mis principios. El bosque es un ser vivo. Le gusta que lo respetemos.

—Claro.

Agatha estaba absorta mirando el trasero y los hombros de ese guapo macho montado sobre su caballo blanco.

—¿Ve la pequeña cabaña de allí? (señalaba una cabaña hecha con troncos situada en la entrada del bosque). Se la alquilo a un escritor francés.

—¡Siempre soñé con ver a uno! —exclamó Agatha entusiasmada.

—¿Un escritor?

—No, un francés.

—¿Sabía que un francés de cada tres es escritor, o quiere serlo? Me lo dijo él. Pero este no es un francés como los otros —añadió—. Se llama John Dicker.

—¿John Dicker? No suena demasiado francés. Me esperaba más bien un nombre como Maupassant o Proust. Antes los escritores tenían nombres franceses.

—Imagino que es por la globalización —reflexionó el leñador levantando su gorra y secándose la frente con ella.

—¿Qué hace por estos parajes?

—Está escribiendo un libro policíaco ambientado en New Hampshire.

—¿New Hampshire? ¡Pero si está a más de tres mil kilómetros de aquí! —exclamó.

—Ya le he dicho que es original —contestó el hombre encogiéndose de hombros.

—¡Puestos a escribir un libro sobre la costa Este de Estados Unidos se podría haber quedado en Francia! ¡Estaría más cerca!

Llegaron delante de la cabaña. En la terraza, un joven elegante miraba fijamente el teclado de su ordenador portátil sin escribir una sola palabra. Aunque estaba sentado, parecía alto y tenía un porte atlético. Un tupé de pelo moreno se erigía sobre su cráneo como un helado de chocolate. Su gran frente denotaba una inteligencia poco común, según una interpretación (más que libre) de las teorías antropomórficas de Alphonse Bertillon, el pionero de la identificación de criminales.

—*Bonjour*, amigo! —saludó el leñador.

—*Bonjour* —contestó el joven intelectual levantando la cabeza hacia los recién llegados.

Los observó con una mirada curiosa que se detuvo con especial atención

en la desconocida. Y durante un instante sintió piedad por el pobre caballo.

—La señora es de la policía de Nueva York —explicó el leñador señalando a Agatha.

—¿Nueva York? —repitió John Dicker, asombrado.

—Nueva York, Colorado —matizó ella.

El escritor frunció el ceño. La reputación de los estadounidenses no era exagerada: eran tan negados en geografía como se decía, incluso respecto a su propio país. Nueva York no se encontraba en el estado de Colorado, sino en el de Nueva York. ¡Eso lo sabían hasta los suizos!

—Bueno, ¿está inspirado? —le preguntó su casero.

—Aún no, pero seguro que lo conseguiré en este fabuloso paisaje. El canto de los pájaros, de las sierras... Muy bucólico.

—¡Pero no tiene nada que ver con New Hampshire! —intervino Agatha con una pizca de sarcasmo en la voz.

En ese momento, el francés se convirtió en un sospechoso. Todos los eran, de todas formas.

—Oh, tengo mucha imaginación, no se preocupe.

—En ese caso, ¿por qué no se ha quedado en Francia para escribir su novela?

—Quizá porque soy suizo —precisó John Dicker con una sonrisa en los labios.

—En todo caso, debe estar feliz, hay muchas ranas por aquí.

El joven frunció el ceño, sin comprender.

—Usted come ranas, ¿no?

—Soy suizo —repitió el joven con un tono mucho menos simpático.

—¿Y no comen ranas en Suiza?

—No, es en Francia.

—Perdone, pero no sé bien Suiza.

—Al lado de Francia.

—La última vez que oí hablar de un suizo fue en un libro de Agatha Christie —dijo el leñador, sin duda para demostrar que todos los estadounidenses eran unos ignorantes en geografía—. ¿Conoce a Hércules Poirot?

—Es belga —corrigió Agatha.

—¡Pues eso, como él! —exclamó Merlin Leroy señalando al escritor.

—¡Soy suizo! Ni francés, ni belga. ¡Suizo! Como...

El joven buscó algún suizo famoso, pero no se le ocurrió ninguno.

—¿Y cómo se llama su novela?

—*La verdad verdadera sobre el caso Quebert.*

—¿El queso Quebert? Querrá decir queso Camembert, ¿no?

—¡Es el caso, no el queso! El caso Quebert.

—Oh —sonrió el leñador—, lo pilló: el caso que ver.

—«Que ver» no, «Quebert». ¡Es el caso de un hombre que se llama Quebert!

—No me entero —reconoció Agatha—. En fin, funcionará, seguro. En la literatura, cuanto menos se entiende algo, más gusta a los intelectuales. Mire Joyce. ¿De qué trata? —preguntó con la esperanza de descubrir un poco más sobre esta extraña novela.

—Pues bien —comenzó el joven, encantado de poder hablar por fin de su libro—, se trata de la desaparición, en los años setenta, de una tal Ñola que será encontrada unos años después enterrada en el jardín de un profesor de universidad.

No funcionará nunca, pensó Agatha. Demasiado irreal. ¿Qué profesor podría permitirse el lujo de tener un jardín?

—Muy bien, lo esperamos con impaciencia —mintió ella—. De verdad que tenemos ganas de saber la verdad verdadera sobre... en fin, ya sabe, el queso ese, el queso Quebert, ¿verdad, señor Leroy?

El jefe del aserradero la miró, sonrió y asintió empático.

—Estoy deseando verlo en las librerías.

—No será pronto —confesó el joven—. No he escrito ni una sola palabra.

—¿El síndrome de la página en blanco?

—Eso parece. Tengo la historia, pero soy incapaz de empezar.

—Empiece por el principio —aconsejó Agatha.

—¿Y por dónde empiezan las investigaciones policíacas?

—¡Por una llamada a la central de la comisaría, por supuesto!

—Claro —reconoció John Dicker agitando la cabeza como si fuera evidente.

—No le molestamos más —continuó Agatha—. Solo quería ver a qué se

parecía un francés, eso es todo. Y debo decir que ha sido una grata sorpresa.

El joven escritor no respondió, porque ya no escuchaba. Sentía que su imaginación acababa de activarse, que los engranajes secretos e impalpables de la creación acababan de vibrar. En un solo y único gesto mágico y místico, sus dedos se acercaron al teclado.

—«Policía. ¿Cuál es la emergencia?» —escribió.

Después, preso de un frenesí repentino, se dejó guiar por la gran máquina creadora, tecleando como un loco y mezclando este nuevo ruido, esos clics ininterrumpidos e inéditos en ese lugar, al más habitual canto de los pájaros, batidas de alas, sierras y ardillas radiactivas que saltaban de rama en rama gritando como cerdos camino del matadero.

Donde aún se producen desapariciones inquietantes

—Bueno, no la he llamado por la desaparición de Nola —continuó Merlin Leroy cuando estuvieron de nuevo a solas—, ni para que visitara mi propiedad o enseñarle a qué se parece un belga, aunque esté encantado de hacerlo. El aserradero McEnroe es, desde hace un tiempo, el escenario de un misterioso fenómeno —explicó—. Cada semana, uno de mis hombres desaparece.

El leñador sonrió (provocando sin saberlo la caída de un avión pilotado por una mujer a varios miles de metros por encima de ellos). Después, secó su cuello brillante con la palma de su mano como en el anuncio de un gel de ducha (provocando la caída de otro avión en Rusia, así como el desmayo de ciento treinta y cuatro jovencitas).

Antes de imaginarlo desnudo bajo el chorro de agua, Agatha hizo un esfuerzo colosal para contenerse. No podía perder la cabeza por el primer leñador que pasaba por ahí. Era más lista que Scarlett O'Hara, ¿no?

No.

—Así que hombres que desaparecen —repitió ella para volver a la conversación.

Y esto le sonó un poco a la historia de su vida.

—Ya son tres en menos de un mes.

Sí, la historia de su vida amorosa.

El hombre se quitó la gorra y se secó la frente con ella. El sol estaba a punto de alcanzar su cénit, comenzaba a hacer mucho calor. Después, Merlin Leroy se desabrochó un poco más la camisa para secar su pecho sudoroso con

la gorra de tela. Agatha nunca hubiera imaginado que un día pudiera desear reencarnarse en gorra de leñador.

Pronto llegaron a su destino, de vuelta a la cabaña-oficina, a la entrada del aserradero. Merlin Leroy pasó la pierna por encima del costado del caballo y saltó a tierra. Después, ayudó a Agatha a bajar del suyo. Mientras iba a encerrar las monturas en el establo, la inspectora aún sentía la mano que el hombre había posado con delicadeza sobre su nalga derecha. Una mano grande, caliente y poderosa que por unos momentos se había convertido en frágil y atenta.

—Estoy acostumbrado a que mis empleados pierdan una mano o una pierna —le contó el leñador al volver—, forma parte de los riesgos del oficio. Si juntáramos todas las partes del cuerpo que se seccionan por accidente y las recosiéramos, ¡obtendríamos un nuevo leñador completo cada mes!

Frankensteins por todo el bosque, pensó Agatha, y recordó que esa bonita novela de Mary Shelley originalmente no tenía la intención de hablar de un monstruo. Nació del deseo inconsciente de la escritora de resucitar a un ser querido, su bebé de siete meses al que había masajado frenéticamente para devolverle la vida. En vano.

—¡Y más barato! —continuó el empresario—. Pero mire por dónde, estoy un poco perplejo por estas repentinas desapariciones.

Las palabras del joven John Dicker, con el que acababan de conversar, volvieron a la mente de la policía. ¿Qué había dicho? «Hablará de la desaparición de una tal Ñola en los años setenta, que será encontrada años después en el jardín de un profesor». ¿Podría el francés, con su carita de empollón, haber secuestrado a los leñadores en el sótano de su cabaña de madera y haberlos matado antes de enterrarlos en el jardín? Después de todo, no sería la primera vez que un escritor se inspirara en su propia historia. Y además, era muy alto y de complexión atlética. No le costaría demasiado raptar a un tiarrón de un centenar de kilos, arrastrarlo y tirarlo en un sótano o asesinarlo a golpe de... ¿agujas de hacer punto? Dios mío, empezaba a mezclarlo todo. ¿Podría relacionar esas desapariciones con el asesinato de Peter Foster? ¿La desaparición del vendedor de coches tendría algo que ver? ¿Todas esas repentinas desapariciones podrían ser fruto de una mera coincidencia? Un momento, la cabeza le daba vueltas, como después de haber

conducido por las ciento noventa y ocho rotondas de su pueblo.

—Va a ayudarme, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—¿Va a ocuparse del asunto?

Difícil. Supondría demasiado trabajo. En condiciones normales, hubiera aceptado sin dudarle, pero hoy ya tenía su caso de homicidio. Lo hablaría con Phil y, en cuanto su pierna estuviera bien, se ocuparía de ello. Tenía que evitar a Merlin Leroy a toda costa. Si no, terminaría por caer en sus redes, lo sabía, y ya no sería objetiva. Y no había nada peor que perder la neutralidad en un asunto criminal.

—Lo entiendo —respondió Agatha con un tono lleno de compasión—, el problema es que trabajo en el departamento de homicidios. Sus leñadores empezarán a interesarme cuando encuentre a uno de ellos troceado como un canapé.

El hombre se estremeció solo de pensarlo.

—Pero no se preocupe, voy a pasarle el caso al sargento. Está convaleciente, pero pronto se reincorporará al servicio. Si sus hombres no aparecen de aquí a entonces, se ocupará de usted. Es el mejor de la región. Encuentra a todos los grupos de *country* que se extravían. Es un fenómeno. — Se calló y dudó un momento antes de proseguir—. Pero usted me cae bien (casi dijo «usted me gusta»). Llámeme cuando tenga el cuarto.

Ya está, sentía que se desmayaba.

—¿Qué cuarto? ¿Piensa instalarse en mi casa?

Ella se ruborizó aún más.

—El cuarto negrito. Perdón, el cuarto leñador. Quiero decir, cuando desaparezca el cuarto.

Él secó de nuevo su cuello brillante con su gran mano. Dios mío, había llegado el momento de irse o no respondería de sus actos.

—Se está derritiendo.

—¿Perdone?

—Que se está derritiendo —repitió el hombre.

—¿Se cree irresistible hasta ese punto?

—No, que se está derritiendo de verdad.

Señaló la mano de la policía con el mentón y Agatha se dio cuenta de que

el chocolate del donut, que sostenía desde el principio, se estaba descomponiendo y chorreaba en largos filamentos negros hasta el suelo dando la impresión de que era ella la que se derretía.

—Será mejor que me vaya.

Dio media vuelta y se alejó contoneando su imponente trasero como Rihanna en su último videoclip. De eso hacía cinco años.

Un sospechoso aún más ideal que el primer y el segundo sospechoso ideal

Tenía un aspecto deplorable.

El pelo erizado, los ojos a punto de estallar por las sustancias ilícitas que había tomado, unos dientes que harían millonario a cualquier dentista y una horrenda camisa hawaiana roja con flores que en su día fueron blancas. Tenía la palabra «Buscado» escrita en grandes letras encima de su cabeza. Debajo, «25.000 dólares de recompensa».

Agatha llevaba ya cinco minutos bloqueada mirando la foto de ese criminal alcohólico asesino de polis. Recordó sus cursos de fisonomía criminal en la academia de policía y sobre todo los de Cesare Lombroso, profesor de medicina forense y director de un manicomio del siglo XIX, famoso por su teoría sobre el «criminal innato». El italiano estaba convencido de que se podía distinguir a un criminal por su apariencia física, por la medida de su cráneo, por su cara, por la talla de sus orejas. Y por su mal gusto al vestir, añadió Agatha bizqueando sobre la camisa hawaiana.

Hacía algún tiempo había oído algo sobre el caso de un tal Daniel Damon, un pequeño traficante de drogas de veinticinco años convertido en el hazmerreír de todas las comisarías estadounidenses. Se había quejado de la foto de su cartel de búsqueda que había colgado la policía de Victoria en su cuenta Facebook. «Estoy horrible en esa foto. ¿Podrían usar una mejor?», pidió en un comentario. A lo que la policía había respondido con toda la simpatía del mundo: «Buenos días, Daniel, le invitamos a pasarse por la comisaría más cercana para sacarle una foto más de su gusto». Invitación que,

por supuesto, el delincuente nunca aceptó.

Sí, tenía un aspecto deplorable. Y veinticinco mil dólares parecían poco en compensación por el servicio que se le prestaría al planeta poniendo a un hombre así fuera de la circulación.

No era el caso de Betty.

Betty era todo lo que Agatha no era.

Su auténtico negativo. Blanca, delgada, ideal, perfecta, inteligente, brillante, una verdadera belleza natural bajo tres kilos de maquillaje.

La inspectora a menudo se preguntaba qué hacía esta mezcla de top model y premio Nobel en la recepción de la comisaría más pequeña del mundo, cuando podría estar dirigiéndola, si algún día se hubiera propuesto entrar en la policía y pasar los exámenes. Si Agatha había conseguido ser oficial, Betty no tendría ningún problema en llegar a ser superintendente, directora del FBI o, por qué no, ¡presidenta de Estados Unidos!

El trabajo de Betty consistía en responder a las llamadas de la central, como por ejemplo la de un forense, o las de urgencias (como la de la señora Jennings cuando perdía a su gato). Pasaba sus días colgada al teléfono como una adolescente que descubre el placer de las conversaciones telefónicas gratuitas entre amigas, enrollando su dedo índice en el cable de forma proporcional a sus emociones (¡No! ¡Increíble! ¿De verdad?) como si se tratara de sus rizos rubios.

Cuando alguien se presentaba en la recepción, lo que no ocurría casi nunca, Betty acomodaba el teléfono sobre su hombro y, con su más encantadora sonrisa, preguntaba a la víctima, al demandante o al viandante perdido qué deseaba y se esforzaba en satisfacerle.

Betty habría sido una amiga ideal si no hubiera dirigido el taller de punto que hacía sombra al club de lectura de Agatha. La competencia. Sí, Agatha la odiaba. Su taller de punto iba viento en popa. Tres miembros. Imbatible.

Cuando la inspectora llegó al despacho al día siguiente decidida a interrogar a Betty, esta estaba, como siempre, manteniendo una intensa conversación por teléfono. Al ver llegar a Agatha al mostrador, murmuró algo en voz baja a su interlocutor, bloqueó el teléfono entre su cuello y su hombro y esbozó su más encantadora sonrisa.

—Buenos días, Agatha.

—Buenos días, Betty.

—¿Necesitas algo? ¿Es sobre la llamada de ayer por la mañana?

—¿Qué llamada?

—La del forense.

—Oh, podría ser.

—¿Salís juntos?

—¿Por qué?

—Si te llama, es porque tiene ganas de... En fin, ya sabes, ¿no?

—No, es puramente profesional.

—¿Profesional? ¿Y qué podría querer de ti «profesionalmente» un forense? ¡Que yo sepa, no estás muerta!

—Darme los resultados de una autopsia, por ejemplo.

—¿Una autopsia? ¿De ardilla o de conejo? —bromeó la recepcionista.

—Un terrible asesinato, de un ser humano.

Betty abrió la boca y la tapó con su bonita mano con uñas pintadas de rosa.

—¡No!

—¡Sí!

—¿Un crimen de verdad?

—Sí.

—¿Cómo en las películas? —preguntó excitada.

—Peor que eso.

—¿Y tienes alguna pista? ¿Has descubierto ya quién es el asesino?

La inspectora pensó que eran demasiadas preguntas al mismo tiempo. ¿Por qué Betty estaba de pronto tan interesada por el asunto? ¿Tenía algo que ver con el misterioso interlocutor que estaba al otro lado del teléfono, sobre su hombro, sin duda escuchando su conversación?

—Imagínate, ha muerto a causa de un centenar de heridas de agujas de punto —dejó caer Agatha como un golpe de guillotina.

Observó con atención la reacción de la joven recepcionista. Deglución, ojos húmedos, cuello que se estira, repentina palidez. Todos los síntomas del miedo.

—¿Por casualidad no habrás perdido las tuyas?

—¿Mis qué?

—Tus agujas de hacer punto, claro.

La joven tosió dos veces. El teléfono saltó sobre su hombro.

—¡Qué fuerte! Es curioso que lo menciones justo hoy —exclamó Betty, roja como un camión de bomberos—, porque desaparecieron ayer por la mañana. No he podido encontrarlas. Las había dejado en mi cajón, como todos los días (lo abrió para asegurarse de que las agujas no hubieran reaparecido como por arte de magia), y ¡puf! Ya no estaban. Aquí guardo los tres pares del taller, las de Kevin, Holly y las mías. Todas se han volatilizado.

Había algo en la voz de la recepcionista que indicaba un ligero nerviosismo. Pero, después de todo, le habían robado sus agujas de hacer punto. Tiene que ser traumático que te roben tus agujas.

—Siempre me he preguntado —dijo Agatha agitando la cabeza— qué encuentra una chica como tú en el punto.

—Me relaja.

—¿Estás estresada? ¿Tú? —preguntó irónica.

¿Cómo se podía estresar uno en Nueva York, Colorado, con un trabajo que consistía en mantener conversaciones telefónicas con las amigas?

—No, pero es porque hago punto.

—Y ahora estás muy estresada, ¿no? —insistió Agatha clavando sus ojos negros en la joven.

Betty temblaba.

—Eh... Buenooo, sí... —balbuceó.

—¿Y por qué?

—Me da miedo la policía.

—Trabajas en una comisaría.

—Por eso hago punto. Para relajarme.

—Entiendo.

—¿Eso es todo? Porque estoy con una llamada importante —justificó la recepcionista.

—Una llamada tan importante como para monopolizar la línea a expensas de eventuales urgencias que podrían estar llamando.

—Si es una urgencia, pueden llamar al segundo teléfono. Y además, ya sabes que aquí nunca hay emergencias.

—Claro, claro.

Betty estaba a punto de retomar su conversación telefónica, pero se detuvo.

—Dime, ya que estoy técnicamente en el paro, ¿tendrías sitio en el club de lectura? —preguntó, levantando su cesta de donuts de chocolate y ofreciéndole uno.

La muy zorra intenta comprarme, pensó la policía. Seguro que tiene algo que ocultar o sospecha que la tengo entre ceja y ceja.

—Más que nunca —respondió Agatha cogiendo un donut—. A propósito, ¿has leído *Guerra y paz*?

—Claro —respondió Betty.

¡Claro, soy perfecta!, pensó Agatha, irritada. ¡Y en su lengua original!

La recepcionista cogió otro donut y lo mordió con sus bonitos dientes blancos de anuncio de dentífrico. Agatha se dio cuenta de que Betty comía al menos tantos donuts de chocolate como ella, pero desde que trabajaba allí la joven no había ganado ni un solo gramo. ¿Dónde metía toda esa grasa? Ese era el misterio más grande de todos los tiempos, junto con el de la desaparición de los calcetines en la lavadora y el del final de *Titanic*: nunca había entendido por qué Leonardo DiCaprio no se subió en la plancha flotante con Kate Winslet si había sitio.

—¿Podrías hablarnos de la novela mañana?

—Hace mucho tiempo que la leí, pero tengo una memoria excelente.

Agatha no lo había dudado ni por un segundo. Sonrió, se despidió de Doña Perfecta y volvió a su despacho mientras la oía murmurar a su espalda.

Lo primero que hizo fue abrir su libreta y anotar el nombre de la recepcionista. La lista crecía.

McDonald

Frzdzowska «Wendy» Grzegorzczk

Betty Stansford

Después miró el reloj de pared, un viejo reloj de madera con un péndulo que hacía ding-dong y agujas que hacían tictac y que le impedían dormir en el trabajo. Eran las cuatro de la tarde de un día espléndido. Pospuso la redacción de sus informes para el día siguiente, guardó *El misterio del cuarto amarillo* en su bolso, cogió su toalla de playa y salió del despacho.

Algunas informaciones de interés sobre la bonita Nueva York, Colorado, y sus alrededores

Por supuesto, no hay playa en Nueva York, Colorado, pero hay algunos bonitos lagos. Diseminados en medio de los bosques verdes de pinos centenarios, se extienden majestuosos como grandes charcos plateados en los que se espera, en todo momento, ver el zapato de un gigante caminando y salpicando las colinas. ¡Ups! Ya me sale mi vena literaria. Porque si hay algo bueno en Nueva York, Colorado, seamos honestos, es que sus bosques y sus montañas favorecen la reflexión y la lectura.

A veces echo de menos el bullicio de Nueva York, Nueva York. El ruido de las bocinas, los martillos neumáticos, los disparos, el miedo a que te violen en la esquina de una calle, el hecho de no tener tiempo de preguntarse si somos felices o no. Aquí, la gente es profundamente feliz porque no tiene móvil, ni Facebook, ni internet, ni Instagram que la aparte de los placeres sencillos de la vida. El placer de pasear por el bosque, leer mecido por el canto de los pájaros, escalar montañas o disfrutar de un atardecer sobre el lago desde Tortilla Peak sin necesidad de fotografiarlo y compartirlo en las redes sociales. Aquí no se comparte nada con el resto del mundo, uno lo guarda para sí mismo. Y lo saborea. No porque seamos egoístas, sino porque sin Facebook, lo que pasa en Nueva York, Colorado, es decir casi nada, se queda en Nueva York, Colorado. Y además, hay que ver el lado bueno de las cosas: al menos no existe el peligro de caerse por una alcantarilla al consultar el móvil, como ya me ha pasado varias veces en Nueva York,

Nueva York.

Es cierto que con Facebook no necesitamos ver el telediario y sus deprimentes titulares para estar informados. Una vuelta por las redes sociales nos muestra las noticias de última hora, encontramos recetas para la comida del mediodía, fórmulas de positivismo a lo Paulo Coelho para remontar el ánimo después de haber perdido el trabajo o a nuestra pareja, sabemos de qué color es el tanga de Paris Hilton, lo que comen ilustres desconocidos o cuántos kilómetros han corrido hoy, y si Brad se ha enfadado de nuevo con Angelina. Y además podemos tener un papel en todo esto diciendo «me gusta» o «no me gusta». Sí, el inventor de Facebook (aún no he entendido si era Mark Zuckerberg, los hermanos gemelos Cameron o el profesor Bacterio) es un genio. Pero cuando no tenemos conexión es cuando nos damos cuenta de que no necesitamos deprimirnos un poco más siguiendo las noticias, que no conocer la receta de cocina del día no nos impedirá comer, que las frases de Paulo Coelho están sacadas del calendario de la caja de ahorros y que nos importa un bledo el color de las braguitas de Paris Hilton. De hecho, no lleva.

Y revivimos.

Hace unos años me contaron que había un sitio donde se captaba la señal de internet en Nueva York, Colorado. Había que subirse sobre una escalera hasta una altura de unos tres metros y medio. Pero el alcalde prohibió en el acto esas aglomeraciones de gente subida en escaleras que perturbaban el orden público. Y con el fin de que nadie más cayera en la tentación, hicieron un enorme agujero de varios metros de profundidad que se convirtió en el vertedero municipal. Los matemáticos locales calcularon que la montaña de desechos alcanzará los tres metros y medio por encima del nivel del suelo en dos mil años. Y que de manera inexorable, los problemas reaparecerán. Pero tenemos tiempo para encontrar otra solución que garantice que este pequeño pueblo continuará siendo un remanso de paz.

Nueva York, Colorado, es una máquina del tiempo que nos hace retroceder hasta la Edad de Piedra. ¡Incluso bay un videoclub! Estoy segura de que con una búsqueda concienzuda encontraremos también autorradios fosilizadas en la roca de las montañas de los alrededores.

Una ardilla me guía basta la orilla del lago. Me pregunto si es radiactiva, como la mayoría de ellas. Extiendo mi toalla de playa y me quito la ropa. Pronto estoy en bikini. El sol me acaricia los brazos y las piernas. Sumerjo el dedo gordo del pie en el agua fría.

Los pájaros cantan por encima de mí. Inspiro y cierro los ojos. Soy el personaje de un cuadro idílico. ¿Aún estoy en América?

Sí, esto también es América, pero otra. En Nueva York, Colorado, hay banderas estadounidenses por todos lados, colgadas de las casas como para recordar que este pequeño lugar perdido de Estados Unidos es aún Estados Unidos, e incluso más que ningún otro sitio.

Abro los ojos y vuelvo hacia mi toalla extendida en el suelo.

La portada amarilla del libro que he dejado encima me atrae, como un pedazo de sol que hubiera caído del cielo. Me siento y me precipito sobre las páginas sin darme cuenta de que, a unos metros de mí, el hombre con el sombrero que me observaba con sus prismáticos se gira y desaparece entre los pinos.

En el que aparece una nueva pista a partir de una antigua

Mientras ordenaba la casa esta tarde, Agatha dio con la fotografía de Peter Foster y su vecina de abajo en Marineland, que había olvidado dejar en comisaría. No era la primera vez que encontraba pruebas en su salón. Después de todo, su casa era algo así como el anexo de la oficina. Allí hacía las mismas cosas: dormir, comer, leer.

Miró durante un instante a la pareja sonriente. Tenían pinta de ser felices, a mil leguas de sospechar el drama que cambiaría sus vidas. Extrajo el marco de la bolsa de plástico sellada. De todas maneras, ¿qué sacarían de allí? ¿Huellas? Sin duda, encontrarían las de Foster y quizá las de la polaca. Y después, ¿qué? Cogió la foto y la observó. Un detalle podría llevarla a una nueva pista. ¿El delfín? No, seguro que Flipper no tenía nada que ver con el asesinato de Foster y su posterior conversión en *sushi* en la bañera (si al menos hubiera sido un tiburón...). Se rio de su propia broma y el marco se le escapó de las manos, cayó sobre el *parquet* y se rompió en mil pedazos. Siete años de mala suerte, pensó mientras iba a buscar una escoba y un recogedor. ¡Por Dios, que no fuera en ese pueblucho!

Barrió los trozos de cristal que habían sido proyectados hasta la entrada del salón y se agachó para recoger el marco. Quitó la parte trasera para recuperar la foto y fue así como lo descubrió.

Se trataba de un numero largo garabateado con bolígrafo detrás de la foto. Eso le recordó la secuencia que había encontrado sobre la suela de la zapatilla de deporte de un corredor asesinado en Central Park y, por tanto, la no

resolución que le había valido su traslado a ese lugar hacía cinco años. Esta vez, ándate con cuidado, Agatha, se dijo. Se sentó sobre su sillón y, como *miss* Marple, puso en marcha todas sus pequeñas células «grasas». No estaba demasiado dotada para las secuencias lógicas y los test psicotécnicos, pero identificó con facilidad una fecha. Sí, esa secuencia de cifras era una fecha. De diez años atrás. La fecha en la que, sin duda, había sido tomada la foto. Así que Peter Foster y la polaca eran amantes desde hacía bastante tiempo y se conocían mucho antes de que el marido desapareciera. Interesante. Los siete años de mala suerte acababan de convertirse en un augurio de felicidad.

Dejó vagabundear la mente durante unos segundos. ¿La desaparición del señor Menganitosky tendría algo que ver con la relación amorosa de los amantes de Marineland? Era evidente. Y de nuevo le vino la misma idea: «No se asesina nunca al amante. Se asesina al marido».

Así fue como un nuevo guión tomó forma en su mente. ¡Eureka!, exclamó como Arquímedes, que saltó de su bañera desnudo y se lanzó de esta guisa a las calles de Siracusa. Víctima de una repentina excitación, se precipitó sobre el teléfono fijo que estaba sobre la pequeña mesa del salón y marcó el número de McDonald, con la foto en la mano.

—¿Sabe qué hora es? —gritó el *sheriff* al otro lado del teléfono.

Agatha miró su reloj.

—Las once y media de la noche.

—¡Era una pregunta retórica, Crispies! A veces me desconcierta.

—No sabía que le molestaría. ¿Qué hace?

—Estoy en la cama con Steve Jobs. En fin, con la biografía de Steve Jobs. Prefiero precisarlo porque usted es capaz de tomárselo al pie de la letra. Bueno, al grano. ¿Qué pasa? —preguntó, harto y deseando colgar para retomar la lectura de su libro.

—¿Es otra pregunta retórica? —preguntó Agatha, desconfiada.

—No, es una de verdad. Pero no estoy seguro de obtener una respuesta real.

—Tengo una nueva teoría para nuestro caso. Una que lo pone todo en cuestión. ¿Se acuerda de la foto de Marineland? Pues bien, se tomó hace diez años. ¿Sabe lo que esto significa?

—¿Que ya había delfines en Orlando hace diez años?

—Que Foster y la señora Menganitosky eran amantes desde hacía tiempo.

—Bien, ¿y qué? ¿Qué cambia eso? Amantes de un día, amantes de diez años...

—Eso cambia que la misteriosa desaparición del señor Fulanitomenganitosky puede que no sea tan misteriosa.

Guardó unos segundos de silencio para que el hombre asimilara la información.

—¿Quiere decir que esos dos se las arreglaron para deshacerse del marido? ¿Y que después la polaca se deshizo del amante?

—Sí y no.

Hubo un nuevo silencio, esta vez por iniciativa de McDonald, señal de que estaba pensando.

—¿Qué quiere decir «sí y no»?

—Sí, se deshicieron del vendedor de coches, y no, no mató a Peter Foster —afirmó tajante la policía, orgullosa de sí misma.

—Entonces ¿quién mató a Peter Foster?

—Agárrese bien. Nadie.

De nuevo hubo un silencio al otro lado del teléfono.

—¿Nadie?

—Nadie —repitió Agatha, satisfecha de su efecto dramático.

—No la sigo.

—Peter Foster está vivo.

—La última vez que lo vi en la bañera no tenía pinta de estar muy vivo...

—Esa es la clave. ¡No era Peter Foster!

—Espere, me voy a sentar.

Se oyó el ruido de una silla arrastrándose.

Agatha se sentía como Hércules Poirot cuando reunía a todos los sospechosos para contarles con detalle el desenlace de su investigación y quién era el culpable. Con una diferencia. O dos. Primero, Agatha no tenía bigote. Segundo, aún no tenía un culpable al que acusar y lo que estaba a punto de decir era pura especulación. Retomó su respiración antes de lanzarse.

—Bien, usted mismo fue el que me dijo que no se encontró ni rastro del marido. El año pasado desapareció misteriosamente y nunca más se supo de él. La policía investigó un poco y luego cerró el caso, alegando que se trataba

de un abandono, uno más de los que ocurren cada día en el mundo, ¿verdad?

—Sí.

—Lo típico del tío que sale a comprar tabaco y que no vuelve nunca — continuó—. ¿Fue a comprarlo a Polonia?

¿A pie? No, el señor Menganitofulanitosky *no* fuma. No salió del inmueble. Con la complicidad de la polaca, Peter Foster, vecino de arriba y amante, se lo llevó y lo mantuvo secuestrado en su apartamento durante el tiempo que se prolongó la investigación. ¿Quién los relacionaría? Nadie. Solo era el vecino de arriba. Nadie sabía que también era el amante.

—¿Peter Foster se lo llevó y lo secuestró? ¿Con qué fin? ¿Y dónde lo encerró?

—En una jaula, lo más seguro. Una gran jaula para perros. No es la primera vez que lo veo. Peter se instala en casa de la vecina y disfrutan de su idilio, viviendo de amor y lentejas. De vez en cuando le llevan comida al marido, que está prisionero en el piso de arriba. Así pasa un año. El caso se cierra. Nadie vuelve a pensar en él. Y menos aún la policía, que tiene otras cosas que hacer. Los dos amantes diabólicos deciden un buen día que es el momento de deshacerse de ese molesto marido que les impide vivir plenamente su amor. Lo matan, le asestan ciento cincuenta golpes con agujas de punto para evitar su identificación. No hay nada que se parezca más a un trozo de carne picada que otro trozo de carne picada, ¿verdad?

—Eso lo dice porque nunca ha comido en Peter's.

—No. En fin, ya está. El objetivo es hacer pasar al marido por el vecino de arriba. Sacan el cuerpo de la jaula y lo meten en la bañera. Se deshacen de la jaula, limpian el piso de cabo a rabo. ¿Se acuerda? Las sábanas olían a limpio. ¡El suavizante de lavanda! Puesto que el marido es encontrado en la bañera del apartamento de Foster, es evidente que la policía pensará que se trata de Peter Foster. Durante ese tiempo, el verdadero Foster se esconde en algún sitio de la ciudad, esperando a que el caso se cierre de nuevo. El cadáver que hemos pensado que es el de Peter Foster es en realidad el de... (consultó sus notas) Mieczyslaw Grzegorzcyk.

—Habrían podido matar a Grzegorzcyk hace un año —rebatíó el *sheriff*, que no entendía el interés de esta rocambolesca puesta en escena.

No había muchos Einsteins en la policía, así que no merecía la pena

elaborar guiones tan complejos para escapar de las redes de la justicia. Los criminales no veían mucho la tele.

—¿Por qué hacerlo simple cuando se puede hacer complicado? —afirmó tajante Agatha, que guardaba siempre un buen argumento en la manga. Sobre todo para explicar una de sus teorías más alocadas.

De nuevo hubo un silencio.

—Todo eso es un poco surrealista —terminó por decir McDonald.

—Si hubiera querido decir algo surrealista, habría citado a James Joyce: «Prueba con el álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare y que es en sí mismo el fantasma de su propio padre».

—Tiene razón, eso sí que es absurdo.

—Mi teoría es plausible.

—¿Plausible? —exclamó McDonald—. ¿Bromea? ¡Si me cuentan que un pequeño hombre verde ha cavado un túnel desde su nave espacial hasta el cuarto de baño de Peter Foster y que lo ha matado a golpe de agujas de punto espaciales, porque como todo el mundo sabe los extraterrestres hacen punto, me parecería más plausible que su historia!

Silencio.

—¿Qué hace, Crispies?

—Tomo notas. ¿Qué ha dicho después de «agujas de punto espaciales»?

Una segunda hipótesis más sensata que la primera

—Tengo una teoría más lógica que la suya —declaró McDonald por su parte—. Escúcheme bien. El polaco descubre que su mujer lo engaña con el vecino. La deja. Durante un año prepara su venganza. Luego vuelve para eliminar a Peter Foster. ¡Y ya está!

El *sheriff* se frotó las manos para ilustrar la simplicidad de su explicación. Agatha apreció el estilo telegráfico a lo Marguerite Duras. Las frases breves, precisas, eficaces. Pero no estábamos en *El amante*.

—No está mal —reconoció Agatha—. Aunque me guste más la hipótesis de los extraterrestres.

—Y además, quizá no lo haya pensado, pero su teoría del cuerpo de Foster sustituido por el de Grzegorzcyk caerá por su propio peso en cuanto tengamos los resultados del ADN del laboratorio.

—Es cierto —reconoció Agatha meciendo la cabeza, perpleja—. No lo había pensado.

Se apresuró a escribir el nombre del marido desaparecido en la lista de los sospechosos. Era una pista más que excelente.

Su padre se lo había repetido toda su vida: nunca hay que confiar en los vendedores de coches.

En el que el club de lectura de la pequeña comisaría en lo más profundo de América se hace más grande

Pensara lo que pensase McDonald, y aun admitiendo que su teoría, de una simplicidad y banalidad escandalosas, era más plausible, Agatha se resistía a deshacerse de la suya por completo: el intercambio de cuerpos que justificaba el ensañamiento para hacer irreconocible el cadáver. Era la primera vez que tenía un muerto como sospechoso. Solo faltaba convencer a McDonald. Y a los jueces. Y a un jurado de doce personas. Bueno, quizá fuera más complicado de lo previsto. Después de la conversación con el *sheriff* y antes de irse a la cama, escribió en su libreta el nombre del cadáver como posible asesino, debajo del nombre del marido. Entre paréntesis, con signos de interrogación en señal de gran duda.

McDonald
Frzdzowska «Wendy» Grzegorzcyk
Betty Stansford
Mieczyslaw Grzegorzcy
(¿Peter Foster?)

Lo primero que hizo al día siguiente al llegar a su despacho fue prepararse un café y poner un poco de orden en su biblioteca. Organizar sus libros le permitía ordenar también su vida.

No los clasificaba por géneros. Los libros eran como la gente, no les ponía

etiqueta. Cada libro era único, no se podía categorizar, separar; formaba parte integrante de un único grupo común a todos: la literatura, como la raza humana.

Para ser justos, los colocaba por orden alfabético. Así no había celos. Bukowski flirteaba con Balzac, Shakespeare con Sófocles, parejas improbables y anacrónicas que ninguna disputa alteraría. Aquí se vivía en la felicidad y el buen humor. Se «vivía», sí, esa era la palabra, porque para ella, un libro estaba vivo.

Era el receptáculo de sus emociones, de sus análisis. Agatha escribía en sus libros, anotaba en los márgenes, subrayaba párrafos o palabras. Su edición de *El conde de Montecristo* solo contenía los treinta primeros capítulos. Había arrancado el resto porque, en su opinión, no servía de nada. A partir del capítulo treinta y uno, el relato se asfixiaba de pronto, se hacía largo hasta el final (si no fuera por los pequeños envenenamientos y la venganza sobre los tres malos, que se hacía esperar). Se entraba en lo que Agatha llamaba la pequeña literatura de salón parisino, la vida cotidiana de familias adineradas y sus pequeños problemas domésticos, en la que la intriga más relevante era la desaparición de una cuchara en un cajón, una garrafa de agua caída al suelo o el sabor de una magdalena.

Fuera Simbad el Marino, Dantés el prisionero de la isla de If, las excentricidades del Abate Faria, la evasión en el saco, el tesoro en la cueva de la isla de Montecristo; fuera todos los protagonistas de los episodios que ella había devorado tan rápido como una caja de donuts. Fuera Julio Verne, Robin de los Bosques, Arsenio Lupin. De pronto, de una página a la siguiente, Dumas se transformaba en Proust, se hacía aburrido hasta la muerte. La del lector. Al contrario, Agatha había arrancado las primeras páginas de su ejemplar de *El doble asesinato en la calle Morgue* de Edgar Allan Poe porque eran una teoría infumable sobre el análisis de la mente, el ajedrez, el juego de las damas y el *whist*, más propia de la tesis de un universitario bajo el efecto de las drogas que de la introducción a una novela corta policíaca. Habría sido mejor abrir el relato directamente con la conversación de Dupin a propósito del proceso deductivo que le había permitido leer el pensamiento de su compañero de paseo nocturno por las calles de París. El *Decamerón* de Boccaccio había sufrido un régimen adelgazante de quinientas ochenta

páginas. Agatha había arrancado también todo el contenido de su *Ulises* de James Joyce, del que solo quedaba la portada. No había encontrado nada que salvar. Se comportaba como una editora caprichosa eliminando los pasajes que, según ella, deberían haber sido suprimidos.

Es una pena, pensaba ella, que nadie viva los libros con tanta intensidad como yo. Esa mañana, los chicos del grupo operativo, Roger y Alien, habían vuelto de su monumental resaca después de dos días de descanso. Franck había retomado el concurso de dardos con ellos. Ya no volvería. Pensó en Rosita, con la que ya no se cruzaba, ni siquiera en los aseos. La imaginó lanzando dardos con precisión sobre una diana, bebiendo pintas y soltando eructos con los otros para integrarse. ¿Cómo podía haber caído tan bajo cuando ella le ofrecía una vida real con *Guerra y paz* y el resto de las joyas de la literatura? Su libertad se sostenía solo por un libro o dos, y Rosita no supo escoger su oportunidad.

Sí, un libro era eso, un ser discreto, inmóvil y silencioso que, una vez abierto, revelaba al lector una explosión de sentimientos, de eventos, de tragedia, de comedia. Había ruido cuando se leía. Ruido en la cabeza. Nos imaginamos el sonido de las pistolas y los fusiles de la Guerra Civil española que resonaban en las montañas de *Por quién doblan las campanas*, los golpes de los picos y el rumor de la rebelión en la mina de *Germinal*, las campanadas de la misteriosa abadía de *El nombre de la rosa*, el gruñido de los cerdos revolucionarios de *Rebelión en la granja*.

Cuando llegó a la «T», Agatha divisó la edición de bolsillo de *Guerra y paz*. Preferiría preguntar a Betty sobre Peter Foster, averiguar qué había hecho estos últimos días.

Detuvo unos segundos su dedo en el canto blanco del libro, dubitativa, y decidió dejarlo en la repisa.

Llamaron a la puerta.

Cuando se dio la vuelta se encontró de frente con Betty. Hablando del rey de Roma... La acompañaban Kevin y Holly. El interrogatorio acababa de quedar comprometido.

—¿Qué pasa? —preguntó Agatha—. ¿Una huelga de recepcionistas?

—Me habías comentado que podía venir a tu club, te traigo gente — anunció Betty con una gran sonrisa en los labios.

—Me alegro de que el club de lectura se haga más grande —confesó asombrada—, aunque sea porque habéis perdido vuestras agujas de hacer punto, que han servido para cometer un horrible crimen, y que, por lo tanto, estáis en paro técnico.

Les invitó a sentarse en las sillas reservadas a los denunciantes, las víctimas y los criminales, pero en las que no se habían sentado ni los unos ni los otros durante los cinco años que ella llevaba aquí.

—¿Qué dices! ¿Un horrible crimen? —preguntó Holly, a la vez intrigada y asustada.

—Investigo un caso de homicidio. De ser humano, no de ardilla ni de tortuga. Un crimen de verdad. Como en los libros o en las series de televisión.

—¿Nuestras agujas han servido para matar a alguien?

—Y para convertirlo en musaka.

—¿Eso significa que las has encontrado? —cortó Kevin con los ojos llenos de esperanza.

—¿El qué?

—Las agujas.

Se notaba que el joven venía al club forzado por sus colegas. Si habían encontrado sus agujas, entonces podría recuperarlas y retomar los calcetines de lana que le estaba confeccionando a su novio.

—No —reconoció Agatha—. Y de todas maneras, aunque así fuera, no os las devolvería. Son pruebas. Y supongo que habrán quedado en un estado lamentable, tal y como estaba el cuerpo.

Una mueca de asco se dibujó en los labios de Holly, que prefirió cambiar de tema antes de que entraran en más detalles.

—Entonces ¿en qué consiste un club de lectura? —preguntó, desbordante de entusiasmo hacia esa nueva actividad de la que no conocía nada.

—Consiste en compartir nuestras lecturas y despertar en otros las ganas de leer.

—Yo no leo —declaró de sopetón Kevin para ir avisando.

—Yo tampoco —anunció Holly.

—Pues me tocará a mí despertar en vosotros las ganas de leer —propuso Agatha—. La lectura no es tan fastidiosa como nos quieren hacer ver. Es una evasión. ¿Os gusta viajar? —Los tres asintieron con la cabeza—. Pues bien,

una biblioteca es como una terminal de aeropuerto. Imaginad una puerta de embarque que anuncia París. La del al lado, Caracas; otra, Sidney; otra, Singapur. Los libros de una biblioteca son aviones que os llevan de viaje, solo se necesitan unos dólares y mucha imaginación. Además del viaje, os cuentan una historia. A todo el mundo le gustan las historias. Y en un libro también podéis identificaros con el personaje, y convertiros en un médico de la Edad Media, en un astronauta en plena conquista del espacio o en un aristócrata francés del siglo XIX.

—¿Se puede ser una mujer? —preguntó Kevin, preso de un repentino interés.

—Claro, basta con que el protagonista de la novela sea una mujer para que tú también lo seas. Es tan simple como eso. La lectura es una vida paralela en la que todo es posible. Se cumplen vuestras fantasías o vuestros sueños, desaparecen vuestros miedos. Os convertís en otra persona, quizá mejor que la que sois en la vida real.

El joven levantó la mirada, soñador, pensativo. Le habría gustado nacer mujer. Desde la adolescencia, su mente y su cuerpo habían librado una guerra sin cuartel con la que había sufrido y con la que seguía padeciendo.

—Betty, ya que lo has leído, me gustaría que nos hablaras de *Guerra y paz*.

—Faltaría más —dijo la jovencita colocando un mechón rubio tras su oreja—. Pues bien, para resumirlo un poco, lo que es bastante complejo ya que es un pedazo de tocho, es la historia de un príncipe ruso con nombre de príncipe ruso, Andréi, un hombre glacial y desilusionado, que aprende a amar la vida justo cuando está a punto de perderla en el campo de batalla de Austerlitz en 1912.

—Sí, el relato de esa muerte es un bonito pasaje de la novela, y un gran clásico.

—Depende de lo que se considere «un gran clásico» —intervino Kevin—. Para mí, *Baby*, de Justin Bieber, es un gran clásico.

—Creo en las experiencias de muerte inminente —se sumó Holly de repente, exaltada, antes de que Agatha pudiera reaccionar a los gustos musicales del recepcionista—. Y también en la reencarnación.

—Bueno, bueno, me alegra ver que este libro despierta en vosotros

emociones, sentimientos personales, pero *Guerra y paz* —suavizó Agatha— no es solo la historia de Andréi, sino que seguimos a toda una galería de personajes durante varios años de sus vidas, en medio de una guerra. Se aprenden muchas cosas sobre la aristocracia rusa de principios del XIX, la guerra napoleónica, Historia con mayúscula. A Tolstói le gustaba inspirarse en la vida real. Su *Anna Karenina*, por ejemplo, se basa en un suceso del que había oído hablar, el de una joven que se tiró a las vías de un tren.

—Aquí también ocurrió —le cortó Holly—. Bueno, en la época en la que los trenes todavía pasaban por Nueva York, Colorado... No habéis conocido esa época. Me afectó mucho cuando lo leí en el periódico. Desde entonces, el fantasma de la joven vaga por las vías del tren. Lo sé porque la vi. Se lo podéis preguntar también a Old Joe, el guardabarrera: él la ve muy a menudo pasearse por los raíles.

—Esto es un club de lectura, Holly, no una reunión de Cazafantasmas.

—Perdona. A lo mejor leo *Anna Karenina*. Parece interesante.

Agatha caminó hasta el fondo del despacho y volvió con un ejemplar completo, con todas las páginas, prueba de que no había encontrado nada malo. Se lo dio a la recepcionista, que casi se cae de culo.

—¡Vaya, cuánto pesa!

—Pienso que hay que leer libros que hagan resonar en nosotros emociones particulares —prosiguió la inspectora, ignorando el comentario—. Es una buena elección. *Anna Karenina* es una novela preciosa. Es la que dio a conocer la literatura rusa en la Europa occidental, en 1852. Primero lo publicaron como folletín por entregas en un periódico. Tuvo tanto éxito que las mujeres rusas de la alta sociedad llegaban a enviar a sus sirvientes a la imprenta para conocer la continuación de la intriga.

Agatha se dio cuenta de que las tres personas que componían su público bebían sus palabras. Y sintió tanta satisfacción y orgullo que la sesión pasó a una velocidad trepidante.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó al final, con una pizca de aprensión en la voz.

Hubo un silencio que le hizo pensar que no. Era una lástima que el club muriera de nuevo, ahora que había resucitado.

—¡Claro! —contestaron todos al unísono, para su sorpresa.

Las dos chicas salieron, pero Kevin permaneció en el despacho, silencioso y molesto.

—¿Tú no quieres volver? No pasa nada, Kevin, si...

—Estaré aquí mañana, Agatha. Es solo que... (bajó la voz) me gustaría convertirme en una mujer.

La confesión del recepcionista la pilló desprevenida. Emanaba un dolor vivo mezclado con una profunda frustración.

—Solo te puedo recomendar al doctor Scholl.

—¿El de las limas para los callos? Ya tengo. Eso no me convierte precisamente en una mujer.

—No, no. Me refería a una operación. Pero Scholl es forense...

—Entonces prefiero evitarlo. Por si no te habías dado cuenta, aún estoy vivo. Pensaba más bien en los libros. Has dicho que era posible ser una mujer. Has dicho que se podía vivir otra vida, que se podían cumplir nuestras fantasías, nuestros sueños, borrar nuestras imperfecciones, ser lo que de verdad queremos ser.

—¡Oh, claro, con la lectura, sí!

—¡Quiero ser una mujer exaltada, apasionada, enamorada! —se emocionó Kevin agitando los brazos.

—A ver lo que tenemos. —Agatha recorrió con grandes pasos de Converse los pocos metros que la separaban de las repisas—. Pero no te garantizo que tenga la última novela de Justin Bieber —bromeó.

Contempló su biblioteca con la mirada de un experto.

—No te aconsejo *Lo que el viento se llevó*, demasiado gordo para una primera lectura. Tampoco *Madame Bovary*, demasiado... suicida. —Deslizó la yema de su índice por los lomos y se detuvo en una novela muy delgada—. Creo que tengo lo que necesitas. Una novela corta, maravillosa, un concentrado de emociones —anunció, entusiasta—. Es de un escritor austríaco, Stefan Zweig.

Veinticuatro horas en la vida de una mujer. A Kevin el título le pareció perfecto. Aquí tenía todo lo que había soñado, ser una mujer, aunque solo fuera por un día.

—Es la historia de una mujer que, durante una estancia con su marido en un balneario en la Riviera francesa, decide abandonar de pronto su vida y

desaparece con un joven turista al que conoció el día anterior.

Agatha le mostró con su mano negra la portada blanca del libro.

—«Quisiera contarle un solo día de mi vida —citó de memoria—, el resto me parece sin importancia, veinticuatro horas en sesenta y siete años». Es precioso, ¿no crees?

Suspiró, a la vez decepcionada y resignada. Nunca había tenido la ocasión de cometer semejante locura en su vida.

¿Encontraría algún día al hombre que la haría soñar, amar? ¿Que la incitaría a dejarlo todo? ¿Que la haría derretirse como un donut, dormiría en sus brazos cada noche, un hombre que la haría reírse, que la llevaría a visitar ciudades y países que nunca había visto, que la consolaría cuando estuviera triste, que la animaría en los momentos de duda, un amante, un marido fiel, un hombre fuerte que le haría sentir que ella era la única mujer del mundo? Como en la canción de Rihanna: *Want you to make me feel like I'm the only girl in the woooooorld...*

—De la vida de Stefan Zweig —prosiguió Agatha—, pocos conocen algo más que su muerte. Su mujer y él se suicidaron con gas, en Brasil. Era un gran viajero, traductor de Verlaine, Rimbaud, Baudelaire, biógrafo de Tolstói, Freud, Dostoyevski, Nietzsche, Stendhal... De esta historia se desprende una gran emoción, un arrebató de amor fulgurante como el que todo el mundo quisiera vivir al menos una vez en su vida. En fin, te va a gustar, Kevin, créeme.

Ella le puso la mano en el hombro. Él le dio las gracias, conmovido, y se unió a las otras en la recepción, dejando a una Agatha soñadora y feliz. No había podido interrogar a Betty, pero como el Fénix, ese pájaro legendario inmortalizado por Plinio el Viejo, Rabelais y Voltaire, su clase de literatura acababa de renacer de sus cenizas.

En el que por fin tenemos la clave de un misterio pero no necesariamente del que nos interesa

Cuando estuvo de nuevo sola en su despacho, con mariposas en el estómago, Agatha no tuvo el valor de enzarzarse en la redacción de los informes. Era otro magnífico día de verano y decidió aprovechar las horas de sol que quedaban yendo al lago.

Como el día anterior, *extendió su toalla* de playa sobre la orilla arenosa, se quitó la ropa bajo la que llevaba su bañador blanco y se sentó de cara al sol. En esta posición, acariciada por los rayos calientes, retomó la lectura de *El misterio del cuarto amarillo*.

Le estaba llevando más tiempo de lo esperado. ¡Maldito Gaston Leroux!, refunfuñaba recorriendo con los ojos a una velocidad loca las líneas de la novela en busca de una respuesta a su pregunta. Al final iba a tener que leerlo entero. Al principio, pensaba que precipitándose sobre las últimas cinco páginas, como mucho diez, conocería la solución del misterio. Era todo lo que le interesaba. Pero a diferencia de los misterios de Agatha Christie, en los que el lector descubría al criminal en el último capítulo, la estructura narrativa de la novela de Leroux era tal que el nombre del culpable y, sobre todo, la técnica que había usado para matar en un cuarto cerrado con llave desde el interior no se revelaban al final, sino a mitad del texto. Conclusión: había que leérselo todo. ¡Maldito francés! ¿Acaso se trataba de una broma del autor, que quería evitar que sus impacientes lectores se precipitaran al final? Seguro. Se podía esperar todo de alguien que come ranas.

En la novela, el joven Joseph Josephin, apodado Rouletabille por su cara redonda, era un periodista de *L'Époque*, y se había dado a conocer al descubrir «el pie izquierdo de la calle Oberkampf», perteneciente a una mujer cortada en trocitos, como en un truco de magia que había acabado mal. Ahora se dirigía al castillo del Glandier para esclarecer un nuevo enigma. La hija del propietario del lugar, Mathilde Strangerson, había sido víctima de un intento de asesinato en un cuarto pintado de amarillo cercano al laboratorio de su padre, un físico de renombre. El hecho era aún más inquietante y enigmático puesto que la puerta estaba cerrada con llave desde el interior, al igual que la única ventana de la habitación.

En realidad, durante un sueño agitado la chica se había golpeado con la esquina de su mesita de noche. Fue víctima de un simple accidente.

Agatha levantó los ojos al cielo.

Así que un simple accidente...

Se imaginó explicando al *sheriff* que Peter Foster había resbalado ciento cincuenta veces sobre una aguja de hacer punto antes de caerse en la bañera. No, nadie creería esa teoría, ni policía, ni juez, ni jurado, ni siquiera un loco sacado del manicomio de *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

Cerró el libro y contempló durante un instante la portada naranja. Un joven, que pretendía ser Rouletabille, miraba al lector con el puño bajo la barbilla, tras un gigantesco punto de interrogación. Agatha siempre se había preguntado por qué los escritores preferían aficionados a policías para resolver los crímenes. Hércules Poirot era detective privado; *miss* Marple, una anciana jubilada soltera y solitaria que vivía en un precioso pueblecito inglés; Rouletabille, un periodista, igual que Tintín. En los libros nadie confiaba en la policía.

Con esta idea en la cabeza se levantó y fue a mojarse los pies en el agua fresca del lago. Entró hasta los muslos y después volvió a tumbarse en la toalla. Permaneció así hasta que el sol desapareció detrás de Tortilla Peak.

En el que es necesario recordar a los espectadores de series las bases reales de la profesión de policía

Antes de llegar más lejos querría insistir en algo que considero importante: qué hay de real en las series policíacas de televisión.

Quédense con esto: no hay nada.

Por ejemplo, en la oficina, en la vida real, los agentes de policía de paisano nunca llevan su arma encima, excepto si están a punto de salir a la calle. Por regla general se guarda en un cajón o en la armería del departamento. Las sobaqueras de cuero no se llevan desde hace siglos. En las series, los polis tienen placas colgadas del cuello, armas, esposas (auténticos árboles de Navidad), mientras están ocupados consultando sus ordenadores o bebiendo café. Sin embargo, no hay nada más incómodo (¡e inútil!). Ir al baño con la pistola es una verdadera pesadilla, sobre todo para las chicas, y paso a los detalles: en cuanto te desabrochas el cinturón, el peso del arma tira del pantalón hacia abajo, como si llevaras un cinturón de buceo de plomo. Terrible. Que un policía lleve el arma en su vida privada es algo directamente ligado a la posibilidad de tener que usarla en legítima defensa. Algo bastante raro en los baños, como pueden imaginar.

En lo que concierne a las placas doradas que llevan colgadas del cuello, al estilo del rapero de moda, tienen como objetivo identificar a los agentes de paisano en los lugares públicos. ¿Para qué ponértelos en la oficina, donde todo el mundo se conoce?

¡En algunas series he llegado a ver comisarios y superintendentes

armados y con esposas en el cinturón! Son los más altos cargos de un departamento de policía y pasan la mayor parte de su tiempo en su despacho o en reuniones, haciendo gestión de personal o representación ante otras instituciones. ¿De qué les servirían sus armas y esposas entre dos presentaciones de PowerPoint? Es absurdo. Mi jefe, por ejemplo, solo lleva su sombrero de pescador cargado de anzuelos y su chaleco lleno de bolsillos. No se me ocurre qué haría con una pistola. Además, la pesca con explosivos está prohibida en Colorado. Un superintendente tampoco hace persecuciones. Un buen jefe, de hecho, no hace nada, porque su función es precisamente delegar todo el trabajo. Y eso, pueden creerme, el mío lo hace de maravilla.

En las series, siempre se ve a los inspectores de policía con traje y corbata, vestidos como comerciales o agentes inmobiliarios. Sin embargo, no somos comerciales ni agentes inmobiliarios. Llevamos vaqueros y zapatillas, como todo el mundo (menos los comerciales y los agentes inmobiliarios). Ya lo sé, queda menos glamuroso.

Los inspectores de la televisión (en traje, pues) llevan un chaleco antibalas encima de la corbata y echan abajo puertas, pistola en mano, para detener a un sospechoso en su casa. En la vida real, el departamento que lleva la investigación, cuando propone realizar un arresto domiciliario, requiere un servicio operativo especializado si la peligrosidad del sospechoso está establecida: el SWAT. Superpolis vestidos y armados como en tiempos de guerra, con pasamontañas para añadir el efecto psicológico, con cascos blindados y pesados chalecos antibalas, echan la puerta abajo, entran en masa y esposan a los sospechosos con la rapidez de unos ninjas. Los investigadores, que se habían quedado detrás, pueden entrar con toda tranquilidad y proceder a los diferentes actos (lectura de derechos, registro domiciliario, etc.) como los buenos funcionarios que son.

No, no entramos con pistola en la casa de la gente. En diez años, a lo mejor he desenfundado mi pistola dos veces. Dos veces. Y nunca disparé, mientras que en las series disparan a diestro y siniestro por las callejuelas.

Por razones de seguridad, nunca se esposan a alguien con las manos delante. Esto no sirve de nada, porque podría agarrar a un agente y pegarle aun estando esposado. Siempre se ponen los grilletes con las manos a la

espalda.

Y todas esas cosas sobre la policía científica. En las películas, el agente pone la huella digital del índice del cadáver en su smartphone de última generación y en menos de diez segundos aparece toda la vida del difunto. Su dirección, su número de teléfono, su cuenta de Facebook, el número que calza, la última vez que se bebió un gin-tonic, dónde, cómo y con quién. ¿Cómo puede ser eso? La gente no está fichada y no hay un poli detrás de cada uno encargado de anotar todo lo que hacemos. No hay un sistema centralizado entre las diferentes administraciones: sanidad, tráfico, etc. Solo están fichadas las personas que ya han sido arrestadas, y aun así la información se limita al tipo de infracción. Es ciencia ficción. Sí, las series policíacas estadounidenses tendrían que ir en la categoría de ciencia ficción, junto a Star Trek. En algunas series, los policías científicos investigan y arrestan a los sospechosos, llevan los interrogatorios, lo hacen todo, ¿verdad, Horatio? ¡Felicidades! En la vida real, los de la científica son hombres y mujeres vestidos como astronautas, con mono blanco, gorro blanco desechable y mascarilla, cámara de fotos colgada al cuello y maletín en la mano, que se desplazan a las escenas del crimen con el único propósito de obtener huellas antes de entregar los resultados al servicio judicial encargado de la investigación. Cada uno su trabajo.

Por eso nunca veo las series. Hay que entender a esos pobres guionistas. Es complicado escribir episodios truculentos y apasionantes a partir de la vida aburrida de un policía que se pasa el tiempo redactando informes en su despacho.

Los policías no son los únicos en sufrir una reputación falsa. Los médicos, sin ir más lejos. Salí con un médico durante bastante tiempo. Dos semanas. Él tampoco veía series de médicos. Detectaba todos los errores. Sobre todo la del fonendoscopio. No debe de haber ni una sola serie en la que el actor no se lo ponga mal en las orejas. Cuando cuelgan las radiografías delante de la pantalla luminosa, el negatoscopio, siempre las ponen del revés, con el corazón a la derecha, como si todo el mundo tuviera una dextrocardia (malformación anatómica en la que el corazón se encuentra en la mitad derecha del tórax). Los médicos de las series todavía usan los buscas cuando se ha inventado una cosa maravillosa llamada

móvil. La gente que trabaja en urgencias realiza análisis que nunca se hacen en urgencias. ¡Y qué me dicen de todas esas mujeres que dan a luz a bebés limpios, sin una gota de sangre ni de líquido amniótico, esos bebés gordos que ya tienen más de un mes de vida!

Bueno, ya habrán entendido que en las series casi todo es falso. La única cosa real es la ferretería que los policías de uniforme llevan en el cinturón. Aún me veo patrullando a pie por las calles de Nueva York, Nueva York, recién salida de la academia de Policía, con mi uniforme azul, provista de un cinturón de quince toneladas a lo Robocop. A su lado, el cinturón del albañil de los Village People es el estuche de un parvulario. Gas lacrimógeno, esposas, pistola, cargadores, Taser, tonfa y porra, guantes, linterna, walkie-talkie... Como decía, una auténtica ferretería para enfrentarse a cualquier eventualidad, sí, a cualquiera. Menos, tal vez, correr. Correr con todo eso es, ¿cómo decirlo?, ¡IM-PO-SI-BLE! Y los chorizos lo saben, créanme.

SEGUNDA PARTE

REVELACIONES

En una pizzería sueca

En el que conocemos a alguien que en realidad no se llama John Doe

—¿El asesino de los donuts ha golpeado otra vez? —preguntó Agatha señalando con el dedo las migajas que acababa de escupir sobre el cadáver.

—¿Habla de usted misma? —añadió McDonald con una pizca de ironía en su voz.

Él se giró y la miró por encima del hombro esbozando una gran sonrisa. Estaba arrodillado delante de un cuerpo cubierto de agujeros escarlatas semejantes a cientos de boquitas. No quedaba ni un solo centímetro cuadrado de piel indemne. El *sheriff* se levantó, se quitó las gafas, las limpió y se las puso de nuevo sobre su nariz de rapaz.

—No sé cómo puede llevar ese impermeable con este calor.

Se subió un poco más las mangas cortas de su camiseta y abarcó con un gesto circular el bosque de pinos y el lago que brillaba con una luz plateada delante de ellos. A lo lejos se podía ver de un lado la cumbre de Tortilla Peak, y del otro la cima lejana de los edificios de Woodville. La gran ciudad y la naturaleza, una postal. Si no fuera por el cadáver que yacía a sus pies. Conocía bien esos páramos. Venía muy a menudo a bañarse en el lago. Por eso, esa escena también le parecía muy familiar.

El hombre separaba con indiferencia, con la punta del pie, algunas migas de donuts de chocolate de otras esparcidas por la tierra roja.

—¿Está contaminando mi escena del crimen otra vez! —exclamó él, harto.

—Es lo que iba a decir yo —anunció Agatha—. Esta vez, está en mi jurisdicción. Nueva York, Colorado, está a cinco kilómetros.

—Recuérdeme algo, usted es la jefa del departamento de homicidios de Nueva York, Colorado, ¿no es así?

—Así es —respondió Agatha con cierto orgullo.

—Dígame, inspectora Crispies, ¿cuánta gente tiene a sus órdenes?

—Uhhh... ¿La mujer de la limpieza cuenta?

El hombre la miró con una pequeña mueca de desprecio en los labios.

—Yo tengo diez personas a mi cargo —anunció él—, y una experiencia de más de veinte años en asuntos criminales, ¿y espera que me sienta intimidado por usted, una agentucha que acaba de llegar?

—Sí —aseguró la agentucha en cuestión con un aplomo desconcertante.

El hombre la miró y tragó saliva.

—Bueno, al menos lo he intentado. En ese caso, las damas primero.

Agatha se limpió las manos sobre el vaquero y se acercó al cuerpo con precaución para, esta vez, no ensuciar sus Converse. La víctima era con toda seguridad un hombre. Estaba desnudo y tenía el cuerpo cubierto de cientos de picotazos de los que asomaban gotas de sangre reseca.

—¿Conoce el chiste del aventurero que es secuestrado por una tribu en la selva? —preguntó, girándose hacia McDonald.

—No me lo puedo creer, Crispies. ¿Va a contar un chiste?

—Está relacionado. Es la historia de un aventurero que es secuestrado. Los salvajes lo meten en una marmita con agua que se está calentando. «¿Vais a comerme?», preguntó. «No, no somos caníbales. Solo vamos a despellejarlo y con su piel nos haremos una bonita piragua. Pero antes, si tiene un último deseo...» «Quisiera un tenedor», respondió el aventurero después de un minuto de reflexión. Se lo dan sin entender para qué. El hombre se clavó el tenedor en el brazo, en la barriga, en las piernas, y gritó hilarante: «¡Mirad lo que hago con vuestra piragua, panda de locos!».

El *sheriff* la miró sin decir nada.

—¿Qué hacía un tenedor en una tribu de salvajes?

—Dios mío, McDo, ¿cómo puede ser tan psicorrígido? ¡Es un chiste!

—Le aseguro, Crispies, que no ha sido una tribu de salvajes la que ha hecho esto.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó ella de nuevo seria.

—Una familia lo ha encontrado esta mañana —explicó el *sheriff*—. El

bonito picnic al borde del lago se transformó en un momento en un episodio de *CSI*. Parece que un enjambre de avispas le ha caído encima.

—O una sesión de acupuntura que hubiera acabado mal —supuso Agatha—. Si han descubierto el cuerpo esta mañana, ¿por qué nos han avisado ahora? (miró su reloj) ¡Son las siete de la tarde!

—Porque esta buena familia acaba de llamar al 911. Pensaron que si avisaban por la mañana habrían tenido que renunciar a su picnic, que la policía los habría echado, habría establecido un perímetro de seguridad y prohibido el paso. Así que han disfrutado del día, jugado al balón, se han bañado, chapoteado en el agua, comido sus bocadillos, bronceado un poco y después han llamado a emergencias justo antes de irse. El civismo de la gente nunca dejará de sorprenderme.

—¿Quiere decir que han pasado el día al lado de... esto? (señaló al hombre transformado en colador) ¿Y qué les han dicho a los niños?

—No lo sé, algo como «Cuidado con las avispas», quizá, o «No juguéis con los tenedores»...

—Me hace pensar en *El durmiente del valle*.

—No conozco ese caso.

—Es un poema de Rimbaud.

El *sheriff* dio un paso hacia atrás para tener una mejor visión de la escena.

—Ninguna huella alrededor de John Doe —anotó él—, excepto la de los neumáticos de la familia que lo ha descubierto.

En Estados Unidos, John Doe era el nombre que se les daba a los cuerpos no identificados, prueba de que McDonald no había encontrado papeles en el cadáver.

—Es como si el cuerpo hubiera aparecido aquí, así —retomó él—. Como si un platillo volante lo hubiera tirado antes de volver al espacio. No apunte eso, Crispies, es solo una manera de hablar.

Agatha levantó su bolígrafo.

McDonald se agachó, recogió un puñado de tierra, separó las agujas de los pinos de las migas de donut y se aplicó metiéndolas en una pequeña bolsita transparente.

—Por una vez, tengo que darle la razón: había migas de donuts de chocolate en la escena de crimen antes de que usted llegara. Igualito que en la

teoría de Locard.

Edmond Locard era el francés que fundó el primer laboratorio de policía científica del mundo, en 1910. Su famoso principio de intercambio estipulaba que un individuo siempre deja huellas de su paso en la escena del crimen y se lleva, cuando se va, elementos del lugar. En este caso, el asesino había dejado migas de su donut y se había marchado con agujas de pino y barro del lago en las suelas de sus zapatos...

—¿Piensa que lo han hecho los excursionistas?

—No, la familia nos ha asegurado que solo han comido kubba al bulgur. Nada de donuts.

—¿Qué es eso? ¿Eran extranjeros?

—Son albóndigas. Eran iraquíes.

—Ahora entiendo por qué el cadáver no les ha quitado el apetito. Están acostumbrados, siempre están en guerra.

—Haré analizar esas migas para determinar su origen. Para una vez que tenemos una pista.

—No vale la pena, Macintosh, son del Agujero Divino.

El policía la miró embobado. La perspicacia de su colega le había hecho olvidar la mala pronunciación de su apellido.

—¿No me diga que puede identificar una marca de donut solo con ver las migas?

—Igual que puedo identificar la marca de la ropa con un simple vistazo. Pero en lo que respecta a estas migas, no me ha sido difícil saber de dónde vienen, son las mías. En verano vengo casi todas las tardes al lago. Me tumbo en bañador sobre mi toalla de playa y tomo el sol con un libro en las manos. Ayer estaba con *El misterio del cuarto amarillo* por necesidades de la investigación.

El hombre la miraba con los ojos muy abiertos.

—Intento imaginarla en... bañador.

Agatha sonrió.

—No lo intente, sobrepasa su imaginación —respondió ella, segura de su belleza.

—Es justo lo que me estaba diciendo —añadió horrorizado el hombre—, que sobrepasa... Entonces ¿estuvo aquí ayer?

—Aquí mismo.

—¿Hasta qué hora? —preguntó McDonald con la Moleskine preparada para escribir la respuesta.

—Flipo, ¿me está interrogando?

—Simple curiosidad.

—Me fui cuando anocheceía, más o menos a esta hora.

—Entonces, sobre las siete. ¿Y no vio nada raro?

—McDo, soy inspectora de policía. Si hubiera visto algo raro, ¿no cree que me habría llamado la atención?

—Claro, ¡qué tonto! Pero es que a veces olvido su profesión.

Escucharon una voz tras ellos.

—¡Hola, seres vivos!

Los dos se giraron para ver llegar al forense, fresco y alegre, balanceando su pequeño maletín negro como un niño feliz por ir al colegio. Para él, que pasaba la mayor parte de su tiempo entre cadáveres, ver seres vivos era sinónimo de una gran felicidad.

—Bueno, ¿qué tenemos hoy? Ah, sí, bien. Esto por lo menos no es musaka. Es la fase previa. ¿Quién es?

—John Doe —respondió Agatha.

—¿John Doe? —repitió el forense—. Ah, cadáver no identificado.

El médico se arrodilló y sacó el fonendoscopio de su maletín. Espantó las moscas con el dorso de su mano y lo puso con delicadeza sobre varios sitios del pecho, los brazos, el cuello, haciendo supurar y escupir la sangre de cada herida hinchada. Elevó el cuerpo, lo examinó, metió un termómetro en su recto, lo que provocó un pequeño crujido bastante desagradable, antes de girarse hacia los policías con un gesto grave en la cara.

—Está muerto.

Donde aprendemos cómo ha muerto John Doe

—Por el momento —retomó el forense—, puedo decirles que la muerte tuvo lugar (calculó mentalmente) antes de ayer por la tarde, entre las ocho y las diez de la noche.

El *sheriff* frunció el ceño.

—¿Vino a broncearse aquí hace dos días, Crispies?

—Claro —suspiró Agatha—. Y tampoco vi nada raro. Es posible que estuviera un poco más allá, sobre la orilla. Todos los pinos se parecen, y no soy botánica, ya me entienden.

—Entiendo, entiendo. Entonces ¿estas migas de donut?

—Seguro que son mías, pero si no son de ayer o de antes de ayer, son de la semana pasada. ¡McDo, como donuts todos los días!

—Y serán su perdición —afirmó el médico—. Bueno, en lo que respecta al caso, parece que un equipo olímpico de dardos entero lo haya convertido en su diana.

—¿El lanzamiento de dardos es una disciplina olímpica? —preguntó McDonald, intrigado, antes de limpiarse las gafas con su corbata.

—¿Dardos? ¿Está seguro? —insistió Agatha.

—No y sí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No, los dardos no son una disciplina olímpica, y sí, estoy seguro.

Cogió el dardo que acababa de encontrar en una de las heridas del muerto. En el extremo había una pequeña pluma amarilla, idéntica a la de los dardos

que utilizaban los chicos del grupo de operaciones de la comisaría.

—Los dardos nacieron en un *pub* inglés. Al principio se pensaba que acertar en el centro de la diana era puro azar. Sin embargo, un tabernero de Leeds demostró en 1908 que era cuestión de destreza. Tiene razón, deberían estar representados en los Juegos Olímpicos, en la misma categoría que el tiro al arco. Los jugadores de dardos son auténticos atletas que entrenan todos los días entre cuatro y cinco horas. No es fácil con una jarra de cerveza de varios litros en la otra mano.

—Parece que conoce bastante el tema —comentó Agatha, que había empezado a sospechar.

—Soy de origen británico —se justificó Scholl.

—Como todos los estadounidenses —ironizó McDonald—. En fin, casi todos...

Los dos hombres se giraron hacia la policía.

—¡Cuidadito, Ku Klux Klan! ¿Por la noche os ponéis un capirote blanco y prendéis hogueras en las cuatro esquinas del bosque o qué?

En ese momento de la historia, ella no imaginaba estar tan cerca de la verdad.

—Soy estadounidense desde hace tres generaciones —añadió—. ¡Cómo mínimo! Y además, McDonald suena más a alguien que se pone falda que a devorador de *fish and chips*.

—¡Se llama *kilt* y no falda! Y sí, soy escocés —reconoció el *sheriff*.

—Volvamos a nuestro cadáver —pidió Agatha—. Si lo hubieran querido tomar como una diana, como usted dice, lo hubieran atado a un árbol antes de bombardearlo con dardos. Pero no hay huellas de ligaduras en los puños.

—Es cierto —reconoció el forense—. Era solo una manera de hablar. En realidad, no le han lanzado los dardos, le han clavado el mismo dardo varias veces de forma violenta, como si se tratara de un punzón o un cuchillo, de arriba abajo. Con ensañamiento. Con muchas ganas de matar. ¡Porque para matar a alguien con un dardo hay que tener ganas! Oh, esperen.

Frunció el ceño. Tenía aún sus dedos enguantados sumergidos en las heridas sangrantes y parecía haber encontrado algo.

—Me he equivocado. Las heridas causadas por los dardos han sido provocadas *a posteriori*.

—¿*A posteriori*? —se extrañó el *sheriff*.

—Después de la muerte, quiere decir.

—Sé perfectamente lo que significa *a posteriori* —se defendió McDonald.

—Al menos un día después de la muerte —precisó el doctor—. Así pues, ayer por la tarde.

Agatha se frotó la cabeza, perpleja.

—¿Quiere decir que lo han asesinado dos veces?

—Enseñamiento, lo que les decía.

—Es increíble. ¿Por qué lo habrán hecho?

—¡Eso le toca a usted averiguarlo! —exclamó el médico antes de levantarse y arrojar sus guantes sucios en el maletín—. Le enviaré mi informe definitivo después de la autopsia.

Recogió su material, expidió el certificado de defunción y se marchó con una gran sonrisa antes de desaparecer en el bosque de pinos.

—¿Cuándo acaba su turno? —preguntó McDonald mirando al horizonte cuando se quedaron de nuevo a solas.

El sol se ponía al otro lado del lago y de Tortilla Peak, dando a las nubes una magnífica luz anaranjada y a la escena un romanticismo sin parangón.

—Cuando quiera. ¿Por qué?

—Me gustaría invitarla a cenar.

—¿Para qué?

—Para... cenar.

Ambos lo sabían. No hay nada mejor que un buen cadáver para abrir el apetito.

—Vale. Solo espero que no quiera invitarme a un McDo, McDonald.

Donde McDonald y Crispies cenan en un restaurante que no es un McDo pero que tampoco es gran cosa

Pizzlkea era un establecimiento revolucionario situado en una de las calles más comerciales de Woodville. El cliente primero pasaba por una inmensa sala de exposiciones en la que se mostraban apetitosas *pizzas* en falsas cocinas repletas de falsas familias de maniqués; luego bajaba, babeante, por una gran escalera que lo llevaba al sótano, donde podía servirse, uno a uno, los diferentes ingredientes que componían la *pizza* de su elección. Margaritta, Kwatro quesos o Pepperoni, entre otras mil delicias.

La *pizza* en kit. Era el nuevo concepto lúdico inventado por unos italianos de origen sueco que volvía loco al mundo entero.

—Dardos, diana, objetivo, cámara fotográfica —enunció Agatha mientras señalaba con el dedo al camarero la *pizza* que había elegido.

—¿Ya estamos otra vez con su técnica, Crispies? —dijo McDonald.

—La de mi padre —corrigió ella, y anotó «cámara fotográfica» en su Moleskine roja.

—No me extrañaría que un día funcionara. Si va diciendo cosas a lo loco, por fuerza algún día dará con la solución.

Ella prefirió omitir el hecho de que sus primeras deducciones habían resultado positivas con el leñador y el caballo. No era de las que les gustaba presumir.

—Es curioso que diga eso. ¿Conoce la teoría de los monos de Shakespeare?

—No sabía que Shakespeare tuviera monos.

—¡Qué divertido es usted! ¡A Balzac le encantaría! —exclamó sin precisar más—. No son sus monos. Unos matemáticos establecieron un teorema que dice que si se pone a una infinidad de primates delante de máquinas de escribir y se les deja teclear lo que quieran durante años, algún día escribirían «casi con toda seguridad» un texto como *Hamlet*. Es lo que se conoce como «la paradoja del mono sabio».

—¡No entiendo por qué nos molestamos en hacer investigaciones policiales si los monos pueden hacerlo! ¡Además, «casi con toda seguridad» algún día encontrarán al asesino!

—Eso es en teoría —suavizó Agatha—. En realidad, los científicos llevaron a cabo el experimento. Los monos destrozaron las máquinas de escribir a pedradas y defecaron encima. ¡Muy lejos de la poesía de *Hamlet*!

Estallaron en carcajadas.

El camarero les entregó una caja a cada uno que contenía los ingredientes de la *pizza* de su elección y les invitó a instalarse en una mesa. Una vez sentada, Agatha se lanzó a leer las instrucciones de montaje mientras McDonald fabricaba su *pizza* sin ayuda.

—¡Ay, los hombres! —dijo cuando él se bloqueó en el ensamblaje de los tomates sobre la pasta cocida—. Creen que lo saben todo.

Ella plantó los champiñones, el jamón, la *mozzarella* y se dio cuenta de que le faltaba un tomate.

—¡No puede ser! Siempre falta algo en estos kits.

McDonald, que tenía uno de sobra, le ofreció amablemente el suyo. Metieron la *pizza* en un pequeño horno. Por encima de ellos, a través de los altavoces, resonaba una música animada.

—Para una vez que no es *country* —comentó Agatha—. ¿Es lo nuevo de Adele?

—Es de hace cinco años.

—¿Hace tanto que estoy en Nueva York, Colorado? —exclamó pensativa.

Sacaron la *pizza* del horno y se dirigieron hasta su mesa para hincarle el diente.

—¿De dónde es usted, Crispies? No es de aquí, eso seguro. Es moderna, fresca... Viene de una gran ciudad, ¿verdad?

—¿Tanto se nota? —se entusiasmó Agatha, que se lo había tomado como un cumplido.

No la habían halagado tanto desde que el portero de una discoteca de moda en Manhattan le prohibió el paso porque era demasiado joven para entrar. La verdad es que se trataba de una sala de baile para la tercera edad.

—No, lo pregunto porque no se ven demasiados negros por aquí —soltó McDonald.

Bebió un sorbo de su cerveza, esperando la reacción de su interlocutora por encima de su vaso. Pero Agatha continuó masticando su trozo de *pizza*. La única diferencia entre ambos no era el color, sino la cultura. El *sheriff* quizá fuera blanco, pero era un pueblerino. Ella venía de la gran ciudad. Para la gente de aquí, venía del futuro. De esa parte de Estados Unidos donde se podía calentar la comida en un microondas o cambiar los canales de televisión con un mando a distancia.

—Vengo de Nueva York, en la costa Este.

—¿Qué hace aquí, en lo más profundo de América?

—Me trasladaron. De manera disciplinaria. A menos que se trabaje para el FBI, que tiene competencia federal, es decir, en todo el país, las otras policías, como la mía o la suya, son locales y dependientes de una ciudad. Su placa no le da derecho a trabajar en otro sitio. Así que mi placa solo vale para la Policía Metropolitana de Nueva York, porque es allí donde hice mis exámenes de admisión. La única solución que encontraron para no echarme, puesto que mi padre era una leyenda, fue trasladarme a Nueva York, Colorado... En sentido estricto aún trabajo para la Policía Metropolitana de Nueva York; Nueva York, Colorado, o Nueva York, Nueva York, ya que no está especificado en ningún sitio. Es una especie de vacío legal. No hay cambio de estatuto administrativo, ni de placa, ni de nada, solo un cambio geográfico. Astuto, ¿no?

—¿Por qué quisieron echarla, Crispies? ¿Por su incompetencia?

—Sabía que diría eso. Fue a raíz de un caso. Quizá oyó hablar de él, aunque no creo que esa historia haya llegado aquí. Por lo menos, eso espero. Ya me he sentido bastante humillada. El caso del asesino del bolígrafo Bic azul.

—¿El asesino del bolígrafo Bic azul? Nunca he oído hablar de ese caso.

—¿Quiere que se lo cuente?
Él se moría de ganas.

El caso del asesino del bolígrafo Bic azul

La primera palabra que pronunció la inspectora de policía Agatha Crispies cuando el médico forense giró el cuerpo del corredor no fue propiamente dicho una palabra.

—Grmpffff... —soltó a la vez que escupía trozos enteros de su donut de chocolate, que aterrizaron en el inmenso charco que se extendía a sus pies como una mancha de vino sobre la frente de un político ruso.

Se retiró con rapidez. Incluso sumando todos los cadáveres con los que se había cruzado durante sus diez años de leales servicios en la Policía Metropolitana de Nueva York, que eran un buen montón, nunca había visto tantos litros de sangre derramados sobre el asfalto. De hecho, no pensaba que un cuerpo humano pudiera contener tanta. El suyo podía, pero el cuerpecito de maratoniano anoréxico del hombre que yacía a sus pies... No, era impensable.

El océano rojizo, que había estado contenido hasta entonces por el peso del cadáver, se deslizó hasta ella a través de los montículos, y tuvo que saltar a un lado para no ensuciar el tejido de sus Converse rosas favoritas.

—Tiene un enorme agujero al final de la espalda —concluyó el médico con aire de circunstancia.

—¡Qué descubrimiento! —exclamó la policía mordiendo de nuevo su donut—. ¡Como todos!

—Este es un poco más grande que la media —precisó el hombre.

—Cada uno tiene sus gustos —añadió Agatha, satisfecha de haber adivinado la orientación sexual de la víctima con un simple vistazo al pantalón corto negro, muy ajustado, que llevaba.

—No hablo de «ese» agujero —corrigió el forense—. Hablo de este.

Y señaló con su dedo índice enguantado una herida a la altura de las lumbares.

—¿Qué ha podido causarla? —preguntó Agatha.

El médico agitó la cabeza, perplejo. Era un hombre, y como todos los hombres tenía problemas para confesar que no tenía ni idea.

Ella también agitó la cabeza, como para decir «entiendo» o «entiendo que siendo un hombre tenga problemas para reconocer que ignora ciertas cosas».

—Impacto de bala, supongo —concluyó para no quedar como un ignorante.

—Bien, bien... —murmuró ella antes de comenzar a dar vueltas alrededor del cadáver.

El médico se levantó cuando estaba a punto de comenzar la cuarta vuelta.

—¿Podría parar su danza de la lluvia? Me está mareando y no he tenido tiempo de desayunar esta mañana.

Inmersa en sus pensamientos, Agatha ignoró sus palabras y continuó con su numerito, porque caminar la ayudaba a pensar. Hacía una media hora que había llegado a la escena del crimen y aún no había anotado nada en su Moleskine nueva. Era mala señal. Ni siquiera había quitado el envoltorio de plástico. Ninguna pista. Nada de armas de fuego en las proximidades, un cuerpo no identificado (porque nadie coge su carnet de identidad para ir a correr), ninguna huella de una tercera persona alrededor de la víctima, ni colillas, ni motivos. Nada. Solo algunas migajas de donut de chocolate.

—El asesino come donuts de chocolate —afirmó ella satisfecha, señalando las migas dispersas alrededor del cadáver.

—Son las tuyas, inspectora.

—Oh. Claro, claro...

Dio una vuelta más.

—Alguien lo espera en casa —aseguró ella.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no tiene llaves. Eso significa que su mujer, o su novio, teniendo en cuenta el pantaloncito que lleva, está en su casa —añadió sin dejar de dar vueltas alrededor del cadáver.

—Buena deducción, pero seguimos igual. Podría vivir en cualquier sitio. Nueva York es grande.

El médico señalaba con su brazo la extensión de árboles de Central Park y

la cima de los inmuebles de lujo que sobresalían.

—Tampoco tiene billete de metro, así que no debe de vivir muy lejos.

Quizá debería recorrer el barrio llamando de puerta en puerta. Tardaría unos cuantos años, pero algún día daría con la casa correcta, la de una viuda desconsolada, o más bien de un viudo desconsolado, y conocería la identidad del muerto, lo que le permitiría avanzar en la investigación.

El crimen de mi vida, pensó Agatha. Mi pasaporte para el rango de capitán. Y cuando iba a empezar su décima vuelta y hacer que el médico vomitara la cena del día anterior, se detuvo de golpe, como si hubiera visto algo. Agarró el pie de la víctima por la punta de su zapatilla. A causa del *rigor mortis*, la pierna se resistió a doblarse con un pequeño crujido de hueso de pollo.

Se le iluminó la cara. La respuesta estaba allí. Delante de sus ojos.

Alguien había garabateado con bolígrafo Bic azul, sobre la suela, una secuencia de cifras sin aparente lógica. Excitada como una *fashion victim* ante unos Manolo Blahnik de rebajas, la inspectora abrió por fin, con su uña pintada de burdeos 346 Chanel, el embalaje de plástico de su Moleskine para copiar la serie de números.

Lo primero que hizo Agatha Crispies al llegar a su oficina, antes incluso de guardar su pistola en el cajón, fue coger un donut de chocolate de la cesta colocada al lado de su ordenador.

Después se sentó confortablemente sobre el cojín de flores no administrativo encima de su sillón administrativo y empezó a teclear. Maldito papeleo, pensó. Sin parar de escribir, se preguntaba a qué podía corresponder la serie de cifras escrita en la suela del muerto. Era evidente que el criminal había querido dejar una pista, pero ¿cuál?

Agatha mordió su donut. Si ser negra tenía algún inconveniente, ese era el de no poder distinguir las manchas de chocolate en sus dedos. Al menos, antes de ensuciar las teclas del ordenador.

¡Mierda!, exclamó cuando la letra Q desapareció debajo de una huella de líquido negro.

—¿Destiñes? —bromeó su colega antes de carcajearse.

Qué estúpido puede llegar a ser, pensó. Después sacó un pañuelo de papel de su enorme caja, lo mojó en saliva impregnada de chocolate y frotó la tecla, que se puso aún más negra. Continuó escribiendo su informe hasta la pausa del almuerzo.

A la una del mediodía cogió el tercer donut de chocolate de la mañana, lo envolvió en un pañuelo de papel y se fue a la cafetería. Allí hizo la cola del *self-service*, cogió una hamburguesa, un vaso XXL de Coca-Cola y una ensalada XXS de zanahorias ralladas para tener buena conciencia. Estaba a dieta. Después se sentó en su sitio preferido, justo delante de la cristalera con vistas a la ciudad. A esa hora no había aún nadie. Las patrullas de la mañana volvían a la comisaría hacia la una y media.

Vertió la vinagreta en la ensalada y bebió un sorbo de Coca-Cola mientras ponía sobre la mesa su nueva Moleskine. Era su marca preferida. También la de Hemingway. «0112003589».

Leyó la secuencia varias veces. El asesino quería jugar con ella. No lo defraudaría.

Le vino a la memoria el período en que preparaba el examen para entrar en la prestigiosa Policía Metropolitana de Nueva York, y todas esas horas que había pasado empollando en su pequeña habitación esos malditos test psicotécnicos.

Como en las pruebas matemáticas, intentó identificar una secuencia lógica. Era buena en ese juego. Se concentró. Hacía faltar sumar la segunda cifra, 1, a la primera cifra, 0, para obtener la tercera, 1, después la segunda y la tercera para dar con la cuarta, 2, después quitar 2, lo que daba 0 y después... cualquier cosa.

Al parecer no era tan buena en ese juego. Se armó de paciencia y trituró las cifras en todos los sentidos, utilizando para ello cinco páginas de su libreta. Al cabo de unos minutos, se dijo que quizá se tratara de un número de la Seguridad Social, de una mutua, del pasaporte. Podía, en efecto, tratarse de muchas cosas. Desanimada, aplazó su dieta, terminó su hamburguesa y dejó la ensalada de lado. Después sacó de su bolsillo el donut de chocolate. A su cerebro le faltaba azúcar.

A lo largo de la tarde, Agatha repasó la información de la que disponía.
Y se comió seis donuts de chocolate.

Un corredor vestido con un pequeño pantalón ajustado negro y zapatillas con la suela garabateada con bolígrafo Bic azul, un agujero al final de la espalda, un pequeño arbusto en Central Park tras el que se había encontrado el cuerpo y una hora aproximada de la muerte que remontaba a la víspera por la tarde, eso era todo de lo que disponía.

Acopló su gran trasero sobre el cojín de flores y decidió adoptar el método Crispies, que consistía en coger cada elemento y anotar todo lo que le pasaba por la cabeza. Absolutamente todo. Su padre había resuelto así muchos casos irresolubles.

- Un pantalón ajustado negro (¿gay? ¿le gusta el negro? ¿le gustan los negros? ¿le gustan los ajustes?)
- Una camiseta amarilla (¿atrae a los mosquitos? ¿ciclista? ¿le gusta la mostaza? ¿le gusta la yema de huevo? ¿cría pollitos en su casa de campo?)
- Una serie de números escrita con bolígrafo Bic azul en la suela de una de sus zapatillas (¿matemático? ¿le gusta el azul? ¿le gustan los pitufos? ¿escrito por el asesino para dejar una pista? ¿para despistar? ¿escrito por la víctima para dar una pista sobre la identidad de su asesino? ¿para despistar? ¿escrita por un viandante? ¿con qué intención? Tengo hambre, necesito azúcar, me comería un donut de chocolate, vaya, la cesta está vacía)

Agatha dejó de anotar. Se dio cuenta de que el ejercicio de escritura automática había llegado demasiado lejos. En lugar de aclararse, las pistas iban de aquí para allá y el misterio se espesaba. Subrayó «¿cría pollitos en su casa de campo?» y después giró la cesta como si esperara encontrar un donut pegado debajo. Decepcionada, retomó el trabajo.

- Un agujero al final de la espalda (¿un tiro? ¿una puñalada? ¿un puñetazo de Chuck Norris? ¿*El durmiente del valle* de Rimbaud? ¿un agujero de

aireación?)

- Un arbusto en Central Park (¿un arbusto en Central Park? ¿un arbusto? ¿Central Park?)
- Hora aproximada de la muerte: 22.30 h. (¿hora de Nueva York? ¿hora de Londres? ¿hora de Tombuctú?)

Agatha miró su obra. Un Picasso, aunque con menos talento. Puede que la técnica de su padre no fuera tan buena, después de todo. O le faltaba práctica.

Un gay al que le gustaban las yemas de huevo asesinado por Rimbaud bajo un arbusto de Central Park a la hora de Tombuctú, resumió. Sería un buen título para un libro de Katherine Pancol, pero no una solución para un asesinato.

Bueno, había llegado la hora de rendirse a la evidencia: no tenía ninguna pista. Y, sobre todo, había llegado la hora de bajar a la calle y comprar una cesta de donuts de chocolate en el Starbucks de la esquina.

Cuanto más donuts comía, mayores proporciones alcanzaba su trasero y menos entraba en el sillón administrativo. Hacía falta que llegara a capitán para disponer de un asiento un poco más grande. La antigüedad, ligada al consumo extremo de donuts de chocolate en los policías, daba derecho a sillones cada vez más grandes en función de los rangos. El más enorme (culo y sillón) era el del comisario.

Recordaba el día en que su padre la había llevado a la comisaría, cuando aún era una joven obesa, para enseñarle algo importante. No se trataba del hielo, como Aureliano Buendía en *Cien años de soledad*, o del cementerio de los libros perdidos, como Daniel Sempere en *La sombra del viento*, sino del cojín de flores de John Crispies.

—¿Ves, cariño? —le había dicho con una sonrisa maliciosa—. Este cojín será tuyo algún día. Lo encontrarás hortera, como yo cuando me lo regaló tu madre al convertirme en poli, pero te acordarás siempre, cuando yo ya no esté aquí, de que era el cojín de tu padre, mister Chocolate, el cojín que calentó sus pequeñas nalgas de capitán durante diez años mientras resolvía grandes casos de asesinato, y que calentará las tuyas, *miss* Chocolate, si decides seguir mis

pasos. Es decir, mis nalgas.

Unos años más tarde, llegó ese día. Ese cojín de flores con costuras gastadas y estampado desvaído ahora era suyo. Una lágrima se deslizó por su mejilla de ébano, que brilló un instante como el bonito nácar de una ostra, antes de caer sobre la cesta de donuts de chocolate que sostenía entre sus manos. Ella también se convertiría en una gran capitana de la policía de Nueva York. Desde allí arriba, su padre se sentiría orgulloso de ella.

Se acercó a la caja de Starbucks y entregó unos cuantos billetes mientras volvía a pensar en su investigación y en las misteriosas cifras garabateadas en la suela de su víctima. A fuerza de triturarlas de un lado a otro, se las había aprendido de memoria. Y como tenía su monedero abierto en la mano, echó un ojo a su tarjeta de la Seguridad Social. No, la secuencia no correspondía a ese formato. De hecho, la sanidad pública estadounidense era un mito.

¿Quizá le faltaba un elemento importante que no había visto, una pista necesaria para descifrar el código? «0112003589». Iría al Instituto Forense antes de volver a casa. Aprovecharía para preguntar por las conclusiones de la autopsia. Recuperaría la ropa de la víctima antes de que la quemaran o la tiraran a la basura. Antes de que se cruzara en la calle con un vagabundo llevando con orgullo las zapatillas nuevas de un cadáver y el bonito pantalón ajustado negro.

Cuatro donuts de chocolate más tarde, Agatha llegó a la sala de autopsias a las siete y media de la tarde. Comía donuts como otros fumaban cigarrillos. Mientras no pusieran fotos de mujeres afroamericanas obesas en los paquetes de donuts con la inscripción «Comer donuts mata» o «Comer donuts perjudica seriamente su salud y su figura», la amenaza seguiría siendo virtual y la prevención, vana.

—Buenas tardes, inspectora Crispies —saludó el forense cuando Agatha entró en su despacho.

—Buenas tardes, doctor, ¿se ha recuperado de esta mañana? —le preguntó.

—Vomitó y tomé un buen desayuno, todo va bien.

—Bien, bien. ¿Y qué?

—Las zapatillas son nuevas —anunció.

—¿Perdón?

—Sus zapatillas son nuevas. Pensaba que eso podía interesarle.

—Sí, pero bueno, no hace falta destripar a un cadáver para concluir que sus zapatillas son nuevas, ¿no? Lo que más me interesa es el agujero.

—Bien. No se trata de un agujero de bala. No es más que una herida debida a... una rama de árbol.

—¿Perdón?

—Una rama de árbol.

—¿Está seguro?

—Encontré minúsculos trozos de corteza en la herida. Si vuelve al lugar del crimen y busca bien, estoy seguro de que encontrará la rama. Aún debería haber sangre en su extremo.

—¿Y qué hacía con una rama de árbol en...?

—¿En el culo?

—Al final de la espalda.

—No lo sé.

—Doctor, ¿podemos concluir que es un suicidio? —le preguntó—. Porque eso no sería bueno para mi promoción.

—Difícil, teniendo en cuenta la posición de la herida. Pero ¿por qué no un accidente?

—¿Un accidente? —repitió Agatha, decepcionada y horrorizada ante la idea de ver su rango de capitán y su gran sillón alejarse—. Tampoco sería bueno para mí. Sueño con un buen asesino en serie, ¿entiende?

—Entiendo. Pero voy a decirle cómo, en mi opinión, pasó todo. Este hombre estaba corriendo ayer por la tarde cuando debió de caer de culo por la pendiente. Se empaló en una rama de árbol que se rompió bajo su peso y rodó más lejos. Oculto tras los arbustos, se desangró durante toda la noche sin que nadie le viera y pudiera socorrerlo. Es tan simple como esto. ¡Pero es usted libre de imaginar a un sórdido empalador de corredores en serie!

—¿Y qué me dice del número en la suela?

El forense se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. La inspectora es usted.

—¡Exacto! ¿Y sabe lo que pienso? Que todo esto no ha sido un accidente. Tenemos entre manos a un asesino muy inteligente que quiere jugar conmigo

dejándome enigmas matemáticos. Puede confiar en mi experiencia, no va a detenerse en un único crimen, doctor. Es el perfil de un asesino en serie que acaba de empezar a cogerle gusto al tema. No será la última vez que oiga hablar del asesino del Bic azul y de la inspectora Agatha Crispies —concluyó.

Dicho esto, vio su rango de capitán y su gran sillón más accesibles. Entonces sacó un donut de chocolate de su bolsillo y lo mordió con determinación.

*Unas semanas antes,
a las afueras de Colombo, Sri Lanka*

Agachado sobre el suelo terroso, descalzo, Chapkadi pegaba un trozo de tejido amarillo a la suela de una zapatilla. Era el mismo gesto que repetía durante todo el día, todos los días, y por el que la gran marca de material deportivo europea le pagaba un puñado de rupias. Fabricaba zapatillas, pero caminaba descalzo porque no tenía suficiente dinero para comprarlas. ¡Qué ironía!

El adolescente puso la zapatilla sobre una estantería con las demás y cogió otra. El trabajo en cadena duraría hasta la noche.

Durante unos segundos, el sol se ocultó sobre su cabeza, como si una nube se hubiera detenido delante. El joven levantó los ojos y se topó con dos magníficas rodillas. Reconoció enseguida esa piel tostada y suave. Su mirada recorrió las bonitas piernas, subió hasta el vestido de flores, pasó por el pequeño pecho, se deslizó por el cuello fino y se detuvo en el rostro de Sidkaar.

—Hola —saludó ella con su dulce voz.

—Namaste —respondió él con una zapatilla y una pistola de cola en las manos.

Cada partícula de su cuerpo vibraba solo con verla. Estaba locamente enamorado de esa chica, pero era la primera vez que ella abandonaba su puesto de trabajo para hablar con él.

—No me queda más pegamento —dijo—. Quería saber si...

—¡Oh! —exclamó él, ofreciéndole su pistola—. Te presto la mía.

—¿Y qué harás tú?

—Ordenaré las zapatillas secas en la caja.

—Me llamo Sidkaar.

—Lo sé. Y yo Chapkadi.

—Lo sé.

Y se rieron.

Se miraron inmóviles y silenciosos.

—¿Te gustaría salir este fin de semana? —propuso el joven esrilanqués en un arrebatado de valentía.

Aunque era morena, Sidkaar enrojeció.

—Sí —respondió sin apartar la mirada de la pistola de pegamento.

—¿Me das tu número de teléfono? Nunca se sabe.

La joven asintió con la cabeza y empezó a recitar.

Nervioso, Chapkadi agarró el primer bolígrafo que cayó en sus manos, un Bic de color azul, y buscó un trozo de papel. Como no lo encontró, cogió la zapatilla que acababa de pegar y escribió el número en la suela de plástico.

«0112003589».

—Entonces, hasta el sábado —se despidió Sidkaar, y giró sobre sus talones con una sonrisa en los labios.

Con el corazón y las sienes a punto de explotar, el adolescente retomó su trabajo con la mente llena de sonrisas y de las palabras de Sidkaar. Sin darse cuenta, guardó la zapatilla que acababa de garabatear en la caja de calzado que saldría esa misma noche hacia el otro extremo del mundo, donde la gente podía permitirse el lujo de comprarlas.

En el que sabemos algo más de Peter Foster

—¡Su misterioso código era un número de teléfono de Sri Lanka! — exclamó McDonald limpiando los cristales de sus gafas con una esquina de su camisa blanca.

—Fue Shirouf Depak, nuestro único funcionario de origen esrilanqués, quien resolvió el caso. Sí, ¡porque no solo hay negros en la policía, también hay esrilanqueses, chinos e incluso portorriqueños! Lo llamábamos «Faquir», porque con su turbante y sus *piercings* tenía pinta de encantador de serpientes. Y de hecho, no solo encantaba serpientes... Un día que estaba en mi despacho para no sé qué asunto, se fijó en la secuencia de cifras que yo había impreso y colgado de la pared y me dijo: «Eso es un número de Colombo». Al principio no lo entendí. Pensé que hablaba de la serie de televisión. «¡La capital de Sri Lanka!», me aclaró. Le pedí que llamara. Lo cogió una chica que esperaba desde hacía dos meses la llamada de un tal Chapkadi, que por lo visto la había invitado a salir un fin de semana. «Si lo conoce, dígame que es un sinvergüenza», dijo, más una decena de insultos que el agente no me tradujo. El número de la suela no tenía nada que ver con la muerte del corredor, al contrario de lo que yo afirmaba. Shirouf Depak obtuvo un ascenso, y yo fui trasladada a Nueva York, Colorado. Todo eso por culpa de Colombo. No puedo ver a Peter Falk ni en pintura. Ni siquiera un impermeable.

Esbozó una mueca al ver el de McDonald.

—¡Qué castigo tan cruel! —exclamó él sin ni siquiera disimular el placer que semejante situación le procuraba.

—Guylaine Prely dice: «Errar es humano. Por eso hay gomas de borrar en el extremo de los lápices».

—¿Quién es Guylaine Prely?

—La vendedora de material escolar del pueblo. Siempre dice bonitas citas que atribuye a grandes autores para demostrar que tiene cultura, pero todo el mundo sabe que se las inventa. La prueba es que comete anacronismos. ¡La cita sobre las gomas de borrar en los lápices se la atribuye a Platón! El lápiz fue inventado en 1564... El otro día me dijo: «Como decía Napoleón Bonaparte, “el problema con las citas que encontramos en internet es que nunca estamos seguros de si son auténticas”».

—Ha dado con un pueblo raro lleno de gente rara, mi pobre Crispies.

—Bueno, también tiene sus ventajas. Es tranquilo, hay bonitos paisajes, sin el estrés de las grandes ciudades. Lo que me gusta es cuando los días son largos, como en esta época del año, que todavía hay luz a las nueve de la noche. Adoro leer fuera mientras el sol se pone lentamente tras las montañas.

—Es usted una romántica.

—¡Dígaselo a mis ex, que se rían un poco!

—¿Y no le molesta tener que ir y venir desde Nueva York, Colorado, por necesidades de la investigación?

—No está muy lejos, pero la carretera es mala y no hay más que curvas. A pie se tarda cinco minutos. En coche, dos horas.

—¿Y por qué no viene a pie?

—¡Por la publicidad! ¿Lo ha olvidado?

Se giró hacia la cristalera y miró en dirección a su coche. El Ford negro con puertas blancas con un gigantesco donut sobre el techo estaba aparcado a la puerta y despertaba el interés de los viandantes.

—Es cierto, qué tonto...

Comió un trozo y se aclaró la voz.

—A propósito —continuó él—, he consultado los archivos. Peter Foster, nuestro primer cadáver, la musaka, no era un santo. Era un jugador empedernido.

—¿Un jugador empedernido?

—No pretendo hacer un juego de palabras de mal gusto, pero tenía agujeros en los bolsillos. Un ludópata. Es así como se dice, ¿no? Se pasaba el

día en el casino de Woodville. Había pedido dinero a un prestamista para saldar sus deudas, un chorizo sin escrúpulos de los alrededores, un tal Jack Spaghettoni.

—Podría ser una pista —reflexionó Agatha tomando notas en su libreta—. ¿Hay mafiosos en Woodville? —se extrañó.

—No lo sé, pero hay restaurantes italianos. Bueno, había. Han cerrado uno tras otro por culpa de Pizzlkea. ¿Está buena su *pizza*?

—Muy buena —respondió la policía estirando el queso fundido, que parecía una goma elástica—. No es muy del estilo de la mafia eliminar a alguien a golpe de agujas de hacer punto, ¿no cree?

—Se hace lo que se puede. La venta de armas está prohibida en esta parte de Colorado. Es más difícil encontrar un arma aquí que una neurona en el cerebro de Forrest Gump. Las únicas que hay son las armas reglamentarias de los funcionarios de policía.

—Y ni siquiera eso —precisó Agatha—. En Nueva York, Colorado, los polis no están armados. Por suerte, yo pude quedarme con la Beretta de mi antiguo destino.

—Hace bien, no sería la primera vez que alguien es atacado por una ardilla radiactiva. Lleve su arma siempre encima. Son bastante agresivas por estos parajes. Se remonta a la época de la central nuclear de Tchernobowl. Tuvo que haber una fuga o algo así. Se volvieron locas.

—Las ardillas de Central Park quizá estén tristes los lunes; las de Nueva York, Colorado, están radiactivas toda la semana...

El hombre no pareció entender lo que quería decir.

—¿Tiene sospechosos para el primer caso? —preguntó él para retomar el control de la conversación.

Agatha no era una ingenua. Estaba intentando sonsacarle información. Ella prefirió callarse la lista de sospechosos ideales que figuraba en su libreta. Sobre todo porque el primer y principal sospecho era su interlocutor. Quizá debía considerar la pista de las ardillas radiactivas. No estaba muy orgullosa de tener que llegar a ese extremo, pero todos los indicios eran bienvenidos. Esta era creíble, el estado inmundo en el que se había encontrado a los pobres Peter Foster y John Doe lo demostraba. Solo hacía falta, en el primer caso, saber cómo el animal había llegado hasta Woodville, entrado en el edificio,

escalado los cinco pisos y atravesado la puerta. Pero, después de todo, si las ardillas radiactivas no eran diferentes a las otras, ¿de qué servía ser radiactivas? Sin embargo, sería un poco difícil que el jurado se creyera esta historia, excepto para aquellos que hubieran leído a Poe. ¿Acaso el responsable del doble asesinato en la calle Morgue no resultó ser un orangután?

—¿Cree que las dos muertes están relacionadas? —preguntó McDonald, arrancándola de sus pensamientos.

—Dos crímenes en tres días —respondió ella moviendo la cabeza—, sin ninguna duda.

—Sin embargo, el arma no es la misma. Agujas de tejer en el primero. Dardos en el segundo.

—Tenemos entre manos a un asesino en serie, créame. Aunque la última vez que dije esto me costó un traslado al culo del mundo, en el que sigo. McDo, este crimen es mi pasaporte para acceder al rango de capitán y volver a Nueva York, Nueva York. Mi billete para conseguir el reconocimiento de mis colegas y mis superiores. Se trata de un asunto personal.

—Tenga cuidado, podría volver a ser trasladada a no sé dónde.

—Ya he sido trasladada a no sé dónde. ¡No puede ser peor!

—Yo me alegro de lo que le ha pasado.

—¿Por qué?

—Porque de lo contrario no nos hubiéramos conocido nunca.

El hombre acompañó sus palabras con una pequeña sonrisa enigmática, de esas que esboza la gente que guarda un gran secreto que no quiere compartir con nadie.

Al menos de momento.

Una premonición y manzanas podridas

Ya era de noche cuando salieron del restaurante. A esa hora no había nadie por la calle.

—Bueno, me vuelvo a casa —dijo Agatha con las llaves del Ford en la mano—. Me queda un largo camino.

Era la primera vez que se despedía de un hombre después de haber cenado con él. En general lo hacía por la mañana. Pero McDonald no era su tipo. Su numerito con las gafas, que limpiaba una y otra vez, la irritaba, y su mirada pervertida, sus indirectas y ese aire misterioso. Además, sospechaba que era un poco racista y machista.

—¿Le llevo a casa? —preguntó ella.

Después de todo, saber dónde vivía McDonald podría serle útil. Se encontraba en la lista de sus sospechosos ideales. Y siempre era interesante tenerlos localizados.

El hombre miró el coche con aire despectivo y asqueado. No era la primera vez que debía renunciar a su dignidad. Había sido hombre bocadillo para un salón de peluquería canina en su juventud, y además no tenía elección. Uno de sus hombres lo había llevado hasta allí y no era necesario molestarle a esas horas para que viniera a buscarlo. Habría podido coger el autobús, pero no circulaba por la noche.

—Nunca me he montado en un donutmóvil... —comentó cuando subió al coche camuflado.

Agatha arrancó.

—Vaya recto y gire a la derecha en el primer semáforo. ¿Qué le gusta hacer, Crispies? Me refiero a su tiempo libre —preguntó mientras se limpiaba las gafas con el impermeable.

Su voz adoptó un tono más suave. Parecía interesado de verdad por la vida de su colega.

—Leo.

—¿Qué lee? Gire a la izquierda.

—De todo.

Agatha señaló la guantera.

—¿Qué son todas estas manzanas podridas? —preguntó el *sheriff* cuando la abrió y una decena de Golden Smith cayeron sobre sus brillantes zapatos.

—Mi cajón de la buena conciencia. Cojo una manzana con cada comida, es bueno para la salud.

—¡Es bueno para la salud si se las come!

Observó con una mueca de asco dos pequeños gusanos que se paseaban por la portada del libro.

—«*Triunfo y tragedia*, de Winston Churchill» —leyó él—. Siga todo recto.

—Un gran señor de la política, un hombre admirable en todos los sentidos. Fue premio Nobel de Literatura, ¿lo sabía?

—No —confesó el policía, al que la noticia no parecía interesarle demasiado—. Es una biografía, ¿no? Me gustan las biografías. La de Steve Jobs no está mal. Me gusta conocer los secretos de la gente.

Dejó flotar la frase mirando muy fijamente hacia delante.

—Es una autobiografía —matizó Agatha para volver a Churchill—. Se trata del sexto volumen de sus memorias sobre la Segunda Guerra Mundial.

—No deja pasar ni una ocasión para demostrar su cultura. La segunda a la derecha.

—Deformación profesional, doy clases de literatura en el trabajo. Sin alardear, dirijo el club de lectura más grande de Nueva York, Colorado —precisó con orgullo—. Como no hay nada que hacer, pasamos el tiempo como podemos. Taller de punto, sudokus, concurso de dardos y eructos, club de lectura...

El policía desvió de repente su mirada de la calle y se giró hacia Agatha

con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¡Pare!

Agatha frenó en seco y los dos salieron proyectados hacia delante. El cinturón impidió que terminaran con la cabeza en el parabrisas.

—¡No le he pedido que frene!

—¡Me ha dicho que pare!

—Es una manera de hablar. ¿Podría repetirme lo que me estaba diciendo?

El coche reanudó su camino.

—¿Qué dirijo el club de lectura más grande Nueva York, Colorado? — repitió orgullosa—. Lo sé, puede parecer...

—No, eso no —cortó él—. ¿Ha dicho «taller de punto» y «concurso de dardos»? Gire a la derecha.

—Sí, ¿le interesa? La inscripción es libre y pue...

—¡No puede ser! —exclamó golpeándose la frente con la palma de la mano—. ¿No se ha dado cuenta?

—¿De qué?

—La primera víctima fue asesinada a golpe de agujas de hacer punto; la segunda, convertida en una diana de dardos y... ¿Cuál era el tercer taller?

—¿El concurso de eructos?

—No, la lectura.

—Oh, ¿el club de lectura? Le dije que yo era la funda...

—No me extrañaría que encontráramos a nuestra próxima víctima bajo una avalancha de libros, asfixiada con la boca llena de páginas arrancadas —cortó el policía, que agitaba la cabeza pensativo—. Déjeme aquí, hemos llegado.

El Shakespeare de la tintorería

Después de haber anotado en su libreta la dirección del *sheriff*, un edificio de dos plantas sin pretensión ninguna, como su inquilino, Agatha condujo sin rumbo por el barrio al volante de su Ford en busca de la arteria principal que la llevaría hasta la salida de Woodville. Le sentaba bien disfrutar de una ciudad sin rotondas.

Cuando estaba parada en un semáforo en rojo, un gran neón amarillo que parpadeaba a su derecha atrajo su mirada. «Tintorería 24/24», ponía. Se acordó de las Converse rosas manchadas de lejía. A pesar de lo que le había dicho la polaca, puede que hubiera una solución después de todo. Decidió pedir consejo.

Encontró un sitio a la primera, aparcó y entró en el establecimiento. La dependienta estaba atendiendo a un hombre de pequeña estatura, moreno, con un par de nalgas planas en un pantalón demasiado grande para ellas, que acababa de dejar en el mostrador una camisa blanca salpicada de grandes manchas escarlatas.

—Me suele sangrar la nariz —se creyó en la obligación de explicar a la mujer que se preguntaba cómo conseguiría limpiar aquello.

—Sí, pero... Pensé que era una camisa de Desigual —bromeó ella—. No le prometo que pueda arreglarlo.

Agatha se inclinó para ver mejor la ropa. ¿Un sangrado de nariz?, pensó. ¡Me está tomando el pelo! Más bien parece la camisa del asesino de *La matanza de Texas*. O el sangrado de nariz de treinta personas.

Si ninguna ley prohibía a los americanos dejar en la tintorería una camisa cubierta de hemoglobina, el sentido común dictaba que no se cometería tal imprudencia dos días después de un homicidio.

—Dicen que la sangre atrae a la sangre —murmuró el hombre.

La dependienta lo miró sin entender. Después de todo, quizá no había sido una buena idea dejar entrar a un maníaco a las once de la noche con una camisa cubierta de sangre, y comenzó a tener un poco de miedo. Deslizó su mano bajo el mostrador, donde escondía una bomba lacrimógena para cuando fuera necesario.

Shakespeare, pensaba Agatha en ese mismo momento. *Macbeth*, acto tercero: «Habrás sangre; se dice que la sangre atrae a la sangre».

Era la primera vez que escuchaba citar a Shakespeare en una tintorería. Pero podría haber sido peor, como, por ejemplo, a James Joyce.

Fuera como fuese, la dependienta, impasible, no parecía conocer los clásicos. *Macbeth* era la obra de teatro más representada en el mundo. Se interpretaba de media seis veces al día. Pero eso no parecía afectar a esa pequeña empleada mal pagada de la tintorería.

—En realidad, es el sol —añadió el cliente—. Me paso los días en el lago, y cuando se me calienta la cabeza...

... me cargo a la gente, pensó la inspectora, y hago musaka con ella.

—... sangro por la nariz —completó él.

Era demasiado bonito. Así que el tipo pasaba sus días en el lago, justo donde habían encontrado el cuerpo de John Doe. Solo tenía que añadir que era un gran jugador de dardos y el asunto estaría zanjado.

—Tomo el sol y juego a...

—¿Los dardos? —lo ayudó Agatha.

El hombre se giró y la observó con frialdad.

—... al ajedrez en mi ordenador. ¿Tan vulgar me encuentra como para jugar a los dardos?

—Conozco a gente distinguida que juega —mintió, pensando en Franck, Allen y Roger.

Y no pudo impedir imaginárselos lanzando un inmundo eructo de satisfacción antes de rascarse la entrepierna.

—No he podido evitar escuchar y, si me lo permite, acaba de citar

Macbeth. Verá, soy, sin echarme flores, la fundadora del club más grande de...

El cliente se encogió de hombros y se giró de nuevo hacia la empleada, que no había soltado la bomba lacrimógena y tiraba con un asco notable del tejido de la camisa en todos los sentidos para ver hasta qué punto la sangre había penetrado en la fibra. Preparó el resguardo y se lo entregó al hombre, informándole de que podría recoger su prenda dentro de tres días. Este se lo guardó en el bolsillo, pasó delante de Agatha sin dirigirle ni la palabra ni la mirada y salió del establecimiento.

—... de lectura de Nueva York, Colorado —continuó ella mientras el hombre desaparecía.

—Menos mal que está usted aquí —suspiró la dependienta, aliviada—. Estaba a punto de gasearlo. Entrar en una tintorería en plena noche con una camisa cubierta de sangre, ¡menuda forma de asustar a la gente!

—No se preocupe, señora —dijo Agatha. Sacó su cartera y la abrió delante de ella—. Soy policía.

—Eso es un *protege-slip* —remarcó la mujer, que señalaba el trozo de celulosa blanca que colgaba bajo su nariz.

—¡Ups! —exclamó, roja como un tomate kumato—. No importa, ¡requiso esta camisa!

A esa hora las calles de Woodville estaban desiertas y Agatha no tardó en encontrar al cliente cerca de la tienda.

El hombre no caminaba deprisa, pero sí con aire decidido. Sin duda volvía a casa. La inspectora se alegraba. El lago, la camisa, la tintorería en plena noche... Tenía un buen candidato para su doble homicidio. Cómo se había hecho con las agujas de punto de Betty y los dardos de Franck era el menor de los problemas. Podría haber conducido dos horas hasta la comisaría de Nueva York, Colorado, llegado a la hora de comer, abierto el cajón y cogido el material. Difícil, pero posible. Si es que el asesino había utilizado esas agujas y esos dardos en particular. La desaparición de ese material podía ser una simple coincidencia, después de todo. No sería la primera vez.

El *Manual de Técnicas Policiales* estipulaba que la vigilancia era el hecho de seguir a uno o varios individuos y observar en secreto sus actos con el fin de enriquecer las investigaciones en curso y relatarlas con precisión en un informe. Según el mismo manual, el perseguidor perfecto era un policía que

pasara desapercibido. De talla y corpulencia medias, sin ningún signo distintivo y un físico del montón. Es inútil precisar que Agatha no cumplía ninguna de esas características. Salvo quizá la de ser tan corpulenta que podía seguir a una persona mientras su culo seguía a otra a dos manzanas de allí.

Además, el manual especificaba que, incluso para seguir a una sola persona, era necesario contar con varios agentes. Uno de los policías debía caminar a la cabeza del dispositivo, justo detrás del objetivo. Por lo general, era relevado por uno o varios miembros del equipo. En caso de que el individuo vigilado se diera la vuelta, era imperativo que el agente que estuviera justo detrás continuara su camino como si nada y no cruzara la mirada con él. Un poco más adelante, retomaría su lugar en el dispositivo.

Agatha conocía todas esas reglas, pero para eso están las reglas, para romperlas y concentrarse en una tarea más importante: el famoso método Crispies.

«Tintorería, tinta, pinta, cerveza».

Encontraría su próxima pista en un bar, un aeropuerto, una estación, un restaurante, en resumen, en cualquier sitio donde sirvieran cerveza. Entonces encontró un *pub*. Lo tomó como una señal de la providencia. Se detuvo delante de la puerta de cristal, echó una mirada al hombre que se alejaba, se giró de nuevo hacia el bar y luego otra vez hacia el hombre, como si fuera una espectadora en un partido del US Open de tenis. No se podía incriminar de forma honesta a alguien que cita a Shakespeare en una tintorería, eso no se hacía. ¡Qué manía tenía de sospechar de todos los personajes que aparecían en su vida! Eso solo pasaba en los libros. En una novela policíaca, cada nuevo protagonista era un sospechoso más. Pero ¿y en la realidad?

Cuando el hombre solo fue un pequeño punto negro más en la calle, ella se decidió a entrar en el *pub*.

Cómodamente sentada sobre un taburete de cuero, con los oídos mecidos por *hard rock* irlandés interpretado al arpa, Agatha abrió su libreta para anotar un nuevo nombre.

McDonald

Frzdzimska «Wendy» Grzegorzcyk

Betty Stansford

Mieczyslaw Grzegorzcy
(¿Peter Foster?)
El Shakespeare de la tintorería

La cerró y la volvió a abrir de nuevo.

«Ardilla radiactiva», añadió al final de la lista.

Después pidió una cerveza. Se bebió dos pintas y tres copas de tinto siguiendo al pie de la letra los consejos de su nutricionista de Nueva York, Nueva York, a la que habían expulsado del colegio de médicos por alcoholismo severo.

Mientras Agatha pedía su décimo *Sex on the beach*, poseída como Jack Torrance por el espectro del alcohol en el hotel Overlook en *El resplandor*, el hombre con sombrero que la seguía desde que había salido de la tintorería y la observaba a través de la gran cristalera, escondido detrás de un coche, estimó que no averiguaría nada más esa noche. Dio media vuelta y desapareció en la oscuridad de la calle.

La utilidad de beber café en una pequeña comisaría en lo más profundo de América

¡Es curioso la cantidad de café que se puede beber en la policía!

¿El programa de un día normal en cualquier comisaría estadounidense? 9.00, entrada al turno. 9.05, café con los compañeros para contarse lo que les ha pasado el día anterior, es decir, nada; en mi caso, una cogorza memorable en un pub de Woodville. 10.00, toma de contacto con los casos abiertos o llegados durante la noche. En Nueva York, Colorado, se salta esta fase y pasamos directamente a la siguiente: 10.30, café con los compañeros. 11.00, redacción de informes correspondientes a los casos en curso. 12.00, pausa para el almuerzo. 13.00, café con los compañeros. Paro aquí, ya lo han entendido.

Nueva York, Colorado, no es una excepción. Al contrario. Para paliar la ociosidad bebemos el doble que en cualquier otro sitio (y no solo café). Podríamos estar patrocinados por Nespresso, si la Nespresso hubiera llegado aquí, claro (aquí el buen café se hace todavía en una cacerola). Lo que sería maravilloso, porque siempre he sentido debilidad por George Clooney. Si viniera a rodar la publicidad por estos parajes, me encargaría de su seguridad personal. No lo dejaría ni a sol ni a sombra. En la calle, en el restaurante, bajo la ducha, en la cama. Nueva York, Colorado, es un lugar que, dejando a un lado sus bonitos paisajes de postal, puede ser de una peligrosidad extrema. Nunca se está a salvo de un ataque de ardilla radiactiva. George, si lees esto...

*Sí, es curioso la cantidad de café que se puede beber en la comisaría.
A veces, incluso tengo la impresión de que nuestro trabajo consiste en
beber café con los compañeros y, de vez en cuando, investigar crímenes.
¡Ah, sí! Hablando de crímenes, tengo que resolver dos.
Bueno, eso será después del café.*

En el que Agatha tiene una gran idea aunque, claro, no es suya

Era la pequeña empresa Trash «R» Us (La basura somos nosotros) la que se encargaba de llevarse los desechos de la comisaría, la mayoría compuesta de embalajes de plástico de donuts de chocolate. Esa mañana, los basureros se sorprendieron al descubrir los contenedores vacíos porque, como el superintendente había anunciado, El Agujero Divino había dejado de aprovisionar a la comisaría. Sin embargo, Goodwin se las había arreglado para que le dejaran el coche a Agatha hasta final de mes para que pudiera ir y venir a Woodville y resolver su investigación. Un pequeño consuelo.

Más o menos en el instante en el que los hombres vestidos de verde y amarillo fluorescente saltaban de sus escalerillas, levantaban las tapas de los contenedores vacíos y se rascaban la cabeza preguntándose qué había podido pasar, Agatha, que había llegado al trabajo un poco antes de lo habitual, se devanaba los sesos pensando en cómo podría asegurar la supervivencia de su pequeño club de lectura. Todos los elementos parecían estar en su contra. Ya no le regalaban donuts, ni libros, unos gastos que nunca había contado con tener que asumir. Al llegar a Nueva York, Colorado, cinco años antes, su salario había disminuido a la mitad. Las primas constituían la mayor parte del salario de un oficial, pero aquí se habían cargado la de riesgo, pues no había ninguno; la de mandato, porque aparte de la mujer de la limpieza no tenía a nadie bajo sus órdenes, y la de antigüedad, a la que había renunciado por pura coquetería.

Se preparó un café, el primero que no acompañaría con su dulce preferido,

para mitigar la resaca. Maldijo las dos cervezas, las tres copas de vino tinto y los diez *Sex on the beach* de más que se había bebido la noche anterior.

Con la mente un poco más despejada, volvió a pensar en la animada discusión que acababa de mantener con Kevin, que había devorado *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* en una sola noche y se había reconciliado con la lectura. Él también se había enamorado perdidamente de ese misterioso extraño «de una gran belleza y simpatía reflejadas en un fino rostro de jovencita». Estaba claro que sus clases de literatura eran todo un éxito. Le demostraría a Goodwin que no tenía razón en su decisión de disolver el club. La alusión al superintendente la sumergió de nuevo en su investigación. Uno de estos días tendría que rendirle cuentas.

¿En qué punto me encuentro con mis pistas y mis sospechosos ideales?, se preguntó pensativa mientras partía y mojaba dieciocho galletas (¿no decían que cuantas más galletas dietéticas se comía, más se adelgazaba?) en su café y observaba cómo se desintegraban muy despacio. ¿Quién podría ser el mejor sospechoso? ¿Quién podría, sin ninguna duda, haber asesinado a Peter Foster y a John Doe y por qué? ¿Cómo podía relacionar ambas muertes? Esas eran las preguntas que le preocupaban a Agatha en ese momento. Se había dispersado, había intentado seguir varias pistas, pero había elegido una sola y se había empeñado en seguirla. Ayer tenía al cliente de la tintorería en su punto de mira; hoy, a Betty. ¿A quién le tocaría mañana? Era más voluble que una veleta.

Dios mío, ¿podía ser que toda la gente con la que se cruzaba fueran criminales en potencia? No debía dejarse llevar por sus sentimientos, o de lo contrario pronto su lista de sospechosos se parecería a un listín telefónico.

Dejó que su mirada vagara en el péndulo de la pared y se bebió de un trago el caldo con sabor a cartón que el café y las galletas habían producido. ¿Sería ese a partir de ahora el sabor de la vida? Sin donuts, ¿la vida todavía valía la pena ser vivida? Y pensó en la magdalena de Proust, que en la primera versión de la novela era una tostada mojada en chocolate. ¿Qué sería del mundo si el escritor francés hubiera conservado la imagen de la tostada? La tostada de Proust...

Agatha dejó la taza de papilla infame, se levantó y salió de su despacho. Unos minutos más tarde estaba sentada en El Agujero Divino con la boca

repleta de donuts de chocolate con una sonrisa de éxtasis. Proust, con una magdalena de mantequilla de su abuela en los labios. Bernadette Soubirous boquiabierta delante de la aparición de la Virgen en la cueva de Lourdes.

Fue en ese estado de devoción en el que la encontró el superintendente Goodwin cuando entró en el restaurante.

—¿Crispies? —exclamó, sorprendido de verla en ese lugar a esa hora de la mañana.

El hombre llevaba su gorro con anzuelos y su chaleco de bolsillos, señal de que estaba a punto de irse a pescar o de que acababa de volver.

—Parece que hemos tenido la misma idea. ¿Puedo?

Se sentó sin esperar respuesta mientras ella le acercaba una gran cesta de donuts de chocolate.

—Gracias. Primero tomaré una hamburguesa.

—¿A las diez de la mañana? —preguntó después de tragar el último trozo y limpiarse la boca con la servilleta de papel rosa estampada con las siglas de la fábrica de donuts.

—Mi mujer solo me deja comer una torta de arroz inflado en el desayuno. Con eso no aguanto ni una hora, así que vengo aquí. Por supuesto, mi presencia en El Agujero Divino debe quedar entre nosotros —añadió él, acompañando sus palabras con una pequeña sonrisa cómplice—. Si mi mujer se enterara...

—Muda como una tumba —le aseguró la policía, y para demostrárselo se zampó otro donut.

Debía de ser un cliente habitual, porque unos minutos más tarde le sirvieron a Goodwin su plato sin necesidad de haberlo pedido.

—Han descubierto lo que hace engordar de las hamburguesas —le informó Agatha—. No lo adivinaré nunca. La pequeña rodaja de tomate.

Las cejas del superintendente se levantaron por la sorpresa. Miró su plato, perplejo.

—Yo ahora le quito el tomate —retomó ella—. Y pongo doble ración de *ketchup* para compensar.

El hombre hundió sus dedos gordos en la hamburguesa, retiró la pequeña rodaja roja asesina y la dejó en el borde del plato.

—A nuestra edad tenemos que cuidarnos —dijo la policía.

Él asintió mordiendo la gruesa rebanada de pan con sésamo.

—Aún no he visto ninguno de sus informes, Crispies —dijo después de devorar su hamburguesa.

Ella puso cara de estar buscándolos en la gran cristalera que daba al exterior. Miró el gigantesco donut de plástico sobre su coche, pero no vio, a lo lejos, al hombre con sombrero que observaba la escena tras sus prismáticos.

—No estamos en una maldita serie de televisión —continuó el superintendente—, donde los policías nunca escriben informes.

—Los tendrá esta tarde, jefe —prometió Agatha sin saber cómo iba a cumplir su promesa.

—Hablando de su investigación, ¿la pesca ha sido buena?

A Goodwin le gustaba utilizar el argot de su pasatiempo preferido incluso cuando hablaba de trabajo: «la pesca ha sido buena», «el pez ha mordido el anzuelo», «atrapar al pez gordo», «poner un cebo», etc.

—Es usted el que pesca, señor.

—No tengo ganas de pudrirme en este nido de ratas —continuó él—, aunque echaré de menos la pesca cuando estemos en Nueva York, Nueva York. Quiero que acabe de una vez por todas la investigación y podamos recoger los honores.

Ella le contó entonces que no se trataba solo de un crimen, sino de dos, y le dio los pocos detalles con los que contaba, eso sí, ocultándole elementos importantes como las armas utilizadas para que no sospechara que el asesino pudiera ser alguien de su propia comisaría. Eso le hubiera preocupado.

—Tengo varios sospechosos —añadió—. Pero estoy bloqueada. He venido aquí en busca de un poco de azúcar. Para mis pequeñas células «grasas».

—Sé lo que es quedarse estancado en una investigación, esa sensación de impotencia. Me ha ocurrido muchas veces en mi carrera —confesó con un tono nostálgico—. Ahora tengo mucho tiempo para pensar... Tenemos mucho tiempo para pensar aquí. A propósito, ¿cree usted que las aletas son las que mueven al pez, o es el pez el que mueve las aletas?

—Creo que no hay respuesta, señor, como lo del huevo y la gallina.

El jefe agitó la cabeza antes de sonreír.

—La estoy aburriendo con mis problemas existenciales de pesca, Crispies, cuando es usted la que me está pidiendo ayuda. Empiece desde el principio —

añadió con entusiasmo renovado—. Seguro que hay algo que se le ha escapado. Coja uno a uno sus elementos, la lista del perfecto detective, y compruebe que no ha olvidado ninguna etapa del proceso. La organización es fundamental. (Levantó los ojos al techo, simulando buscar una respuesta y luego, satisfecho, posó sus brillantes ojos sobre la inspectora). ¿Los horarios concuerdan?

—¿Qué horarios?

—¿Concuerdan las coartadas de sus sospechosos con las horas de las muertes de las víctimas? Es lo más básico, Crispies. ¿Nunca ve la tele? «¿Dónde estaba usted el martes entre las ocho y las diez de la noche?».

—¿El martes por la noche? En casa. ¿Por qué?

—Solo era un ejemplo.

—Ah, claro.

¿Cómo había podido olvidarse de eso? Las horas, claro. Pensó en Betty. ¿Cómo comprobar qué había hecho en su tiempo libre sin levantar sospechas? ¿Cómo saber si la recepcionista había ido a Woodville las noches de los dos asesinatos? Si fuera el caso, sería una oportunidad que no podía dejar escapar.

¡Claro, el viejo Joe!

Agatha saltó de su silla.

—¡Es usted fantástico, jefe! ¡Termine los donuts! —exclamó de lejos mientras tiraba de la puerta y desaparecía en el aparcamiento bajo la mirada atónita de su jefe.

En ese mismo momento, el hombre del sombrero salió de donde estaba agazapado observando y subió también a su coche.

Donde el lector conoce a un personaje imprescindible de Nueva York, Colorado

En la entrada del pueblo (que servía, en sentido contrario, de salida), a unos metros del famoso letrero que anunciaba la ciudad: «Bienvenidos a Nueva York, Colorado, 150 hab., 198 rotondas ¡Se acabó Facebook a partir de esta línea!», se levantaba un edificio de ladrillo rojo y blanco parecido a las antiguas casas de los guardabarreras. De hecho, era una de ellas. Hacía una decena de años por allí pasaba un tren, cuyas ruedas habían aplastado, según las palabras de Holly, a la pobre chica cuyo fantasma vagaba ahora por los raíles y con la que a veces se comunicaba con su güija. Desde entonces, ningún otro tren atravesaba esa parte del estado.

El viejo Joe había mantenido la costumbre de acompañar el levantamiento de la barrera con la inscripción en un registro de páginas amarillentas de las horas de entrada y salida de todo el mundo. Adquirió esa costumbre durante los cuarenta años de buenos y leales servicios prestados en la oficina donde debían fichar los empleados de la General Motors en Detroit y que le otorgaban un estatus oficioso de guarda del pueblo.

Vivía solo y no tenía ningún otro pasatiempo. Conocía cada uno de los coches de cada uno de los ciento cincuenta habitantes de Nueva York, Colorado, y las idas y venidas de toda esta gente. Jack Barns tenía una amante en Peter's Point, a unos kilómetros de allí, y atravesaba la «frontera» todas las mañanas a las diez en punto, en cuanto su mujer se marchaba al trabajo; Matt Heaven volvía del aserradero todas las noches entre las once y la medianoche, después de haberse tomado por el camino algunas copas de más en El Agujero

Divino (el club de alterne, no la fábrica de donuts); Heather Collins cruzaba el punto de paso todos los días hacia las ocho y media de la mañana para ir a recolectar los champiñones que vendía a buen precio al chef del Charlotte's, el mejor, y el único, restaurante de Nueva York, Colorado.

En condiciones normales, ese control, completamente ilegal y abusivo, tenía el don de molestar a Agatha. Los policías odiaban sentir su libertad ultrajada por gente que se las daba de policía sin haber pasado unas oposiciones ni sacrificado años sin salir con las amigas para aprobarlas. Pero hoy, la manía del viejo loco podía serle de gran utilidad.

En cuanto vio el coche con el donut gigante sobre el techo aparcar delante de su casa, el viejo Joe salió a la escalera y saludó a Agatha alzando su vieja gorra de ferroviario. Se disponía a subir la barrera cuando vio a la policía bajar del vehículo y dirigirse hacia él. La mayoría de las veces solo veía su cara, en el cuadro de la ventana de su coche. Una cara armoniosa, de un bonito color ébano, coronada con una bola del tamaño de un nido de cigüeña y el cabello rizado semejante a los cables retorcidos del teléfono. Siempre se sorprendía cuando la veía entera. Era como si hubieran cortado la cara de Naomi Campbell de una revista de moda y la hubieran pegado en el cuerpo del rapero Notorius Big. Pensaba que esta chica, al entrar en la policía, había arruinado una brillante carrera como modelo de Weight Watchers.

—¿Qué tal, Joe?

—No vamos mal.

—Necesito su ayuda.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y se llenaron de estrellas. Nada le gustaba más que ayudar.

—Encantado de poder colaborar con la policía.

Por fin algo que podría contar a sus nietos, si se decidía a tener hijos primero, claro, lo que a los setenta y cinco años y soltero parecía algo complicado.

—Me gustaría ver las horas de paso de Betty Stansford.

El hombre se lanzó en el acto hacia la pequeña garita adosada a la casa en la que pasaba la mayor parte de sus días y sus noches. Se tomaba tan en serio esa actividad que apenas dormía. Agatha lo siguió. El viejo Joe hojeó el registro con sus largas uñas amarillentas por el tabaco.

—El sábado pasado —precisó la policía.

Era la noche del primer crimen.

—Sábado, sábado... Aquí está, salió en dirección a Woodville a las cuatro de la tarde. Volvió a eso de la una de la madrugada.

Concuerta, pensó Agatha. El forense había estimado la hora de la muerte de Peter Foster hacia las once de la noche.

—Y el lunes por la tarde ¿Betty atravesó la «frontera»?

Agatha cruzó los dedos y rezó a todos los santos para que fuera así. El viejo Joe consultó de nuevo su cuaderno, tan excitado como la inspectora. De su respuesta dependía la resolución de un gran caso criminal.

—Sí, le levanté la barrera a las siete de la tarde. Volvió a las dos de la madrugada.

Agatha estuvo a punto de saltar de felicidad y de besarlo, pero se contuvo. Abrió su libreta roja. El forense había dicho que el hombre había muerto entre las ocho y las diez de la noche. Se tardaba algo menos de dos horas en recorrer la distancia hasta la ciudad. Concordaba. Sentía la sangre palpar en sus sienes. ¡Dios mío, por fin lo he resuelto!

—¿Y el martes por la tarde?

El asesino había vuelto al lago para terminar su obra y transformar el cadáver de John Doe en carne picada a golpe de dardos. Sería demasiado bonito que esa tarde Betty hubiera salido del pueblo.

—También —confirmó el hombre.

¡Bingo! En su interior, Agatha estaba exultante como un estadio de fútbol después de un gol.

—¿Sospecha de Betty? —preguntó el viejo Joe, picado por la curiosidad.

—Solo quería verificar una cosa. Pero no coincide —mintió.

En este pueblo todo acababa por saberse y no quería que Betty se enterara antes de que pudiera preparar un informe minucioso para inculparla. Ya era hora de tener una pequeña conversación con la brillante recepcionista que, en definitiva, no era tan perfecta como aparentaba.

Agatha agradeció su ayuda al viejo Joe.

—A propósito, ¿es cierto que ha visto el fantasma de una mujer pasearse por los raíles?

La miró con los ojos muy abiertos.

—Rumores, inspectora.

—Por supuesto. Los fantasmas no existen.

Se alejó de él y llegó al Ford negro y blanco.

Mientras arrancaba, vio que el anciano sonreía. El viejo Joe controlaba a todo el mundo, pero ¿quién controlaba las idas y venidas del viejo Joe? ¿Habría visto realmente al fantasma de Anna Karenina en las vías del tren o serían solo rumores, como él decía?

Anotó su nombre al final de la lista de su libreta. Tenía como sospechosos a una recepcionista de la policía, una polaca jubilada, un aprendiz de Shakespeare que frecuentaba tintorerías a medianoche y un guardabarreras. Sí, realmente tenía de todo en su lista de sospechosos, incluso un muerto. Y una ardilla... Y nunca había estado tan perdida en toda su vida.

McDonald

Frzdzimska «Wendy» Grzegorczyk

Betty Stansford

Mieczyslaw Grzegorczy

(¿Peter Foster?)

El Shakespeare de la tintorería

Ardilla radiactiva;

El viejo Joe

En el que el misterio se espesa como una buena mayonesa

«Nos dirigimos al domicilio...»

Siempre había encontrado estúpido escribir en primera persona del plural, sobre todo cuando había sido ella sola la que había efectuado las diferentes tareas ligadas a la investigación, como era habitual. Pero se trataba del formalismo de los informes de la policía. En Nueva York, Nueva York, los funcionarios salían siempre de dos en dos, por cuestión de seguridad.

«Nos dirigimos al domicilio de Peter Foster para constatar su muerte en presencia del *sheriff* McDonald y del forense Scholl, de los servicios con competencia en Woodville...»

Agatha hizo una pausa para releer lo que acababa de escribir. El estilo telegráfico, frío, preciso de los informes, esas palabras y expresiones fijas que no querían decir nada: «tomando nota», «pormenores», «el caso que nos incumbe...». Cuando se está acostumbrado a leer los grandes clásicos de la literatura era difícil pasar a eso después. Leer un informe de la policía después de leer a Proust era como conducir un Renault 5 después de haber pilotado un Ferrari.

El sonido del teléfono la arrancó de sus pensamientos.

Con su voz desenfadada, el forense le anunció que había pasado la noche contando los impactos de dardos sobre el segundo cadáver, el durmiente del lago, así, por curiosidad, y que había ciento cincuenta. Ni uno más, ni uno menos.

O el médico era todo un profesional o tenía mucho tiempo libre. Sin duda,

no tenía ni mujer ni hijos que lo esperaran en casa. Ese pensamiento entristeció a Agatha.

—¿Recuerda que le dije que las heridas ocasionadas por los dardos no eran la causa de la muerte?

—«Las lesiones causadas por los dardos fueron provocadas *a posteriori* —recitó Agatha—. ¿*A posteriori?*, se extrañó el *sheriff*». «Después de la muerte, quiere decir». «Sé perfectamente lo que significa *a posteriori*, se defendió McDonald».

—¡Qué memoria!

—Seré una mala investigadora, pero al menos tengo buena memoria.

—No diga eso. No se subestime.

—Intentaré seguir su consejo la próxima vez que me ponga un bañador.

Scholl abrió mucho los ojos.

—Bien, bien. Para volver a nuestro «amigo», fue víctima de un hematoma subdural consecuencia de un traumatismo craneoencefálico grave; de hecho, mortal.

—¿Podría repetírmelo como si le hablara a un niño?

—Una pupa gorda en la cabeza.

—¿No podía haberlo dicho antes?

—Hay que rentabilizar diez años de estudios. Y además, no es exactamente un golpe en la cabeza como usted lo entiende. No le golpearon con un objeto contundente. John Doe murió a consecuencia de una caída. De una altura de al menos dos pisos.

Agatha no pudo evitar pensar en las palabras del *sheriff* sobre el platillo volante que habría tirado el cuerpo antes de desaparecer en el espacio. Esta teoría podía no ser tan descabellada como creyó.

—¡Es increíble! ¿Cómo lo hace? —preguntó Agatha.

—Visto desde fuera, la ciencia forense a veces se parece a la magia, a la videncia. Nosotros tenemos un gran poder, el de ver cosas que nadie ve. Hacer hablar a los muertos. Un poco como Houdini. Pero tengo que confesarle que hay truco. Como en la magia. El golpe en el cráneo es la causa de la muerte, pero examinando el resto del cuerpo observé varias fracturas en los miembros superiores e inferiores, en la columna vertebral y en algunas costillas, así como hematomas en la espalda. Son las marcas que suelen acompañar a una

caída.

—¿Puede decir también si fue empujado? —le presionó Agatha, embelesada.

—Eso no, pero en todo caso, no ha podido hacerse él solito las ciento cincuenta heridas de dardos.

Ciento cincuenta heridas no tenían nada que ver con los dos agujeros rojos en el lado derecho de *El durmiente del valle* de Rimbaud.

—Ciento cincuenta —repitió la policía, pensativa, volviendo las páginas de su libreta con frenesí.

No tardó en encontrar lo que buscaba. Peter Foster había recibido también ciento cincuenta punzadas con las agujas de hacer punto. ¡Increíble! Ni a propósito habría sucedido igual.

—¡Ah!, otra cosa. Acabo de recibir los resultados del laboratorio. Siento la tardanza, pero estamos en la vida real, no en *Bones*, y los resultados tardan unos dos meses, no un minuto. Hay una lista de espera de locos porque los análisis de todo el estado están centralizados en la oficina de Investigación de Colorado. Pero tengo un amigo allí y ha puesto nuestras muestras encima del montón. En resumen, confirmado, el ADN de nuestro primer cadáver pertenece a Peter Foster.

Silencio.

—¿Está ahí, inspectora?

Ella colgó sin responder.

¿Qué se creía? Claro que habían sido capaces de comparar el ADN del cuerpo con el fichero genético de Peter Foster, que había sido arrestado por varios delitos. A la porra con su bonita teoría. Un sospechoso ideal acababa de desaparecer de su lista. Y no sabía si alegrarse o llorar.

McDonald

Frzdziwska «Wendy» Grzegorczyk

Betty Stansford

Mieczyslaw Grzegorzcy

(¿Peter Foster?)

El Shakespeare de la tintorería

Ardilla radiactiva

El viejo Joe

Donde la sospechosa ideal perfecta ya no es sospechosa ni ideal ni perfecta

A la porra con su bonita teoría.

Le había costado mucho elaborar ese guión y, mira por dónde, un análisis de ADN acababa de destruir todo su trabajo como una ola borra una inscripción en la arena.

Agatha levantó la cabeza, pensativa, y miró hacia la recepción.

Kevin acababa de ponerse de pie, con su Vuitton en el codo, y de besar a Betty, que estaba a punto de empezar su turno. La muchacha se instaló y organizó el mostrador.

Tú, cariño, no sabes la que te espera.

Agatha se levantó, cogió su bolso y entró en el cuarto de baño. Se encerró en una cabina, se bajó el pantalón, se sentó y abrió su bolso sobre el regazo en busca de su lápiz de labios. Se sobresaltó al ver la camisa ensangrentada del Shakespeare de la tintorería. ¡Anda, la había olvidado!

Se la llevaría ahora mismo a Seth, el chico del laboratorio. Quizá averiguara algo interesante de esa sangre, aunque no tenía ninguna muestra de la del cliente de la tintorería para confirmar que se trataba de la suya, como él afirmaba. De todas maneras, si fuera necesario podría compararla con la de Peter Foster o John Doe. Pero sabía que no serviría de nada, que solo era una formalidad, que la sangre de la nariz del Shakespeare de la tintorería no tenía nada que ver con todo esto.

Tiró de la cadena y salió.

—¡Betty! —exclamó al toparse con la recepcionista, que se estaba

empolvando la nariz delante del espejo.

Esta miró el reflejo de Agatha sin darse la vuelta.

—¡Vaya, parece que te ha bajado la regla! —respondió ella, señalando con el mentón la camisa que sostenía la inspectora.

Agatha ignoró el comentario y metió la prenda en su bolso.

—Mira por dónde, quería verte. Lo sé todo.

Dejó planear durante un instante sus palabras por encima del lavabo, mientras se lavaba las manos como si no pasara nada.

La recepcionista abrió la boca y dejó escapar un pequeño gemido agudo. Se giró hacia ella, con su bonita cara cubierta por una máscara de horror de tragedia griega.

—¿Lo sabes todo?

—Todo.

—Lo confieso, Agatha, he sido yo...

—Bien, en ese caso, Betty, estás detenida.

Era la primera vez que pronunciaba esta frase desde que vivía y trabajaba en Nueva York, Colorado. En fin, al menos a un humano, porque a veces, para practicar, le leía sus derechos a una ardilla radiactiva, a un árbol o incluso al pomo de una puerta. Sí, era un pelín raro leer sus derechos al pomo de una puerta. «Puede permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra...» ¡No te fastidia!

—No hace mucho tiempo que lo hago —suavizó la recepcionista.

—Lo sé.

—Pero todo el mundo lo hace. Incluso tú, imagino.

Agatha le lanzó una mirada fulminante.

—¿Todo el mundo asesina a la gente a golpe de agujas de hacer punto o de dardos para convertirla en musaka? —preguntó sarcástica.

—¿Qué?

—Tenías acceso a las agujas de tu taller y a los dardos de los chicos del grupo de operaciones. Un juego de niños para ti.

—Pero yo nunca he... Y además, soy vegetariana, ¿por qué me hablas de musaka? ¿Y qué es esta historia de los dardos? Nunca he jugado con ellos, te lo juro. ¡Ni siquiera sé eructar!

Daba pena verla.

—¿Crees que no he visto tu numerito? ¿Crees que no veo que intentas engatusarme asistiendo a mi club de lectura con Holly y Kevin?

—¡No entiendo nada!

—¿Te retractas? ¿Ya? ¿Después de haber confesado?

—Pero no hablaba de eso... Creía que...

La joven miró a su alrededor y bajó la voz.

—Lo que digo es que tengo conversaciones telefónicas privadas en el trabajo.

Agatha ahogó una pequeña risa.

—Y también robo algunos rotuladores y algunos posit de vez en cuando —añadió—. Entiéndelo, la tentación de tenerlos delante de mí todos los días...

—Entiendo, claro. ¿Eso es todo?

—Entonces ¿no vas a detenerme?

—Paso de tus trapicheos de secretaria —masculló Agatha, que también robaba material de oficina de vez en cuando—. Háblame más bien de tus pequeñas idas y venidas a la gran ciudad, por ejemplo.

—¡Oh! ¿Sabes lo de Woodville?

Y la bonita cara de muñeca de la recepcionista enrojeció como la mancha de sangre del techo de la vecina de debajo de Peter Foster.

Agatha asintió con la cabeza sin desvelar su fuente. El viejo Joe debía seguir siendo su informador secreto. Sin duda lo necesitaría en el futuro.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! Sabes, no soy la chica que piensas. En realidad, nunca he leído *Guerra y paz*, solo sabía que era de Tolstoyevski, pero tenía tantas ganas de... En fin, supongo que no tengo excusa.

—Es Tolstói. ¿Y de qué hablas?

—Pues de internet.

—¿De internet?

—Sí. Como no tenemos cobertura aquí, a menudo voy a Woodville después del trabajo para consultar mi correo. El lunes por la tarde hice una búsqueda sobre la novela para lucirme en tu club de lectura. Estoy tan avergonzada...

Escondió la cara tras sus finos dedos de uñas pintadas de rosa y soltó algunos sollozos.

En ese momento, Agatha se dio cuenta de que Betty no era tan inteligente

como ella pensaba. Betty era estúpida. Y eso la reconfortó. Qué bien, suspiró. Y yo que pensaba que Dios había dotado a esta chica de una belleza e inteligencia superiores. Por fin hay justicia en la tierra. No se puede comer tantos donuts sin engordar y no pagar por eso. Betty era tonta del culo. De su bonito culo.

Agatha puso su mano en el hombro de la recepcionista para reconfortarla. Como se reconforta a los seres inferiores.

—Entiendo, Betty, entiendo. Me gustaría que me perdonaras por esta acusación precipitada y que vuelvas a mi club de lectura como miembro de honor. Eres una buena chica.

Quizá Betty fuera tonta del culo, pero no podía quitarle mérito. Había hecho cuatro horas en coche para ir a buscar en internet el resumen de un libro del que pasaba olímpicamente. Y además era más estúpida que ella. Y eso, encontrar a gente más tonta que uno mismo, sentaba muy bien.

Betty aceptó las excusas y ser miembro de honor, y se abrazaron para sellar esa nueva amistad mientras Agatha explotaba de alegría por dentro. Gracias a esta revelación inesperada acababa de quitarle a Betty el primer puesto de la mujer más inteligente de la comisaría. Para el de la más guapa ya se vería más tarde, cuando hubiera perdido ese maldito kilito de más.

En el que el club de lectura se parece, por fin, a un club de lectura

Cuando volvió a la comisaría después de almorzar en su restaurante habitual, Agatha se sorprendió al no ver a nadie en el mostrador de recepción. Pasó delante del departamento de operaciones, pero tampoco había nadie. El taller de sudoku estaba igual de desierto. Parecía que hubieran evacuado el lugar.

Recorrió el pasillo que llevaba a su despacho, y entonces oyó voces y susurros. Se tramaba algo. Pero no era su cumpleaños. Quizá se tratara de una mala sorpresa. Su corazón empezó a latir con fuerza. Estaban todos allí.

Kevin, Betty y Holly de recepción, pero también Allen, Franck y Roger del grupo de operaciones. Incluso estaba Rosita, con su escobilla de váter como si fuera un cetro. Solo faltaban Roselyne y Tom, del taller de sudoku, y el jefe.

—¡Por fin, Agatha! ¡Pensábamos que no vendrías nunca! —exclamó Kevin agitando su cabellera antes de volver a retocarse con el peine.

—¿Qué pasa?

—Parece que tu club de lectura tiene éxito —le explicó Betty con una sonrisa.

—¿Venís por el club?

—Venimos por ti —corrigió Holly—, y por los libros.

Agatha se sintió avergonzada por haber desconfiado de sus intenciones cuando en realidad era lo mejor que le había pasado en la vida.

Los dejó entrar, pero bloqueó el paso a los de operaciones y los miró con aire desafiante.

—Paro técnico —le aclaró Roger, el jefe del departamento, encogiéndose de hombros—. Nos robaron los dardos hace dos días. Ayer intentamos tirar con cuchillos a la diana, pero hemos preferido dejarlo antes de que alguien muera. Aunque sé que tú no dirías que no a un cadáver de más. Aceptas a todo el mundo en tu club, ¿verdad?

—A todos.

—¿Incluso a los que no leen? —preguntó Alien.

—Sin discriminación. Incluso a los que no saben leer —bromeó ella, plantando su negra mirada en los tres especialistas.

Fueron a buscar algunas sillas. Nunca había habido tanta gente en esa habitación, y menos aún para hablar de literatura. Agatha cogió un rotulador y garabateó algo en la pizarra blanca. Cuando se giró, una pequeña sonrisa deformó su rostro.

Clase de literatura
¡PROHIBIDO ERUCTAR!

En el que Agatha cierra una puerta

Phil no está de servicio hoy porque, como dije antes, se rompió una pierna hace dos semanas ayudando al batería, al violinista y al banjo de la Kinder Country Band y aún conserva de ese memorable salvamento en pleno precipicio de Tortilla Peak una escayola que todos los colegas de la comisaría han decorado con firmas, palabras de ánimo y dibujos obscenos.

Está ridículo con ese collarín y esas muletas, pero me callo. Es bastante amable por su parte haber aceptado acompañarme cuando no debería salir de su casa. Phil está feliz porque, en los diez años que lleva viviendo aquí, nunca ha investigado nada que no sea la desaparición de grupos de country o la de Juan Pablo II, el gato persa de la señora Jennings. Ahora podrá poner «vendedor de coches» en su currículum.

Mientras conduzco, vuelvo a pensar en esa nueva pista. Sé que no fue el polaco el que cometió el crimen. La dejó. Punto. Como tantos hombres que dejan a sus mujeres cuando tienen algo que reprocharles, o que reprocharse. Pero es una pista y tengo que cerrar la puerta, como se dice en la policía. Hay que cerrar todas las puertas que se abren, es el juego. Si no, siempre habrá un superintendente, un juez o un abogado defensor que te pida cuentas, que se cuele por la brecha que se quedó abierta. «¿Fue a interrogar al jefe del polaco a la tienda de coches?», me preguntarán, y si la respuesta es negativa, toda la investigación se vendrá abajo. En la policía nos pasamos la vida formulando hipótesis antes de negarlas o confirmarlas. Abriendo y cerrando puertas. Vamos, como auténticos conserjes.

Pensando en la desaparición del polaco, no puedo evitar pensar en las de los leñadores del aserradero McEnroe. Sé que no están relacionadas, que

están ahí solo para despistarme. Que solo es una coincidencia. Y luego pienso que el guapo Merlin Leroy no me ha llamado, lo que me induce a pensar que todo ha vuelto a la normalidad. O que no le gusto...

Spanish Fork significa «tenedor español». Se parece a un nombre de restaurante, o a una postura sexual, a menos que tenga una mente enferma. Debo tener fijación por la comida y el sexo. Durante unos segundos intento imaginarme con el leñador de torso brillante de sudor en esa postura, pero mi fantasía se ve interrumpida por un hombre con traje y corbata que me impide el paso gritando y agitando los brazos como un molino de viento. Lo que sería bastante refrescante si no hubiera un parabrisas entre nosotros.

—¡Eh! ¿Adónde va con esa basura?

Acabamos de entrar en un solar lleno de coches de todos los modelos y colores. Sus precios, que desafían cualquier competencia, están escritos a golpe de pintura blanca en los parabrisas. Siempre me ha parecido horrible esa manía que tienen los concesionarios de escribir en los cristales de los coches. Hace diez años compré una ranchera. Tuve que circular tres días con el precio escrito en grande sobre el parabrisas porque la pintura no se iba. El ridículo de mi vida. En fin, uno de tantos ridículos de mi vida.

Phil está a punto de pulsar el botón de la sirena, pero se detiene en el último momento. Porque, de hecho, el coche no está equipado. Una buena sirena vale más que mil palabras, pero esta vez tendremos que dejarlo estar.

—¡DPNY! —grita mi colega bajando el cristal.

—¡Tu PM también! —le responde el vendedor.

—¡Somos del DPNY! —precisa Phil.

—¿Qué es eso? ¿La asociación de comedores de roscos de Nueva York?

El hombre señala el donut sobre el techo.

—Departamento de Policía de Nueva York —le explico para deshacer el malentendido.

—¡Oh!

La expresión del vendedor se suaviza, incluso sonríe.

Abro la puerta mientras Phil maniobra para salir del vehículo con su escayola y sus muletas.

—Inspectora Crispies, sargento Barns —nos presento.

—Lo siento, por...

—No pasa nada.

El comercial de la corbata nos mira. Parece preguntarse de qué puede tratarse. Una negra gorda con piñas en las orejas y un mocoso con muletas y escayola sobre la que hay dibujada una decena de penes de todo tipo. Me siento obligada a sacar mi placa de policía, de la que caen dos galletas dietéticas que ni siquiera me molesto en recoger.

—Tengo todo en regla —se apresura a decir el vendedor—. Pueden comprobarlo todo.

—Estamos aquí por... (saco mi libreta), el señor Grwzxyzw...

—¿Grzegorzczk? Ya no trabaja aquí.

—¿Acaso soy la única que tiene problemas para pronunciar su apellido?

—Yo también tardé un tiempo en aprender a decirlo correctamente. Pero puede llamarlo por su nombre: Mieczyslaw.

—Llamémoslo Fulanitowsky.

El hombre asiente.

—¿Por qué lo buscan? —pregunta.

—Doble homicidio.

—¿Qué? Pero...

—No creo que Fulanitowsky sea culpable —le corto—. Pero puede tener relación con este asunto. Su mujer mantenía una relación con un tal Peter Foster. ¿Le dice algo?

—Nunca he oído hablar de él. Pero para su información, Mieczyslaw era un empleado modelo. Nunca tuve que llamarle la atención por nada, llegaba a su hora, hacía su trabajo, vendía coches, ni una palabra más alta que otra, muy respetuoso con su jefe y con los clientes. Era todo lo que me interesaba. Así que su vida privada...

—La última vez que lo vio, ¿se comportó de manera diferente? —pregunta Phil.

El vendedor levanta los ojos al cielo, intentando recordar. Hacia arriba y ala izquierda (su izquierda). Bien, no se lo está inventando; si no, miraría a la derecha.

—Fue hace casi un año. Sí, recuerdo que ese día estaba enfadado. Era la primera vez que lo veía en ese estado. Le pregunté si todo iba bien, si podía ayudarlo en algo, pero me dijo que se le pasaría. En efecto, pasó el resto del

día como siempre. Al día siguiente no vino. Lo llamé, le dejé mensajes en su móvil. Pasaron varios días, y después varias semanas.

—¿No avisó a la policía?

—Estoy acostumbrado a empleados que vienen y van. No es un trabajo bien pagado, ya me entiende.

—Phil, ¿alguna pregunta más?

Me giro hacia mi colega y él mira a su alrededor.

—No tendrá usted una aguja de hacer punto, ¿verdad? —le pregunta al hombre—. Me pica la escayola.

¡Qué astuto!, pienso. Con disimulo... Unos minutos más tarde sabré que no se trataba de una estrategia, sino que Phil tenía auténticas ganas de rascarse. Se hace el silencio.

—Bueno, si recuerda algo...

—¿Tiene una tarjeta? —pide el exjefe del polaco.

—¿Me toma por una agente inmobiliaria? Ve demasiado la tele. En la vida real no damos tarjetas de visita diciendo «Llámeme si recuerda algo». ¿Cree que la policía paga tacos de tarjetas de visita a cada uno de sus agentes?

El hombre se encoge de hombros para mostrar su ignorancia.

—Puede llamarme a la comisaría de Nueva York, Colorado. Pregunte por la inspectora Agatha Crispies. Y no desespere si la línea está siempre ocupada —añado pensando en Betty.

Me dispongo a irme, pero el vendedor me interpela.

—Ya que está aquí, aprovecho. Tengo un Ford Torino de ocasión, cincuenta y seis mil kilómetros, magnífico, pintura y neumáticos nuevos, a un precio sin competencia. E incluso me quedo con su basu... vehículo, por quinientos dólares.

El hombre esboza una sonrisa de depredador y estira el brazo hacia el fondo del aparcamiento para señalarme su superchollo.

Tenía que haberlo imaginado.

Con los vendedores siempre se acaba igual.

Donde averiguamos un poco más sobre la camisa ensangrentada

Antes de volver a casa, Agatha pasó a ver a Seth, el policía científico de la comisaría. Estaba convencida de que, al tener poco trabajo, de hecho ninguno, se habría precipitado sobre la camisa.

En su despacho, un antiguo garaje, reinaba un caos indescriptible que, por tanto, será mejor no describir. Seth era un joven con gafas, alto y delgado como una judía verde. Llevaba camisetas de friki bajo su bata y alardeaba de poder hacer el cubo de Rubik en diez segundos y cinco décimas.

—Tengo tus resultados —anunció con voz alegre mientras devolvía un ratón a su jaula.

Como nadie venía nunca a verle, se pasaba los días jugando con ratones blancos de ojos rojos que sometía a pruebas de todo tipo. Pobre chico. Pobres ratones.

—Soy toda oídos.

El joven fue a buscar la camisa que flotaba en una palangana.

—Es sangre —aseguró.

Agatha levantó las cejas.

—¡Qué perspicaz! No he perdido el tiempo viniendo.

—Percibo una pizca de sarcasmo. Podría haber sido *ketchup* o pintura, nunca se sabe. Quizá lo sospechabas, como yo, pero no tenías pruebas. Un científico no da por hecho las cosas, las prueba por eliminación. No todo lo que brilla es oro, ¡ni todo lo que es rojo, es sangre!

Seth le explicó que solo hacía falta aplicar sobre los rastros, por muy

pequeños que fueran, borrados o minuciosamente lavados con detergente, un revelador de sangre en espray a base de luminol para confirmar que se trataba de sangre.

No era la primera vez que hacía analizar una prenda y ya sabía todo eso. Pero los científicos y los forenses tenían la particularidad de explicar las mismas cosas cada vez, como si se encontraran frente a neófitos, como si solo ellos poseyeran el don de la sabiduría. El poder de hacer hablar a los objetos, para los unos; el poder de hacer hablar a los muertos, para los otros.

—Es sangre de la nariz —continuó él—. Tu hombre no mintió.

—¿Sangre de la nariz? Pensaba que la sangre era la misma en todo el cuerpo.

—Tienes razón. La sangre, impulsada por el bombeo del corazón, circula por el cuerpo de forma constante. La sangre que estaba en tus pies hace un segundo se encuentra ya en tu boca en este momento.

—Delicioso... Si no te he entendido mal, después de comer, ¿deberíamos lavarnos los pies?

El hombre soltó una carcajada.

—No da demasiadas ganas de besar a la gente, ¿verdad? —exclamó esperando una aprobación que no llegó.

Viendo sus espinillas, sus gruesas gafas, su pelo graso y la camiseta de *Star Wars* que sobresalía de su bata blanca entreabierta, se adivinaba que no habría besado a muchas chicas en su vida.

—Entonces ¿cómo sabes que se trata de sangre de la nariz? —preguntó.

Por una vez aprendería algo.

—Encontré restos de mucosidad en la sangre —respondió él, maravillado con sus propias palabras.

—¡Ah!

—¡Mocos, ya sabes!

—Sí, ya lo había entendido.

—Y teniendo en cuenta la cantidad de miasmas y de microbios que he encontrado, sin duda tenía un buen resfriado. He guardado algunas de las bacterias para criarlas e inocularlas a mis ratones. ¿Quieres verlas?

—No, gracias —dijo Agatha con una pequeña mueca de asco—. Es muy agradable hablar contigo, Seth. Sobre todo antes de la hora de cenar.

Abrió su libreta y tachó el nombre de Shakespeare de la lista, y después el de Betty quien, de sospechosa, había pasado al estatus de amiga.

McDonald
Frzdzimska «Wendy» Grzegorzvk
~~Betty Stansford~~
Mieczyslaw Grzegorzcy
(~~¿Peter Foster?~~)
~~El Shakespeare de la tintorería~~
Ardilla radiactiva
El viejo Joe

Le agradeció al joven su trabajo rápido y eficaz y se abrió paso con dificultad con su prominente trasero hacia la puerta.

—Por cierto, puedes quedarte la camisa —exclamó cuando casi se había ido—. Es de tu talla. Y más *fashion* que tus camisetas de friki. Incluso puedes decir que es de Desigual...

Él permaneció en el sitio, perplejo. ¿Qué era Desigual? No salía en ninguno de los setenta y nueve episodios de la serie original de *Star Trek*.

TERCERA PARTE

ESE DESCONOCIDO

que quiere ser tu amigo en Facebook

En el que nos encontramos con una vieja conocida en un estado diferente del que la habíamos conocido

Hubo un tercer cadáver, como había predicho el *sheriff* McDonald, pero no fue hallado bajo una avalancha de libros, con la boca llena de páginas de literatura clásica, sino colgando del extremo de una cuerda que pendía de su lámpara de cristal. Al parecer, la vecina polaca de Peter Foster había decidido encontrarse con su amante en el otro mundo.

—Estaba segura de que estaría aquí —saludó Agatha cuando entró en el salón.

—¡Anda, pero si es usted! —exclamó el policía con impermeable levantándose de la alfombra que estaba examinando a cuatro patas con su lupa.

En efecto, desde la desaparición de los sombreros y de las estrellas doradas, los *sheriffs* habían perdido su *glamour*.

—Casi no la reconozco sin un donut de chocolate en la boca —añadió con sarcasmo.

—Hemos perdido el patrocinio. Estoy adelgazando por momentos.

—Aún tiene margen.

—Es muy amable por su parte intentar subirme la moral. ¡Qué mal huele!

Sacó un pañuelo de papel de su bolso y se tapó la nariz. En verano, los cadáveres eran una verdadera infección. El calor aceleraba el proceso de putrefacción y hacía que el olor fuera insoportable en los lugares cerrados.

—Abra la ventana.

—Ya estaba abierta cuando llegué.

El tono del hombre hacía presagiar que esa información era más importante de lo que parecía.

—Debe de hacer bastante tiempo que está muerta.

—Imagino que me va a birlar el caso —masculló, directo al grano.

Agatha balanceó el papel del fiscal Wargrave con sus dedos de uñas pintadas.

—He vuelto para hacerle dos o tres preguntas —añadió el *sheriff* señalando el cadáver—. La he hallado en ese estado. No es el mejor, ¿no le parece?, para responder a dos o tres cuestiones, me refiero. —Abarcó la escena con un movimiento circular—. Más preguntas sin respuesta...

—Sin embargo, es muy evidente —soltó Agatha—. Ella mató a los otros dos y ahora se ha suicidado. El suicidio es una prueba de culpabilidad. Caso cerrado.

—A veces tengo la impresión de que ha encontrado su placa de policía en una caja de cereales, Crispies...

—¿Vienen placas de policía en las cajas de cereales? Yo siempre encuentro chorradas.

Si lo hubiera sabido no habría pasado tres años de su vida encerrada en su habitación empollando derecho penal para los exámenes. Habría desvalijado la sección «Desayunos» del supermercado.

McDonald suspiró.

—Parece un suicidio, pero justo por eso no hay que dejarse llevar por conclusiones precipitadas. Hay algo que me escama en todo esto —añadió mirando el cuerpo que se balanceaba—. No sé qué es. Pero me vendrá. Confíe en mí —dijo en tono amenazante—. Siempre me viene.

Pero Agatha ya no lo escuchaba. Se acercó a la pequeña biblioteca de la polaca y hojeó un libro.

—No es el momento de leer, Crispies.

—Solo quería verificar una cosa. Recuerdo haberle dicho a la polaca que leer a Joyce era para suicidarse. Quería comprobar que no se hubiera lanzado en el loco proyecto de empezar *Ulises*, lo que lo explicaría todo.

Como esperaba, no encontró ningún marcapáginas en el libro, así que lo volvió a dejar en la estantería, entre *Los preceptos de Jesucristo adaptados a la cocina vegetariana* y *Las buenas sopas del monasterio*, de un tal Hermano

Michel Sidonie.

—Por cierto, el cuerpo que encontramos en la bañera es el de Peter Foster —anunció volviéndose hacia el *sheriff*—. El análisis de ADN es concluyente.

—¡Qué pena! Su teoría del intercambio de cuerpos empezaba a gustarme. Digno de una gran novela policíaca.

Dejó flotar sus palabras en el aire viciado del pequeño apartamento. El olor a putrefacción les devolvió a la realidad.

Al menos, el cuerpo de la polaca estaba de una sola pieza. Agatha había visto ahorcados decapitados en pleno verano. El peso del cuerpo desgarraba los frágiles tejidos del cuello por la descomposición avanzada. Así que el cuerpo caía como un saco de patatas por un lado y la cabeza por otro, si no se quedaba pegada al nudo corredizo como una piñata.

—Pobre señora Grrrrrrrrwwww... —susurró Agatha señalando con el pañuelo el cuerpo que colgaba en el vacío.

La cabeza de la polaca había doblado su volumen y la lengua caía por el mentón como un entrecot azul. Una zapatilla había resbalado, dejando ver un pie hinchado, recubierto de horribles callos y con las uñas agrietadas.

La inspectora esbozó una mueca de asco.

—Al menos, sabemos que no es la Cenicienta... Si lo hubiera sabido, le habría dado la dirección de un buen salón de pedicura. ¡Qué ingrata puede llegar a ser la parca! Nunca se sabe cuándo va a cortar nuestro hilo. Por eso yo siempre intento estar impecable. No tengo ganas de que la muerte me pille con las ingles sin depilar. ¿Imagina lo que pensaría el forense durante la autopsia?

—Prefiero no pensarlo.

—A propósito, ¿dónde está?

—¿Quién? ¿El forense? Liado con otro asunto. Un anciano aplastado por su cortacésped. Me ha dicho que le enviemos una foto (sacó su teléfono del bolsillo del impermeable). Fue lo que hice. Unos segundos más tarde he recibido un mensaje:

¡Una foto de usted no! ¡Una foto del cuerpo!

—Así que le he enviado otra foto. Esta vez de la víctima. Y este ha sido su

veredicto:

Esta muerta

—Siempre tan pertinente —reconoció Agatha.

—Espere, después recibí esto:

Seguramente ahorcada

—Y después esto:

A juzgar por su estado, lleva muerta varios días. Qué bien que el olor no llegue con la imagen... Pero le dejo disfrutar a usted;—)

—A cambio, le he pedido una foto del anciano debajo del cortacésped.
¿Quiere verla?

—No, gracias.

El *sheriff*, pensativo, guardó su móvil y miró el cadáver, que continuaba balanceándose al final de la cuerda, como el péndulo de Foucault en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York.

—En todo caso, tiene razón en algo.

—¿En qué?

—Habría necesitado una buena pedicura. Hablando de cosas apetitosas, ¿qué me dice de un Pizzlkea? Este sábado por la noche.

—¡Empieza a ser una costumbre, McDo!

—Haría falta que estos asesinatos no se conviertan tampoco en una costumbre... Aunque siempre es un gran placer verla.

Y le guiñó el ojo.

El arte de escribir novelas de pie

Los conocimientos sobre literatura de Agatha eran tales que podía identificar cualquier novela solo por el nombre del personaje. En el metro de Nueva York, Nueva York, se sorprendía buscando con la mirada, por encima del hombro de los pasajeros, el nombre de los protagonistas que salpicaban las páginas de los libros que leían. Había algunos muy raros, que no había oído nunca o solo una vez en la vida, como Siddharta (*Siddharta*, de Herman Hesse) y Agamenón (*La Iliada*, de Homero), o más comunes, los que encontraba en cuanto entraba en un vagón: Harry y Hermione {*Harry Potter 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8*}, Christian y Anastasia {*Cincuenta sombras de Grey 1, 2, 3, 4*}.

—¿Quiere ponerme a prueba?

—No llevo ningún libro encima.

—Pero tiene internet...

El hombre buscó una lista de clásicos de la literatura en Google. Agatha había perdido ese reflejo de consultar internet en cualquier momento. En Nueva York, Colorado, para tener acceso a esa sabiduría habría necesitado llevar siempre una enciclopedia de veinticinco tomos en el bolso. Lo que dejaba poco espacio para el lápiz de labios y los pañuelos.

—¿Anna Karenina? —preguntó el *sheriff*—. ¿En qué novela está?

—En *Anna Karenina* —respondió enseguida Agatha.

—¿*Oliver Twist*?

—En *Oliver Twist*. Intente encontrar libros en los que el nombre del personaje principal no sea el título.

—Oh, ya decía yo...

Hizo desfilan el texto con la yema de su índice.

—Elizabeth Bennet.

—*Orgullo y prejuicio*.

—Robert Jordan.

—*Por quién doblan las campanas*.

—Rosanette.

—*La educación sentimental*.

—¡Se le da bien! Es impresionante. ¿Nunca se ha planteado que quizá está más dotada para llevar una librería o una biblioteca de barrio que el departamento de homicidios de una comisaría de policía?

Se quitó las gafas y las limpió con una servilleta de papel.

Agatha le explicó que fue su padre quien le inculcó el gusto por los libros y por la policía (sin contar el del cacao y sus numerosos derivados, como los donuts de chocolate). Cada mañana, cuando los papás de los otros niños de su clase se iban a la oficina, él iba a resolver grandes casos, a dilucidar grandes misterios. Siempre quería irse con él y se colgaba de la pernera de sus pantalones.

El día que cumplió diez años le hizo un regalo que cambiaría su vida. Era un libro de Agatha Christie. «¡Para que tú también dirijas grandes investigaciones!», le dijo. «¡Agatha, como yo!», gritó la pequeña, excitada, antes de que su padre le confesara que la habían llamado así en honor a esa gran escritora británica, para que tuviera el mismo destino (su hermano mayor se llamaba Julio Verne Crispies, lo que no le impedía ser friegaplatos en un restaurante mexicano cochambroso de Harlem). La novela se titulaba *El misterioso caso de Styles*. Agatha supo más tarde que siendo niña, la escritora quiso ser cantante lírica, pero abandonó ese sueño porque subir al escenario la aterrorizaba y escribió ese primer libro gracias a una apuesta con su hermana. A veces el destino era curioso.

Agatha no descubrió al culpable, claro, pero se sintió cautivada por el viaje, los personajes, el crimen, la investigación y por la potencia de la lectura, esa capacidad de evasión sin moverse del sofá, de visitar países lejanos y exóticos sin nunca estar lejos de la nevera o del radiador. Su apetito por la literatura se extendió así a otras novelas policíacas y luego a otros géneros más «normales», sin sangre, sin *crimen*, sin asesino, como los libros

de Jorge Luis Borges, de Steinbeck, de García Márquez, Zola, Dostoyevski. Y después, en la adolescencia, Woolf y Beauvoir.

—Y usted, Crispies, ¿nunca ha sentido ganas de escribir? Quiero decir algo que no sean informes policiales. ¿No es ese el final lógico de todos aquellos a los que les gusta leer?

Agatha pareció dudar. Ese deseo la había devorado, pero renunció después de una carta de rechazo de un editor un poco demasiado sincero. Así que decidió dedicar su vida a los otros, a los que lo habían conseguido. Había leído todo sobre ellos. Conocía mil anécdotas sobre esos hombres y mujeres que poblaban su mente y a los que admiraba sin límites.

—Nunca —mintió.

—La entiendo, no debe ser fácil ser escritor. Hay que sentarse delante de una máquina de escribir y esperar que llegue... Cuando yo me siento frente a mi ordenador no tengo ese problema. Los informes policiales son siempre iguales y no necesito exprimirme el cerebro...

—No todos escriben sentados —señaló Agatha—. Hemingway, por ejemplo, que había sufrido una herida en la espalda en un accidente de avión, escribía sus novelas de pie. Lewis Carroll, Virginia Woolf y Victor Hugo también trabajaban de pie.

De repente, el policía se golpeó la frente con la palma de su mano.

—De pie, de pie... ¡Pero claro! ¡La silla!

—¿Qué pasa con la silla?

—¡Falta la silla!

—¿Dónde?

—En casa de la señora Grzegorzcyk, ¡claro! Si se hubiera ahorcado, se habría subido a una silla, habría pasado la cabeza por la cuerda y después habría empujado la silla con el pie, con su horrible pie, para caer. Sin embargo, si no recuerdo mal, no había nada cerca del cuerpo. Y el sillón estaba demasiado lejos.

Cogió su teléfono y revisó las fotos que había hecho de la escena del crimen para el forense. Después le enseñó la pantalla.

—Mire, no hay silla, ni taburete, y el sillón está en el otro extremo del salón.

Agatha miró el móvil con aire distraído.

—Eso significa que la han ayudado —afirmó el policía moviendo la cabeza.

—¿Y por qué la ayudarían a suicidarse?

—¡Dios mío, para matarla!

Se dio cuenta de que había gritado. Los clientes del restaurante sentados a su alrededor los miraron un instante y después volvieron al montaje de sus *pizzas*.

—¿Quiere decir que se trata de un nuevo asesinato? —preguntó Agatha en voz baja.

—Eso me temo —confirmó McDonald sin dejar de agitar la cabeza—. ¿Y qué hacemos ahora?

—No lo sé. ¿Pedimos el postre?

Donde aprendemos cómo seguir a alguien sin que se dé cuenta (o casi...)

Aunque era domingo, Agatha se levantó temprano, como todas las mañanas. Después se duchó y se preparó para ir a trabajar, pero salió de su casa con otra idea en la cabeza: seguir al *sheriff* para recabar cierta información sobre su sospechoso ideal número uno.

Condujo durante las dos horas que la separaban de Woodville, consultó sus notas, encontró la dirección y aparcó al final de la calle donde vivía el *sheriff* para no levantar sospechas.

Unos minutos más tarde, McDonald salió del inmueble, subió a su coche y pasó delante de ella al volante de su Buick, sin verla (ella se tumbó sobre el asiento del pasajero, como en las películas, maniobra bastante dificultosa a partir de cierta envergadura). Ella arrancó y lo siguió, manteniéndose a una distancia prudencial.

El *Manual de Técnicas Policiales* estipulaba que para un buen seguimiento en coche o en moto, los vehículos debían pasar desapercibidos, ser de la marca, modelo y color de los coches más comunes de la zona de operación. Ningún signo particular debía aparecer ni en el interior ni en el exterior de los vehículos (antena, sirena, etc.). Si un coche de policía coronado con un enorme donut de plástico de dos metros de diámetro tenía la ventaja de suministrar a los efectivos de la pequeña comisaría de Nueva York, Colorado, su lote cotidiano de donuts (bueno, ya no), en cambio tenía el inconveniente de no pasar desapercibido en una vigilancia, sobre todo en una pequeña ciudad como Woodville.

El *sheriff*, que no parecía haberse percatado de que le seguían, se detuvo en un pequeño bar para tomar un café y después condujo unos minutos por el extrarradio. Aparcó en el *parking* de un inmenso centro comercial que daba la impresión de haber crecido en el campo como un champiñón. Entró en el supermercado y compró tres paquetes de pan de molde natural, sin corteza, marca blanca al mejor precio. Salió, pero en lugar de ir a buscar su Buick al aparcamiento, se sentó en un pequeño muro y comenzó a tirar minúsculas bolas de pan de molde al suelo asfaltado. Como un anciano en un jardín público. Unos minutos después estaba rodeado de una decena de pájaros y de una ardilla (que no parecía radiactiva). La escena duró una buena media hora, tras lo cual cerró el paquete de plástico y se dirigió a su vehículo.

McDonald conducía ahora por la nacional. Al cabo de unos kilómetros en dirección a Nueva York, Colorado, abandonó la carretera y se detuvo en El Agujero Divino (el puticlub, no la fábrica de donuts), donde Agatha no juzgó necesario seguirlo.

Un cuarto de hora más tarde regresó al aparcamiento, satisfecho y con la frente brillante de sudor, se abrochó el impermeable (¿se lo habría quitado al menos esta vez?) y volvió a Woodville, al bar donde había tomado el café esa misma mañana. Pidió una cerveza mientras veía la retransmisión de un partido de fútbol y después se marchó a casa.

Sentada en su Ford aparcado a unos metros de allí, Agatha cerró su Moleskine roja en la que había anotado concienzudamente el desarrollo del día del policía. La miró durante un instante, dubitativa, luego cerró la libreta y la guardó en su bolso.

McDonald tenía una vida de mierda.

En el que descubrimos por quién doblan las campanas

El lunes por la mañana, Agatha fue recibida por los miembros de su clase de literatura, que ya habían cogido sitio en las sillas de su despacho. Estaban todos allí, incluso Tom y Roselyne, del taller de sudokus, quienes, contagiados por el entusiasmo de sus colegas, habían cambiado sus cuadrículas numeradas por libros llenos de letras.

En la comisaría reinaba un ambiente festivo. Goodwin se había ido a pescar, y ya se sabe que cuando el gato no está, los ratones bailan. Sobre todo los de Seth, a los que acababa de inocular el virus de la rabia.

Conforme se sucedían los crímenes, el club iba cobrando importancia. Agatha se preguntaba si era ético alegrarse. De lo que se regocijaba, sin embargo, era de que los dos nuevos miembros, los administrativos, habían venido por su propia voluntad y no porque su club se hubiera visto afectado por el robo del material, como los otros.

—Para hoy teníais que leer, bueno, hojear, *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway —anunció Agatha poniendo su bolso sobre la mesa—. ¿Quién lo ha leído?

Silencio.

—¿Hojeado, al menos?

—Yo no he llegado más allá del título —reconoció Franck—. No he entendido nada.

—Es cierto, ¿qué es eso de que se doblan las campanas? —preguntó Alien.

—Yo conozco uno que dobla cucharas —siguió Roger—. Pero ¿campanas?

—No es doblar, es repicar. Por quién repican las campanas.

—Entonces, ¿por qué no se titula *Por quién repican las campanas*? —exclamó Franck.

—Porque es un escritor, *mijo*, y los escritores no *disen* las cosas como los otros —intervino Rosita, subrayando sus palabras con golpes de escobilla.

—¡Calmaos todos! —gritó Agatha—. Tienes razón, Rosita, los escritores tienen una sensibilidad especial. Un poco como las mujeres de la limpieza. —Hizo una seña a la mexicana para que guardara su cetro de pelos húmedos—. Es lo que el lector busca en una novela, una forma de belleza que no se encuentra en las palabras cotidianas, una especie de poesía. Pero cuidado, «doblar» no significa que se pueda doblar, se trata del repicar de la campana con el que se anuncia la agonía de un feligrés, su muerte y por último su funeral. «Por quién doblan las campanas» es un poco «Alguien va a morir pronto».

—Entonces ¿por qué no llamar la novela *Alguien va a morir pronto*? Todo el mundo lo entendería.

—Pero los autores no siempre buscan ser entendidos. ¡Mirad a James Joyce!

—¿Ese no era un vaquero? —preguntó Alien.

—¡No, el vaquero era Jesse James! —corrigió Betty.

—Ah, sí.

—Retomemos nuestras campanas —propuso Agatha—. ¿Así que nadie lo ha leído? ¿Ni siquiera alguien que lo haya empezado?

Y un atisbo de decepción barrió su cara tan rápido como lo hubiera hecho la escobilla de Rosita.

—Al principio las novelas solo son títulos para nosotros, como los desconocidos son solo nombres —comenzó exaltada—. Nos dicen *Por quién doblan las campanas*. Nos cuentan que habla de la Guerra Civil española. Un título ambiguo, un tema que, *a priori*, no nos interesa y, ya está, un libro juzgado para siempre. Algo así como una persona de la que nunca hemos oído hablar y de la que solo hemos escuchado un nombre y una profesión en una conversación. Emily Walker, cajera en Walmart, por ejemplo. Bueno, nos decimos: Emily Walker, cajera, ¿me entran ganas de saber algo de su vida? Y

la juzgamos en unos segundos sin pensárnoslo. Y luego, un día, nos encontramos con Emily Walker. Es guapa. Primer buen punto. Le hablamos, parece interesante. Ella también se interesa por nosotros, nos enseña cosas, hay *feeling*, pasamos un buen rato con ella.

»Volvemos a verla y todo tiene un aspecto diferente, una nueva profundidad. Cenamos en un bonito restaurante italiano, romántico. Nos besamos. Emily Walker nos gusta. Hasta que al cabo de varios encuentros, nos enamoramos locamente de ella. Emily Walker. Con solo pronunciar su nombre desaparecen los sentimientos lejanos que habíamos tenido la primera vez que oímos hablar de ella. Pues bien, pasa igual con los libros. Así que la próxima vez que nos quieran presentar a Emily Walker o *Por quién doblan las campanas*, démosles una oportunidad. Podrían cambiar nuestra vida. Podríamos enamorarnos.

—Yo he leído *sinco* páginas y media, ¡ay, no más! —confesó la mexicana.

—Algún día habrá que superar la fase de las cinco páginas y media, Rosita. Si hubieras seguido, habrías dado con una bonita historia de amor en mitad de la guerra. Hemingway conocía muy bien el tema. Era un gran viajero. Cambiaba de residencia cada vez que empezaba a escribir un nuevo manuscrito. Vivió en París, fue conductor de ambulancias en Italia, corresponsal de guerra en España, pasó un tiempo en Cuba y se suicidó en Idaho.

—Un poco como Stefan Zweig —reveló Kevin.

—Es cierto —reconoció Agatha, orgullosa de su alumno—. Pero no todos los escritores se suicidan, gracias a Dios. Otros conocieron una muerte más... fantasiosa. Molière, por ejemplo, que murió después de la cuarta representación de su *Enfermo imaginario*. ¡Hacía el papel de hipocondríaco!

Todos los asistentes estallaron en carcajadas y se giraron hacia Kevin, que era un poco hipocondríaco.

Cuánto bien hacía poder hablar de literatura, leer, maravillarse, estar los unos con los otros y pasar tan buenos momentos, pensó Agatha. Y recorrió con una mirada maternal a su público, compuesto de hombres y mujeres que, aunque no eran perfectos, la convertían en la mujer más feliz del mundo. Compartir su amor por los libros era algo que siempre la había animado, y hoy cumplía su sueño.

—Pero volvamos a Hemingway —continuó, llena de una nueva energía—. Su novela más famosa es *El viejo y el mar*. Es el relato de la pesca de un gigantesco pez espada por un anciano, Santiago, durante tres días.

—Apasionante —ironizó Franck.

Luego se acordó del sermón que acababa de dar Agatha sobre los prejuicios. Pensó en esa Emily Walker a la que no conocía, que no existía pero de la que podría enamorarse. Dar una oportunidad a la gente, a los libros. Podrían cambiar nuestra vida.

—En cualquier caso, le gustaría al jefe —apuntó Betty.

—En el libro que nos interesa, *Por quién doblan las campanas* —retomó Agatha—, el escritor se inspiró en su experiencia durante la Guerra Civil española. Robert Jordan, el protagonista, llega a una montaña, al otro lado de la líneas fascistas, para hacer saltar un puente. Se enamora de la joven María, aprende a querer a esos guerrilleros republicanos, cuenta un poco su vida, su pasión por España y las corridas de toros (aquí Hemingway deja hablar a su corazón), está a punto de olvidar que ha ido para dinamitar un puente. Y cuando llega el momento de volarlo, te preguntas para qué sirvieron todos esos muertos. España aún es una monarquía.

—Deberíamos hacer explotar algunos puentes —propuso Franck—. Eso nos mantendría ocupados.

—Como en *El puente sobre el río Kwai* —añadió Alien.

—Ya que habláis de ello, es una bonita novela de Pierre Boulle —exclamó Agatha—. Antes de ser escritor fue enviado a Indochina para volar puentes. Pero vosotros lo conocéis por otro género. Es el que escribió el famoso *El planeta de los simios*. Me gusta cuando un libro llama a otro y después a otro, y a otro. La literatura es una gran constelación en la que unas estrellas te envían a otras.

Se acercó a la pizarra, cogió un rotulador y escribió algunas palabras:

Zweig... Hemingway... Boulle

En ese momento, la puerta del despacho se abrió y apareció la enorme silueta del superintendente Goodwin. Llevaba en la cabeza su eterno gorro decorado con anzuelos y sostenía en la mano una pequeña nevera que hacía

pensar que no había vuelto con las manos vacías. Lanzó una mirada intrigada a los asistentes antes de tambalearse. Se agarró al marco de la puerta para no caerse.

—¡Malditas rotondas! ¿Qué ha escrito en la pizarra?

—Zweig, Hemingway y Boulle, señor.

—Me gusta que toda la comisaría se movilice para un caso. ¿Son los nombres de los sospechosos de sus tres casos, Crispies?

Agatha miró a su vez la pizarra, incrédula. ¿Podría ser que Zweig, Hemingway y Boulle hayan cometido los crímenes?

McDonald

~~Erzdiwska «Wendy» Grzegorezyk~~

~~Betty Stansford~~

Mieczyslaw Grzegorczy

(¿Peter Fester?)

~~El Shakespeare de la tintorería~~

~~Ardilla radiactiva~~

El viejo Joe

Stefan Zweig???

Ernest Hemingway???

Pierre Boulle???

En el que Agatha vuelve al aserradero y acepta un caso

Después del almuerzo, Agatha encontró una nota en su despacho. Merlin Leroy había dejado un mensaje a la recepcionista de la comisaría en el que le pedía que acudiera al aserradero. Me ha llamado para volver a verme, pensó ella montando en su coche. El contoneo a lo Rihanna, la última vez que lo vio, había causado efecto. Se miró durante un instante en el retrovisor, se puso lápiz de labios y arrancó. Para Scarlett O'Hara, un vestido bonito y un aspecto fresco eran las mejores armas para forzar al destino y enamorar a Ashley. Para Agatha, el aspecto fresco bastaría.

—El cuarto leñador ha desaparecido esta mañana —le explicó el contratista levantando su gorra y secándose su cuello brillante con ella.

—¡Para eso me ha hecho venir! —exclamó Agatha, a la vez sorprendida y decepcionada.

—Pues sí —respondió el hombre, extrañado—. Me pidió que la avisara a la cuarta desaparición.

—Creía que quería volver a verme —cortó Agatha con una franqueza que le sorprendió a ella misma.

Enrojeció y sus labios se retorcieron en una mueca de niña pequeña enfurruñada que desconcertó al hombre.

—Sí, también quería volver a verla —confesó antes de esbozar una sonrisa patrocinada por el dentista local.

El guapo leñador no se había cambiado de camisa desde la última vez. Seguía teniendo esa barba de tres días, aunque ya habían pasado tres desde su

encuentro (así que debería haber tenido, por lógica, una barba de seis días).

—Esperaba que se encargara usted del caso... personalmente.

Le dedicó una mirada suplicante que fundió el corazón de Agatha.

—De todas formas, mi investigación está atascada —confesó resignada.

—¿Eso es un sí?

La policía asintió con la cabeza.

—¡Gracias! ¡Gracias de todo corazón! ¿Puedo invitarla a cenar esta noche? Para agradecersele...

Ah, por fin unas palabras sensatas, pensó ella.

—¿Está intentando ligar conmigo? —preguntó Agatha a boca jarro para no tener más dudas sobre sus intenciones.

Ya no tenía edad para jugar a hacerse la tímida.

—No, yo...

—Ah, ¿no? —exclamó indignada—. ¿No soy lo bastante buena para usted?

—No, en fin... Sí, creo que estoy intentando ligar con usted —reconoció.

—En ese caso acepto la cena.

—¡Me cambio y nos vamos! —exclamó tan entusiasmado como un leñador ante una extensión de pinos silvestres.

Y se dirigió con paso ligero hacia la cabaña.

En el que Agatha y Merl cenan juntos, hablan de literatura y de otras cosas

Hacía cinco minutos que Agatha tenía la mirada perdida en la camisa de cuadros rojos y blancos de Merlin. ¿No dijo que iba a cambiarse? El hombre se había metido en un monólogo sin duda apasionante, pero ella no lo escuchaba.

—¿No me había dicho que iba a cambiarse? —le cortó de repente.

—Me he cambiado —respondió desconcertado—. Solo tengo camisas de leñador, si se refiere a eso. No entiendo mucho de ropa.

—No importa, Merlin.

—Por aquí todo el mundo me llama Merl.

—Vale, Merl.

Hacía unos días había cenado con un *sheriff* y ahora salía con un guapo leñador. Su trabajo era mejor que un abono en *eDarling*. Además, aquí no mentían. En los sitios de encuentros por internet habría dudado al instante del perfil de Merlin Leroy. Imaginaba la descripción. Alto, musculoso, rubio con ojos azules, barba de seis días, leñador. ¿Cuántos calvos libidinosos se habían ocultado bajo semejante descripción en esos sitios?

«Leñador». La palabra dio vueltas en su mente durante unos segundos.

Sería un sospechoso ideal. En la lista solo quedaban McDonald, el viejo Joe y el vendedor de coches (había descartado a los tres escritores y a la polaca, que había pasado de sospechosa a víctima). Merlin era, entonces, el cuarto sospechoso. Sí, sería capaz de cometer tal masacre, pero ella no se lo imaginaba clavando agujas de hacer punto. Quizá porque era demasiado joven

para saber tejer. Quizá porque ella no podía, no quería, imaginarlo con una cosa tan cursi en las manos. Ella era moderna, también un poco feminista. Le gustaban los hombres que limpiaban la casa, que cocinaban, que fregaban los platos. Pero un leñador que hacía punto, ¡socorro!

—Lo que le pasa a mi aserradero es un poco como en esa novela —dijo el hombre—. *Diez... afroamericanos*.

Se calló incómodo.

—*Diez negritos* —rectificó Agatha—. Uno de los libros que me enseñaron a amar la lectura. ¿Sabía que justo después de su publicación en Gran Bretaña, la casa editorial de Agatha Christie cambió el título de *Diez negritos*, por considerarlo demasiado injurioso? Allí el libro se llama *Diez pequeños indios*. Un día, los indios se quejarán y tendrán que cambiar el título de nuevo.

—Pensaba que los policías no leían.

—Y yo pensaba que los leñadores no sabían hacer punto.

—¿Cómo?

—Nada, nada.

—En todo caso, usted parece estar preparada.

—Dirijo un extraordinario, maravilloso e indispensable club de lectura en la comisaría —anunció Agatha con orgullo—. El más grande de Nueva York, Colorado.

—¡Increíble! —exclamó él con entusiasmo—. Me encanta la literatura. Me gusta pensar que los árboles que corto sirven para hacer papel que un día serán las páginas de un libro. Creo en ese tipo de reencarnación.

Una camarera de aspecto vulgar que mascaba chicle se acercó a ellos con un cuaderno en la mano para tomar nota.

—Me tiraría un buen blanco —dijo Agatha—. ¡Ups, perdón, quería decir que me tomaría un buen vino blanco!

—Lo había entendido —murmuró Merl, ruborizándose—. Yo tomaré una negra —dijo el leñador a la camarera guiñando un ojo a su invitada—. Me refiero a una cerveza negra.

La chica hizo explotar una pompa de su chicle y se alejó haciendo resonar sus tacones sobre las baldosas negras y blancas del restaurante.

—Yo escribo —confesó Merl acariciando la mesa con la yema de su dedo índice en busca de algún desperfecto.

—¿Escribe?

—Sí.

—¿Qué género?

—Es desarrollo personal —western.

—¿Perdón?

—Libros de desarrollo personal que tienen lugar en tiempos de los vaqueros. Una mezcla de Paulo Coelho y *Brokeback Mountain*. Será por mis orígenes tejanos, imagino.

—Dicho así, no lo veo demasiado claro.

—Pues, por casualidad, tengo un manuscrito aquí.

Se desabrochó la camisa y sacó un paquete de folios.

—Devuélvame cuando lo haya leído. Es el último. He relatado la historia del gran aventurero Remington Brown, ya sabe, el que fundó el pueblo de Nueva York, Colorado, el día que encontró su pelota de golf en las fauces de un cocodrilo.

—¿Siempre va por ahí con manuscritos bajo su camisa de leñador? —exclamó Agatha, estupefacta.

—Nunca se sabe. Por si acaso me topo con un editor.

—¿En pleno bosque?

—O en un restaurante como este.

—No soy editora. Lector y editor son cosas muy diferentes. Todos los editores son lectores, pero no todos los lectores son editores.

—Pero su opinión me importa.

Agatha se tomó eso como un cumplido. Cogió el manuscrito que le tendía, se esforzó para no oler el perfume que desprendía (tantas horas pasadas bajo su camisa, en contacto con su pecho velludo y sudoroso...) y lo dejó a su lado. Lo leería al llegar a casa, dándose un baño caliente, embriagada por el viril aroma de cada una de las páginas. Oh, y no... ¿por qué no...?

—Será sincera, ¿de acuerdo?

—Siempre soy sincera, Merl. La prueba es que quería leerlo esta noche al llegar a casa, mientras me daba un baño caliente... y acabo de decidir que no lo haré.

—¿Ah, no? —exclamó el hombre, decepcionado.

—No, porque tendré algo mejor que hacer. ¿Nos vamos?

—¡Ni siquiera nos han servido las bebidas!

—Si hace falta que le ponga las esposas, no será un problema. Al contrario...

Ante el aire determinado de la policía, el guapo leñador se levantó. Nunca había desobedecido a un agente de la ley, y eso que las esposas lo tentaban mucho.

La verdadera historia de Remington Brown o la fundación de Nueva York, Colorado

Remington Brown llevaba dos días caminando bajo un sol de justicia en el inmenso desierto de Sonora.

¡Maldita pelota!, se dijo. No era una cuestión de pelotas, tenía otras, pero se había convertido en un asunto personal. No podía haber llegado muy lejos. La encontraría, aunque perdiera otra cosa. Por ejemplo, la vida.

No se había cruzado con nadie, solo con esqueletos de animales y una serpiente de cascabel que había acabado en su estómago, pero sabía reconocer a un ser humano cuando lo veía, aunque solo fuera una silueta negra superpuesta sobre el fondo de arena caliente, y lo que veía ahora, a lo lejos, era un ser humano.

Pronto alcanzó al hombre que estaba ocupado clavando banderas rojas según una lógica que solo él parecía conocer. No había ni caballo ni carro a su lado.

—¿Por qué clava banderas en el desierto?

El hombre se giró y le sonrió.

—Para alejar a los leones. El rojo atrae a los toros y repele a los leones.
¿No lo sabía?

—¡Pero no hay leones en Colorado! —exclamó el vaquero.

—¿Lo ve? ¡Funciona!

Dicho esto, retomó su trabajo.

A Remington la explicación del desconocido le pareció un poco ilógica pero, después de todo, la razón de su presencia en esos parajes no era más

sensata.

—Oiga, amigo, busco mi pelota de golf, ¿no la habrá visto por casualidad?

—Casualidad, casualidad... ¿Qué es la casualidad?

La clave del doctor Merlin Leroy

La casualidad es una circunstancia de carácter imprevisto o imprevisible cuyos efectos pueden ser favorables o desfavorables para una persona. Así, algunos confunden la casualidad con el destino. No esperes que las cosas te caigan del cielo, coge al toro por los cuernos y ¡lucha! Las señales, el destino, eso se lo dejo a los perezosos, a los que se dejan llevar, a los que buscan una excusa cuando las cosas no les salen bien, a los que se dicen: «No es culpa mía, es el destino, estaba escrito». ¿De qué sirve luchar si todo está decidido de antemano y nada ni nadie podrá cambiarlo? ¡Para eso nos quedamos sentados en una silla toda la vida esperando que las cosas pasen! Cuando se cree en el rigor y en el trabajo, no se cree en las señales. Prefiero pensar que cada segundo elegimos caminos y tomamos decisiones que hacen que nuestra vida sea la que es. Sí, me gusta creer que nuestra existencia es lo que hacemos. Y que somos seres libres.

—En fin, no quería una clase de filosofía. He dicho «por casualidad» porque es una expresión.

—Sí, pero estamos en un libro de desarrollo personal-western. Todo sirve como pretexto para sacudir un poco al lector y que aprenda a tomar las riendas de su vida y deje de quejarse. ¡Para que positivice!

—Es cierto —reconoció Remington—. ¿Y mi pelota, la positiviza?

—Lo siento, no se ve pasar gran cosa por aquí...

El vaquero le pidió un poco de agua. El hombre le ofreció su cantimplora. Después, se lo agradeció y retomó su camino.

Después de la falta de agua, vino el exceso de ella: el río Grande, que, como su nombre indicaba, era grande. Y soñó que era Moisés para separar el

curso del agua con un solo gesto de brazo, con un simple pensamiento.

La clave del doctor Merlin Leroy

¡Si quieres, puedes! Basta con tener voluntad y creer en tu objetivo para que se cumpla. Si no se cumple, quizá has sido demasiado ambicioso. Busca otro objetivo un poco más fácil de conseguir, ármate de voluntad y cree en tus capacidades. Si este tampoco se cumple, replantea tus ambiciones a la baja. Quizá creas que puedes separar las aguas con solo levantar los brazos, o que estás hecho para dirigir una gran empresa, cuando en realidad serás mucho más feliz en un puesto de camarero explotado en McDonald's. ¡Piénsalo!

Siendo Remington Brown más del estilo de Noé que de Moisés, se construyó una piragua con troncos de árbol que encontró al borde del río y se lanzó sobre las aguas salvajes. Lo remontó durante tres días, alimentándose solo de algunos peces que pescaba con una rama, el cordón de un zapato y un clavo torcido. Al cabo de tres días, atisbo la tierra. Su dieta alimenticia pasó del *cutbow*, un pez manchado como un leopardo, a la ardilla. Y fue mientras cazaba uno de esos roedores inofensivos (por entonces aún no eran radiactivos) cuando se topó con uno de los animales más mortíferos. Un cocodrilo. Sin duda, debería haberse dado la vuelta y haber buscado su comida en lugares menos hostiles, si no se hubiera dado cuenta de que dentro de las fauces amenazantes del reptil había una minúscula bola blanca que se parecía mucho a la maldita pelota que buscaba desde hacía cinco días.

—Por fin te encontré, cariñito... ¡Dame la pelotita!

El cocodrilo no se inmutó.

Así que Remington, que ya había perdido demasiado tiempo, llevó su mano derecha al revólver, desenfundó y vació el tambor sobre el animal. Cuando el humo se disipó, se dio cuenta de que el reptil no tenía ninguna herida. Ni la más mínima mancha roja. Sabía que la piel de cocodrilo era gruesa, un verdadero blindaje, pero no hasta ese punto. Y además, era un

excelente tirador. No podía haber fallado a tres metros de distancia. Indemne, el depredador de ojos amarillos continuaba aproximándose hacia su agresor, haciendo chasquear sus mandíbulas asesinas de dientes afilados entre los que podía ver la inaccesible pelota de golf. Lo miraba con sus ojos apagados y a la vez desafiantes, asaltado por unas terribles ganas de pelea, como diciéndole «¿Quieres la pelotita? ¡Ven a buscarla!».

Unos meses antes, en Blue Springs, Kansas, cuando los cañonazos de la guerra de Secesión resonaban por todos los rincones de unos Estados Unidos todavía no muy unidos, un hombre llamado Trevor Liberty pasaba sus días fabricando munición. «Sabotear» sería la palabra justa para describir la actividad a la que se dedicaba este humanista de veinticuatro años que formaba parte del grupo de doscientas mujeres obligadas a trabajar en la empresa de cartuchos de la Unión de Blue Springs. Él no era una mujer, claro, pero una herida en la rodilla debida a una caída de caballo le había impedido seguir a los hombres al frente.

Esta guerra no era la suya. Bajo el pretexto de la abolición de la esclavitud, era la guerra de Abraham Lincoln contra Jefferson Davis. Quizá la gente se dividía entre el Norte y el Sur, entre abolicionistas y esclavistas, pero eso no iba con él. Él amaba a todo el mundo. Los blancos y los negros, los esclavos, los confederados, los unionistas. Amaba a la gente. Estaba en Kansas, eso era todo, y en esa época. Ese estado luchaba en el campo de las fuerzas de la Unión contra la Confederación. A pesar de eso, una buena parte de su población estaba a favor del uso de esclavos, lo que ocasionaba grandes conflictos entre las milicias de Missouri y de la Unión de Kansas, y un follón en la mente de la gente que no entendía nada, ni sabía en qué campo se encontraba.

Para Trevor Liberty, todos eran americanos que mataban a otros americanos, y eso no podía tolerarlo. Por eso se tiró del caballo en plena carrera y se rompió la rodilla, para servir a la causa detrás del frente, en la fábrica de cartuchos de Blue Springs con un pequeño plan que había elaborado. La vida de unos cuantos hombres bien valía una rodilla. Estaba convencido.

Así que no ponía suficiente pólvora en los casquillos de los cartuchos que fabricaba, solo la dosis necesaria para hacer explotar la carga, pero no para proyectar la bala fuera del cañón y herir o matar al que estuviera delante.

Mientras llevaba a cabo su secreta y gloriosa empresa, Trevor se preguntaba si otro hombre o mujer, en el campo contrario, inspirado por los mismos valores, estaría haciendo lo mismo.

Nunca lo supo, pero al otro lado sí hubo alguien, en la fábrica de Monroe, Luisiana; una mujer, Nataly Marlon.

Un día, dos hombres en el frente, un unionista y un confederado, se encontraron cara a cara, cada uno empuñando un arma, y dispararon. Cuando el humo se disipó, ambos permanecían de pie, ilesos. Felices de estar aún vivos y viendo en ello una señal del destino (véase *La clave del doctor Merlin Leroy* sobre la casualidad), se abrazaron y se convirtieron en los mejores amigos del mundo.

Era un bonito mensaje de paz, sí, pero ¿acaso Trevor Liberty y Nataly Marlon habían pensado que este aventurero un día usaría sus municiones facticias frente a un cocodrilo? Seguramente no.

Remington Brown tiró su revólver inútil y se arremangó. El desenlace lo conoce todo el mundo, está inscrito en el Museo de Historia de Nueva York, Colorado, en una pequeña placa atornillada al pedestal donde reposa un par de botas de piel de cocodrilo relucientes.

La clave del doctor Merlin Leroy

¿Sabías que el cocodrilo es uno de los animales (junto con la cucaracha) capaces de sobrevivir a un ataque nuclear?

Si algún día ocurre uno, refugiate en tu bolso de piel de cocodrilo o en el de tu mujer (de ahí el interés de comprar siempre los auténticos y no las imitaciones) y espera a que todo pase. ¡Todo esto positivamente, claro!

En el que nuestra brillante investigadora se acuesta con un sospechoso por primera cuadragésima séptima vez en su vida

—En efecto —dijo Agatha cuando Merl terminó de leer su manuscrito en voz alta—, es desarrollo personal con vaqueros.

Estaba acurrucada contra el cuerpo caliente y peludo del leñador. La mirada del hombre se detuvo sobre la piel de ébano brillante y las formas de su compañera: dos pelotas de Pilates a modo de nalgas, dos balones de baloncesto por pechos; esta chica era un gimnasio por sí misma.

—¿Te gusta mi trasero?

—Sí.

—¿Te gustan los traseros grandes?

—Sí.

—¿Sabes qué? Tengo el culo más grande de lo que ves.

Se levantó y se puso derecha, desnuda, delante de él, posando como una modelo de Weight Watchers delante de las cámaras.

—¡El negro adelgaza! —aseguró orgullosa, pasando su mano por sus curvas.

—Es cierto, y es elegante —añadió él con los ojos llenos de estrellas.

Volvió a su sitio junto a él, que posó de nuevo sus dedos sobre una de sus nalgas, como un jugador de baloncesto que coge la pelota con la mano.

—Pensaba que solo había racistas en la región.

—No todos, mi pequeño brownie de chocolate...

Nunca había estado con una negrita. Tenía su encanto. Le había gustado el

contraste de sus pieles cuando lo hicieron. Fue como una película erótica en blanco y negro. Sí, le gustaba Agatha. Aunque sabía que su historia no llegaría muy lejos. Él seguía enamorado de una chica europea, una tal Leticia, una mujer casada que había conocido en la terraza de un hotel bajo la luna y con la que había mantenido una relación secreta. Su sonrisa, su pelo, sus caricias, sus palabras habían removido cada partícula de su cuerpo y de su corazón. Una relación intensa y demasiado breve. Lo dejaron cuando les pilló el marido. Desde entonces, Leticia intentaba pegar los platos rotos y él esperaba. Una señal. Una llamada, un mensaje. La esperaba, con el corazón latiendo a mil, con los ojos llenitos de ayer, la mente rebosante de recuerdos maravillosos de París, Barcelona, Madrid, Toledo, Varsovia, de todas esas habitaciones de hotel en las que se escondían, reconstruyendo el mundo, su mundo, para que no les vieran juntos por la calle. Él la quería para siempre.

—¿El final no es un poco chapuza? —preguntó ella sacándole de sus pensamientos.

—¿El final de tus nalgas?

—No, de tu historia.

—Ah, estaba un poco harto.

—Lo entiendo. En fin, quiero decir que entiendo que estuvieras harto en un momento dado, de escribir, no de esa maravillosa historia. ¡Qué imaginación!

No sabía bien qué decir o qué pensar sobre lo que acababa de escuchar. La historia de vaqueros era interesante, pero ¿esas digresiones filosóficas eran necesarias? Le había prometido que sería sincera pero, por una vez, no lo conseguía.

—¿Estás bien? Pareces ausente.

—¿Has pensado en publicarlo? Podrías enviarlo a un editor.

—Eso no existe.

—¿El qué, los editores? En Nueva York, Colorado, quizá no, pero en el resto de Estados Unidos te aseguro que los hay.

—No, quería decir ese estilo, el desarrollo personal-western. Eso no existe. Así que no creo que le interese a nadie. Ni a los editores, ni a los lectores.

—¿Y por qué no guardas la historia, que está muy bien, y quitas todas esas cosas sobre el destino? Parece que todo sirve de pretexto para hablar de

psicología barata —suavizó ella—. Como en las películas de Van Damme, donde cualquier cosa vale para justificar una escena de peleas.

—Quise poner algo de desarrollo personal porque es lo que funciona ahora. Los llaman «libros *feel good*» y se venden como rosquillas.

—¿Y por eso te haces pasar por un doctor? Las claves del doctor Merlin Leroy. ¿Qué es eso? No eres psicólogo, ¡cortas árboles!

—Sí, pero parece más serio.

—¡Pero es mentira! —se ofuscó la policía.

—No hay que exagerar. Es *marketing*, Agatha, *marketing*.

—Mi chico, al que pillo en flagrante delito de tirarse a mi mejor amiga en nuestra cama, me dice que no es lo que parece. ¿Eso también es *marketing*? —preguntó casi gritando.

Un triste episodio de su vida amorosa. El capullo de Dan. Nunca volverá a confiar en la fidelidad de un toxicómano.

—No, eso es mentir.

—Pues no veo mucha diferencia —continuó con voz más suave—. Sabes, el amor a uno mismo y a los demás es el único desarrollo personal que existe. Quererse como uno es, contentarse con lo que se tiene y amar a los amigos y a la familia. Lo demás es superfluo.

—¿Eso está muy bien! —exclamó él, entusiasmado—. ¿Puedo robártelo?

Y sin esperar, cogió un lápiz de su mesita de noche y garabateó algunas palabras sobre la portada blanca de su manuscrito.

—Uhhmm... Sí. Por lo que veo, no vas a eliminar las digresiones.

—Es la esencia del libro. A nadie le importan Remington y su pelota de golf.

—Al revés, es intrigante. No se sabe si la encontrará.

—¡Todo el mundo lo sabe, puesto que Nueva York, Colorado, existe! —soltó el leñador.

—¡Merl, nadie conoce Nueva York, Colorado! —Se dio cuenta de que había gritado y retomó su voz más dulce—: A propósito, me gusta mucho la historia de la fábrica de cartuchos.

—Es mi lado «paz y amor». Esas pequeñas digresiones, como tú dices, son lo que marca la diferencia.

—Fíjate, has inventado un estilo. —Retorció su índice alrededor del vello

del torso de él—. Estoy segura de que funcionará. Tendrás un éxito enorme, ganarás mucho dinero y no tendrás que cortar más árboles. Y después habrá muchos escritores que explotarán el filón y harán desarrollo personal-western. Crearán una sección especial para ese nuevo género en las librerías.

Ilusionado, el hombre miró al techo y esbozó una gran sonrisa que le cortó la barba en dos como un hachazo.

—¿Me quieres?

¿Qué? ¡Socorro! Todas las alarmas se pusieron a sonar a la vez en la cabeza de Agatha.

Se levantó de un salto, fue a buscar las esposas que llevaba en el bolso y luego ató al hombre a los barrotes de la cama. Era la primera vez que esposaba a alguien en cinco años.

—Esta noche eres mío, solo mío —dijo, y se lanzó sobre el leñador antes de que abriera de nuevo la boca para hacer preguntas incómodas.

En el que Agatha recibe una extraña solicitud de amistad en Facebook

Al día siguiente, cuando volvió de comer, Agatha encontró un posit en su mesa. Esperó a que su mareo, provocado por las cincuenta rotondas por las que había tenido que pasar para llegar hasta allí, desapareciera para poder leerlo.

Tengo información sobre los tres crímenes.

La espero esta noche a las once en Tortilla's Point, delante del antiguo lavadero.

No avise a la policía.

Un nuevo amigo

Miró a su alrededor: Betty estaba inmersa en una intensa conversación telefónica, sin duda con una amiga. Kevin se limaba las uñas a su lado. En la pequeña sala de espera de víctimas y demandantes, una anciana con mirada triste se refrescaba en la fuente de agua. Era la señora Jennings, que habría vuelto a perder a Juan Pablo II. ¿Por qué sustituirían a su gato persa? ¿Por un hurón? ¿Una marmota?

Agatha se levantó y se dirigió a la recepción.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó agitando el pequeño rectángulo de papel amarillo.

—Un hombre —respondió Betty, que se puso el teléfono contra el cuello

—. Ha dejado una petición de amistad en tu muro de Facebook.

Durante un segundo, Agatha estuvo tentada de mirar su móvil, pero recordó que estaba bajo las braguitas de encaje en el cajón de su cómoda. Miró el tablón de corcho en la pared de detrás de la recepción. En su casilla encontró el perfil recortado en cartón de una persona con un cuadrado rojo en la cabeza donde se podía leer un 1, el símbolo de solicitud de amistad en su lista de amigos de Facebook.

—¿Cómo era?

Clavó sus ojos en los de Betty.

—Un tío normal —respondió levantando los hombros, y al hacer el gesto por poco se le cayó el teléfono.

—¿Normal? ¿Cómo es un tío normal? ¿Un tío como Kevin?

El interesado dejó de limarse las uñas y esperó su respuesta.

—¡Kevin no es un tío! ¡Kevin es una amiga!

Satisfecho, el recepcionista retomó su actividad.

—Era un tío normal. Un tipo cualquiera —precisó Betty.

Estaba claro que Betty no era policía. No era nada fisonomista, lo que hizo recordar a Agatha una conversación que mantuvo con la víctima de una agresión en el metro de la otra Nueva York, cuando aún patrullaba las calles:

—¿Podría describirme al ladrón?

—Era normal.

—¿Qué es «normal»?

—Con un físico cualquiera. Ni muy grande ni muy pequeño, ni muy moreno ni muy rubio. No demasiado joven. Pero tampoco demasiado viejo. Una cara normal.

—¿Podría ser más precisa?

—Sí, tenía ojos, nariz y boca.

—¿Y orejas también? —preguntó la policía bromeando.

—Sí, dos —le respondió muy seria la víctima—. ¡Entonces lo conoce!

—¿Podría reconocerlo si estuviera en medio de otras cinco personas?

—Lo dudo.

—*Al menos es usted sincera. En resumen, solo sabemos que es un hombre.*

—*Bueno, ahora que lo dice, no estoy tan segura...*

—¡Ah! Llevaba sombrero —añadió Betty, arrancando a la policía de sus pensamientos.

El metro de Nueva York recuperó al instante el aspecto de la pequeña comisaría en lo más profundo de América. Y la víctima de hacía quince años se transformó en una bella recepcionista.

—Progresamos —ironizó Agatha—. ¿Qué tipo de sombrero?

—Creo que de vaquero.

—¿De vaquero?

—No, de estilo inglés.

—¿Un bombín?

—Sí, eso, un bombín. A menos que fuera uno de esos grandes, ya sabes... como los de los magos.

—¿Una chistera?

—Eso, una chistera.

—¿Me estás tomando el pelo, Betty? ¿No sabes si era un sombrero de vaquero, un bombín o una chistera?

—¡Era un sombrero, Agatha! —exclamó la recepcionista, irritada por su propia incompetencia—. Un sombrero, eso es todo. Perdona, pero ahora tengo trabajo.

Volvió a poner el teléfono contra su oreja y retomó la conversación sobre un nuevo bolso que acababa de sacar Dolce & Gabbana.

Nunca se podía confiar en los testigos, Agatha lo había comprobado varias veces a lo largo de su carrera. Y cuanto más tiempo pasaba entre el hecho y la declaración, menos fiable era el testimonio. Interrogar al testigo de un asesinato o de un secuestro diez años después del suceso era ciencia ficción. Si acababa de producirse un accidente delante de diez personas y uno de los coches se hubiera dado a la fuga, pueden estar seguros de que cada uno habría visto un coche de marca, modelo y color diferentes. La mayoría de la gente no distingue entre un coche u otro. Al final te encuentras buscando un Ford azul, un Ferrari amarillo, un Nissan gris, un Cooper verde y un Buick rojo.

Lo más insoportable era el adjetivo «normal». Es increíble la cantidad de violadores, criminales y ladrones «normales» que hay en esta sociedad. Sin embargo, cuando Agatha conseguía atrapar a esos delincuentes, solo eran zombis, toxicómanos, piltrafas humanas. Por lo tanto, no muy normales, al menos no tanto como se reflejaba en las series de televisión. Nada parecido a los traficantes de droga con traje blanco de *Corrupción en Miami*, de las bombas sexuales asesinas con grandes pechos y cuerpos de ensueño de *CSI: Miami*, o de los criminales superdotados de *Colombo*. Tampoco había asistido nunca a un registro en una casa de cinco millones de dólares. Los criminales vivían en agujeros infectos que alquilaban por veinte dólares a la semana, en los barrios más inmundos de Nueva York, donde más valía estar al día con las vacunas del tétanos y del tifus. Vamos, puro Dickens.

Se cruzó con Franck de regreso a su despacho. El agente arrastraba un oso pardo al final de una cadena.

—Creo que esta vez la señora Jennings se va a dar cuenta de que le tomamos el pelo.

—¿Tú crees?

Releyó la nota cuando estuvo en su mesa. Una, dos, varias veces seguidas. ¿Quién podría haber escrito eso? ¿Quién era el extraño hombre del sombrero que quería formar parte de su exclusiva lista de amigos? Si Betty hubiera retenido algún detalle más, sabría a qué tipo de hombre se enfrentaba. ¿Era un vaquero? ¿Un dandi inglés? ¿Un peruano? ¿Un aristócrata del siglo XIX? ¿Un mago? Por allí, un sombrero de vaquero era más habitual que uno peruano. Durante unos segundos pensó incluso en el vendedor de coches polaco. La observaba para saber si estaba acercándose a él o no. Pero no, eso no es posible. Sufres de alucinaciones, mi pobre viejita; ya está, empiezas a chochar, se dijo.

Unos gritos en la calle llamaron su atención. Se levantó y fue hasta la ventana. La señora Jennings, que no se había percatado de la sustitución, tiraba, contenta y sonriente, de la cadena del oso pardo repitiendo: «¡La policía ha encontrado a mi Juan Pablo II!». A su alrededor, los pocos peatones con los que se cruzaba huían despavoridos.

—Creo que se han pasado —soltó el superintendente, que había asomado la cabeza por la puerta del despacho.

Agatha se giró.

—Dígaselo a Franck, yo solo le he dado gatos.

Goodwin sonrió.

—¡Relájese, Crispies! —exclamó, como siempre.

Sin embargo, debió de percibir algo diferente o extraño en ella, porque su brillante sonrisa desapareció de su gran cara negra y le preguntó:

—¿Va todo bien?

Agatha dudó un instante. No le gustaba reconocer que necesitaba ayuda pero, después de todo, podía tratarse de una trampa. Le alcanzó el posit.

—La acompañaré —dijo con el ceño fruncido después de haber leído el mensaje con la máxima concentración.

—Dicen que no hable con la policía.

—¡Crispies, usted es la policía!

—Es cierto —reconoció moviendo la cabeza.

Él le explicó que era demasiado peligroso que fuera a la cita sola y que no quería arriesgar la vida de uno de sus hombres, bueno, de una de sus mujeres, en fin, de uno de sus efectivos. Y además, eso le proporcionaría un poco de acción. Por una vez podría pescar un pez gordo, en el sentido metafórico de la frase.

Al pasar por delante de la recepción, Agatha clavó en la pizarra de corcho un gran pulgar sobre la petición de amistad del desconocido del sombrero, señal de que lo aceptaba, sin saber que acababa de dejar entrar al zorro en el corral.

En el que Agatha y el superintendente Goodwin acuden a una cita muy peculiar

Así fue como, unas horas más tarde, Agatha y Goodwin, un binomio improbable, se encontraron en el pequeño Ford con el donut sobre el techo atravesando los paisajes montañosos en lo más profundo de Colorado.

El jefe había cambiado su disfraz de pescador por su atuendo de camuflaje. Había tardado una hora en encontrarlo en el armario, prueba de que funcionaba bien. No pudo subirse la cremallera por culpa de su barriga y optó por un cinturón para que no se le cayera. Dejó en casa su caña de pescar y, a cambio, llevaba una pistola semiautomática colgada del cinturón. No se había pintado la cara con betún porque Agatha lo había disuadido, argumentando con razón que ya era negro y que, a menos que se lo aplicara en los dientes, no serviría de nada.

—Es la primera vez que lamento no ser blanco —confesó—. Solo para poder ponerme betún en la cara. Lo he visto muchas veces en las películas...

Para él, un verdadero comando se cubría la cara con pintura negra.

Durante el trayecto, Goodwin le preguntó de nuevo a Agatha si por fin tenía un sospechoso para los tres crímenes. Parecía muy interesado en el asunto. Esa insistencia intrigó a la policía, aunque después de todo era normal que se interesara por su investigación. Era su superior. Además, quería que ella resolviera el caso. Nueva York los esperaba.

—Un sospechoso no, pero ciento cincuenta sí —adelantó ella.

—¿Ciento cincuenta? ¿Qué quiere decir?

—¿Ha leído *Asesinato en el Orient Express*?

—Cuando era niño. Pero no me acuerdo de nada. Salvo que se trataba de un asesinato en el Orient Express.

—Pues bien, tengo una hipótesis —añadió Agatha sin quitar la vista de la carretera—. Teniendo en cuenta el estado en el que se encontró a los dos primeros cuerpos, me he dicho que... quizá... los ciento cincuenta habitantes de Nueva York, Colorado, habían dado cada uno su pequeño agujazo o dardazo a las pobres víctimas. El forense habló de ciento cincuenta heridas en los dos casos, ¡eso no se inventa! En cuanto a la vecina, no tengo ni idea. Aún pienso que se suicidó.

Durante unos segundos, el hombre imaginó a los ciento cincuenta habitantes alineados en una interminable fila que se extendería desde la entrada de Woodville hasta el cuarto de baño de Peter Foster para asestar cada uno su pequeño agujazo. Volvió a la realidad antes de imaginar la misma escena en los alrededores del lago, esta vez con los dardos.

—Disculpe, inspectora, pero nunca he oído algo tan absurdo.

—Sin embargo, jefe, Agatha Christie se forró con esta idea.

—Pero solo es un libro, como usted dice.

—Se pueden resolver grandes crímenes gracias a la literatura. Porque la literatura...

—... Es la vida —completó el hombre suspirando—, y los crímenes forman parte de la vida, lo sé...

A un kilómetro de la vieja lavandería apagaron las luces y avanzaron en silencio. Aparcaron a unos metros de la pila de piedra en la que hacía unos años las mujeres venían a golpear su colada mientras se contaban los cotilleos del pueblo. El Facebook de entonces.

—Ha sido una suerte que haya ido a verla a su despacho hace un rato —dijo Goodwin—; si no, habría venido sola.

Él sonrió, y sus dientes blancos salieron durante un instante de la oscuridad que acababa de envolverlos.

Es cierto, qué coincidencia, pensó ella. A veces, el azar hacía bien las cosas. La presencia de su superior la tranquilizaba.

—No sonría, jefe, que nos van a ver.

Los dos policías salieron del vehículo y se convirtieron enseguida en dos enormes masas negras fundidas en la oscuridad. Los pájaros habían dejado de

cantar y los grillos y las ranas habían tomado el relevo. En medio de ellos, Agatha y Goodwin caminaban esforzándose por hacer el menor ruido posible, pero el corazón de la policía golpeaba fuerte en su enorme pecho.

—¿Qué hora es?

—Las veintidós cincuenta —murmuró ella.

—¿Cómo dice?

—Las once menos diez.

—Bien, escondámonos detrás de esos dos árboles.

Agatha avanzó y su jefe la siguió.

Y en ese preciso momento, ella recibió un violento golpe en la nuca y cayó sobre la hierba fresca.

CUARTA PARTE

LOS HOMBRES

que no amaban el negro

Donde Agatha y el superintendente Goodwin se encuentran con gente que no ama a todo el mundo

Cuando volvió en sí, Agatha estaba sentada en la hierba, esposada con las manos a la espalda y desarmada. Y esto no se parecía a ningún juego sexual de los que le gustaban a ella.

Levantó la mirada y vio las patas de dos caballos. Sobre los equinos, dos hombres, uno grande y otro pequeño, los miraban con desprecio a través de los agujeros groseramente recortados de sus capuchas puntiagudas, como si se hubieran puesto un gigantesco cono de patatas fritas sobre la cabeza (pero después de haber quitado las patatas fritas). La punta de sus extraños tocados parecían una cima de pino más. Llevaban una túnica blanca con una cruz blanca sobre un círculo rojo bordado en el pecho y sostenían una antorcha en la mano derecha. Empezaron a reírse cuando la vieron recobrar el conocimiento. Sus caballos relincharon a la vez, como si se unieran a la carcajada.

Agatha giró la cabeza. A su derecha, el superintendente Goodwin estaba de rodillas, esposado como ella, con las manos a la espalda. O estos no veían las series de televisión policíacas, o conocían el tema. Para desgracia de los dos detectives.

—¿Son del Ku Klux Klan? —preguntó el jefe.

—¡Vaya, eres un negro listo!

—¿Saben? Pueden llamarnos «negros» todo lo que quieran —se defendió Agatha—, no nos duele. Crecí en Harlem. Allí todo el mundo se llama «negro»

entre sí. ¿Verdad, negro? —preguntó a su superior.

—Sí, supongo —respondió un poco confuso el superintendente Goodwin, que se había criado en un buen barrio de Nueva York.

—Al menos sabrán lo que significa «Ku Klux Klan», ¿no? —siguió la inspectora.

Los dos hombres se miraron pensativos. A decir verdad, nunca se habían hecho esa pregunta. ¿Desde cuándo hacía falta conocer el significado de una organización para formar parte de ella?

—¿Es que quiere decir algo? —inquirió el pequeño.

—Es un movimiento que fue creado por los veteranos confederados al final de la guerra de Secesión en un pequeño pueblo de Tennessee. El nombre viene del griego *kyklos*, «círculo», el que tienen sobre el pecho, al que añadieron *Klan* en honor a su origen escocés. *Kyklos Klan*, el clan del círculo, vamos. ¡El clan de los donuts!

Se echaron a reír.

—Negros cultos y divertidos —dijo el más grande—. Está bien para variar.

—El mundo siempre se ha sentido incómodo con nosotros, nunca saben cómo llamarnos: negros, negracos, morenitos, oscuritos de piel, persona de color. Pero nosotros siempre hemos sido los mismos. No hemos cambiado. Solo son etiquetas que nos pegan de generación en generación. Solo somos hombres y mujeres. Como ustedes.

—¿Sabéis por qué no hay negros por aquí? —intervino uno de ellos en tono amenazante—. Porque siempre nos las arreglamos para que no se eternicen por estas tierras. Nos protegemos.

—¡Más vale que no se quejen si su equipo de baloncesto local es un desastre! —exclamó Agatha.

El alto quiso escupir, pero su caballo, al moverse, hizo que el agujero recortado alrededor de su boca se desplazará y escupió en la capucha. Maldijo y empezó a frotar la tela con su mano libre enguantada.

—¡No son más que un pequeño grupo de racistas frustrados!

El superintendente suspiró al ver cómo de repente cualquier oportunidad de sobrevivir se esfumaba.

—Tienes una visión limitada del KKK. No solo somos racistas. También

somos homófobos, antisemitas y anticomunistas.

—Y xenófobos.

—¿Qué es un xenófobo? ¿Alguien que tiene miedo de los xilófonos?

—Alguien que tiene miedo de los extranjeros.

—No tengo miedo de los extranjeros —se defendió el alto.

—Todos los estadounidenses tienen miedo de los extranjeros —aseguró ella—, solo hay que ver el formulario que les hacemos rellenar a los turistas en los aviones antes de aterrizar: «¿Es usted un terrorista? ¿Es usted un antiguo nazi? ¿Transporta jamón o queso en su maleta?».

—Solo tenemos miedo del chorizo, del queso francés y de los terroristas.

—Y en cuanto a los nazis, ¡ya hay bastantes en el país para que, además, tengamos que importarlos! —añadió Agatha con sarcasmo.

—Por favor, tú no. Tenías pinta de ser un poco más inteligente que los otros. El KKK no tiene nada que ver con los nazis. Nosotros nunca hemos gaseado a los judíos.

—Es cierto, solo cuelgan a los negros.

Una tensión que se podía cortar con un cuchillo se instaló entre los cuatro. Agatha sintió que marcaba puntos. Si hubieran estado en un plato de televisión, habría llevado ventaja. Pero en un bosque en mitad de la noche, sin testigos, esposada, y ofrecida en bandeja a sus depredadores, la cosa cambiaba.

—Somos tan norteamericanos como ustedes, y esta tierra nos pertenece tanto como a ustedes —continuó—. Soy negra, ¿y qué? Yo también tuve la varicela de pequeña, como ustedes, yo también hago pipí y caca como ustedes, sangro si me corto, lloro cuando estoy triste, sonrío cuando estoy feliz, como ustedes, yo también me enamoro, envejezco, tiemblo, respiro, muero... —clamó, parafraseando el célebre y bonito discurso de Shylock sobre los judíos en *El mercader de Venecia*.

El alto quiso escupir de nuevo, pero se contuvo. En lugar de esto, manifestó su desdén con una carcajada.

—Exacto, mueres... —añadió con un tono que la hizo temblar—. Tú lo has dicho.

—Los verdaderos norteamericanos son blancos —aseguró el pequeño—. ¿Os suena la supremacía de la raza blanca?

—¡Un estudio reciente ha demostrado que el hombre blanco solo existe

desde hace ocho mil años! —exclamó Agatha—. Lo que significa que nuestros antepasados *homo sapiens* que llegaron a Europa hace unos cuarenta mil años tenían la piel negra.

El más bajo iba a rascarse la cabeza, perplejo, pero se dio cuenta en el último momento de que sostenía en la mano una antorcha encendida.

—Y además, ¿qué es un blanco? —retomó ella—. ¡Hasta Johnny Depp tiene sangre cherokee en sus venas! ¿Y qué es un negro? Hay negros, negros claros, negros café con leche. ¿No le parece un cliché lo de que el blanco es superior al negro? Solo hay dos diferencias biológicas entre ellos: la resistencia de la piel al sol y... según mi experiencia personal, establecida sobre una muestra de unos cuarenta especímenes de los dos colores, el tamaño del pene. —Goodwin disimuló una sonrisa—. Al menos podrían tener compasión. Atticus Finch decía: «Nunca entenderé cómo la gente sensata puede volverse completamente loca en cuanto un negro está implicado en algún asunto», y tenía razón.

—¿Quién es ese Finch?

—Un hombre bueno, un gran abogado, el padre de Jem y Scout.

—¿Son de por aquí? —preguntó el alto—. No los conozco.

—Son de un pueblo parecido a este, repleto de gente que se parece a la de aquí —explicó Agatha—. ¿Ustedes leen?

—Claro —se apresuró a responder el bajo para no parecer ignorante.

—Todo salvo novelas negras —precisó el otro.

—Si hubieran leído *Matar a un ruiseñor*, sabrían quién es Atticus Finch y no lo habrían olvidado nunca.

Los dos hombres se miraron, desconcertados, a través de los agujeros recortados de sus capuchas.

La policía les contó que, durante la Gran Depresión, una especie de crisis económica parecida a la que los europeos vivían ahora, Atticus Finch, un honesto abogado de Alabama, fue nombrado de oficio para defender a un negro acusado de haber apaleado y violado a una blanca, un caso perdido de antemano en una América sudista corrompida por los prejuicios xenófobos. A pesar de las evidentes pruebas de su inocencia, y de la mala reputación de la familia de la víctima (todo el mundo sabía que había sido el desgraciado de su padre el que lo había hecho), Tom Robinson fue condenado y después abatido

por diecisiete disparos en el curso de una tentativa de evasión durante un paseo en la granja-prisión en la que estaba retenido. Y todo por el simple hecho de ser negro.

—No están obligados a hacer lo mismo que ellos —dijo Agatha—. Pueden ser diferentes. Pueden ser Atticus Finch.

—¿Qué tiene que ver con el rruiseñor? —preguntó el bajito rascándose la punta de su capirote.

—Por Navidad, Atticus les regaló una carabina a sus dos hijos, Jem y Scout; la pequeña es la que narra la historia. Les dijo esta maravillosa frase: «Tirad sobre los arrendajos azules que queráis, si conseguís darles, pero recordad que es pecado matar a un rruiseñor».

—¿Por qué es un pecado?

—«Porque los rruiseñores solo se dedican a hacer música para nuestro placer» —respondió Agatha, citando a *miss* Maudie—. Sería como matar a un ser inocente e inofensivo.

—O a dos gordos policías negros, por ejemplo —añadió el superintendente.

—De eso trata el libro. Nos dan igual los pájaros, solo es una metáfora para decir que está mal matar al pobre Tom Robinson, que está mal matar a inocentes.

—¿Dónde están esos inocentes? —preguntó el alto—. ¿Hablas de ti?

Agatha bajó la cabeza. No, ella no era tan inocente, pero aunque fuese un monstruo, ¿no tenía derecho a vivir?

—Deberían leer ese libro —retomó ella, levantando la mirada hacia él—, les haría ver las cosas de otra manera. Eso es lo que quería decir. Los librereros ingleses lo clasificaron delante de la Biblia en la lista de los libros que todo adulto debería haber leído antes de morir. Soy la fundadora y presidenta del club de lectura más grande de Nueva York, Colorado —añadió para mostrar que podían confiar en ella—. Si quieren, puedo darles una tarjeta de miembro permanente gratuita. Aceptamos a todo el mundo, incluso a los racistas.

Cruzó los dedos en sus esposas. Si aceptaban, significaba que no la matarían. El bajo parecía dudar. Al menos tenía a uno en el bolsillo. Solo faltaba el que parecía el jefe.

—Hay donuts de chocolate —añadió para convencerlo, aunque omitió

decir que El Agujero Divino les había cortado el suministro.

—Dices que todo adulto debería haber leído ese maldito libro antes de morir. En ese caso, me alegra que lo hayas leído.

El tono del alto no presagiaba nada bueno.

—Imagino que eso quiere decir que no quiere la tarjeta de miembro permanente gratuita. ¿Y usted? —le preguntó al bajo—. Tiene pinta de ser más inteligente.

Su amigo le lanzó una mirada asesina a través de su capucha y el pequeño agitó la cabeza en señal de rechazo, resignado y decepcionado.

—¿No te vas a callar nunca, negraca?

Agatha quiso demostrarle que era fuerte, no amedrentarse. Pero cada «negraca» era como un latigazo en su espalda. Aunque hubiera dicho: «Pueden llamarnos “negros” todo lo que quieran, no nos duele. Crecí en Harlem. Allí todo el mundo se llama “negro” entre sí», era falso, le dolía que un blanco la llamara así, le escupiera eso en la cara, con ese tono de desprecio, con ese odio en la mirada. Era bastante diferente a cuando lo decía un negro.

Así que se calló. Recordó la respuesta de Julio Verne a un periodista a propósito de la ausencia flagrante de personajes principales femeninos en su obra: «Las mujeres no intervienen nunca en mis novelas, simplemente porque hablarían todo el tiempo y los demás no tendrían nada que decir». Quizá Agatha hablaba demasiado, al menos más que de costumbre, porque tenía miedo, porque sabía que todo había acabado, porque quería llenar de palabras ese silencio asesino.

—Por todos tus pecados, Agatha Crispies —retomó el alto con un tono sentenciador—, nuestro tribunal te condena a muerte.

Con esas palabras, un aliento helado pasó sobre sus caras.

—El pecado. Oscar Wilde decía que era la única nota de color viva que subsiste en el mundo moderno. Confieso que he pecado —añadió ella, aceptando su destino—, pero no me parece justo que mi colega pague también.

—Es culpa tuya. Te dije que vinieras sola. De todas maneras, qué importa un negro más o menos. El único problema es que no estaba previsto y solo tengo una cuerda. Tendréis que compartirla.

Se bajó de su montura y desapareció en el viejo lavandera en ruinas. Cuando volvió, sostenía una gruesa cuerda con un nudo corredizo en su

extremo. Se acercó a un árbol y la lanzó hacia arriba. La cuerda cayó sobre él. En otras circunstancias, la escena hubiera resultado cómica.

—Sujétame esto —le pidió al bajo, que seguía en su caballo.

Le pasó su antorcha.

Liberado, lanzó de nuevo la cuerda, que se enganchó a una rama alta, y tiró de ella hasta que el nudo se levantó del suelo.

—¿De verdad que nos van a matar porque somos negros? —insistió Agatha—. ¿Van en serio?

El valor, decía también Atticus Finch, es saber que tienes las de perder, pero actuar igualmente sin abandonar. Es lo que había hecho al defender en contra de todos a ese pobre negro acusado de violación. Agatha también tenía las de perder, pero no abandonaría. Al menos mientras siguiera viva.

—Dicen que los negros son inferiores, pero sean sinceros, ¿quién es el mejor trompetista de la historia?

—Louis Armstrong —contestó el primer racista.

—¡Negro! —exclamó Agatha—. ¿Y el rey del pop?

—¿Michael Jackson?

—¡Negro! —soltó ella.

—¡Blanco! —gritó el alto.

—¡Gris! —zanjó el bajo.

—Eso depende del año. En fin, tienen razón, quizá no es el más negro de todos... ¿Y el mejor jugador de baloncesto del mundo?

Tenía que ganar tiempo, desestabilizar al adversario.

—Michael Jordan —respondió uno de ellos.

—Ah, no ¡Magie Johnson! —añadió el otro.

—¡Negro y negro! —exclamó Agatha—. ¿Y el mejor jugador de golf?

—¿Tiger Woods?

—¡Negro! ¿Y el mejor boxeador de todos los tiempos?

—Mohamed Ali —dijo uno.

—Mike Tyson —dijo el otro.

—¡Negros los dos! ¿Y el campeón de ajedrez durante más tiempo?

—Kaspárov —respondió uno.

—Y este no vas a decirnos que es negro —contestò el otro en tono victorioso.

—No. Pero solo ganaba con las negras. Y cítenme un libro que leyeran de pequeños.

—*Los tres mosqueteros* —respondió enseguida el más pequeño, el más cultivado de los dos—. ¡Ellos no eran negros!

Agatha asintió con la cabeza.

—En efecto, Athos, Porthos y Aramis no eran negros, y D'Artagnan aún menos, pero el que escribió la novela lo era. Sí, Alejandro Dumas era negro. Era nieto de un esclavo. Su padre, conocido como el Conde Negro, era un mulato de Haití. Un cuarto de sangre negra hace de ti un negro —añadió ella—. Si no, pregunte a los franceses, que en esa época lo consideraban como un negro, dejando a un lado el hecho de que utilizara a uno para escribir sus libros.

—¿Que utilizaba qué?

—Un negro, una persona que escribe un libro en tu lugar. Además, se ha demostrado que uno de los tres Reyes Magos era negro.

—¡Dios mío, pero si son todos negros! —exclamó el bajo.

—¡Incluso su caballo es negro! —soltó el superintendente entrando en el juego.

Y eso fue el golpe de gracia. El hombre miró entre sus piernas como si nunca hubiera prestado atención a este detalle.

—¿Dónde queda su supremacía blanca ahora? —preguntó Goodwin—. ¡Más vale que se despierten!

Los dos encapuchados se miraron un instante, prisioneros de una gran duda. Tenían razón. Los hombres que habían marcado la historia de la música, el deporte y la literatura eran negros. ¿Quizá se habían equivocado de bando? ¿Qué pasaría si un día los negros se pusieran también a encender antorchas y pasearse a caballo para ahorcar a los blancos uno por uno, como en un *remake* de la Edad Media de Spike Lee?

—Intentan liarle —le susurró el alto al bajo—. Los negros son el diablo.

—Si yo fuera ustedes —dijo el superintendente Goodwin—, cambiaría de bando mientras pudiera.

Las palabras del jefe de la policía causaron efecto en el más bajo de los dos, que propinó un violento golpe de talón a su caballo, dio media vuelta y huyó por el bosque a todo galope. En su precipitación, dejó caer las dos

antorchas, que al momento incendiaron la hierba a su alrededor. El caballo del que se había quedado hizo una cabriola a dos patas y asestó una coza en la cabeza al jefe de Agatha, que se derrumbó, inconsciente, en medio de las llamas.

El movimiento provocó un soplido que levantó durante unos segundos la túnica del xenófobo que se había quedado, desvelando un trozo de impermeable.

—¿McDo? —preguntó la policía, incrédula—. ¿Es usted?

—¡McDonald! —corrigió el hombre, sobrepasado—. ¡Ups—!

En el que Agatha Crispies salva la vida de un hombre, y no es un hombre cualquiera

—McDo, ¿por qué sigue con ese atuendo ridículo si sé que es usted?

Su caballo, que había huido durante el incidente, lo dejó solo y a pie.

Tuvo que apagar el fuego con la ayuda de unos cubos que había encontrado en el lavadero. Al lado tenían el cuerpo inerte del jefe de la policía de Nueva York, Colorado. Estaban rodeados de oscuridad. Si alguien hubiera pasado por ahí en ese momento, habría podido pensar, al ver la silueta de esos dos personajes, que estaba siendo testigo de una animada conversación entre un pino y un árbol tallado en forma de bola.

—Estoy más cómodo. Estar tapado me permite decir cosas que no me atrevería a decir nunca a cara descubierta. Mire.

Se subió la capucha sobre la frente y la luz de la luna dibujó los rasgos de su cara. Aprovechó para quitarse las gafas y frotarlas contra su túnica, con un nerviosismo evidente.

—No soy racista, incluso tengo amigos negros.

Bajó de nuevo la capucha sobre sus gafas.

—¡Sucia negraca, te odio y vas a pagar por todo!

Volvió a destaparse la cara.

—Es usted negra, pero la amo.

Bajó la capucha.

—¡Te odio, negraca!

Después se quedó inmóvil, a la espera de la reacción de su interlocutora, que no se hizo esperar.

—Ah, sí, es bastante sorprendente ese paso del usted al tú... Da un poco de miedito. El doctor Jekyll y el señor Hyde. ¿Ha oído hablar de ellos?

—¡Cierra el pico!

Pero ella no pudo evitar pensar en Robert Louis Stevenson, ese escritor que después de haber escrito *La isla del tesoro* había acabado, como su protagonista, en una pequeña isla del Pacífico sur con su mujer y sus hijos. Los aborígenes lo llamaban Tusitala, «el que cuenta cuentos». Decía haber escrito *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* en tres días, después de una pesadilla. Esta novela, que exploraba la parte del bien y del mal que había en cada persona, presentaba a Jekyll, un científico que había elaborado una poción que tenía el poder de separar la parte más humana de una persona de su parte más maléfica. Cuando bebía esta mezcla, Jekyll se transformaba en Edward Hyde, un peligroso criminal capaz de cometer las más terribles atrocidades.

—Es como usted —concluyó ella—. Detrás de Hyde se esconde un hombre bueno, McDonald, estoy convencida.

Hubo un silencio.

—¿Sabes? No solo es duro para los negros —confesó McDonald con una voz febril—, también lo es para los racistas. Quizá incluso más. Hay más gente que os quiere a vosotros. Quereros es políticamente correcto. Pero a nosotros, está mal visto. Nos tratan de nazis. Debemos escondernos bajo capuchas para decir lo que pensamos. No tenemos amigos. Hoy en día es duro ser racista.

—Tiene razón —reconoció Agatha con tono comprensivo—. Hubo un tiempo en que nadie se hacía preguntas sobre los esclavos. Era normal. Nadie se imaginaba que hubiera un alma en un cuerpo tan negro. Pero hoy, el mundo y el pensamiento han evolucionado.

—Tanto que hemos llegado al extremo. ¡Ahora son los blancos los que están en minoría y sufren el racismo de los negros! —exclamó—. Con la maldita discriminación positiva, incluso se ofician funerales en el Capitolio a gente insignificante. Mira esa negra a la que han convertido en heroína porque no cedió su asiento en el autobús.

—¿Rosa Parks?

—Eso es, Rosa Parks. Yo nunca cedo mi sitio, y menos a los viejos. Pero

nunca me han condecorado por ello. Si hubiera sido negro, estoy seguro de que me habrían hecho ministro.

—Rosa Parks es ese pequeño pedazo de mujer que, al negarse a ceder su asiento a un blanco, encendió la mecha de un movimiento que acabaría con la América segregacionista. No es solo una historia de asiento de autobús. Cuando usted no se levanta para dejar que se siente alguien más débil no enciende ninguna mecha, McDo.

Furioso, el hombre se acercó a la cuerda que se balanceaba. Pegó su cara al nudo corredizo para mirarlo más de cerca a través de los agujeros recortados de su capucha, lo manipuló torpemente con sus dedos temblorosos y maldijo. Su cuerpo emanaba un gran nerviosismo.

—Estos nudos son demasiado complicados. Es la primera vez que hago esto. ¿Sabes qué? No voy a colgaros, voy a ahogaros —masculló al cabo de unos segundos, hastiado—, así no habrá problemas con la cuerda. ¿Tú sabes nadar?

—No —confesó Agatha.

—¿Y él?

—No lo sé, imagino que sí. Todo el mundo sabe nadar, ¿no?

—Acabas de decir que tú no sabes.

—Yo no, pero los demás...

—Ahora lo veremos.

El *sheriff* cogió al policía gordo por las axilas y lo llevó hasta la orilla del río.

—¡No haga eso, McDonald! —suplicó, pero la corriente arrastró con rapidez el cuerpo, que se convirtió en una gran masa oscura en la noche, prisionera de los arbustos que crecían en la otra orilla.

McDonald se acercó después a Agatha, que permanecía sentada en la hierba. Pasó los brazos bajo sus axilas y tiró de ella, reculando hacia el agua. La inspectora se revolvió para desestabilizarlo. Él tropezó y la dejó caer hacia atrás, con la cabeza en el lecho del río. Solo cubría dos palmos, pero al estar tumbada el agua le entraba en los ojos, la nariz y la boca.

—Hasta nunca, Crispies —murmuró el hombre, agachándose para mirarla una última vez—. Si no hubieras venido a meter las narices en nuestra región, esto nunca habría pasado.

Puso su asqueroso zapato sobre el pecho de Agatha, lo frotó sobre ella como si se tratara de un felpudo y después, convencido de que ella no podría incorporarse, sonrió y se alejó.

Agatha permaneció inmóvil durante unos minutos, con la cara barrida por la corriente del río. Orientada hacia el cielo, veía la luna plateada y la cima de los árboles. Por encima de ella se balanceaba el nudo corredizo en cuyo extremo debería haber acabado. Esa era la imagen con la que sus ojos se cerrarían para siempre. Una horca.

Creó oír a la montaña llorar a su alrededor, pero quizá solo fuera el chapoteo del agua en la que se sumergía despacio. Oyó los cañonazos retumbar en sus oídos. Se había convertido en el príncipe Andréi de *Guerra y paz*, que se extasiaba con la belleza del cielo mientras yacía gravemente herido en las alturas de Pratzen, en plena batalla.

¡No es justo!, se dijo, de pronto convertida en Jem, gritando en el tribunal de Maycomb con los puños cerrados sobre la barra, ese niño que se rebelaba contra la injusticia de los adultos, de los blancos, llorando una muerte inútil. No, no era justo que ella muriera allí. Así, por esto. Las lágrimas inundaron sus ojos, mezclándose con el agua negra del río que ya casi la cubría por completo. Pagaba la crueldad de los hombres, eso era todo. Incluso hoy se podía morir por tener distinto color de piel. Una rabia sorda y contenida la invadía, y apretó también sus dedos heridos, aplastados bajo su espalda, como Jem, el hijo de Atticus Finch, el hombre justo.

Ella era Robert Jordan en *Por quién doblan las campanas* cuando, herido, esperaba la muerte pegado a un árbol después de haber dicho adiós a sus amigos y a la mujer a la que amaba.

Se había convertido en toda esta gente. No existían, no habían existido nunca, solo eran personajes literarios, hombres y mujeres de papel, nacidos de la brillante imaginación de unos hombres y mujeres que sí habían vivido, pero ella, ¡oh, Dios!, los amaba. Nunca los había amado tanto como en ese momento. Jamás habían sido tan grandes. Todos esos personajes de papel y tinta que un día la hicieron vibrar, que la habían acompañado durante toda su vida, la acompañarían también ahora que se iba. Que sentía que se iba.

Así que iba a morir. Aunque no fuera tan inocente como Tom Robinson o el negro enorme de *La milla verde*.

¿Cómo se llamaba? Caffey, sí, John Caffey, «como el café, pero no se escribe igual», decía. No, no era tan inocente como todos esos negros buenos y un poco estúpidos, esos negros buenos e ingenuos que la literatura había engendrado.

Agatha se dijo que no quería ser la negraca buena e ingenua que paga el pato. No, no iba a morir, no les daría ese gusto.

Y se convenció de tal modo que sus músculos, entumecidos después de tanto tiempo esposada, se estremecieron. Sintió su pelo encrespado lamer su frente como si Rosita estuviera pasándole la fregona mojada por la cara. Se acordó de que tenía las llaves de las esposas en la guantera. Hizo acopio de todas sus fuerzas, se enderezó hasta quedarse sentada en el agua, congelada, con los muslos agarrotados. Intentó mover un poco el cuerpo para calentarlo y recobrar fuerzas. Las noches de verano en esa parte de Colorado eran frías por culpa de las montañas que se levantaban no muy lejos de allí. Sus esfuerzos se vieron recompensados y, unos minutos después, consiguió arrastrarse hacia el coche.

A pesar de tener las manos esposadas a la espalda, logró abrir la puerta del pasajero y se dejó caer en el asiento. El habitáculo se iluminó. Respiró y lanzó un violento rodillazo contra la guantera. Las manzanas podridas y el libro de Churchill cayeron al suelo. Su cajón de la buena conciencia, como ella lo llamaba, estaba a punto de salvarle la vida. Vio las pequeñas llaves de metal, salió del vehículo y se inclinó hacia delante para agarrarlas con la boca. Las dejó sobre el asiento, se giró y las cogió con su mano derecha.

Una vez libre, mordió la manzana menos estropeada del lote para recuperar fuerzas, pero la escupió enseguida (¿cómo podían decir que la fruta era buena para la salud?) y regresó al lavadero. Se quitó el pantalón mojado y lo dejó sobre la antigua pila de piedra.

En braguitas, se acercó a los pinos en los que pensaban ahorcarla y suspiró aliviada por haber escapado. La cuerda se había enredado en la rama como una guirnalda. Tiró de ella.

A la carrera, Agatha se acercó a la orilla y lanzó la cuerda lo más lejos que pudo, pero se dio cuenta de que era demasiado corta.

Resonó entonces un violento acceso de tos.

—¡Jefe! ¿Está bien?

—Estoy bien, pero las ramas no van a resistir mucho tiempo.

—Tardaré un poco en rodear el río para ir a buscarlo al otro lado. Déjese llevar por la corriente. Cojo el coche y lo alcanzo más abajo.

—Me habré ahogado antes.

—¿No sabe nadar? —exclamó Agatha, sorprendida.

—¡No con las manos atadas a la espalda! ¡Venga a buscarme!

—¡Pero yo no sé nadar!

—¿No?

En ese momento, las ramas cedieron y el cuerpo de Goodwin fue arrastrado a unos metros de ahí.

—¡Nací en Harlem, señor, no en Miami!

La cabeza del hombre desapareció bajo el agua y volvió a reaparecer unos segundos más tarde.

—¡Nací en Harlem, señor, no en Miami! —repitió, por si acaso no la había oído.

Pero el hombre ya no estaba en condiciones de escuchar nada. Cuanto más se debatía, más se sentía arrastrado hacia el fondo del río. No tardaría en morir de cansancio o ahogado.

Agatha miró hacia todos lados, nerviosa, en busca de una rama grande que pudiera utilizar a modo de pértiga. Se precipitó sobre un abeto y tiró con todas sus fuerzas, pero una de las características de ese árbol es que tiene ramas elásticas y provistas de agujas.

—¡Maldito abeto! —gritó ella, chupándose el pulgar en el que se había clavado una.

Una frase sacada de las primeras páginas de *Ulises* de Joyce le vino a la memoria: «Salvaste a los hombres de ahogarse». Y esto le dio confianza. ¡Nunca hubiera imaginado que algún día Joyce le serviría de algo!

Sus ojos se posaron en el coche y en el gran donut que se erguía en el techo. Sin pensarlo, se lanzó hacia el Ford y arrancó el accesorio publicitario de plástico, que se separó con un crujido sordo, símbolo del final del patrocinio del Agujero Divino.

Llegó al borde del río, pero aún estaba demasiado lejos. No alcanzaría a Goodwin.

—¡Mierda! —maldijo, y se metió en el agua hasta las caderas.

Incluso en agosto, la temperatura era fría para un baño improvisado. Era agua del manantial que bajaba directamente de los glaciares y, con la corriente, no tenía tiempo de calentarse al sol.

La última cosa que vio el superintendente Goodwin antes de desmayarse fue a Pamela Anderson correr hacia él con un enorme donut rojo a modo de flotador. Nunca antes se había percatado, pero Pamela Anderson tenía una impresionante celulitis en los muslos que se agitaba como un flan a cada zancada. Y era negra. Dios mío, estoy divagando, pensó. Consiguió deslizarse hasta el flotador improvisado y pudo desvanecerse con tranquilidad.

Donde hablamos por última vez de racistas porque hablar más de ellos sería darles importancia

Habían pasado dos días desde los acontecimientos del lavadero. La policía no tenía noticias de McDonald y prefirió ocultar el hecho de que conocía la identidad del hombre que había atentado contra la vida de su jefe. La venganza era un plato que se servía frío, decía el conde de Montecristo. Con *ketchup* y patatas fritas, añadió ella.

La invadió la ira.

Formaba parte de su plan.

El plan que había elaborado y que estaba a punto de acabar. Sentía que esta historia estaba próxima a su desenlace. Olía el aroma de los perritos calientes grasientos de Nueva York, Nueva York, acercarse y asaltar su nariz. El ruido de los coches, de las notificaciones de los SMS, de Facebook, de Instagram, de Twitter, que estallarían en su bolsillo como palomitas en un microondas. Pop, pop, pop, pop. ¡Tiene cuarenta y seis millones de mensajes! La vuelta a la vida, un segundo nacimiento.

Abrió la ventana de su despacho y respiró el aire fresco. El sol iluminaba los abetos, las montañas y la pradera. A lo lejos, la superficie de un lago brillaba como un diamante.

McDonald...

Si había una raza a la que detestaba esa era la de los racistas; sí, era racista de los racistas. En la lista de gente a la que detestaba, estaban en segunda posición, justo después del inventor del agujero del donut.

No soportaba a los que pensaban que los hombres eran diferentes solo porque fueran blancos, negros, marrones o amarillos, cuando solo se trataba de la pigmentación de la piel. En algunas tribus africanas se seguía matando a los albinos porque pensaban que eran demonios. ¿En eso consistía el racismo? ¿Un miedo, un reflejo arcaico frente a todo lo que era extraño? El hombre eliminaba lo que era diferente porque tenía miedo. McDonald era, pues, uno de esos hombres que tenían miedo. Pero ¿por qué? ¿De qué tenía miedo?

Recordó las primeras palabras del superintendente cuando recobró el conocimiento en la orilla del río, embutido en el gigantesco donut de plástico: «Encuentre a ese tipo, Crispies, y evite que siga haciendo daño. Por todos los medios...». *By any means necessary*, como dijo Malcolm X antes que él. Y Jean-Paul Sartre antes de este en *Las manos sucias*. «Todos los medios son buenos cuando son eficaces».

Me cubrirá, pensó ella.

Sintiéndose protegida por Goodwin, Malcolm X y Sartre, cerró la ventana y salió de su despacho. El velo de ira había desaparecido de su mirada.

Donde descubrimos, por accidente, la solución al misterio de los leñadores desaparecidos

Hacia las once de la mañana, cuando Agatha se dirigía hacia El Agujero Divino para comer un pequeño donut de chocolate como aperitivo y esperaba a que el único semáforo de Nueva York, Colorado, se pusiera en verde, un hombre cruzó la calle delante de ella. Le llamó la atención porque vestía una camisa de cuadros rojos y blancos, un pantalón que se ajustaba a su bonito trasero y una gorra. Si no fuera porque no era de su estatura, habría jurado que se trataba de Merl. El hombre caminaba con paso despreocupado, sin prisa, con las manos en los bolsillos. No cruzaba un paso de cebra, se paseaba por un paso de cebra.

Eran las once de la mañana, como ya hemos dicho, y a esa hora, ese leñador debería estar en el aserradero McEnroe, el único en un centenar de kilómetros a la redonda, talando árboles bajo las órdenes de Merl.

Intrigada, Agatha aparcó su coche en doble fila, bajó y corrió tras él. Lo siguió durante unos metros, hasta que lo vio sentarse en la terraza de un café. Ella se acercó y se plantó frente a él.

—Policía.

Sacó la cartera del bolso y la abrió delante de la nariz del desconocido.

La placa dorada brilló un instante al sol, antes de volver a la oscuridad del bolso.

—¿Qué he hecho?

—Nada, eso es lo que me preocupa.

El hombre la miró sorprendido.

—Usted es leñador, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Un presentimiento —respondió ella señalando su camisa de cuadros—. ¿Por qué no está trabajando en la maderería?

—¿En Madeira?

—En la maderería McEnroe.

Al pronunciar ese nombre, el hombre se removió en su silla.

—¿Es a ellos a los que debería detener! ¡Ese Merlin Leroy es un ladrón de primera! Y no tengo intención de volver a poner los pies allí, créame.

Le explicó la situación, y ella comprendió al instante de qué se trataba. Unos minutos más tarde se excusó, se alejó del hombre y subió a su vehículo para conducir los escasos metros que la separaban del Agujero Divino, donde pidió un donut mañanero. Luego salió a la calle y se metió en la cabina telefónica que había en la acera. La última que vio fue en la película *Superman*. Cuestión filosófica, anotó mentalmente: desde que las cabinas no existen, ¿dónde se cambia Clark Kent? ¿En los cibercafés repletos de paquistaníes?

Introdujo una moneda de medio dólar en la hendidura y marcó el número. Un ruido de tuberías resonó en el auricular hasta que escuchó un pitido lejano. Enseguida, un hombre descolgó y saludó con voz alegre.

—Merl Leroy, leñador-escritor, ¿dígame?

—¿Escritor?

—¿Agatha? ¿Eres tú? Qué alegría oírte. ¡Tenías razón, envié mi manuscrito como me aconsejaste y he encontrado un editor!

—Me alegro por ti.

—Le ha encantado, aunque no el ambiente western. Quiere que lo reescriba en otra época y que sustituya a los vaqueros por peruanos. Si es posible en el espacio.

—Es fantástico, Merl, estoy muy orgullosa de ti. De verdad. ¿Cuándo saldrá?

—Lo que tarde en conseguir los diez mil dólares que me pide para publicarlo.

—¿Diez mil dólares? ¿Tienes que pagar para publicarlo?

—Esto funciona así ahora. Veo que no estás al día.

—No, en fin, me parece un poco... extraño. Bueno, Merl, no te llamo para hablar de la edición. Tengo noticias sobre tu caso, tus desapariciones.

—¡Te escucho! —exclamó entusiasmado.

—Ha sido la investigación más corta de la historia. ¿Sabes? Por tres míseros dólares al día cortando árboles ocho horas seguidas, arriesgando una mano o una pierna, yo también habría desaparecido hace tiempo —soltó en un tono tan serio que desestabilizó al hombre.

—No lo entiendo.

—Merl, tus hombres no desaparecen, ¡se largan!

Si había una raza que Agatha no soportaba, después de los racistas, era la de los tacaños. No podía ver ni en pintura a los seductores que sacaban sus calculadoras al final de una comida romántica y dividían la cuenta entre dos. ¿Pagamos a medias, nena? No, gracias, ya había tenido bastantes. Y aunque Merl era un hombre guapo y un dios en la cama, se juró no volver a verlo nunca más.

Y mantuvo su palabra.

Durante tres días.

QUINTA PARTE

TIENE UNA SOLICITUD

de conversación pendiente

El asesino en la cabaña

Los días siguientes, el hombre del sombrero que vigilaba las idas y venidas de la inspectora fue testigo de una extraña maniobra. Cada noche, al llegar del trabajo, Agatha aparcaba delante de su casa y recorría el centenar de metros que la separaban del bosque al que daba su pequeña casa. Desaparecía para resurgir entre los árboles unos minutos más tarde. Luego se encerraba en casa y no salía hasta la mañana siguiente.

Intrigado, el hombre del sombrero siguió esa noche los pasos de la policía. Esperó a que se perdiera entre los árboles y el follaje y penetró a su vez en el bosque con cautela. Sorprendió a Agatha saliendo del camino y entrando en una cabaña de madera.

Intentó no romper ninguna rama y se acercó lo más deprisa que pudo a la minúscula casita. ¿Qué podría ser? ¿Un taller de herramientas? ¿Una habitación de invitados? ¿Un despacho?

Escuchó un ruido en el interior y pegó la oreja a la pared de madera.

—Me estás metiendo en un lío —decía Agatha—. De verdad. ¿Tengo que recordarte que soy policía?

La persona con la que hablaba no respondió.

—Me estás metiendo en un lío —repitió al cabo de unos segundos de silencio—, pero ¿tengo elección? Sabes que no puedo denunciarte. Si se supiera, sería el final de mi carrera, de mi vida. Eres tú quien asesinó a esa gente y yo, la que se encuentra en este berenjenal. Qué injusta puede llegar a ser la vida...

Hubo ruido de pasos y después se abrió la puerta. Con el corazón acelerado, el hombre del sombrero se pegó todo lo que pudo a la cabaña para

no ser descubierto y esperó. Los pasos se alejaron y recuperó el aliento. La solución a todos esos misterios se encontraba allí, a unos centímetros de él, detrás de esa puerta.

Donde descubrimos en qué consiste la fiesta local anual

Por razones evidentes de seguridad (en Estados Unidos todas lo son), la caza de ardillas radiactivas solo estaba permitida el 29 de agosto.

La fecha, que no siempre caía en 29 de agosto, había sido establecida por las autoridades locales para conmemorar el terrible evento que había sacudido la región el 29 de agosto de 1996. Aquella mañana, una ardilla había roído un cable del reactor número 4 de la central nuclear de Tchernobowl, situada a pocos kilómetros de las montañas Left y Right, provocando una importante fuga de productos tóxicos. El animal murió unas semanas más tarde a consecuencia de la contaminación, no sin haber engendrado antes toda una camada de ardillitas radiactivas.

A Agatha le gustaba pensar que si la fuga en cuestión, en lugar de producirse en el reactor de una central nuclear hubiera ocurrido en el horno número 4 de la fábrica de donuts El Agujero Divino, la historia habría sido diferente. Ahora encontraríamos en los bosques, en todas las estaciones, ardillas de chocolate.

A causa de su peligrosidad, la caza de ardillas radiactivas era un evento muy controlado. Más valía no bromear con la radiactividad. Nadie quería tener un niño con tres brazos, o una niña sin dedos en los pies (aunque un dedo del pie no sirviera para gran cosa).

Por la mañana, muy temprano, se entregaba a cada vecino que quisiera participar en las festividades un mono hermético amarillo, botas y guantes del mismo color, así como una carabina de feria prestada por el circo local que

patrocinaba la operación. Era el único día del año en el que los policías estaban armados y, por lo tanto, se sentían más policías.

El pueblo se engalanaba. En los balcones y las ventanas se colgaban banderas en las que se había pintado una ardilla de ojos rojos en la mirilla de un fusil. Se cocinaban sabrosos bizcochos en forma de ardilla y se erigían gigantescas estatuas de madera con forma de roedor que luego se quemaban.

Por supuesto, desde la primera caza las ardillas se habían avisado de generación en generación y cada 29 de agosto buscaban un escondite un poco más alto en las montañas para pasar el día. Los cazadores, que los primeros años volvieron con las manos vacías, no se habían desmoralizado y se adaptaron a la situación. Para engañar al animal, comenzaron por cambiar la fecha de la caza. El 29 de agosto desde entonces podía caer tanto en un 12 de diciembre como en un 30 de marzo, lo que despistaba a los roedores, igual que a los del pueblo. Las ardillas caían en la trampa y se convertía en una verdadera matanza.

Ese año, el 29 de agosto cayó en un 28 de agosto. Los animales no estaban aún preparados para el ataque y no habían subido a la montaña. Agatha mató cuatro, Betty uno, y el jefe Goodwin pescó seis (algunas ardillas radiactivas nacían dotadas de branquias) y se hizo una foto con los trofeos antes de que fueran destruidos en una empresa de reciclaje a unos kilómetros de Nueva York, Colorado, que convertía a los feroces roedores en pilas de uranio. Después de todo, era lógico que una pila fuera radiactiva, pero no una ardilla. La naturaleza recuperaba sus dominios. Dios estaba contento. Darwin estaba satisfecho. Los del pueblo también.

Una visita inesperada muy esperada

Ese domingo por la mañana, unos minutos después de que Merl se hubiera puesto la ropa sobre ese cuerpo de atleta y abandonara la casa de Agatha (si pagaba mal a sus empleados, al menos no era avaro en sus encuentros sexuales), llamaron a la puerta.

La inspectora, que se debatía entre leer tomando un baño o sentarse en la terraza, porque a esta hora de la mañana el sol brillaba ya, pensó que su amante leñador había olvidado alguna cosa y abrió con el albornoz entreabierto y una pose sugerente.

—¡Oh, *sheriff* McDo! —exclamó Agatha, molesta, ajustándose el cuello del albornoz—. ¡Qué sorpresa! —añadió antes de ver la pistola que la apuntaba.

—¡McDonald, me llamo McDonald! —gritó el hombre con los ojos inyectados en sangre.

El *sheriff*, cubierto con un sombrero y con el cuerpo envuelto en su sempiterno impermeable, sostenía en su mano temblorosa una pistola que apretaba con tanta fuerza que sus venas azuladas parecían a punto de explotar. Con la otra mano se masajaba el temporal izquierdo. Perlas de sudor escapaban de su sombrero y resbalaban sobre su frente. Tenía pinta de estar haciendo frente a la más temible de las migrañas.

—¿Cuántas rotondas hay en este maldito pueblucho?

Al darse cuenta de que su mareo pasajero no le ayudaría en su propósito, sino más bien al contrario, se enderezó y apuntó a la joven.

—Tiene usted la manía de querer matarme. —Agatha no aparentaba estar muy afectada—. Venga, guarde eso. Va a apretar el gatillo sin darse cuenta.

—No se preocupe.

—¿Va a decirme otra vez cosas desagradables, como la última vez que nos vimos y usted llevaba una capucha?

—No, porque hoy no la llevo. Pero tengo este sombrero.

—Así que era usted el hombre del sombrero de Betty. —El hombre esbozó una pequeña sonrisa que parecía más una mueca—. En efecto, era un sombrero de vaquero. Bueno, McDrive, en serio, esperaba este momento desde hace tiempo.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Pase, podremos discutir más cómodos. ¿Un té? ¿Una aspirina?

Ella dio un paso atrás y lo invitó a entrar en el salón. Él continuaba apuntándola con su pistola.

—¿Un vaso de agua?

—No gracias. Nunca de servicio.

En el que por fin sabemos quién es el asesino

—Esa historia de la puerta cerrada desde el interior me chocaba — empezó Agatha mientras removía con delicadeza la cuchara en su taza de té rojo—. Pensaba que encontraría la solución en *El misterio del cuarto amarillo*, pero mis recuerdos me traicionaron y al releer la novela acepté la idea de que el libro no me sería de ninguna ayuda, al menos esta vez. Peter Foster no había podido herirse hasta la muerte por accidente. Uno no se clava ciento cincuenta veces una aguja de hacer punto en el cuerpo. Ni ciento cincuenta agujas a la vez. No pudo matarse, ni por descuido ni voluntariamente. Y además, recordé algunos detalles de la escena del crimen. Yo no hago fotos como usted, pero lo anoto todo, ¿recuerda? Mi mente graba las conversaciones igual que un dictáfono. Las lentejas, McDo. Foster comía lentejas la noche que lo transformaron en musaka. El forense dijo que ni siquiera se las había acabado. La mesa aún estaba puesta, y sin embargo encontramos al tipo en la bañera. ¿Quién se calienta las lentejas mientras toma un baño? ¿Habíamos encontrado la perla rara? ¿Un tío capaz de hacer dos cosas a la vez? Me lo creí. Durante dos segundos.

Chasqueó los dedos.

—Le voy a decir lo que pasó —continuó Agatha—. Foster se estaba comiendo tranquilamente sus lentejas de lata cuando llamaron a la puerta. Se levantó y fue a abrir, convencido de que se trataba de su buena vecina, doña Fulanitowsky. No creo que fuera su amante, más bien una amable vecina que le planchaba las camisas a su amable vecino, porque un tío que gasta todo su

dinero en el casino y después come lentejas de lata no sirve para nada. Si hubieran tenido una relación, habría habido dos platos, habrían cenado juntos. Recuerde que su marido desapareció el año pasado. Si hubiera sido su amante mientras su marido vivía, ella habría sido por fin libre de amarlo ahora que se había ido. Foster y ella podrían ser felices y comer perdices (o lentejas) en su piso deprimente.

»¿Y por qué no abrir el techo y comunicar los dos apartamentos con una escalera? Un dúplex como nidito de amor, maravilloso, ¿no? Perdón, se me va la pinza. Si hubieran estado juntos, ella habría preparado algo más apetitoso que una lata de conservas. No, Foster vivía como un solterón, un pobre estudiante, un miserable, y murió como tal. La señora Fulanitowsky se acuesta temprano. Nunca hubiera ido a ver a su vecino a las once de la noche, supuesta hora del crimen. Y además, ella nunca habría matado a su vecino. Nadie mata a su vecino. Y de eso sé mucho. Tuve al peor espécimen viviendo en el piso de arriba en Nueva York, Nueva York. Ponía la música hasta las dos de la madrugada todas las noches y los niños corrían durante todo el fin de semana por el *parquet*. Tenía la impresión de vivir en Haití, entre terremotos y huracanes. Deseé matar a mi vecino, sí, pero no lo hice, ¡y eso que tengo un arma!

Desvió la mirada de las tazas de porcelana y la posó sobre el azucarero. Vertió una decena de cucharadas de azúcar en el té y removió el líquido ámbar. McDonald, sentado en el sillón frente a ella, la miraba sin decir nada, con su pistola todavía apuntándola.

—He decidido hacer un poco de régimen —anunció ella—. Normalmente me pongo veinte.

Se llevó la taza a los labios y sopló.

—La otra pista era la mafia. Me dijo durante nuestra velada «romántica» en el Pizzlkea que Foster debía grandes sumas de dinero a unos prestamistas con pocos escrúpulos. Si hubiera sido un sicario de Spaghettoni, apostarí a que no habría abierto la puerta. Habríamos encontrado huellas de allanamiento o de lucha. Pero no fue así. Según el testimonio de la vecina, no se le conocían amigos. Entonces, ¿cuál es el misterio de esa visita a las once de la noche? Creo que Foster le abrió a un desconocido (a pesar de que nuestras madres nos hayan sermoneado desde pequeños con eso de ¡no abráis nunca a los

desconocidos!), pero a un desconocido que inspiraba confianza. El tipo de persona que puede llamar a tu casa a cualquier hora del día o de la noche y a la que abres sin desconfiar. Porque es un representante de la ley. Por ejemplo, un policía. —Bebió un trago de su té—. ¿Está seguro de que no quiere? Está muy bueno.

El hombre sacudió la cabeza de derecha a izquierda como única respuesta.

—Así que Foster dejó sus lentes y abrió la puerta a ese policía, sin saber que iba a dejar entrar a su asesino. Recibió un agujazo, después dos, luego tres, y así hasta ciento cincuenta. Lo arrastraron hasta la bañera, abrieron el grifo y lo dejaron en remojo. Por fin llega la historia de la puerta cerrada desde el interior. He pensado mucho en ello, pero he vuelto a mi idea inicial. Y la única solución plausible es que el asesino se encontrara aún en el cuarto de baño cuando la policía llegó. El problema es que no había ningún escondite, ningún rincón en el que ocultarse. Cuando llegué, no había nadie. A menos que el asesino estuviera bajo el agua, en apnea, debajo del cadáver durante todo el tiempo que duró nuestra pequeña discusión y saliera antes de que el forense levantara el cuerpo, lo que es improbable, incluso imposible. No, no, era mucho más simple. Como acabo de decirle, cuando llegué al lugar no había nadie. ¡Excepto usted! (¡ta-ta-ta-chan!) ¡Esa manía que tiene de llegar siempre el primero al lugar del crimen! (¡ta-ta-ta-chan!) ¡Y así, tres veces seguidas! (¡ta-ta-ta-chan!)

—¡Usted vive a dos horas de Woodville! ¡Es normal que llegue primero!

—Eso no es una razón. La polaca no estaba en sus planes. La mató porque lo vio o sospechaba de usted.

El hombre sonrió y movió la cabeza. Con su mano libre, se quitó las gafas, las limpió con el impermeable y volvió a ponerlas sobre su nariz.

—A propósito, si el asesino transformaba a sus víctimas en auténticas musakas, a agujazos o con dardos, no era porque no supiera apuntar, sino porque ¡no veía nada! (¡ta-ta-ta-chan!) Tenemos entre manos a un criminal cegato. Como usted.

—¿Yo? ¡Pero si veo muy bien! —se defendió McDonald—. Con mis gafas, claro.

—Quizá no se haya dado cuenta, pero tiene cataratas.

—¿De qué está hablando?

—Las personas que sufren cataratas se pasan el tiempo limpiándose las gafas porque están convencidas de que el pequeño velo blanco que les impide ver bien es una mancha de grasa o una huella en sus cristales, cuando en realidad ese velo está en su ojo.

El hombre frunció el ceño. Se quitó las gafas y las miró histérico. Debió de darse cuenta de que la mancha seguía ante sus ojos, porque su cara se contorsionó en una horrible mueca.

—McDo, usted ha matado a Peter Foster, a John Doe y a la vecina de apellido impronunciable. Y hoy viene a matarme a mí. Porque sabe que lo sé todo.

Acabó su taza de té con tranquilidad.

—Viene a terminar el trabajo de la otra noche. En el lavadero, usted no quería eliminarme por el color de mi piel, solo era un pretexto, ni siquiera tiene «intestinos» para ser un verdadero racista, McDo. Solo quería que pareciera un crimen xenófobo. Estuvo bien pensado. Pero no pensó en ¡Agatha Crispies! (¡ta-ta-ta-chan!)

El *sheriff*, que se esforzaba en leer los títulos del lomo de los libros ordenados en las estanterías cerrando un ojo y después el otro, olvidó durante un instante sus problemas de visión y se giró hacia ella, con una sonrisa en los labios.

Donde la historia rebota más que una pelota de *ping-pong*

El hombre aplaudió con una mano sin soltar su arma, lo que no era fácil.

—Bravo, Crispies. De verdad, bravo. Y gracias por haberme diagnosticado de cataratas, acaba de ahorrarme una visita al oftalmólogo.

Se levantó y se dirigió hacia una de las cuatro paredes cubiertas de libros de todos los colores.

—Es impresionante la colección que tiene.

—Tengo algunos en la comisaría también.

—Lo sé, lo sé. Debo decirle que encontré un observatorio ideal entre los pinos, frente a su despacho. He podido seguir todos sus movimientos y gestos, cada día. Gracias a este sombrero, me hice invisible.

El *sheriff* se quitó el sombrero con su mano libre y observó cada costura como un cliente que se dispone a comprarlo. Después, volvió a ponérselo.

—Es una manera como otra cualquiera de cambiar de fisionomía. Conoce el *Manual de Técnicas Policiales*. Aún no me perdono haberme ido del lago demasiado temprano aquel día. Me perdí ver cómo mataba a ese pobre hombre a golpe de dardos, pero estaba aburrido de contemplarla leer y tomar el sol. Si usted fuera Halle Berry, quizá, pero...

Simuló ojear los lomos de los libros que tenía delante mientras que con su otro ojo no perdía de vista a Agatha, con un bonito estrabismo divergente a lo Jean-Paul Sartre.

—Ahora entiendo de dónde le viene toda esa imaginación, Crispies. Todos estos libros... Usted es como Don Quijote. Está obsesionada con las novelas

de caballería que colecciona en su biblioteca y se ha inventado un mundo paralelo. Usted es la soñadora que lucha contra los molinos de viento, que cree en sus alucinaciones. Usted se proclama, como él, una justiciera. Pero los libros no son la realidad. Son historias. Historias inventadas. Como la que me acaba de contar.

—Ah, los famosos molinos de viento... Solo ocupan una página y media en toda la obra de Cervantes. ¿Se da cuenta? Universalmente reconocido por una sola página y media, ¡qué pasada!

—Dígame, Crispies, ¿de verdad se cree todo lo que se inventa? Nunca hubiera pensado eso, hasta que entré en la cabaña de madera que hay detrás de su jardín, en el bosque.

El asesino en la cabaña de madera

—Eres tú quien asesinó a esa gente y yo, la que se encuentra en este berenjenal. Qué injusta puede llegar a ser la vida...

Hubo ruidos de pasos y después se abrió la puerta. Con el corazón a mil, el hombre del sombrero se pegó todo lo que pudo a la cabaña para no ser descubierto y esperó. Los pasos se alejaron y recobró el aliento.

Cuando se calmó, dio la vuelta a la cabaña hasta llegar frente a la puerta. Echó un último vistazo a sus espaldas para asegurarse de que Agatha se había ido de verdad y luego puso la mano en el pomo de la puerta de madera.

La puerta no estaba cerrada con llave. ¿A qué clase de prisionero encerraba allí?

Desenfundó su pistola, apuntó hacia delante, empujó la puerta y entró.

La repentina oscuridad lo cegó. Tardó unos segundos en habituarse a la falta de luz, rezando para que el prisionero, fuera quien fuese, no lo golpeará.

Pero allí no había nadie. Imposible esconderse en esa única habitación de dos metros cuadrados sin muebles.

Solo había un espejo colgado de la pared, reflejando su cara desconcertada.

Así entendió con quién hablaba Agatha todo ese tiempo.

En el que contamos una historia muy interesante

El *sheriff* sostenía firme su pistola, decidido a volarle los sesos a Agatha si intentaba hacer el menor gesto. De hecho, esperaba que lo hiciera. Ya la había dado por muerta en el río. No le costaría nada intentarlo otra vez y enviarla al infierno. Alegaría legítima defensa contra una peligrosa asesina.

—Puede guardar su arma —dijo la inspectora—. Está usted ridículo.

—«Se pueden obtener más cosas con una palabra amable y una pistola que solo con una palabra amable». Lo dijo Al Capone. ¿Ve? Yo también puedo citar a los grandes clásicos.

—¿Y qué quiere usted conseguir con su palabra amable y su pistola?

—Que deje de jugar conmigo y me diga la verdad. Déjeme contarle otra historia. Una en la que una joven policía que trabajaba en el prestigioso departamento de homicidios de la ciudad más grande de Estados Unidos, un día se encuentra destinada en el culo del mundo, en una comisaría de tercera categoría, encargada de desapariciones de gatos y de infracciones de tráfico. Una joven castigada en una comisaría en la que el aburrimiento es tal que los efectivos leen, juegan a los dardos, hacen sudokus e incluso tejen. Es patético, Crispies. Esa joven policía lo sabe. Sabe que es una pringada. Que ha sido destinada aquí como medida disciplinaria, que no ha resuelto un crimen en toda su carrera y que nunca lo resolverá. Porque donde está ahora nunca verá ni la punta del dedo meñique del pie de un solo cadáver, si no es el de un conejo atropellado en el borde de la carretera (¿los conejos tienen dedos en los pies?).

»Es duro de aceptar. Así que se va a inventar ese gran caso que hará de ella la mejor de las detectives. Un crimen a lo Agatha Christie, pero con tanta sangre como en los de Stephen King. Es su amor por la literatura. Ella sabe, además, que la resolución de ese asesinato servirá para rehabilitarla, para darle una nueva reputación, más acorde con la de su padre, ese brillante capitán al que todo el mundo recuerda. Es difícil vivir a la sombra de alguien. Ella también podrá convertirse en capitán como él. Podrá volver a Nueva York, la verdadera, la única. La de Liza Minnelli y Frank Sinatra, no esa ratonera. Usted es una perdedora en toda regla, incluso su club de lectura es un fracaso. Así que se sirve del material de sus colegas, las agujas de hacer punto y los dardos. Al mismo tiempo que fabrica falsas pistas, impide a esos policías dedicarse a su actividad preferida y espera que acudan a sus clases de literatura. A eso se le llama matar dos pájaros de un tiro. Incluso tres, porque aspira al grado de capitán. Y funciona.

»Desde el primer asesinato, su club gana nuevos miembros. Revive. Las recepcionistas vienen a su curso, así que repite con los dardos. Su club se convierte en un éxito. Estoy seguro de que si rebusco en su casa encontraré las agujas de hacer punto destrozadas y cubiertas de sangre reseca, y también los dardos. A menos que se haya deshecho de ellos. Sí, usted es de esas que se deshacen de las cosas. Menos de las manzanas podridas...

McDonald echó un vistazo a su alrededor.

—Usted ha cometido los asesinatos en Woodville para desviar la atención de Nueva York, Colorado, donde vive. Para que todo pasara como estaba previsto, usted debía encargarse del caso. Pero Woodville no se encuentra en su jurisdicción, así que se inventó un juez. Falsificó la orden judicial y me la puso bajo la nariz en cada asesinato para quitarme de en medio. Lo verifiqué. No existe el fiscal Lawrence Wargrave, ni en Colorado ni en ningún otro estado. Bueno, sí que existe en algún sitio. Lo encontré en *Diez negri...*

Se calló, molesto.

—¿Negritos? —le ayudó ella.

—Eso es, *Diez personitas de color...*

Donde aprendemos, sin hacernos todavía a la idea, que el asesino en realidad es una asesina

Llegó la hora del almuerzo y Agatha, por educación, invitó a McDonald a acompañarla. Le quedaban algunas alitas de pollo con salsa mexicana que metió en el microondas bajo la mirada inquisitiva del *sheriff* y la amenaza de su pistola. Después volvieron al salón con una bandeja y se instalaron en la mesa de centro.

Si no fuera por la pistola, se podría pensar que eran una pareja a punto de pasar el domingo en casa. Una pareja un poco extraña, eso sí, porque ella llevaba un albornoz *sexy* y él un impermeable. Una pareja que no estaba en la misma onda.

—En realidad, lo supe todo desde el principio —continuó el hombre mojando un trozo de pollo en la salsa roja con su mano libre—, el mismo día en que nos conocimos en la escena del crimen. Antes de que llegara usted, yo ya había interrogado a la vecina, que me había dado una descripción de la persona con la que se había cruzado en las escaleras poco antes de que se descubriera el cadáver aquella noche. Ella estaba planchando. Oyó un ruido en el pasillo y, como buena cotilla, echó un vistazo por la mirilla y asomó discretamente la cabeza por la puerta. Nunca había nadie en el pasillo a esas horas. Pensó que era Foster, que regresaba tarde. Cuando se disponía a llamarle para devolverle su ropa planchada, vio una inmensa sombra llegar al descansillo del piso superior. Era, cito, «una gorda negra con un enorme culo».

—¿Dijo eso?

—Sí, lo siento.

—¡Zorra! —soltó Agatha.

Al final tuvo su merecido, pensó.

—Así que «gorda negra» —repitió Agatha—. Gorda, gorda... Todo es cuestión de la fuerza de la gravedad. Quizá pese ochenta y nueve kilos en la Tierra, pero en Marte, ¡solo pesaría treinta y tres! El problema es que no estoy en el planeta correcto, eso es todo. Todo es relativo.

—Claro, todo es relativo —retomó él, mojando el cañón de su pistola en la salsa mexicana.

Se dio cuenta de su error cuando sintió en la punta de la lengua el gusto amargo del acero. Apuntó a la policía y volvió a coger una alita de pollo con su mano libre.

—La comunidad negra no está muy representada en Woodville, por decirlo de algún modo. Dudé un poco cuando la vi. Y luego, todo encajó como las piezas de un puzle. Su manía de hacer pasar los asesinatos por suicidios. Esa costumbre de negar la evidencia, incluso pasando por tonta. Usted es más lista de lo que aparenta.

—Gracias.

—Y además, su tendencia a contaminar las escenas del crimen con sus migas de donuts de chocolate.

—No, eso no tiene nada que ver. La verdad es que engullo como una cerda. ¿Y por qué no me arrestó al principio si ya pensaba todo eso? Oh, qué tonta, porque soy negra y me reserva otro final. Si hubiera sido blanca ya estaría tras los barrotes.

—Eso también, pero quería ver cómo iba a arreglárselas. Cuanto más intentaba salir airosa, más se hundía, como en las arenas movedizas. Sin embargo, en las arenas movedizas la única manera de sobrevivir es permanecer inmóvil, colocarse en posición horizontal y esperar que pase.

Dejó que el silencio se extendiera entre ambos antes de seguir hablando.

—A propósito, ¿cómo se enteraba de los asesinatos? —preguntó él—. Yo no la llamaba y estaba fuera de su jurisdicción. Incluso me reprochaba que era siempre el primero en llegar, pero usted era la segunda. Extraño, ¿no? ¿Es usted vidente? ¿Acaso olía la sangre, como los buitres carroñeros? No. Era

porque usted era la asesina, así de simple. Se dice que el asesino siempre vuelve a la escena del crimen. Cuando me contó su caso del asesino del bolígrafo Bic azul, supe que estaba dispuesta a todo para ascender. Por cierto, ¿mató también al corredor?

—No. Fue un accidente.

—Eso pensaba, con solo un agujero, no le pega a usted. En resumen, le hacía falta un buen asesino en serie. Y como la vida no se lo daba, se lo inventó. Los asesinos en serie siguen un modelo, un ritual, con un arma que dominan o que representa algo importante, simbólico para ellos.

El *sheriff* se limpió la mano con una servilleta de papel.

—Necesita el reconocimiento de sus superiores y de la gente. Es evidente. Lo que explica el donut gigante en el techo de su coche, sus Converse rosas y, con todos mis respetos, su enorme trasero. No es necesario ser Freud para ver que hace todo eso para llamar la atención de los demás.

—Se equivoca. La atracción que ejerzo en los hombres es natural.

—Es gracioso, porque durante el tiempo que la seguí, ningún tío se dio la vuelta para mirarla.

—Yo también lo he seguido y puedo decir lo mismo.

—¿El qué? ¿Que ningún tío se giró para verme?

—Ningún tío, ninguna tía, ningún animal... Nadie. Es como si no existiera. Como ese valiente Jean-Baptiste Grenouille, que se inventó un perfume porque nació sin olor corporal y esa característica lo hacía invisible para los demás. Un paria de la sociedad. Un criminal.

—Yo sabía perfectamente que me seguía. Es usted muy torpe.

El ala de pollo quedó suspendida entre el plato y la boca de Agatha.

—¿Sabía que le seguía? Pensaba que era discreta.

—Usted quizá, pero el coche...

—¿Es un coche camuflado! —se ofuscó.

—Bueno, camuflado... Tiene un donut de plástico de dos metros de diámetro en el techo y está pintado en blanco y negro, ¡como todos los vehículos de policía de este país! ¡Su coche camuflado se ve desde San Francisco! Apostaría a que se ve desde la luna.

—Quizá tenga un coche un poco llamativo, pero usted ¡tiene una vida de mierda!

—¿De verdad piensa que me paso los domingos dando de comer a las palomas en el aparcamiento de un supermercado o bebiendo cafés? ¡Qué ingenua puede llegar a ser!

—Entonces, ¿a qué se dedica los domingos?

—A arrestar inspectoras de policía por triple homicidio, por ejemplo. Sus alitas de pollo están exquisitas.

—Gracias.

—Al principio, creí que me seguía porque sospechaba de mí. No se puede confiar en nadie, ni siquiera en los colegas. Pero entonces entendí que quería informarse de mi vida privada para poder usarla contra mí. Conocer mis costumbres, encontrar mis defectos para inculparme. Enseguida me di cuenta de que usted no buscaba un culpable, un criminal, sino un sospechoso ideal, plausible, que encajara en su guión. Buscaba un chivo expiatorio al que cargarle el muerto, nunca mejor dicho. Con Betty casi lo consigue, pero su deseo de que participara en su clase de literatura fue más fuerte que usted. Buscaba a un sospecho ideal en su comisaría. En el club de punto, entre los brutos del departamento de operaciones, campeones de dardos. Y de eructos. Después, el leñador, y el hemofílico de la tintorería con su camisa ensangrentada. Y por fin, yo. O quizá debería decir que yo fui el primer sospechoso. Es usted una listilla. Pero yo lo soy más.

Tragó la última alita y se limpió la boca. Apretó la pistola un poco más y la acercó a la cara de Agatha.

Ella lo miró moviendo la cabeza, admirativa, antes de aplaudir.

—Bravo, esta vez soy yo la que aplaude, McDo.

—McDonald —corrigió el policía—. Es la última vez que se lo digo.

En el que empezamos a entenderlo todo y descubrimos (de paso) el cementerio de los calcetines perdidos

Confieso que al final de la brillante exposición de McDonald permanezco unos segundos sin reaccionar, inmóvil.

¿Cómo ha podido descubrir el pastel? ¿Por qué se dice «descubrir el pastel»? ¿Qué pastel? ¿Y por qué no «descubrir el donut»? Así que, como siempre decía mi padre que hiciera cuando se ignora algo, me levanto del sillón y voy a buscar un diccionario en la biblioteca, detrás de mí. Noto el cañón de la pistola del sheriff siguiéndome como un misil rastreador.

Hojeo el Collins bajo la mirada intrigada de ese hombre que se pregunta si me he vuelto loca.

Les digo lo que encontré, para su información.

El origen de esta locución procede de un antiguo pastel de carne, muy parecido a una empanada. Los pasteleros que lo cocinaban tenían fama de ser algo tramposos, porque no los rellenaban como era debido. Los clientes que no se fiaban solían entonces inspeccionar el pastel realizando un pequeño corte lateral y levantando la masa que lo cubría. Así comprobaban si estaba bien relleno. Se descubría, literalmente, el pastel.

Cierro el libro y lo devuelvo a su lugar sobre la estantería.

La de McDonald es muy buena explicación, es cierto, pero merece ser completada.

Me hice policía para resolver grandes crímenes, igual que mi padre o Hércules Poirot. Pero no soy tan buena como ellos. Nunca he resuelto nada

en toda mi carrera. Quizá solo el misterio de los calcetines que desaparecen en la lavadora, y ni siquiera estaba de servicio aquel día... Mi madre siempre se hizo esta pregunta, y yo después de ella: ¿Por qué siempre falta un calcetín después de poner la lavadora?

Bien, un día me cansé de tener solo calcetines desparejados en mi cajón, así que puse una lavadora con cinco calcetines y me quedé delante del tambor durante el lavado, decidida a resolver el misterio. Y descubrí la solución. La rotación del tambor hace saltar a los calcetines hasta el borde, donde son succionados y terminan detrás de la junta de plástico. Armada con un destornillador, recuperé todos los calcetines que había perdido hasta entonces. Acababa de descubrir el cementerio de los calcetines perdidos.

Reconozco que no me quedaba más opción, para obtener el ascenso a capitán, que convocar yo misma a la suerte. En resumen, tenía que inventarme un caso importante que resolvería con brillantez y que me propulsaría directa hacia la costa Este.

No había previsto matar a nadie, por supuesto, pero las cosas no pasaron como debían y, en cuanto puse el dedo en ese engranaje infernal, todo se encadenó con una rapidez espectacular. Oscar Wilde decía: «Las peores obras se hacen siempre con las mejores intenciones». Fue un poco lo que me pasó a mí.

Rebuscando en los ficheros locales di con el de Peter Foster, un jugador de casino que había tenido algunos escarceos con la justicia por pequeñas historias de extorsión y estafas. Un delincuente de poca monta que flirteaba de vez en cuando con el lado oscuro para poder pagar las deudas astronómicas que contraía con los «banqueros» (es así como se denomina en el mundo criminal a los que prestan dinero a otros a un interés descomunal: estafadores, bueno, banqueros). Fue entonces cuando elaboré mi plan. Lo que empezó como algo no demasiado complicado acabó siendo ser un verdadero rompecabezas.

Hablábamos de las lentejas que cenaba Foster la noche de su muerte. Las famosas lentejas. Un detalle anodino pero que tenía su importancia. No lo entendí aquella noche, sino al día siguiente, cuando conocí al sheriff en la escena del crimen. ¿Lo recuerdan? La mesa aún estaba puesta y el forense incluso las había probado. Y sin embargo, encontramos al tipo en el baño.

Como si se hubiera teletransportado desde la mesa de la cocina hasta la bañera.

En realidad, tengo que confesar que Foster no estaba comiendo lentejas cuando llegué. Estaba bañándose. Vino a abrirme empapado de los pies a la cabeza. Con una toalla enrollada en la cintura. No presté atención a ese detalle y cuando borré mis huellas no pensé que hubiera ningún testigo. Pero al día siguiente me di cuenta de que alguien lo había visto todo, que ese alguien era el o la que calentaba las lentejas en la cocina y al que tenía que encontrar a toda costa antes de que se lo contara a la policía. De ahí mi obstinación por encontrar a la mujer de Marineland, la de la foto, la de las gafas de sol y... la horrenda rebecca gris. Fue el azar el que la puso en mi camino.

La polaca. Fulanitowsky era su amante. No estaba loca, y las camisas que planchaba no eran las de su marido, desaparecido un año antes, sino las de Foster. De hecho, le daba tanta vergüenza que se inventó todo lo que le contó a McDonald durante el interrogatorio. Esa historia de la «negra gorda de culo enorme» en el pasillo, cuando, en realidad, a esa «negra gorda de culo enorme» la había visto en el salón de su amante, a través de la puerta entreabierta de la cocina. McDonald decía que la había encontrado en estado de shock. ¡No me extraña! Lo había visto todo. Tenía que asegurarme de que no testificaría contra mí. No pensaba matarla, solo asustarla. Ese era mi objetivo cuando fui a verla otra vez. Entonces tampoco pasaron las cosas como estaba previsto. Solo fue una víctima colateral, como se suele decir.

Pero volvamos al primer asesinato.

Cuando llamé a la puerta, Peter salió del baño y vino a abrirme, con una toalla alrededor de la cintura. Hubiera sido más fácil que abriera Fulanitowsky, pero no quería que la vieran en casa de su vecino. ¿Qué habrían pensado de ella? No importaba que hubiera pasado un año desde la desaparición de su marido, la polaca nunca se habría permitido semejante comportamiento. Era de la antigua escuela. Se veía enseguida. El punto, sus viejas rebecas cutres. Así que permaneció escondida en la cocina mientras yo hablaba con su novio.

Es cierto que Foster abrió sin dudarle en cuanto vio mi placa a través

de la mirilla. Es bien sabido que los delincuentes no le tienen miedo a la policía. Entré y comencé a hablarle de sus deudas. Lo asusté un poco diciéndole que un chivato había sorprendido a Spaghettoni convenciendo a todo el mundo de que Foster era un mal pagador y que iba a tirarlo al río Grande con un bloque de cemento en los pies. Funcionó. Es increíble cómo funcionan las mentiras cuando usamos el miedo. Foster tenía spaghettonifobia (y miedo al cemento también), podría haberme inventado lo que fuera. Empezó a sentirse mal. Vi el terror en sus ojos y después la ira. Era un tipo atlético, fuerte e impulsivo, de los que no reflexionan. De los que pegan antes de preguntar. Justo lo que me hacía falta. Vi cómo se encendía, dispuesto a enfrentarse a Spaghettoni.

Mi primera intención era calentarlo y provocar una disputa con la mafia local. Con un poco de suerte, tendríamos un muerto. Era todo lo que necesitaba, un pequeño homicidio. Un crápula menos en este mundo y una posibilidad para mí de volver a Nueva York, Nueva York. Puede parecer inmoral, egoísta, lo sé, nunca se debería desear la muerte de un hombre, pero no era uno cualquiera. Esos hombres son parias de la sociedad, gente mala que nunca se rehabilita. La muerte, para ellos, significa respeto, reconocimiento. Solo esperan eso. La muerte los canoniza. «Muerto por la mafia», eso mola en una lápida, entre una corona de flores y un plato de espaguetis a la boloñesa. En resumen, quería hacerles un favor.

«¿Quién es usted?», me preguntó desconfiado. Sus ojos habían cambiado. «¿Quién la envía?». Se dio cuenta de que había algo extraño en lo que contaba. Y entonces fue cuando empezó a dudar de que fuera una poli de verdad. «Los maderos llevan impermeables», me dijo. Me cogió por la muñeca y me tiró al sillón. Me preguntó para quién trabajaba. De repente pensó que yo era una sicaria del mismísimo Spaghettoni, que me había enviado para amenazarlo. Así que quiso darle a su vez un mensaje de su parte. Sí, pretendía darle una paliza al mensajero para que el jefe de la mafia entendiera que con Peter Foster no se jugaba.

En ese momento me arrepentí de haber escogido a un tipo impulsivo, con mucho carácter, fuerte y atlético. Empezó a pegarme con una violencia increíble. Estaba sobre mí. Bueno, su cuerpazo estaba sobre el mío. Del uno al diez, le habría puesto un dieciocho. Pero confieso que, en ese momento, la

nota no era mi preocupación principal. Como no podía alcanzar mi arma reglamentaria, cogí la primera cosa que tenía bajo la mano. Debajo del sillón había unas agujas de hacer punto. Sin duda, las de la polaca (no me imagino a Foster haciendo punto). Empecé a clavárselas sin ton ni son. Se defendió, se le cayó la toalla. En ese momento, la nota subió a veinticinco sobre diez. No tenía nada que envidiar a sus congéneres de color, créanme. Hubiera preferido pelearme con él en la cama, pero no estábamos precisamente en esa situación.

Con la aguja de tejer en la mano, lo golpeé una y otra vez para defenderme. En el pecho, en los brazos. Y como seguía en pie, en la cara, en los ojos, por todos lados. Era un verdadero coloso. Me aplastaba con sus cien kilos de músculos. No podía respirar. Era él o yo. Así que decidí que sería él. Seguí golpeando. Pero él se mantenía en pie, como en esos sueños en los que nos enzarzamos contra nuestro adversario a puñetazos y ni se inmuta. Clavé la aguja por todos lados, la sangre salpicaba los cojines, los ovillos de lana, la moqueta, las paredes. Una verdadera matanza. Al final terminó por derrumbarse. David había ganado a Goliat.

Cuando me levanté del sillón y vi esa masacre, tuve miedo. ¿Entenderían que fue en legítima defensa? ¿Cómo explicaría mi presencia en casa de ese delincuente a esa hora? Y fuera de mi jurisdicción. Di vueltas durante unos minutos que me parecieron horas. Sí, tuve miedo, lo reconozco. Más que en ningún otro momento de mi vida. Y de pronto me dije: ¡Agatha, ya tienes tu crimen! Nuestro instinto tiene esa particularidad de querer salvarnos. Y mi cerebro comenzó a elaborar un guión para salir del apuro. Me di cuenta de que aún tenía las agujas en las manos. Estaban torcidas y empapadas de sangre. En el suelo, solo quedaba de Foster una montaña de musaka. ¿Con qué violencia le había pegado? No estaba mal para alguien que nunca había hecho punto en toda su vida. De paso, me felicité.

Empecé a borrar las huellas. Arrastré el cadáver, en fin, la montaña de carne picada, hasta la bañera. Lo metí en el agua. Intenté limpiar el salón, pero la sangre no se iba (de haber sabido que la polaca estaba siguiendo toda la escena desde la cocina, le habría preguntado por alguno de sus trucos de limpieza), así que cambié la disposición de los muebles, el sofá, los sillones y la mesa baja, para cubrir las partes manchadas de la moqueta.

¿Recuerdan que la ubicación de los muebles no era demasiado feng shui? Luego cogí las agujas y me fui. Las tiré en la primera papelería que encontré.

Por la noche, fui a la comisaría de Nueva York, Colorado, cogí las agujas del taller de punto del cajón de Betty y volví a mi casa. Un forense, por muy competente que fuera, no podría diferenciar entre una aguja de tejer y otra. Odiaba demasiado a la entonces perfecta Betty como para no echarle el muerto encima. Al día siguiente, domingo, volví a Woodville para ponerlas en su lugar, en la cesta sobre la mesa de centro, con los ovillos de lana. Cuando llegué al apartamento, McDonald ya estaba allí. Dejé las agujas en su sitio y entré en el cuarto de baño. No era mi intención robar el material de mis colegas para que vinieran a mis clases de literatura, eso fue la guinda del pastel.

Luego vino el segundo asesinato. El de la polaca. Sí, ese fue el segundo y no el tercero. Lo que ocurre es que encontraron su cuerpo más tarde.

Una víctima colateral, como dije antes.

Tenía que impedir que hablara con la policía. Un simple chantaje de nada. Estaba convencida de que la polaca se llevaría el secreto a la tumba. No pensaba que se lo llevaría a la tumba tan pronto. Así pues, volví a Woodville decidida a encontrar a la mujer de la fotografía. No estaba segura al cien por cien de que fuera ella la que preparaba las lentejas en la cocina mientras su hombre tomaba un baño, pero tampoco podía descartar esa posibilidad. De ahí, mi encuentro con la polaca.

Dios mío, si supieran lo que me pasó ese día...

En el que nada ocurre como estaba previsto (para gran placer del lector y gran horror de nuestra protagonista)

—Y usted, Wendy, ¿tiene secretos?

Agatha clavó su mirada negra en la polaca.

—Vayamos al grano —cortó la mujer de la fea rebeca gris con un tono seco y resolutivo—. Si ha vuelto, no es por sus zapatillas ni para hablarme de Peter Pan.

—Tiene usted razón. Hablemos de otro Peter. Peter Foster. Hablemos de Marineland, de delfines y de lentejas.

—Haga lo que tenga que hacer y terminemos de una vez por todas.

—Entenderá que no tengo elección. —Agatha sacó la cuerda que había cogido en el gimnasio de la comisaría—. La sogá tiene la ventaja de ser en sí un arma limpia, sin sangre, y que puede hacer pasar un asesinato por un suicidio.

La detective buscaba intimidar a la vecina para que no revelara nada de lo que había visto la noche en la que fue a casa de Foster y tuvo que matarlo en legítima defensa.

—Ha matado al amor de su vida, Peter, y presa de los remordimientos, se ha ahorcado —prosiguió ella—. La historia de siempre.

Todo eso no era más que una comedia, por supuesto. Agatha no tenía en mente asesinarla, solo hacerle pasar miedo, el suficiente para acallarla para siempre. La vecina asistió tranquila a la puesta en escena: la policía subiéndose en una silla (que casi rompe con su peso), enrollando la cuerda

alrededor de la lámpara, haciendo un nudo corredizo (después de dieciocho intentos). Dócil, la señora, que no sabía que se trataba de una estratagema y estaba convencida de que había llegado su hora, se dejó llevar hasta la horca improvisada, se subió en la silla y pasó la cabeza por el nudo.

—A menos que... se guarde para usted lo que vio aquella noche. Comprenda que actué en legítima defensa. No quería matar a su... ¿amante?

—Amigo.

—Pero se abalanzó sobre mí, me pegó. Solo me defendí. Fue un desgraciado accidente. Lo sabe. Usted estaba allí. Detrás de la puerta de la cocina. Lo vio todo. Lo supe por las lentejas.

La señora afirmaba como una psiquiatra que dice «lo entiendo, lo entiendo» a un loco que se cree un florero.

Y fue entonces cuando todo dio un giro inesperado.

La situación.

La silla.

Alguien llamó a la puerta y la polaca se sobresaltó y le dio una patada al respaldo de la silla, que cayó, haciendo que ella cayera al vacío. Comenzó a agitar el cuerpo, intentó aflojar el nudo con sus dos manos sin conseguirlo, mientras su peso tiraba de ella irremediabilmente hacia abajo.

¡Dios mío! Agatha contemplaba la escena horrorizada. Su primer reflejo fue atrapar las piernas de la vecina y empujarla hacia arriba con el fin de evitar que el nudo se cerrara aún más en su garganta. Al mismo tiempo, buscó con el pie la silla que había caído al suelo y la arrastró hacia ella. ¿Cuánto tiempo aguantaría así? La mujer debía pesar unos sesenta kilos.

Tras la puerta, una voz de hombre soltaba un flujo ininterrumpido de palabras en una lengua desconocida.

—Xwszqekekykwkwzyzyz...

—¿Qué es eso? —preguntó Agatha—. ¿Han llegado los extraterrestres?

—¡Mieczyslaw! —pronunció la polaca con dificultad.

En esta cadena de consonantes, la inspectora reconoció el nombre del vendedor de coches.

—¡Mierda, el resucitado!

Qué oportuno. El tipo llevaba varios meses desaparecido de la circulación y, mira por dónde, había tenido la buena idea de volver, sin más, alegre y

romántico, el día y a la hora en que Agatha estaba simulando un ahorcamiento con su mujer. A veces, como decía Hamlet, «el ruido de las cosas más profundamente enterradas sale a la superficie», y los vendedores de coches desaparecidos, reaparecen.

Agatha no recordaba haber estado tan estresada desde el día en que intentó hacer desaparecer una caca recalcitrante en el váter de un chico con el que estaba pasando la primera noche.

Empezaron a fallarle las fuerzas. Le temblaban los brazos.

—¡Lárgate, ya no te quiere! —gritó Agatha.

—¿Xwswwsyywyszwyky? —vociferó el hombre a su vez.

El cuerpo de la polaca se balanceaba, sufría espasmos, y comenzó a dar patadas en todas direcciones, señal de que se asfixiaba y de que su instinto de supervivencia había cogido el relevo en un vano intento de... sobrevivir. La zapatilla de la vecina dio contra el estómago de la policía que, desestabilizada, cayó al suelo. Esta alabó al Señor y a la moqueta, que amortiguó su caída. Encima de ella, la mujer gemía como un zombi recién salido de *The Walking Dead*.

En el momento en que Agatha se levantaba y volvía a coger a la polaca por las piernas, el hombre, que debía de haber conservado sus llaves, entró en el apartamento. Vio a su esposa colgando de una cuerda y a una mujer gorda negra que se ensañaba con ella, tirando hacia abajo para que muriera más deprisa. Se acercó, con odio y miedo en la mirada, y levantó un dedo acusador, como Macbeth frente a Banco.

—¡No es lo que parece! —aseguró la policía.

Nunca pensó que diría esta frase. Le había dolido mucho encontrar a Dan en su cama con su mejor amiga y que dijera esas mismas palabras.

El polaco trajeado se abalanzó sobre Agatha como un jugador de *rugby*. Le hizo un placa je, se sentó sobre ella y le agarró las muñecas. Por suerte, no pesaba demasiado. Cincuenta kilos como mucho. Se deshizo de él con facilidad, lanzándolo por los aires de un barrigazo. El hombre cayó a unos metros de distancia. Se miraron. Luego miraron a la mujer que colgaba de la lámpara, ahora inmóvil.

—¡Mierda! —exclamó Agatha.

—¡Frzdzowska! —gritó el hombre.

Se levantaron y observaron el cuerpo inerte sin atreverse a tocarlo. Después, el polaco giró la cabeza hacia la policía con los ojos repletos de ira.

—¿Por qué ha vuelto justo hoy? —le preguntó ella.

En un inglés chapurreado, en todo caso peor que el de su mujer, le explicó que «él irse el día que él saber relación entre Wendy y vecino, que él intentar rehacer vida con mujer otra, pero él no poder olvidar Wendy así que él volver hoy».

—¡Tú matar amor mi vida! —gimió con lágrimas en los ojos.

¿Cómo puede vender coches con ese inglés tan malo?, se preguntó Agatha mientras el hombre apretaba los puños, cogía la silla por las patas, la levantaba por encima de la cabeza y avanzaba hacia ella con paso decidido.

La detective no tuvo otra alternativa que sacar su arma reglamentaria y apuntarle. Era la primera vez que la desenfundaba en cinco años. Una suerte que la llevara encima. Y que estuviera cargada. Asustado, el polaco se detuvo, como un león dócil delante de un domador. Volvió a poner la silla en su lugar, bajo la mesa (un maníaco del orden, anotó Agatha) y luego reculó. Reculó tanto que su trasero chocó contra el alféizar de la ventana y cayó al vacío.

La policía corrió a la ventana para agarrarlo, pero era demasiado tarde. Unos metros más abajo, el cuerpo del hombre, inconsciente, yacía sobre el inmenso techo de una autocaravana. En ese preciso momento, los propietarios, una rubia exuberante y un hombre con calcetines y sandalias (¡qué horror!), regresaron a su vehículo después de hacer unas compras en el supermercado de la esquina, se montaron y arrancaron.

Impotente y horrorizada, Agatha vio cómo la autocaravana daba marcha atrás para salir del aparcamiento y se incorporaba al tráfico. No podía dejar que el cadáver se fuera así como así. Pensó en saltar también sobre el techo de aluminio, pero se contuvo. Lo habría atravesado. Corrió hacia la puerta y bajó las escaleras de cuatro en cuatro. Bueno, de dos en dos, que era lo que le permitían sus zancadas.

Cuando llegó a la calle, solo alcanzó a ver la parte trasera de la autocaravana. En la matrícula distinguió una «B» mayúscula rodeada de estrellas en un rectángulo azul. Nunca había visto una placa como esa por los alrededores. Turistas belgas. ¿Eran amigos de John Dicker, el escritor del aserradero McEnroe? Ah, no, John Dicker no era belga, era francés, lo había

repetido varias veces.

Sin dudar un instante, Agatha corrió hasta su coche, que estaba aparcado no muy lejos de allí, y arrancó precipitadamente.

Después de unos minutos recorriendo las calles del barrio, dio con la autocaravana en la avenida principal. Pudo ver el brazo del polaco que colgaba del borde del techo. Se pegó al vehículo y lo siguió.

Salieron de la ciudad y circularon en dirección a Nueva York, Colorado, por la estrecha y sinuosa carretera rodeada de montañas y bosques. Dos horas después, la autocaravana se detuvo por fin en el arcén. Los dos belgas bajaron riendo y cogiéndose por la cintura. Oía los escupitajos de la jerga francesa. Se adentraron entre los árboles para buscar un poco de intimidad. ¿Cómo haría para bajar el cuerpo? ¿Estaría todavía vivo? De haberlo estado, a buen seguro habría recuperado el conocimiento durante estas dos horas de viaje improvisado. Entonces Agatha tuvo una idea. Pegó su parachoques delantero contra la parte trasera del vehículo belga, salió y se subió al capó. Atrapó el brazo que colgaba y tiró de él. Como el polaco era un peso pluma, no le resultó difícil hacerlo caer. Por si acaso, se apartó para evitar que le cayera en la cabeza. El cuerpo del polaco se desplomó como había previsto sobre el donut gigante, rebotó y rodó hasta el suelo. Se inclinó sobre él. Estaba muerto. Agatha solo tuvo que meterlo en el maletero. Le registró y se guardó en el bolso la cartera que encontró. Así sería más difícil identificarlo.

¿Cómo había podido llegar a esta situación? Al principio, ella solo quería un muerto. Y ya llevaba tres.

Miró al hombre y se preguntó cómo podía hacer desaparecer esa cara de polaco y esa pinta de vendedor de coches.

En el que aprendemos cómo cerrar una puerta desde el interior estando en el exterior (y viceversa)

—Ahora viene lo más divertido... si me lo permites. Robé los dardos del taller de Allen y me presenté en el aserradero por esa historia de las desapariciones de los leñadores. El polaco todavía estaba en el maletero, pero se me había ido completamente de la cabeza. En fin, resumiendo, Merlin Leroy me pilló comiendo un donut y me dijo que era una guarrería. Para disimular, le dije que era de mi compañero, que dormía en el maletero, que nos turnábamos para hacerlo. Vio al polaco y pensó que era mi colega echando una siestecita. Resulta divertido, ¿no? Me dije que lo del taller de punto funcionaría de nuevo. Que mis compañeros del grupo de operaciones vendrían a mi club de lectura si se encontraban en paro técnico. Dos pájaros de un tiro. Y no falló. El cuerpo pasó toda la noche en el maletero y al día siguiente lo dejé en el lago y lo desfiguré a golpe de dardos. Era repugnante, pero necesario. De todas formas no sufrió, ya estaba muerto.

Agatha se sirvió otro té.

—¿Lo ve? No se trata de crímenes. Solo de desgraciados accidentes. De los que soy totalmente responsable, pero accidentes. ¡Shakespeare mató a más personas en su vida que yo! ¡Más de sesenta personajes murieron en sus tragedias! Así que tres...

—Es usted una asesina, Crispies. No se trata de literatura —masculló el *sheriff* apretando los dientes.

—El primero fue en legítima defensa —le recordó.

—¡Ciento cincuenta heridas de aguja!

—Eso le parecería poco si hubiera tenido el cuerpo de Foster sobre usted. Y las ciento cincuenta heridas de dardos sobre el vendedor de coches, confieso que no fue a propósito. No soy una fetichista de las cifras. Como mucho de los zapatos...

—No convencerá a nadie, Crispies.

—¡Sí, le aseguro que soy una fetichista de los zapatos!

—No hablo de eso, sino de lo demás. De todo lo demás. No es más que una estúpida asesina y un jurado la enviará a la cárcel para siempre.

—Sobre todo un jurado de por aquí. Con túnica blanca y capucha...

Agatha supo entonces que dijera lo que dijese, hiciera lo que hiciese, nunca la dejaría tranquila, la perseguiría sin descanso. Que ese hombre no era más que un paleta que nunca entendería nada y que solo quería que un negro pagara el pato. El negro ingenuo de la película. Era el último en desear que ella se llevara los honores de una investigación dirigida con eficacia y que la conduciría a la gloria o, como mínimo, a Nueva York, Nueva York.

Ese maldito *sheriff* no podía estropearlo todo en el último momento. No lo permitiría. Debía deshacerse de ese hombre que les había dado por muertos en el río porque no pudo colgarlos de un pino. ¿A cuántos negros más había matado? ¿O había querido matar? ¿Amenazado? Si no acababa con McDonald, tarde o temprano volvería a empezar. Con ella. Con otra.

Su instinto de supervivencia despertó sus músculos y su mente. Es él o yo, pensó, y sintió que su mano temblaba. Pero paciencia. El momento llegará. Aún no. Disimuló su nerviosismo sujetando con fuerza el asa de su taza. «Por todos los medios», había dicho su jefe, citando a Malcom X citando a Sartre.

—Hay una cosa que todavía no le he contado —anunció ella.

Se esforzó por contener su ira y sus intenciones.

—¿El qué?

—El misterio de la puerta del cuarto de baño cerrada desde el interior —respondió, dejando la taza de porcelana.

—Es cierto, ¿cómo lo hizo?

—Es mi pequeña aportación literaria.

—Se carga a un tipo, lo convierte en musaka, lo tira a la bañera, ¿y después se hace más «literaria»?

—No lo puedo evitar. Es fácil bloquear una habitación desde el interior. Tan fácil como abrir una puerta que tiene una cadena de seguridad. Solo hace falta una goma elástica. Si eres chica, una coleta servirá. En *Diez negritos*, el juez Wargrave usa una técnica similar. Puse una goma alrededor del pestillo y cerré la puerta. Luego basta con soltar el elástico, que sale disparado lejos de la puerta o de la escena del crimen. Si alguien la encuentra por el suelo no verá la relación.

McDonald frunció el ceño. Recordó haber encontrado una goma sobre las baldosas del cuarto de baño. Fue cuando llegó la inspectora Crispies; la guardó en su bolsillo y no volvió a darle importancia. Metió la mano en el bolsillo. No había cambiado de impermeable desde aquel día. De hecho, nunca cambiaba. Solo tenía uno. Sacó un pequeño y anodino trozo de caucho.

—Sí —reconoció Agatha—, esa misma, la que tenía en la mano cuando nos conocimos. Usted estaba a cuatro patas. Para desviar su atención escupí las migas de donuts sobre usted, y funcionó.

Y mientras el hombre observaba la goma diciéndose que había tenido la solución al misterio en su bolsillo desde el principio, ella dio un paso hacia él sin que se diera cuenta.

—Rara vez vemos lo que tenemos delante de nuestras narices...

Dicho esto, lanzó la pistola del *sheriff* por los aires, y antes de que pudiera reaccionar, con un gesto veloz, desenfundó y disparó una bala que le atravesó el corazón.

En contra de lo que pensaba, debía de tener uno, puesto que cayó al suelo con la mano sobre el pecho, jadeante.

Ya está, lo había hecho. Era ella o él, y a menos que se llamara Jesús, cada uno daba más importancia a su vida que a la de los otros. Sintió un inmenso alivio. Desde la noche en el lavadero, vivía con el sabor amargo de la venganza en su boca.

Miró el cadáver a sus pies sin ningún remordimiento y luego se inclinó hasta sentir el olor fétido que escapaba de su boca.

—Sé lo que piensa —dijo Agatha—: «¡Voy a morir y esta puta va a vivir!». Es curioso, porque es lo mismo que dijo Flaubert a propósito de Emma Bovary en su lecho de muerte.

Tras escuchar estas palabras, el *sheriff* cerró los ojos velados por las

cataratas, preguntándose quiénes eran todas esas personas. Emma Bovary, Flaubert, Agatha Crispies...

Lo que parece un último capítulo y el principio de una nueva vida

*I shot the sheriff
But I didn't shoot no deputy, oh no! Oh!
I say: I shot the sheriff,
But I swear it was in selfdefence. Oo-oh. Yeah!
Freedom came my way one day
And I started out of town, yeah!*

La canción de Bob Marley sonaba fuerte en los auriculares de Agatha, que se había embadurnado de crema solar Chocolate y descansaba sobre su toalla de playa extendida sobre la arena caliente de Coney Island, en pleno Brooklyn. Con su bañador blanco, parecía una orca varada. Para evitar correr el riesgo de que la volvieran a echar al mar, había clavado una pequeña pancarta a su lado en la que había escrito:

**POLICÍA FUERA DE SERVICIO
NO MOLESTAR
(¡salvo el vendedor de buñuelos!)**

Cuando el termómetro alcanzaba los cuarenta grados durante el mes de agosto, un chapuzón en las aguas frías y saladas de Nueva York era una de las

cosas más agradables que se podían hacer. Para los que supieran nadar, claro. Para los demás, el baño de sol era la opción con más adeptos por los alrededores.

Era el mejor cumpleaños de Agatha. El día anterior había vuelto al servicio en el departamento de homicidios de la NYPD, la Policía Metropolitana de Nueva York, la verdadera, la única, con el tan ansiado rango de capitán. Capitana Crispies, ¡molaba! Goodwin llegaría en un mes. El jefe tenía asuntos pendientes en Colorado.

Tal y como lo había previsto, el hecho de que el asesino responsable del triple homicidio de Woodville la atacara en su propia casa facilitó su alegato de legítima defensa. El jurado creyó su versión de los hechos. Goodwin la apoyó cuando supo que McDonald era el hombre que se escondía bajo la capucha del racista que lo había tirado al río. Y además, Agatha le había salvado la vida y él le estaría eternamente agradecido. Le dejó unos libros antes de marcharse. Una vez en Nueva York, el superintendente debería abandonar su pasatiempo preferido. A partir de entonces experimentaría la pesca por poderes, a través de las aventuras de *El viejo y el mar*, *Moby Dick* o *Las aventuras de Tom Sawyer*.

Legó el resto de su biblioteca a los miembros de su querido club de lectura (ya no tendría tiempo de leer en Nueva York, Nueva York). Le dejó a Kevin las novelas en las que podría vivir una vida plena de mujer. Podría alternar entre Anna Karenina, Emma Bovary, la señora Dalloway, Elizabeth Bennet y la Alicia del País de las Maravillas. Los libros de acción fueron para Alien, Roger y Franck, y algunos eróticos para Rosita, que también había adorado *El nombre de la rosa* desde la primera frase («En el principio era el Verbo y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios») porque le recordaba a la Biblia. Al menos, la obra de Agatha no había sido en vano. Había dejado tras ella libros y amigos. Amigos con libros. Y un club de lectura que Betty, la más asidua de sus miembros, tal vez llegase a animar a pesar de la marcha de la fundadora.

Pese a todo, Agatha se iba feliz.

La tranquilidad volvió a Nueva York, Colorado, y a Woodville durante las semanas siguientes. Agatha se había despedido de sus libros. Sabía que una vez en Nueva York ya no iniciaría a nadie en los grandes clásicos. Ya no tendría tiempo. En esa parte de Estados Unidos, el crimen era algo cotidiano.

Se pueden resolver grandes crímenes gracias a la literatura, porque la literatura es la vida y los crímenes forman parte de la vida, repetía siempre, y era consciente de que había vivido la mejor novela policíaca del mundo. La de su vida.

Lo que más echaría de menos serían los paseos bucólicos por los bosques de las Rocosas, su coche de policía con el donut en el techo, el lago, la gente de su departamento y las rotondas.

Siempre se empieza a amar las cosas cuando se está a punto de perderlas. Un dicho bonito que Merl, el doctor Merlin Leroy, habría podido incluir en su libro de autoayuda-western. ¿Vería algún día uno de sus libros en el escaparate de una librería? ¿Vería su retrato en cuatro metros por tres en el metro, con camisa de cuadros, el puño bajo el mentón y una sonrisa en los labios?

Y también estaban esas cosas que uno desea volver a encontrar. Un móvil, por ejemplo. O una Nespresso. Un microondas. Las películas de pago en la televisión.

Un móvil...

La primera cosa que hizo al llegar a su apartamento fue precipitarse sobre su teléfono. Impaciente, leyó sus tres mil quinientos correos electrónicos, sus doscientos tres mensajes de texto y sus ciento cincuenta y ocho comentarios en Facebook en una sola tarde.

¡Ah, Facebook!

Mientras hacía desfilas las publicaciones de sus amigas, de amigos y amigas de sus amigas, de amigos y amigas de los amigos y amigas de sus amigas, Agatha se preguntaba cómo había podido vivir todo un verano sin Facebook. Cinco largos veranos sin Facebook.

De repente, una voz se impuso por encima de la de Bob Marley.

—¡Churros, buñuelos, donuts de chocolateeeee!

No había nada más que decir, había algo más maravilloso que el canto de los pájaros o escuchar a las ardillas radiactivas en el bosque.

La voz del vendedor ambulante de la playa.

El *post* que nunca escribiré en mi muro de Facebook

«La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla», decía Gabriel García Márquez. ¿Acaso les he mentado? ¿Acaso les he escondido cosas? Sin duda. Pero quizá es así como recuerdo lo que pasó. No me lo echen demasiado en cara. Sé lo que piensan. «Si no se puede confiar en la policía, entonces...» Pero tenía mis razones, se las he explicado.

No recuerdo en qué novela, Stephen King escribió: «Cuando se trata de inventar historias, nadie se lo toma tan en serio como un poli». Es lo que intenté hacer. Recuerden, sin Facebook, lo que pasa en Nueva York, Colorado, se queda en Nueva York, Colorado. Si me quieren, guarden el secreto. No digan que fue la policía. No cuenten a nadie el final de esta historia porque, por un lado, arruinarían el placer de la lectura y, por otro, podrían acusarme de un triple homicidio y terminaría mis días en prisión.

Además, intenté advertírselo, acuérdense, al principio de la segunda parte.

—¿El asesino de los donuts ha golpeado otra vez? —preguntó Agatha, señalando con el dedo las migas que acababa de escupir sobre el cadáver.

—¿Habla de usted? —añadió McDonald con una pizca de ironía en la voz. *¡Más explícito, imposible!*

Agatha Christie era una experta en el tema. Sabía cómo focalizar todas nuestras sospechas en un personaje, desviándonos del verdadero culpable, el que menos se esperaba, el que parecía que no había roto un plato en su

vida. Dicen que incluso escribía la historia y que, cuando llegaba al final, elegía el sospechoso menos probable para reescribir la novela en consecuencia. Fíjense bien, se trata siempre del narrador, de un policía o de un juez, incluso de un muerto (bueno, alguien que se hizo pasar por muerto), de una anciana o de un niño. Si no sospechan del asesino, es culpa suya. No digan que no estaban advertidos, que Agatha Christie no se lo había chivado.

De este modo, durante mis largos años como policía, y más largos como apasionada lectora, conocí a muchas personas a las que les gustaba conocer el final de un libro antes de comenzar a leerlo, para reconfortarse, saber que todo iría bien, que nadie muere o, si es el caso, preparar su duelo antes incluso de enamorarse de los personajes. Eso me preocupaba. ¿Cómo se podía llegar al punto de estropear un buen momento de lectura, una bonita historia, conociendo el final de antemano?

Sí, a mucha gente le gusta leer la última página antes que la primera, quiere saber quién es el asesino antes incluso de lanzarse a la lectura. ¿Quién no ha leído nunca un último capítulo de Agatha Christie en una librería antes de comprarlo? ¿Quién no ha mirado y apreciado un episodio de Colombo, esta serie revolucionaria en la que el espectador no tiene que esperar al final para conocer al criminal?

Les hablo de todo esto porque me gustaría gastar una pequeña broma a esos lectores impacientes que se sumergen en el último capítulo de este libro antes de comenzarlo. Y me gustaría que ustedes fueran mis cómplices. No considero justo que tengan la respuesta antes que ustedes, que han leído todas estas páginas antes de conocer la identidad de nuestra misteriosa asesina. Paguemos a esos curiosos con su propia moneda. ¿Quieren el nombre de un asesino? Démosles uno. Por ejemplo, el nombre del gamberro que me quitaba siempre los chicles en el recreo cuando iba al colegio en Harlem, Tommy Jackson.

Bueno, no, ahora que lo pienso, hay alguien al que detesto todavía más...

AGATHA CRISPIES, capitana de policía

Departamento de homicidios
Policía Metropolitana de Nueva York (¡por fin!)

**Para los que quieren saber quién es el asesino antes
que nadie**

El asesino es James Joyce.

¡Ahora ya podéis volver a conectaros a Facebook!



ROMAIN PUÉRTOLAS, de origen franco-español, nació en 1975 en Montpellier. Autor polifacético, a lo largo de su vida ha desempeñado trabajos tan variopintos como el de DJ o el de coordinador de vuelos. Durante cuatro años fue también inspector de policía en un servicio especializado en el desmantelamiento de redes de inmigración ilegal. Debutó en el mundo literario con la célebre novela *El increíble viaje del faquir que se quedó atrapado en un armario de Ikea* (Grijalbo, 2014), que se convirtió en un fenómeno de ventas en más de cuarenta países con más de un millón de ejemplares vendidos en todo el mundo. Ensalzada por la crítica y los lectores, la novela fue galardonada con el Gran Premio Jules Verne 2014, el Premio Audiolib 2014, el NDS des Lycéens de Estambul, y fue finalista de los premios literarios Renaudot, Renaudot des Lycéens y Méditerranée des Lycéens. Asimismo, este exitoso debut ha sido adaptado a la gran pantalla en una gran producción cinematográfica internacional, dirigida por Ken Scott y de la que el propio autor es coguionista. A este triunfal lanzamiento se sumó *La niña que se tragó una nube tan grande como la torre Eiffel* (Grijalbo, 2015), una novela tan desenfadada y tierna como la anterior. Además, Puértolas incursionó en la novela negra con *Todo un verano sin Facebook* (Grijalbo, 2018), una sátira

hilarante sobre los libros clásicos de detectives.

Notas

[1] Para convertirse en un genio informático en Estados Unidos es indispensable tener un apellido ridículo: Bill «Cancelas», Steve «Trabajos» y Mark «Montaña de Azúcar» son la prueba. Así que es inútil buscar el éxito si te apellidas Smith. <<

[2] Para ser pez en Estados Unidos es imprescindible tener un nombre tan ridículo como el de un genio informático. <<

[3] Personalmente, mi primera frase preferida es: «El pensamiento moderno ha realizado un progreso considerable al reducir el existente a la serie de las apariciones que lo manifiestan», en *El ser y la nada* de Jean-Paul Sartre. <<